



AMERICA

EL PAPADO Y LAS SEÑALES DE LOS TIEMPOS

AMERICA
— EL —
PAPADO
Y LAS
SEÑALES
DE LOS
TIEMPOS

A. L. Duncan / E.G. White

Traducido del Inglés por Felipe Navarajo
Editado y Revisado: Miriam Perdomo

América, el Papado y las Señales de los Tiempos

Todos los derechos reservados 2015 por Aubrey L. Duncan

Ninguna parte de este libro puede ser reproducido o transmitido en ninguna forma o medio gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, textos aislados o información del mismo guardado en sistemas computarizados sin el permiso del editor.

ISBN 978-0-9749490-5-5

Número de Control de la Librería del Congreso 2016960866

Impreso en Estados Unidos de Norte América

Publicado por Advent Truth Ministries, Inc Forsyth, GA 31029
www.adventtruth.org

Distribuido exclusivamente por:
Ministerio El Evangelio Eterno, PO Box 15138
West Palm Beach, Fl. 33416

Para más información llame al teléfono (561)-688-2150 o
escribanos a: eternalgospel@att.net También puede visitar
nuestra página electrónica www.elevangelioeterno.org

Tocante a Este Libro

En los presentes registros podemos ver un anuncio del conflicto ante nosotros. Considerándolos a la luz de la Palabra de Dios, y mediante la iluminación de Su Espíritu, podemos ver revelados los estratagemas del inicuo, y los peligros que deben esquivar los que fueran encontrados “sin falta” ante el Señor en su venida. Los grandes eventos que han marcado el progreso de la Reforma en antaño, son asuntos de la historia bien conocidos y universalmente reconocidos por el mundo Protestante; y son hechos que nadie puede contradecir. He presentado brevemente esta historia, de acuerdo al alcance del libro, y la brevedad que por necesidad debiera observarse, los hechos habiendo sido condensados en el más pequeño espacio como el que pareciera consistente con un entendimiento correcto de su aplicación. En algunos casos donde el historiador ha reunido de tal manera los eventos como para proporcionar, brevemente, un vistazo exhaustivo del tema, o ha resumido detalles de manera conveniente, se han citado sus precisas palabras; pero en algunos casos no se ha dado crédito específico, siendo que las citas no son dadas con el intento de citar a ese escritor como autoridad, sino porque su declaración provee una presta y enérgica presentación del tema. Al narrar la experiencia y opiniones de quienes llevan adelante la obra de reforma en nuestro tiempo, uso similar se ha hecho de sus obras publicadas.

El propósito de este libro no es tanto el de presentar nuevas verdades tocante a las luchas de épocas anteriores, como presentar hechos y principios que tienen un alumbramiento sobre eventos del porvenir.

Aunque considerados como parte de la controversia entre las fuerzas de luz y las tinieblas, todos estos registros del pasado son vistos como teniendo nuevo significado; y mediante ellos una luz es echada hacia el futuro, iluminando el sendero de quienes, como los reformadores del pasado, serán llamados, bajo el peligro de perder todo bien terrenal, a testificar “por la palabra de Dios, y el testimonio de Cristo Jesús.”

Para desplegar las escenas de la gran controversia entre la verdad y el error, para revelar las artimañas de Satanás, y las formas mediante las cuales él puede ser exitosamente resistido; para presentar una

solución satisfactoria del gran problema del mal, derramando tal luz sobre el origen y final disposición del pecado, y manifestar plenamente la justicia y benevolencia de Dios en todos sus tratos con sus criaturas; y para mostrar la naturaleza santa e inmutable de su ley, es el propósito de este libro.

Que mediante su influencia las almas puedan ser libradas del poder de las tinieblas, y llegar a ser “participantes de la herencia de los santos en luz,” para la gloria de Aquel que nos amó, y se entregó Sí Mismo por nosotros, es la sincera oración de la escritora.

Elena G. de White

Prefacio

Quien contribuyó los primeros ocho capítulos de este libro es Aubrey L. Duncan del ministerio llamado Advent Truth Ministries. La intención es dar al lector un estudio bíblico sencillo y sin embargo sistemático de las profecías de Daniel y Apocalipsis en lo que se relacionan con los eventos que actualmente están realizándose en estas escenas finales de la historia terrenal. Estas profecías, como son presentadas en este tomo, testifican de la veracidad y confiabilidad de la Palabra de Dios para toda la humanidad, la Santa Biblia. Personas en todas partes están preocupadas tocante hacia dónde está yendo nuestro mundo. Entrelazando historia, profecía, y los acontecimiento mundiales actuales, este tomo ofrece unas respuestas muy fascinantes y comprometedoras sobre las preguntas que actualmente enfrenta la familia humana.

El lector es instado a estudiar seriamente los eventos profetizados, compararlos con el registro histórico, y evaluarlos a la luz de asuntos mundiales actuales. El honesto corazón tendría que concluir que la mano de la Omnipotencia ciertamente se encuentra involucrada en los asuntos de la humanidad.

Los últimos ocho capítulos están adoptados del clásico *The Great Controversy* (El Conflicto de los Siglos). Su autor, Elena G. de White, recientemente fue mencionada como uno de los más prominentes líderes religiosos de toda época por la revista prestigiosa *Smithsonian Magazine*. En su libro, escrito hace más de cien años, ella comenta y describe los actuales asuntos del mundo de manera muy clara y notable. Mi sincera oración es que el lector no sólo sea bendecido, pero que sea llevado más cerca de nuestro Señor y Salvador, Cristo Jesús; y así sea preparado para lo que se avecina en el mundo como sorpresa sobrecogedora. Deseo de todo corazón que este libro ayude en nuestra preparación para la inminente crisis y se encuentra preparado para recibir a Jesús cuando él venga.

Autor: Aubrey L. Duncan

ÍNDICE

- 1..... Las Señales de los Tiempos
2. El Enemigo en el Campamento
3. La Introducción de la Supuesta Santidad del domingo
- 4..... La Historia del Mundo Predicha
- 5..... La Abominación Desoladora
- 6..... Los Estados Unidos en Profecía Bíblica
- 7..... El Papa Francisco, El Cambio Climático, y lo Sagrado del Domingo
- 8..... Los Movimientos Finales
- 9..... Los Propósitos del Papado
- 10..... El Conflicto Inminente
- 11..... La Biblia es Nuestra Única Salvaguardia
- 12..... La Advertencia Final
- 13..... El Tiempo de Angustia
- 14..... Liberación del Pueblo de Dios
- 15..... La Desolación de la Tierra
- 16..... La Controversia Terminada

CAPITULO 1

Las Señales de los Tiempos

En el mes de noviembre, 1994, se realizó y firmó un documento épico por parte de líderes católicos y prominentes ‘Protestantes’ evangélicos. Recibió amplia publicidad en los seculares y religiosos medios de comunicación. La iniciativa fue aclamada en todas las líneas denominacionales como un nuevo comienzo de cooperación entre católicos y protestantes. El documento, titulado *Evangelicals and Catholics Together* (ECT), procuró unificar las muchas facciones cristianas en una sola comunión del cuerpo de Cristo bajo la tutela de la iglesia de Roma. La precisa idea de que tal documento pudiera ser concebido hace unas pocas décadas atrás, es incomprendible. ¡Oh, cuán lejos nos hemos ido! ¿Quién se hubiera imaginado que tal propuesta no sólo fuera posible; sino que también sería avalada por una amplia sección de líderes cristianos, y aceptada por multitudes de cristianos.

Chris Hedges, periodista, ministro, y autor, describe este movimiento así: “Este movimiento es un híbrido de los fundamentalistas, Pentecostales, Bautistas del Sur, Católicos Conservadores, Carismáticos, y otros evangélicos, estando todos ellos en divergencia doctrinal, pero que no obstante comparten una creencia de que América está destinada a llegar a ser una nación cristiana, dirigida por hombres cristianos que a su vez son dirigidos por Dios. . . Recientemente los líderes del movimiento hasta comenzaron a tratar de ganarse a los Mormones. En este biblicismo militante América llegará a ser un agente de Dios, y todos los opositores políticos, e intelectuales, de los líderes cristianos de América son considerados, sencillamente, como agentes de Satanás.

Desde una perspectiva bíblica, uno sólo necesitaría leer y entender los capítulos 13 y 17 de Apocalipsis para entender el significado de tal desarrollo. La Biblia predice que tales intentos a la unidad entre católicos y profesos cristianos se llevaría a cabo en los umbrales del regreso de Jesús. Según la Biblia, esta conglomeración de las entidades religiosas, adjunto a los poderes políticos del mundo, no será para el bien de la sociedad; sino para la persecución de los verdaderos seguidores de Dios. Juan el Revelador predice: “Los diez cuernos que viste son diez reyes, que aún no han recibido reino;

pero por una hora recibirán autoridad como reyes *junto con la bestia*. Estos tienen un mismo propósito, y darán su poder y autoridad a la bestia. Pelearán contra el Cordero, pero el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores Rey de reyes; y los que están con él son llamados, elegidos y fieles.” (Apoc. 17:12-14). Al definir la unidad que tal documento procura lograr, fue citado el Credo Apostólico Católico Romano. Este credo menciona la confianza de todos los creyentes a la eficacia de la Iglesia Católica Romana como el único medio de salvación para todos los fieles. Por tanto, todo el que firma este documento está comprometido con esta creencia. Aquí se encuentra el gran problema para quienes procuran salvación mediante el Único que la puede otorgar, Cristo Jesús. Éste es un grave dilema en que se encuentran cristianos creyentes en la Biblia, que apoyan éste y otros acuerdos similares. *La Declaración Manhattan*, una iniciativa subsiguiente y mucho más fuerte, pide la unidad de las diferentes religiones en asumir acción política para sostener e imponer sus dogmas (creencias religiosas) para poder salvar a la sociedad de la declinación moral.

La Biblia es abundantemente clara. Nuestro Salvador dice: “Jesús respondió: “Yo Soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre, sino por mí.” (Juan 14:6). El apóstol Pedro, creyendo sin duda lo que su Salvador había enseñado, exclamó a sus hermanos judíos: “En ningún otro hay salvación, porque no hay otro Nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.” (Hechos 4:12). Jesús nunca se ocupó en acción política ni solicitó al estado para que fueran impuestas Sus enseñanzas. Él llegó a los corazones de hombres y mujeres individualmente y con amor indecible. Sólo una de estas posiciones puede ser cierta; o la salvación mediante Cristo Jesús, o salvación mediante acción política y los sacramentos y prácticas del Catolicismo Romano. **Las dos opciones son mutuamente irreconciliables.** La ECT, La Declaración Manhattan, y otras iniciativas similares, diseñadas para producir unidad y cambiar la sociedad para bien, de hecho ejercerán el efecto opuesto — la desunión, el caos, y finalmente la tiranía. Tal es la naturaleza y la historia de la unión tipo iglesia-estado. En vez de ser dirigida por el Espíritu Santo de Dios, a quien irónicamente invocan estas iniciativas, las tales son estimuladas por la gran estrategia papal para el dominio del mundo.

Los firmantes de estos documentos consistentemente piden unidad entre católicos y protestantes en el nombre de Cristo Jesús. Este es

un grave engaño. El profeta Amós nos pregunta: “¿Andarán dos juntos, si no se hubieran puesto de acuerdo?” (Amós 3:3). El apóstol Pablo amonesta a los creyentes cristianos: “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos. Porque, ¿qué tiene en común la justicia con la injusticia? ¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas?” (2ª Cor. 6:14). ¿Cómo pueden estos documentos, o cualquier intento a la unidad entre católicos y protestantes, ser la voluntad de Dios, según todos ellos pretenden?

El catolicismo en su precisa naturaleza, enseñanzas, y doctrinas, es contrario a la fe cristiana. Cual sea el terreno común que encuentra con el cristianismo, y en manera alguna evidencia cristianismo. Mas bien la comunalidad sólo puede encontrarse en algunos básicos valores morales profesados por casi toda la humanidad, y por los religiosos al igual que los no religiosos. Esto ciertamente es algo bueno. Es sobre esta idea que la ECT y otras iniciativas católicas son construidas para la unidad de la ‘iglesia’. Pero aquí es precisamente donde termina la similitud entre el cristianismo y el catolicismo.

Más allá de estos centrales valores humanos, el catolicismo difiere del cristianismo como la noche difiere del día. Y fueron esas diferencias lo que dio origen a la Reforma Protestante. **El Protestantismo nació de la creencia de que los hombres y las mujeres han de buscar a Dios y la salvación según los dictados de sus propias conciencias, y no los dogmas de la Iglesia Católica.** De allí que proviene la palabra “Protestante”. Habiendo venido a luz de la Palabra de Dios, los hombres y las mujeres comenzaron a protestar contra las enseñanzas antibíblicas de la ‘iglesia’, enseñanzas que ella nunca ha renunciado.

Al echar un vistazo a través del paisaje religioso y examinar documentos como el ECT y La Declaración Manhattan, uno es obligado a preguntar: ¿Dónde se encuentran los Protestantes? ¿Quién hubiera creído que la Iglesia Luterana, fundada por el más famoso Reformador Protestante, Martín Lutero, encontraría su camino de regreso a Roma? La idea de Protestantismo nació en ese período de la historia terrenal llamado la Edad Media. Fue así llamado porque la Iglesia Católica, mientras gobernó al mundo, (538 d. C. – 1798 d. C.) hizo su trabajo prioritario el de mantener la Palabra de Dios alejada del pueblo. La Palabra de Dios dice: “Tu palabra es una lámpara a mis pies y lumbrera a mi camino.” (Salmo 119:105). Desde que la

Luz fue quitada, sólo quedó oscuridad. El historiador Wiley declaró que *el medio-día del reinado papal fue la medianoche para el mundo*. En lugar de la Palabra de Dios, fueron instituidos una abundancia de doctrinas paganas, tradiciones de la iglesia, y dogmas eclesiásticos. Aunque muchos de esos dogmas aún continúan con nombres y connotaciones cristianas, su esencial falsedad aún permanece. Un primordial ejemplo es *lo sagrado del domingo* que fue adoptado en sustitución del santo día sábado de Dios.

Si Martín Lutero y los otros Reformadores Protestantes pudieran ver desde sus sepulcros, ellos quedarían asombrados de cómo las naciones del mundo, y las iglesias protestantes, están gritando por regresar a Roma. Ellos quedarían pasmados de cómo, en un día cuando la Biblia es libre y fácilmente accesible, los hombres están apartándose de la luz de la Palabra de Dios y yendo hacia las tradiciones de la Iglesia Romana. Irónicamente, los mismos evangélicos que están tan ansiosos de encontrar unidad y cooperación con la Iglesia Católica, ahora están procurando que las naciones regresen a la ley de los Diez Mandamientos de Dios. Esto es ciertamente un descubrimiento glorioso de su parte, lo cual los ubica en un gran dilema; particularmente a la luz del hecho de que casi todos ellos han enseñado, y siguen enseñando, que la ley de Dios fue clavada en la cruz de Cristo Jesús. Y como tal, ellos proclaman que ya no necesitamos guardar la ley.

No sólo es irónico, sino también confuso, mirar a estos líderes en esta posición. Ellos proclaman, de manera confiada, que no estamos ya bajo la ley sino bajo la gracia; y por tanto no necesitamos ya guardar la ley. Ellos siguen diciendo que la ley sólo fue para los judíos. Y ahora que *las gallinas han vuelto al gallinero*, ellos están intentando juntarse en una unidad esquiva para apelar que el estado imponga sus creencias religiosas. Quizá la advertencia de Benjamín Franklin necesita ser acatada: “Cuando la religión es buena, ella se cuidará a sí misma. Cuando no es capaz de cuidarse a sí misma, y Dios no se encarga de cuidarla, de modo que tiene que apelar al poder civil en busca de apoyo, es evidente a mi mente que su causa es mala.” (*Carta al Doctor Richard Price*, 19 de octubre, 1790).

Para aquellos, como los adventistas del séptimo día, que han insistido que la ley de Dios es eterna y debe ser guardada por todos los hombres en todas las épocas, las etiquetas de *legalista* y *obras de salvación* les han sido impuestas. Sin embargo, los adventistas del

séptimo día, y otros cristianos sabatistas, que establecen su fe sólo sobre la Biblia, siempre han enseñado y practicado que la ley moral de Dios, que incluye su mandamiento del sábado, es vigente para todos los hombres de todas las épocas. Mi pregunta es: ¿Cómo se les debe llamar a los celosos evangélicos que ahora están dispuestos a ir a la cárcel para que los Diez Mandamientos sean puestos en la plaza pública, y están peticionando que el estado los imponga? Quizá ellos necesitan ser recordados que no es en tablas de piedra, sino en sus corazones, donde la ley de Dios debe ser escrita.

De hecho, su preciso nombre ‘Evangélico’ pareciera ser un grave oxímoron, pues la palabra *evangélico* se origina del término *evangelista*, uno que predica el Evangelio de salvación mediante la gracia de Dios a través de fe en Su Hijo, Cristo Jesús. Sería muy difícil ir en busca de algún evangelista bíblico que se encuentre apelando al poder del estado para imponer sus enseñanzas religio-sas. Sea Dios alabado por el despertamiento de estos individuos. Su descubrimiento los ha llevado a unirse bajo la bandera de la Comisión de los Diez Mandamientos. Ron Wexler, el primer director de esta favorable comisión, hizo esta apelación: “En un tiempo cuando los Diez Mandamientos están siendo eliminados de lugares públicos, adjunto a la oración, la Biblia, y expresiones de fe, es importante que las personas de fe y de todas las profesiones de la vida, asuman una valiente defensa a favor de la justicia. . .de eso se trata todo esto de la Comisión de los Diez Mandamientos. para capacitar a personas en unirse y declarar su entrega a la santidad y justicia de Dios.”

El maravilloso descubrimiento del mundo evangélico demanda una concertada decisión tocante al mandamiento sabático que dice: “Acuérdate del día sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra. Pero el sábado es el día de reposo del Señor tu Dios. No hagas ningún trabajo en él; ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días el Eterno hizo el cielo, la tierra y el mar, y todo lo que contienen, y reposó en el séptimo día. Por eso, el Señor bendijo el sábado y lo declaró santo.” (Éxodo 20:8-11). Su decisión de exaltar la santa ley de Dios, que con justicia están trayendo a la atención del hombre, explícitamente dice que Su sábado es el día séptimo de la semana, actualmente llamado sábado. Sin embargo, casi la entera sociedad cristiana observa el domingo, el primer día de la semana, como el sábado. Ahora ellos han descubierto la

eficacia de los Diez Mandamientos de Dios, y la pregunta es: ¿El sábado de quién honrarán ellos? ¿Será el sábado de la creación de Dios?, o el de la tradición del hombre. Esta es una decisión que cada cristiano tendrá que hacer personalmente.

Elena G. de White, la mundialmente reconocida comentarista del siglo diecinueve y veinte, que recién fue nombrada por la Revista Smithsonian entre los diez principales dirigentes religiosos en la historia Americana, escribe en forma profética: “El sábado **será la gran piedra de toque de la lealtad**; pues es el punto especialmente controvertido. Cuando esta piedra de toque les sea aplicada finalmente a los hombres, entonces se trazará la línea de demarcación entre los que sirven a Dios y los que no le sirven. Mientras la observancia del falso día de reposo (domingo), en obediencia a la ley del estado y en oposición al cuarto mandamiento, será una declaración de obediencia a un poder que está en oposición a Dios, la observancia del verdadero día de reposo (sábado), en obediencia a la ley de Dios, será señal evidente de la lealtad al Creador. Mientras que una clase de personas, al aceptar el signo de la sumisión a los poderes del mundo, recibe la marca de la bestia, la otra, por haber escogido el signo de obediencia a la autoridad divina, recibirá el sello de Dios.” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 591).

Ella sigue advirtiendo al pueblo de Dios: “La Iglesia Católica le pone actualmente al mundo una cara apacible, y presenta disculpas por sus horribles crueldades. Se ha puesto vestiduras como las de Cristo; **pero en realidad no ha cambiado**. Todos los principios formulados por el papismo en edades pasadas subsisten en nuestros días. Las doctrinas inventadas en los siglos más tenebrosos siguen profesándose aún. Nadie se engañe. El papado que los protestantes están ahora tan dispuestos a honrar, **es el mismo** que gobernaba al mundo en tiempos de la Reforma, cuando se levantaron hombres de Dios con peligro de sus vidas para denunciar la iniquidad de él. El romanismo sostiene las mismas orgullosas pretensiones con que supo dominar sobre reyes y príncipes y arrogarse las prerrogativas de Dios. **Su espíritu no es hoy menos cruel ni despótico que cuando destruía la libertad humana y mataba a los santos del Altísimo.**” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 558).

El Enemigo en el Campamento

En su muy revelador y en muchas formas tomo profético titulado *Keys of This Blood*, el erudito jesuita y experto en asuntos del Vaticano, Malachi Martin, habló de la trifacética competencia por el dominio mundial. Él identificó a los *jugadores*, que él consideró los únicos con los recursos para ocuparse en tal contienda, como: el Capitalismo, el Comunismo, y el Catolicismo. Él luego concluyó que finalmente sólo quedará un solo ganador. Martín dijo: “Nadie que está familiarizado con los planes de estos tres rivales tiene duda alguna que sólo uno es quien puede ganar. Cada uno espera que los otros dos sean sobrecogidos y tragados en el próximo remolino de cambio. Y siendo ese el caso, pareciera ineludible que su competencia terminará como una confrontación.” (*The Keys of This Blood*, pág. 15).

Desde la publicación de este libro en 1990, uno de esos tres jugadores, el Comunismo, ha sido efectivamente neutralizado. Los otros dos, el Capitalismo, y el Catolicismo, habían unido sus fuerzas para llevar a cabo la caída del Comunismo en la anterior Unión Soviética y las naciones del Bloque Oriental. Hoy día, aún en otras naciones consideradas estados comunistas, el Capitalismo permanece como el motor que empuja su maquinaria económica. Cual fuera la intención, sólo existen dos jugadores restantes de los tres mencionados por Malachi Martin — Capitalismo, y Catolicismo, según son representados respectivamente por el presidente Barak Obama y el Papa Francisco.

La *Revista Time* del 24 de febrero, 1992, puso como titular el épico caso del Capitalismo uniéndose con el Catolicismo para derrotar al Comunismo. La portada de la revista deslumbró este titular: HOLY ALLIANCE (SANTA ALIANZA). . . . Cómo Reagan y el Papa conspiraron para apoyar el Movimiento Polaco de Solidaridad, apresurando la derrota del Comunismo. El consiguiente artículo, escrito por el galardonado periodista Carl Bernstein, detalló las acciones del papado y los Estados Unidos en llevar a cabo la caída del Comunismo.

Sin embargo, desde su designación como líder supremo del papado

(el Catolicismo), unos tres años ya, el Papa Francisco ha lanzado un ataque frontal al Capitalismo, censurando sus malas influencias sobre la familia humana, y su destructivo impacto sobre el ambiente. El destacado periodista, Paúl B. Farrell, hizo esta reveladora observación en un comentario de la revista *Market Watch*, “Es clara la meta del Papa Francisco: la desigualdad económica es el problema principal del mundo. El Capitalismo se encuentra en el centro de todos los problemas de la desigualdad. Y él lo menciona con una poderosa autoridad moral — algo totalmente faltando en los líderes políticos americanos que están ideológicamente dirigidos por el ateo Ayn Rand, el santo patrón de la agenda capitalista del partido Republicano en esta guerra moral. Sin una sólida base moral, el republicanismo no es competidor para la visión del Papa Francisco, es decir, su legítima asignación, su extenso juego estratégico de sacar a los billones de la pobreza, de eliminar la desigualdad, de atacar al miópico capitalismo que empuja a la actual economía mundial, a los mercados, y el sistema político.”

Farrell continuó, “Además, el Papa posee los recursos: Como jefe comandante del más grande ejército del mundo: 1.2 billones de católicos en el mundo, que se encuentran motivados en derrotar al dominio capitalista. Su ejército incluye a 78 millones de americanos en 17,645 parroquias, además de un enorme cuerpo de oficiales como 213 cardenales, más de 5,000 obispos, 450,000 sacerdotes y diáconos en el mundo, **todos comprometidos en llevar a cabo su visión**. Él no necesita aprobación legislativa; los papas tienen autoridad de actuar unilateralmente, y con presteza; y es un dictador cuya palabra es ley, exigiendo lealtad, obediencia y acción.” (*Market Watch*, 18 de noviembre, 2014).

El campamento Capitalista, del cual indudablemente Estados Unidos es el líder, es o totalmente inconsciente, o voluntariamente ignorante, del hecho de que se encuentra en una frontal lucha con el Catolicismo. La idea de que el enemigo se encuentra en el campamento es una idea insostenible. Mientras se preparaba para recibir al Papa y dejar que hablara al pueblo americano, el Presidente Barack Obama, el representante del Capitalismo y el epicentro del Capitalismo Universal, expresó su admiración por el Papa de esta manera: “Doy la bienvenida a la encíclica de Su Santidad el Papa, y admiro profundamente la decisión papal de defender su causa — con la clara, poderosa, y plena autoridad moral de su posición — a favor de acción tocante al global cambio climático.” El presidente

continuó, “Como el Papa Francisco tan elocuentemente dijo esta mañana, tenemos una profunda responsabilidad de proteger a nuestros hijos, y los hijos de ellos, de los perjudiciales impactos del cambio climático. . . Espero discutir estos asuntos con el Papa Francisco cuando visite la Casa Blanca en septiembre. Y mientras nos preparamos para las negociaciones sobre el cambio climático global en París este diciembre, es mi esperanza que todos los líderes mundiales — y todos los hijos de Dios — consideren el llamado del Papa Francisco de unirse para cuidar a nuestro común hogar.” Es muy maravilloso escuchar tales palabras de un presidente americano que también es un erudito en Ley Constitucional. Pero aparentemente él no está enterado de las raíces de la experiencia americana.

Sin embargo, el Papa Francisco no sólo está atacando vehementemente al Capitalismo, él también está incitando una revolución contra él cuando se presenta a sí mismo como el campeón de los pobres a quienes él describe como víctimas de ese sistema inhumano e inhumano. La gran ironía de esto es que el papa escogió a Latinoamérica, que tiene algunos de los países más pobres en el mundo, donde su religión es la más grande y se encuentra íntimamente ligada con el pueblo y los gobiernos de esa región, para lanzar su revuelta contra la pobreza. (*New York Times*, 14 de julio, 2015).

Otra notable ironía es que el papado de Francisco es quizá el mayor beneficiario y apoyador del Capitalismo. Sus inversiones en finanzas, bienes raíces, transportación, y el Complejo Militar/Industrial, la base del capitalismo, se encuentran muy bien documentadas en el tomo best-seller, *Los Billones del Vaticano*, escrito por Avro Manhattan, un experto en los asuntos financieros del Vaticano. Avro Manhattan concluyó: “La Iglesia Católica, por tanto, una vez reunidos todos sus bienes, es el bolsista más formidable en el mundo. El periódico Wall Street Journal dijo que los tratos financieros del Vaticano, sólo en Estados Unidos, eran tan grandes que muy a menudo vendía o compraba oro en cantidades de un millón o más de dólares a la vez. **Por tanto, el Vaticano fue, y aún es, el acumulador de riqueza más formidable, y dueño de bienes raíces, en existencia.** Nadie sabe por cierto cuánto valió, o vale, en términos de dólares u otras monedas, y ni siquiera el mismo papa lo sabe. Esa es la real situación presentada por un oficial del Vaticano que, cuando se le preguntó que diera una idea de la actual riqueza del Vaticano, contestó muy reveladoramente, “Sólo Dios sabe”. (*Vatican Billions*, Chap. 26).

Siendo este el caso, y si Francisco está realmente preocupado tocante a los pobres y privados de derechos, **¿por qué él no comienza eliminando de su papado algo de la acumulada riqueza para ayudar a remediar la situación?**

Para el observador casual, no informado, y algo engañado, parece que el Papa Francisco, como cabeza visible del Catolicismo, es un arduo campeón de los pobres y desamparados. Visto a través de esos lentes, su ataque al Capitalismo, puede ser justificado. Pero visto a través del prisma del gran cuadro de ajedrez de la geo-política, **surge un cuadro diferente**. Mientras Francisco promueve su ataque al Capitalismo, él está fortaleciendo su relación con líderes del mundo de todos los matices y contornos. Él se encuentra, al mismo tiempo, declarando que la Reforma Protestante ya ha terminado, e instando que los hermanos separados (anteriormente llamados *herejes*) regresen a casa. Y ellos están respondiendo en masa al llamado. Adicionalmente, él se ha ubicado como el más piadoso e influyente de todos los líderes religiosos. Esencialmente, Francisco no sólo está preparándose para ser el vencedor, sino que se considera a sí mismo como la cabeza del Único Sistema Mundial de gobierno, según fue predicho por Malachi Martin, “que jamás haya existido en la sociedad de las naciones.”

Malachi Martin, sin referencia alguna a profecía bíblica, estaba ciertamente dilucidando lo que había revelado el Dios de la Creación a Su siervo Juan, hace casi 2,000 años en la isla de Patmos. En el capítulo trece del libro de Apocalipsis, Juan predice el tiempo en que Estados Unidos de Norteamérica unirá sus fuerzas con el papado Romano, restaurando así su anterior posición a que él (el papado) aspira — y ciertamente está orquestando, para gobernar al mundo (Apocalipsis, capítulo 13).

El Doctor Johan Robins, en su libro *Ecclesiastical Megalomania*, escribe: “Ayn Rand estaba en lo correcto cuando ella escribió en 1967, ‘La Iglesia Católica **nunca a cesado de restablecer la unión medieval de iglesia y estado**, con un estado global y teocracia global como su final meta.’ La iglesia/estado romana es un híbrido, un monstruo de poder eclesiástico y político. Su idea política es totalitaria, y cuando ha tenido la oportunidad de aplicar sus principios, el resultado ha sido represión sangrienta. Si durante los últimos 30 años ha suavizado sus imposiciones a un pleno, supremo e irresponsable poder, y ha asesinado menos personas que antes; **tales**

cambios de conducta no se deben a un cambio de ideas sino a un cambio en circunstancias. . . . es sólo cuando el estado/iglesia romano enfrentó la opinión pública, que desacordó del asesinato tipo iglesia/estado, que el catolicismo detuvo sus persecuciones e intentó hablar con una voz menos imponente. El estado/iglesia romano del siglo 20, sin embargo, es una institución recuperándose de una herida mortal. **Si, y cuando, recupere su pleno poder y autoridad, impondrá un régimen más siniestro que cualquiera que el planeta tierra hay visto.**” (E. M., pág. 195). Considerando su historia de la Edad Media, cuando decenas de millones que desacordaron con su política fueron inmisericordiosamente asesinados, la confirmación del profesor Robbins no debiera tomarse a la ligera.

Elena G. de White, elocuente comentarista bíblico del siglo diecinueve, se encuentra en total acuerdo con el Profesor Robbins. Ella escribió en su clásico, *The Great Controversy* (El Conflicto de los Siglos), “Deróguense las medidas restrictivas impuestas en la actualidad por los gobiernos civiles y déjese a Roma que recupere su antiguo poder, **y se verán resucitar en el acto su tiranía y sus persecuciones.**” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 552).

El consejero principal del Vaticano, Jeffrey Sachs, escribió que cuando el Papa Francisco visita los Estados Unidos, él desafía directamente la “idea americana” de derechos divinos encarnados en la Declaración de Independencia. Sachs, un especial consejero de las Naciones Unidas, y director de *Earth Institute* en la Universidad de Columbia, escribe en la publicación jesuita, *América*. “América es una sociedad esclavizada” de la idea de derechos inalienables de la vida, la libertad, y la búsqueda de la felicidad. Pero el “urgente núcleo del mensaje de Francisco” será el de desafiar esta “idea americana” al “proclamar que el camino a la felicidad se encuentra no solamente, o principalmente, mediante los derechos humanos, sino a través del ejercicio de virtudes, más notablemente la justicia y la caridad.” (*Western Journalism*, 19 de mayo, 2015). Para el ojo discernidor, queda claro que repudiando la Constitución Americana y sustituyendo con dogmas papales, es el final objetivo de Francisco, estableciéndose así como el líder del Nuevo Orden Mundial, y el vencedor en la competencia por el dominio mundial mencionada por Malachi Martin.

Leal a la promesa, Francisco ha hecho exactamente como predijo Sachs. En el discurso papal al congreso estadounidense, él sin pena

censuró los males del Capitalismo, y en efecto propuso que se implementara en su lugar un nuevo gobierno tipo Papal. Su repetido refrán fue *que el estado debiera unirse con la iglesia* para resolver los problemas de la humanidad; desde luego la iglesia siendo el árbitro de lo que es bueno y lo que es malo. Howard Fineman, Director Editorial Global del periódico *Huffington Post*, lo dice mejor en su artículo titulado: “Pope Francis Wants To Be The President Of The World” (El Papa Francisco Desea Ser El Presidente del Mundo). Él observa, “Pero hábilmente, metódicamente, y con el instinto de un exhibicionista, el sencillo sacerdote jesuita argentino de 78 años, que se llama Jorge Bergoglio — Papa Francisco — demostró el jueves que está propuesto en ser presidente del planeta. Él hizo así en una ceremonia de congresistas de pompa cívica secular en un enorme edificio legislativo que, después de todo, imita a la antigua Roma. Tan devoto como él es, y tan enfocado en la fe y práctica de la Iglesia Católica, Francisco también está activo en dirigir conferencias públicas, seculares, y políticas a nivel mundial. Él está argumentando que las dos esferas de la fe y la política son una, y que las enseñanzas morales y espirituales de la fe debieran informar y dirigir decisiones políticas para “nuestro común hogar.” (*Huffington Post*, 26 de septiembre, 2015).

Pero el estadista y patriota, Richard Thompson, Secretario de la Marina y autor de *The Papacy and the Civil Power* (El papado y el Poder Civil), tiempo atrás dijo: “Nada es más claro que, si los principios de la Iglesia de Roma prevalecen aquí, **nuestra constitución necesariamente fracasaría**. Los dos no pueden coexistir. Ellos se encuentran en abierto y directo antagonismo con la fundamental teoría de nuestro gobierno y de todo gobierno popular en cualquier parte.” El finado Charles Chiniquy, ex sacerdote católico romano, acordó con Robins, White y Thompson. Él escribió: “La Constitución Americana asegura la absoluta independencia de lo civil de lo eclesiástico, o del poder de la iglesia; pero la Iglesia de Roma declara, a través de todos sus pontífices y Concilios, que tal independencia es una impiedad y una revolución contra Dios.” (*Fifty Years in the Church of Rome*, pág. 478). Los líderes de América, hipnotizados por la presencia de Francisco, acoplado de la pompa y circunstancia que atendió cada movimiento suyo, aplaudieron mientras él efectivamente les ordenó repudiar la Constitución Americana con su sólido fundamento de separación de iglesia y estado. El Congreso de Estados Unidos, en su infancia, construyó su documento documento de fundación como un baluarte contra incursión y gobierno papal.

Ciertamente es triste ver, ahora en su forma madura, un poco más de doscientos años después, a ese cuerpo asegurando al papa-do, el más peligroso enemigo de la Libertad Civil y Religiosa, que seguirá sus directrices.

Aunque aparenta ser un feliz matrimonio en potencia, una confrontación, (según es indicado por Malachi Martin) entre el Capitalismo y el Catolicismo, es inevitable. Los dos ciertamente se unirán por un corto período de tiempo, con el propósito de perseguir a quienes se oponen; **pero finalmente terminarán en una lucha tectónica de proporciones apocalípticas.** Así dice Juan el Revelador: “Se le permitió infundir aliento a la imagen de la primera bestia, para que la imagen pudiera hablar y dar muerte a todo el que no adore a la imagen de la bestia. Y ordenaba que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, se les ponga una marca en la mano derecha o en la frente. Y que ninguno pueda comprar ni vender, sino el que tenga la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre.” (Apoc. 13:15-17). “Los diez cuernos [las 10 Divisiones del Mundo] que viste son diez reyes, que aún no han recibido reino; pero por una hora recibirán autoridad como reyes con la bestia. Estos tienen un mismo propósito, y darán su poder y autoridad a la bestia [el papado]. Pelearán contra el Cordero, pero el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores Rey de reyes; y los que están con él son llamados, elegidos y fieles.” (Apoc. 17:12-14).

Pero finalmente, quizá demasiado tarde, ellos descubren al enemigo en el campamento, y luego se vuelven contra él con venganza y furia. Juan concluye, “Y los diez cuernos que viste en la bestia, aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; devorarán su carne y la quemarán a fuego. Porque Dios ha puesto en sus corazones ejecutar lo que él quiso, es a saber, ponerse de acuerdo y dar a la bestia el poder de reinar, hasta que se cumplan las Palabras de Dios. Y la mujer que viste es aquella gran ciudad que impera sobre los reyes de la tierra.” (Apoc. 17:16-18).

La Introducción de la Supuesta Santidad del Domingo

El ex Papa Benedicto XVI, a semejanza de sus antepasados, estaba resueltamente determinado en avanzar los esfuerzos de su iglesia por la unidad de todos los cristianos. Él exclama: “El compromiso de la Iglesia Católica para la búsqueda de unidad cristiana es irreversible.” (*USA Today*, 27 de junio, 2005). Esa unidad se encuentra arraigada y basada en lo [supuestamente] sagrado del día domingo. El asunto amoroso de los Evangélicos con los Católicos es ciertamente un cumplimiento de la profecía bíblica del mundo entero *maravillándose tras la bestia*. (Apoc. 13:3, 8). En directa oposición al llamado de Dios de honrar Su verdadero sábado (Éxodo 20:8-11; Apoc. 14:7) se encuentra el llamado de honrar, y finalmente imponer el domingo como día universal de descanso. Lo sagrado del domingo es la pega que une al Catolicismo y no sólo a todo el Protestantismo, sino también al resto de las religiones del mundo.

Los periódicos y revistas están repletos de artículos sobre la necesidad de honrar y reverenciar el domingo como día de reposo. La Revista *Time* presentó este titular en un artículo pidiendo que se honrara lo sagrado del domingo, “¿Y en el Día Séptimo Descansamos? Quizá esas antiguas leyes azules no estaban tan malas.” (*Time*, 2 de agosto, 2004). El artículo, escrito por Nancy Gibbs, uno de los principales periodistas de la revista, siguió para pronunciar la santidad del domingo, e hizo un llamado para que la nación regresara a honrarlo como día sagrado. Similarmente, la revista *Sunday Times* de Londres, reportó sobre la encíclica del finado Papa Juan Pablo II, *Dies Domini* (*The Day of the Lord*; El Día del Señor). “También se espera que reciba apoyo de otras iglesias, particularmente de cristianos evangélicos, que comparten la preocupación del Papa tocante a la erosión del *sábado*.” (*The Sunday Times*, 5 de julio, 2004). Esto no se está refiriendo al sábado de Dios; sino al domingo de Roma. La fuerte apelación del Papa, y la férrea exhortación al mundo al ser emitido el documento fue, “Hágase claro que en el día domingo no debe hacerse trabajo secular, siendo que debe celebrarse como el día de nuestro Señor.” El Monseñor Miguel Delgado Galindo, Vi-

cesecretario para el Concilio Pontificio para el Laicado, apeló a los fieles: “La iglesia nos enseña en apartar este día, el primer día de la semana en que recordamos la resurrección de Cristo Jesús, para adoración divina y reposo. . . En los domingos los católicos debieran participar en la Santa Misa, la renovación sin sangre del sacrificio de Cristo en la cruz, y la más grande expresión de alabanza y adoración que el hombre puede ofrecer al Señor nuestro Dios.” (*Catholic News Service*, 19 de julio, 2011).

Desde luego esto es contrario a la Palabra de Dios. El Creador nos llama a reposar en Su bendito sábado, el día séptimo de la semana, **no el primero**. La pregunta es, ¿A quién estás siguiendo sobre el asunto del sábado de Dios? Además, el Papa Benedicto XVI envió el llamado mientras celebraba misa en Viena, Austria en el año 2007. Él insistió que el domingo debiera ser protegido como día de adoración. *Zenith*, la oficial agencia noticiera papal, reportó la preocupación del Papa tocante al establecimiento del domingo como universal día de descanso. Dice él, “En un tiempo cuando la creación parece estar peligrando en tantas formas mediante la actividad humana, también debiéramos concienzudamente aceptar esta dimensión del domingo. . . Es necesario para promover reflexión y esfuerzos en reconciliar las demandas y los períodos de trabajo con los de la familia; y recuperar el verdadero significado de la fiesta, especialmente en domingo, el semanal día de Pascua, el día del Señor, y el día del hombre, el día de la familia, y de la comunidad, y de la solidaridad.” (*Zenith.org*, 26 de septiembre, 2010).

Aún en la Jerusalén judía el movimiento para lo sagrado del domingo se ha arraigado y desarrollado exponencialmente. Lo siguiente es sorprendente: “La Ley Sábado-Domingo muestra apoyo. MK Zevulun Orlev (NRP) ha anunciado los resultados de una encuesta mostrando 56% de apoyo para su propuesta legislación en hacer del domingo un día de reposo, y permitir un poco de transportación pública y entretenimiento en día sábado.” (*Israel News Service*, Hillel Fendel, 31 de mayo, 2007). Al artículo también mostró la amplia apelación al Knesset (Parlamento). Orlev declaró, “El principal motivo de la idea es permitir que el público tradicional y religioso use el día de reposo para gastar tiempo con la familia, algo que no es posible para los observadores del sábado.” (*ynetnews.com*, 5/14/07).

La *European Sunday Alliance* (Alianza Dominical Europea) fue

lanzada en Bruselas el 20 de junio, 2011. Tiene como tema: “Juntos para decentes horas de trabajo.” La organización que está compuesta de varias organizaciones de la sociedad civil, gremios laborales, e iglesias, se ha dedicado a obtener legislación que “se dedique a salvaguardar y promover domingos libres de trabajo secular, y horas decentes de trabajo por toda Europa.”

El Movimiento Nacional de Regreso a la Iglesia en día Domingo, es la más grande iniciativa interdenominacional en América. Es una organización que procura conseguir que más personas regresen a la iglesia en día domingo. Philip Nation, uno de los miembros fundadores de la organización, dijo: “El entusiasmo para el Domingo Nacional Para Regresar a la Iglesia en Día Domingo ha crecido adjunto al número de iglesias que participan.”

El periódico *Lord's Day Alliance USA* dice: “El domingo es una “MARCA” de unidad cristiana siendo que es en este día que somos llamados a comulgar con el Señor, por el Señor. . . Para poder apreciar plenamente el día domingo como una marca de unidad cristiana, debemos expandir nuestra definición de la palabra *unidad*.”

El 27 de marzo, 2015, Sylvia Allen, una Senadora Republicana en Arizona comentó sobre una nueva ley sobre armas, para que se permitiera que personas cargaran armas no visibles en edificios públicos. Aparentemente ella piensa que la nueva ley es necesaria **debido al fracaso de todos los americanos de asistir a la iglesia el día domingo**. Hablando de la “horrible erosión del alma de América,” Allen dijo, “Lentamente estamos erosionando la religión en cada oportunidad. . . Probablemente debiéramos debatir una ley [¿] exigiendo[?] **que cada americano atienda a una iglesia de su gusto en domingo**, para ver si podemos recuperar el renacimiento moral.” Estas iniciativas aparecen muy inocentes y benéficas en la superficie. Pero existe una tendencia subyacente de la cual muy pocos se enteran. Elena G. de White nuevamente advierte al pueblo de Dios: “El movimiento dominical se está abriendo paso en las tinieblas. Los dirigentes **están ocultando el fin verdadero**, y muchos de los que se unen al movimiento no ven hacia dónde tiende la corriente que se hace sentir por debajo. Los fines que profesan son benignos y aparentemente cristianos; **pero cuando hablen se revelará el espíritu del dragón.**” (*Testimonios Para la Iglesia*, Tomo 5, pág. 427).

En su Carta Encíclica de julio, 2009, una copia que fue personal-

mente entregada al Presidente Barak Obama, el ex Papa Benedicto se dirige a la abundancia de problemas sociales, económicos, ambientales, y políticos que plagan al actual mundo. Él luego propone su solución tipo cúralo todo: “En el presente contexto social y cultural, donde existe amplia tendencia a relativizar la verdad, el practicar la verdadera caridad nos ayuda a entender que apegarse a los valores del cristianismo no es meramente útil sino esencial para edificar una buena sociedad, y para un verdadero desarrollo humano integral.” (*Charity In Truth*, Section 4). La pregunta es: “¿A el cristianismo de quién está refiriéndose? Él sigue y contesta esa pregunta al luego proponer una orden social “que se conforma a la orden moral.” Indudablemente él está refiriéndose a la orden ‘social’ y ‘moral’ según es enseñada y practicada por su iglesia [La Iglesia Católica]. Esa orden social y moral tiene como fundamento lo [supuestamente] sagrado del domingo. Lo que él ofrece para que se asegure un apego al ‘orden moral’ es muy espantoso. Benedicto recomendó la formación de una ‘verdadera y mundial autoridad política investida del poder de asegurar seguridad y cumplimiento con su prescrita orden social y moral. Esencialmente, Benedicto no sólo está expresando su opinión para resolver los problemas del mundo, sino dando a saber a todos que la única solución a esos problemas es una unión universal tipo iglesia/estado, basada sobre los valores morales de su iglesia. Esto no sólo es espantoso, sino ciertamente el cumplimiento de la visión de Juan sobre Apocalipsis capítulos 13 y 17 — una orden universal político/religiosa [¿]controlada por la iglesia de Roma[?]”

El actual Papa, Francisco I, no sólo ha continuado el llamado para lo sagrado del domingo, sino que ha cautivado al mundo entero mientras diligentemente procura unir a toda la humanidad bajo la gobernatura del papado. La *Associated Press* recientemente reportó: “El Papa Francisco lamentó el abandono de la práctica cristiana tradicional de no trabajar los domingos, diciendo que eso ejerce un negativo impacto en las familias y las amistades Él dice que gastar los domingos con la familia y los amigos no es una ‘optativa ética’ para los fieles y los incrédulos.” Después él añadió, “Preservando el especial carácter del domingo como el Día del Señor — aún civilmente donde sea posible.” Como sacerdote jesuita, Francisco sin duda se suscribe al general objetivo de su orden, **que es hacer que regresen todos los “herejes” (hermanos separados) al rebaño de la madre iglesia.** Un vistazo superficial de sus movi-

mientos desde que reemplazó a Benedicto, en un sorprendente e inusual curso de eventos, es hablar de su éxito en traer a los “herejes” de regreso a casa y así exaltar lo sagrado del domingo.

- Enero 21, 2014 — Apeló por unidad cristiana a un grupo de líderes evangélicos influyentes. Él les declaró que, “Ahora todos somos católicos.” La respuesta a su apelación fue pronunciada como un paso positivo en la correcta dirección
- Marzo 13, 2014 — El portavoz de la Cámara de Representantes Americanos, el republicano John Boehner, extendió una invitación a Francisco para que hablara a una sesión plenaria del Congreso Estadounidense. La demócrata Nancy Pelosi, ex portavoz de dicha Cámara, plenamente apoyó a Boehner, indicando que ella ha sido inspirada por el mensaje del Papa sobre la paz, la compasión, y la confraternidad.” Desde luego Francisco aceptó la histórica invitación y habló a la nación el 24 de septiembre, 2015. Durante su visita a Estados Unidos, él también habló a las Naciones Unidas y a la Reunión Mundial de Familias en Philadelphia. Uno a penas puede imaginar cual sería el asombro de los Padres Fundadores que establecieron esta nación como baluarte contra la incursión papal.
- Marzo 27, 2014 — El Papa Francisco se reunió con el Presidente Barak Obama en el Vaticano. Los dos discutieron la necesidad de solidaridad en resolver los problemas del mundo.
- Mayo 9, 2014 — Francisco recomendó a las Naciones Unidas sobre resolver los problemas económicos del mundo. Su solución: “la legítima redistribución de beneficios económicos mediante el estado, al igual que en la indispensable cooperación entre el sector privado y la sociedad civil.” El influyente periodista John Moody, escribió este evento, diciendo, “Francisco. . . llegó a ser un político con sotana.”
- Junio 1, 2014 — El Papa atendió una reunión de 53,000 carismáticos reunidos en Roma para la Convención Nacional #37 para la Conferencia ‘Renovación del Espíritu’.
- Junio 5, 2014 — Una delegación de quince personas, incluyendo el pastor de la mega iglesia, Joel Osteen y miembros

de la Iglesia Mormona, se reunieron con el Papa para discutir el asunto: “¿Podemos encontrar un terreno común para avanzar el ministerio de Jesús para que más personas puedan experimentar el gozo de la fe cristiana? Joel Osteen comentó sobre la reunión: “Me sentí muy honrado y muy humillado. . . Me agrada el hecho de que este Papa está procurando engrandecer a la iglesia, no empequeñecerla. . él no está sacando de la iglesia a las personas, sino haciendo a la iglesia más inclusivista. Eso resonó conmigo.”

- Octubre 25, 2014 — Jerry White, Asistente Diputado de Estado del Secretario de Estado, hizo un llamado para un “pacto global de religiones” con el Papa como dirigente. Esto vino justo sobre los talones de lo dicho por el presidente Shimon Pérez, pidiendo por una organización de Religiones Unidas, citando al Papa como figura central para la paz mundial.
- Mayo 23, 2015 — En Phoenix, Arizona, Francisco habló al Movimiento Juan 17, una organización formada para unir a Católicos y Protestantes. El repitió su apelación de que se unieran y regresarán a la madre iglesia [Iglesia Católica]. El dijo: “Es unidad lo que buscamos adjunto a un sendero común. Es la unidad de nuestro trabajo común.”

Además, el Papa viajó a la Tierra Santa visitando sitios santos de los judíos, los cristianos, y musulmanes. Él posteriormente invitó a los presidentes de Israel y Palestina al Vaticano donde se les unieron líderes religiosos cristianos, judíos, y musulmanes, para orar por la paz.

Después de una reunión con varios tele evangelistas americanos, que respondieron a su llamado para la unidad cristiana, Francisco estableció un Concilio para Promover La Unidad Cristiana Global. Un importante pastor americano Rick Warren, después de entrevistarse con el Papa, declaró que los Católicos y los Protestantes se encuentran en la misma página.

Sin embargo, la declaración papal a un grupo de más de 30,000 Católicos debiera haber despertado a los durmientes santos tocante a los reales objetivos de Francisco. A sus reunidos en el 24 de junio, 2014, Francisco enérgicamente anunció: “Existen quienes creen que pueden mantener una personal, directa, e inmediata relación con

Cristo Jesús fuera de la comunión e intercesión de la iglesia. ESTOS SON TENTACIONES PELIGROSAS Y PERJUDICIALES.” Así fue la póliza de su iglesia que condujo a la matanza de decenas de millones que prefirieron creer que **la salvación se encuentra accesible mediante Cristo Jesús, y sólo mediante Él.** (Juan 14: 6, Hechos 4:12).

Claramente, la Iglesia Romana, con Francisco encabezándola, cree que la solución a los problemas mundiales sobre economía, política, morales, y religiosos, descansa con ellos. El llamado universal para *lo sagrado* del domingo, la profesa *marca* de autoridad de la iglesia de Francisco en asuntos religiosos, está siendo presentada a las masas como un tiempo de descanso del stress y bullicio de la vida cotidiana. Esto indudablemente fue su apelación a las diferentes audiencias presentes durante su visita a los Estados Unidos.

Sin embargo, es más dogmático el final objetivo del principal protagonista empujando el movimiento dominical, la Iglesia de Roma. Nosotros leemos estas reveladoras palabras en *Dies Domini*, “Cuando, a través de los siglos, ella ha creado leyes tocante al reposo dominical, la Iglesia ha tenido en mente el trabajo de los sirvientes y los obreros, ciertamente no porque este trabajo fuera menos digno cuando comparado con los requerimientos espirituales de la observancia dominical, sino porque necesitaba más regulación para aligerar su carga y así habilitar que todos guardaran santo el Día del Señor. En este asunto, mi predecesor el Papa Leo XIII en su Encíclica *Rerum Novarum* habló del reposo dominical como el derecho del obrero que debe ser garantizado por el Estado. (*Dies Domini*, Section 66).

En lenguaje claro, Roma está usando el argumento de reposo para camuflajiar su verdadero propósito de *a la fuerza* instituir lo [supuestamente] sagrado del día domingo, la marca de su autoridad, en sustitución del Santo sábado de Dios. Pero no necesitáis ser engañados. Dios ya nos ha dado un día de descanso. El registro bíblico revela, “Así quedaron acabados los cielos y la tierra, y todas sus criaturas. Y acabó Dios en el séptimo día la obra que hizo, y reposó en el séptimo día de todo lo que había hecho en la creación. Y Dios bendijo al séptimo día, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación.” (Gén. 2:1-3). No necesitáis la falsificación de Roma. Además, Dios no nos obliga forzosamente a observar el sábado séptimo día; él más bien los llama a honrarlo por

amor.

Ciertamente el llamado para el reposo dominical según es promovido al público, no se trata tanto del reposo, sino de lo [supuestamente] sagrado del domingo, en afrentosa oposición al santo sábado séptimo día de Dios. **Es un llamado a mostrar sumisión al Papa de Roma.** El establecimiento de lo sagrado del día domingo es inevitable. Este ejercicio de esfuerzos en imponer lo sagrado del domingo en el mundo entero, es sino un preludio de lo predicho en la profecía.

En tiempos de tragedia y catástrofe, cuando no parece existir salida alguna, los hombres buscan ayuda de Dios. El 11 de septiembre, 2001 fue una ocasión tal de alcance nacional e internacional. Después de esa gran tragedia, la asistencia a la iglesia subió dramáticamente mientras la gente procuraba la ayuda de Dios por entendimiento, y para encontrar solaz de lo inimaginable. Para muchos, esto significó asistir a la iglesia el domingo. Nadie sabe cuándo ocurrirá la siguiente catástrofe. Si será otro ataque terrorista, una declinación financiera universal, alguna enfermedad incontrolable, un desastre natural, o cualquier combinación, una cosa sí es cierta, y es que los hombres buscarán la ayuda de Dios.

En tal tiempo, el llamado para la observancia dominical caerá en oídos ansiosos. Cada cual tendrá que tomar una opción. La iglesia romana extendió un fuerte desafío a todos los cristianos en una serie de artículos publicados en el año 1893 en la revista *Catholic Mirror*, el órgano oficial del Cardenal Gibbons, y del Papado, en Estados Unidos. Fue entonces, y aún lo es, un asunto de consecuencias eternas para todo ‘protestante’ que guarda el domingo. Esos artículos, compilados en un libreto titulado *Rome’s Challenge*, dice: “Los argumentos contenidos en este panfleto están firmemente arraigados en la palabra de Dios, y habiendo sido cerradamente estudiados con la Biblia en mano, no dejan escapatoria para el conciencioso protestante excepto el abandono de la adoración en día domingo y el retorno al sábado, ordenado por su maestro, la Biblia, o, no dispuestos a abandonar la tradición de la Iglesia Católica, que ordena el guardar el domingo, y que ellos han aceptado en directa oposición a su maestro la Biblia, consistentemente la aceptan en todas sus enseñanzas. La razón y el sentido común demandan la aceptación de una o la otra de estas opciones; o el protestantismo y guardar el sábado, o el catolicismo y el guardar el domingo. La

transigencia es imposible.”

El apóstol Juan predice que aún en este clima de mortíferas amenazas y apostasía profunda, Dios tendrá un fiel remanente, aún habrá protestantes. Él profetiza, “Entonces el dragón se airó contra la mujer, y fue a combatir al resto de sus hijos, los que guardan los Mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús.” (Apocalipsis 12:17). Entonces él nos asegura, “Estos tienen un mismo propósito, y darán su poder y autoridad a la bestia. Pelearán contra el Cordero, pero el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores Rey de reyes; y los que están con él son llamados, elegidos y fieles.” (Apoc.17:13,14). ¿En cuál lado de la batalla te encuentras? Jesús nos asegura victoria si estamos de Su lado. Mediante la fe, tu puedes, y debes, escoger al Cordero y estar de Su lado **al seleccionar su santo sábado, rechazando de esa forma lo [supuestamente] sagrado del domingo, la marca de autoridad de Roma.**

CAPITULO 4

La Historia del Mundo Predicha

El sello de Dios es su día Sábado. Es la señal de autoridad dentro de su ley lo que lo identifica como su autor. El mandamiento del Sábado dice: “Acuérdate del día Sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra. Pero el Sábado es el día de reposo del Señor tu Dios. No hagas ningún trabajo en él; ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días el Eterno hizo el cielo, la tierra y el mar, y todo lo que contienen, y reposó en el séptimo día. Por eso, el Señor bendijo el Sábado y lo declaró santo.” (Éxodo 20:8-11).

El nombre de Dios y su título se encuentran allí encarnados. Especifica su esfera de autoridad. Además, es el emblema de la divina relación con toda la humanidad, conocido como *el pacto eterno*. El sábado séptimo día es la señal entre Dios y Su pueblo, significando que ellos le pertenecen y sostienen una total dependencia de él para todas sus necesidades. Moisés escribe: “Seis días se trabajará, pero el séptimo día es sábado de completo reposo, consagrado al Eterno. Todo el que haga algún trabajo en Sábado, morirá. Guardarán, pues, el Sábado los israelitas, celebrándolo de generación en generación, por pacto perpetuo. Es señal para siempre entre mí y los israelitas, porque en seis días el Señor hizo los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó y reposó. Cuando el Señor terminó de hablar con Moisés en el monte Sinaí, le dio dos tablas del Testimonio, tablas de piedra escritas con el dedo de Dios.” (Éxodo 31:15-18).

El apóstol Pablo enseña que cualquiera que acepta a Cristo Jesús como su Señor y Salvador, llega a ser un israelita. “porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego, ni siervo ni libre, ni hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y ya que sois de Cristo, de cierto sois descendientes de Abrahán, y conforme a la promesa, herederos.” (Gálatas 3:27-29). Siendo herederos de la promesa también supone obligaciones para con los mandatos. Por tanto, en manera muy particular, mediante la fe, el mandamiento del Sábado, como los otros nueve, es obligatorio para con el cristiano. Sin embargo, la Biblia habla de un poder que, en el tiempo del fin, ejercería dominio universal sobre toda nación, pueblo, y lengua. El profeta Daniel pre-

dice que además de ser un poder perseguidor, **procuraría establecerse por encima de Dios al pretender cambiar la ley de Dios**, particularmente el mandamiento del Sábado. Ese poder es mencionado como ‘la bestia’. (Daniel 7:25).

La Biblia también enseña que la bestia tendrá una ‘marca’ que afectará la supervivencia de cada persona en el planeta tierra. Pero ¿quién es la bestia y cuál es su marca? Sin embargo más importante es el asunto de cómo la bestia y su marca se relacionan con Dios y Su sello. Sean lo que fueran, la bestia y su marca se encuentran en contradicción con Dios y Su sello de autoridad, su bendito día sábado.

En el proceso de identificar y confirmar lo que realmente es ‘la bestia’ y cuál es su ‘marca,’ determinaremos su ubicación en la historia según fue profetizado en la Santa Palabra de Dios hace casi 1000 años antes de su surgimiento en el registro histórico. Examinaremos la parte que está desempeñando en los actuales asuntos del mundo. Desbloquearemos las profecías bíblicas del papel de la bestia y su marca en los eventos finales. Descubriremos que el santo sábado de Dios será el asunto de mayor contienda en los corazones y las vidas de los hombres en todas partes del planeta. Esto está siendo evidente al hacerse más manifiesta la parte que desempeña la bestia y su marca.

Algunos dicen que la marca de la bestia es un chip de computadora que sería implantado en la frente o en la mano derecha de cada habitante en la tierra. Otros dicen que será algún tipo de tarjeta que identificaría a la persona como siendo aprobada por el Nuevo Orden Mundial. Esa tarjeta, dicen ellos, permitirá que algunos compren y vendan cuando otros no podrán. Ciertamente la tecnología se encuentra accesible, o está siendo desarrollada, para lograr esas tareas. Sin embargo, como pueblo de fe, nuestras únicas respuestas verdaderas deben llegar directamente de la Palabra de Dios. Cual sea la bestia y su marca, la Biblia exhorta que estemos enterados de ellas y, mediante la gracia de Dios, las evitemos. La Biblia deja muy claro, que las consecuencias de recibir la marca de la bestia son terribles y fatales. Juan el Revelador advierte: “Y el tercer ángel los siguió diciendo a gran voz: "Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe su marca en su frente o en su mano, éste también beberá del vino de la ira de Dios, vaciado puro en la copa de su ira. Y será atormentado con fuego y azufre ante los santos ángeles y

ante el Cordero.”” (Apoc. 14:9-10).

Juan también predice una horrenda consecuencia para quienes reciben la marca de la bestia. Él dice: “El primero fue y derramó su copa sobre la tierra. Y vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia y adoraban su imagen.” (Apoc. 16:2).

En ambos casos, Juan está refiriéndose a las últimas plagas que serían derramadas sobre la tierra. Ellas no vienen mezcladas con misericordia divina. La gracia no suplica más por el pecador. Se ha cerrado el tiempo de gracia para el hombre. Jesús ha declarado: “El que es injusto siga siendo injusto, y el sucio siga ensuciándose. El justo siga siendo justo, y el santo siga santificándose.” (Apoc. 22:11). Jesús realiza su glorioso regreso al planeta para rescatar y redimir a los justos, y castigar a los impíos y desobedientes. La cosecha para su reino se encuentra madura, y también la cosecha para los fuegos del infierno. Juan además dice: “Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho las señales ante ella. Con esas señales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia y adoraron su imagen. Los dos fueron lanzados vivos en el lago de fuego que arde con azufre.” (Apoc. 19:20).

Sin embargo, y de manera muy interesante, la bestia sí ofrece algunos *beneficios* a quienes reciben su marca y adoran su imagen. Ella amenaza a quienes rehúsan su autoridad cuando escogen el sello de Dios en vez de recibir su marca [la de la bestia]. Juan describe el conflicto: “Se le permitió infundir aliento a la imagen de la primera bestia, para que la imagen pudiera hablar y dar muerte a todo el que no adore a la imagen de la bestia. Y ordenaba que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, se les ponga una marca en la mano derecha o en la frente. Y que ninguno pueda comprar ni vender, sino el que tenga la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre.” (Apoc. 13:15-17).

Cada ser humano en el planeta tierra tendría que tomar una decisión. O recibir el sello de Dios; y en ese caso se sufrirá y quizá uno muere en manos de la bestia. O, se recibirá la marca de la bestia, se disfrutarán sus momentáneos beneficios, pero luego el hombre se enfrenta con la ira de Dios cuando las plagas son derramadas sin mezcla de misericordia, y finalmente se padece la muerte eterna. No existe término medio. Por eso es de vital importancia que se conozca exactamente, de la Palabra de Dios, qué realmente signi-

fica la bestia y qué es su marca.

Para poder determinar en qué consiste la marca de la bestia primero debemos identificar qué o quién es la bestia. Para esto vamos a la palabra de Dios. Es la única fuente confiable para identificar correctamente a la bestia y determinar en qué consiste su marca. El profeta Daniel nos dice qué es una bestia. En una visión, recibida de Dios mientras se encontraba en el cautiverio babilónico, a Daniel se le muestra la historia del mundo desde su tiempo y a través de las edades, hasta la segunda venida de Cristo Jesús. Las naciones, que serán los sucesivos poderes dominantes, fueron representadas a Daniel como “bestias”. Cada una ejercería un significativo impacto sobre el pueblo de Dios y Su plan de redención para las almas de los hombres. El profeta de Dios dice: “Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra.” (Dan. 7:17). Él sigue: “Me dijo así: ‘La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, será diferente de los otros reinos, y a toda la tierra devorará, aplastará y despedazará.’” (Dan. 7:23).

El siervo de Dios no sólo nos dice en qué consiste el nombre *bestia*, sino también nos da algunos rasgos identificadores de ‘la bestia’. Claramente Daniel está usando una *bestia* para señalar un poder político o una nación. **Él también nos dice que en algún tiempo la bestia gobernaría a toda la tierra con una póliza de crueldad y furia.** Él sigue diciendo: “Daniel dijo: “Vi en mi visión de noche que los cuatro vientos del cielo agitaban el gran mar. “Y cuatro grandes bestias, diferentes una de la otra, subían del mar.” (Dan. 7:2-3). Ya hemos identificado a las bestias como poderes políticos. Daniel dice que los vientos del cielo lucharon sobre la mar. Y ¿qué significan los vientos y la mar? Isaías contesta: “¡Ay! Multitud de muchos pueblos como estruendo del mar. Retumbar de naciones como rugido de muchas aguas. Los pueblos harán estrépito como el bramido de muchas aguas. Pero Dios los reprenderá, y huirán lejos; serán ahuyentados como el tamo de los montes ante el viento, como el polvo ante el torbellino.” (Isa. 17:12-13).

Daniel, al igual que Isaías, describe así la advertencia y lucha entre naciones mientras ellas luchan entre sí por dominio político y militar. La primera bestia, o nación, que Daniel menciona es un león con alas de águila. Él profetiza: ““La primera era como un león, y tenía alas de águila. Mientras yo miraba, sus alas fueron arrancadas, fue levantada de la tierra, y se puso sobre los pies a manera de hombre y le fue dado corazón de hombre.” (Dan. 7:4). Profetizando to-

cante al cautiverio de Judá mediante Babilonia, el profeta Jeremías dijo: “El león sube de su guarida, el destructor de naciones ha salido de su lugar para asolar tu tierra. Tus ciudades quedarán en ruinas y sin habitantes.” (Jer. 4:7). Él sigue: “¡Mirad! El enemigo avanza como nube, y sus carros como torbellino. Más ligeros son sus caballos que las águilas. ¡Ay de nosotros, porque somos dados a sacco!” (Jer. 4:13). Otro profeta de Dios lo hace aún más claro, “Y toda esta tierra quedará desolada, en espanto. Y estas naciones servirán al rey de Babilonia setenta años.” (Jer. 25:11). La primera bestia del sueño de Daniel incuestionablemente identifica a la nación de Babilonia, a la cual él y el pueblo de Israel fueron llevados cautivos en el año 606 a. C. Daniel luego ve otra bestia (nación) luchando contra la primera bestia. “La segunda bestia era semejante a un oso. . .” (Dan. 7:5).

El profeta Isaías no sólo profetizó que el pueblo de Dios iría en cautiverio a Babilonia; sino que también sería librado por los persas. Él registra: “Que digo de Ciro: Es mi pastor, cumplirá todo lo que quiero, al decir a Jerusalén: Serás reedificada; y al templo: Serás fundado.”. . . “Así dice el Eterno a su ungido, a Ciro, a quien tomó por su mano derecha, para sujetar naciones ante él, y desatar lomos de reyes; para abrir ante él puertas, puertas que no se cerrarán.” (Isa. 44:28; 45:1). Exactamente como fue profetizado, la historia testifica que Ciro, rey de Persia, conquistó el reino de Babilonia y otorgó al pueblo judío su liberación de ese cautiverio. La liberación dada por el decreto de Ciro permitió que los israelitas regresaran a Jerusalén y reconstruyeran su templo.

El escriba Esdras dice: “En el primer año de Ciro rey de Persia, en cumplimiento de la Palabra del Eterno dicha por medio de Jeremías, el Eterno movió el espíritu de Ciro, rey de Persia, quien mandó pregonar de viva voz y por escrito, por todo su reino, este decreto: “Así dice Ciro, rey de Persia: El Eterno Dios del cielo, me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique una casa en Jerusalén, que está en Judá.” ” (Esdras 1:1,2). Ciro, rey de Persia, en su intento de conquistar el reino de Babilonia, instruyó a su general Darío que desviara las aguas del río Éufrates de su curso natural que atravesaba la ciudad de Babilonia. El Éufrates, habiendo sido diferido de su flujo normal dejando así una base hueca, permitió que el ejército de Darío entrara a la capital de Babilonia sin ser detectado. El entró a la ciudad por debajo de las compuertas sobre tierra seca, desde donde el río Éufrates fue desviado. Ese acto deter-

minó la captura de Babilonia por los medos y los persas.

Daniel dice: “Esa misma noche fue muerto Belsasar, rey de los caldeos. Y Darío de Media tomó el reino, cuando tenía 62 años.” (Daniel 5:30, 31). Los medos eran vasallos de los persas. Darío, el medo, estaba actuando bajo la autoridad y dirección de Ciro, rey de los persas. Es así claramente establecido que la segunda bestia (nación) del sueño de Daniel, representada por el oso, es nada más que el imperio de los medos y los persas. La historia registra que el año en que los persas capturaron Babilonia fue el 536 a. C., exactamente 70 años después del cautiverio de los israelitas por los babilonios. Las declaraciones proféticas de Isaías y Jeremías se realizaron a la perfección.

La visión de Daniel continúa: “Seguí mirando, y vi otra bestia semejante a un leopardo, con cuatro alas de ave en su espalda. Tenía cuatro cabezas, y le fue dado poder.” (Dan. 7:6). ¿Cuál fue la nación que conquistó al imperio Medo-Persa? El registro histórico es innegable. En la primera mitad del siglo cuarto a. C., el conquistador y regente griego, Alejandro el Grande, realizó varias invasiones en el Imperio Medo-Persa. Finalmente, en el otoño del 331 a. C., él derrotó a Darío III, rey de los persas en la Batalla de Gaugamela (comúnmente mencionada como la Batalla de Arabela). Esta victoria completó la conquista alejandrina del mundo de esa época.

Alejandro el Grande logró esta hazaña a la tierna edad de 32 años. Él no vivió mucho tiempo más para disfrutar los resultados de sus valientes victorias. Él fue plagado de enfermedades incluyendo malaria y fiebre tifoidea. En una celebración en Babilonia que él ahora gobernaba, en el palacio de Nabucodonosor II, Alejandro entró en un estupor de borrachera. Él nunca se recuperó de su borrachera. Y eso resultó en su muerte. Alejandro no tenía herederos que asumieran la gobernatura de su reino según era costumbre de esa época en que vivió. No hubo nadie que siguiera con su legado como él había hecho tras la muerte de su padre, Felipe de Macedonia. En sus momentos de muerte, sus generales le preguntaron: “¿A quién le dejas el reino? El contestó: Al mejor, al más fuerte.” Y eso fue exactamente lo que sucedió.

Después de la muerte de Alejandro, irrumpió mucha lucha interna entre sus principales generales. Cuatro de sus generales más fuertes, Ptolomeo Lagus, Seleuco Nicator, Cassandro, y Lisímaco, dividieron entre sí el imperio. El leopardo con cuatro alas y cuatro cabezas

según descrito en el sueño de Daniel (Daniel 7:6) acertadamente describe la rapidez y habilidad con la cual Alejandro el Grande conquistó al mundo. También es una adecuada descripción de la subsecuente repartición del imperio entre los cuatro generales más fuertes de Alejandro. La profecía de Daniel tocante a la tercera bestia (reino) es así perfectamente cumplida.

Al proceder Daniel con el reporte de su visión, él describe a la cuarta bestia. Nos dice así: “Seguí mirando la visión de la noche, y vi una cuarta bestia, espantosa, terrible y muy fuerte. Tenía grandes dientes de hierro. Devoraba, destrozaba y pisoteaba las sobras con sus pies. Era muy diferente de todas las bestias anteriores, y tenía diez cuernos.” (Daniel 7:7). Unos tres años después Dios nuevamente dio a Daniel una visión de la cuarta bestia que gobernaría al mundo hasta la segunda venida de Cristo Jesús. Cito del registro inspirado: “En el tercer año de reinado del rey Belsasar, se me presentó una visión, a mí Daniel, como la que primero se me presentó.” (Dan. 8:1). Aquí es claramente indicado que el segundo sueño de Daniel se relacionaba con el primero. Sin embargo esta vez sólo dos bestias son descritas. El profeta registra: “Alcé mis ojos y vi un carnero junto al río. Tenía dos cuernos altos, uno era más alto que el otro; aunque el más alto había sido el último en despuntar.” (Dan. 8:3).

Luego Daniel vio otra bestia (nación) viniendo contra el primer reino, *el carnero*. Él dice: “Aquel carnero que viste, con dos cuernos, representa los reyes de Media y de Persia. El macho cabrío es el rey de Grecia, y el cuerno grande que tenía entre sus ojos es el primer rey.” (Dan. 8:20, 21). Después Daniel vio un cuerno pequeño (nación joven) surgiendo de uno de los cuatro vientos [es decir, desde el occidente]. Finalmente se hizo más fuerte y poderoso que el carnero y el cabrío. De este reino Daniel escribe: “De uno de ellos salió un cuerno pequeño, que creció mucho hacia el sur, y hacia la tierra hermosa. Se engrandeció hasta el ejército del cielo, y echó por tierra parte del ejército y de las estrellas, y las pisoteó. Aun contra el Príncipe del ejército se engrandeció, y quitó el continuo; y el lugar de su Santuario fue echado por tierra. A causa de la prevaricación, el ejército y el continuo le fueron entregados. Echó por tierra la verdad, y prosperó en todo lo que hizo.” (Dan. 8:9-12).

Al ver Daniel la obra de este cuerno pequeño (nación), sin entender completamente su significado, el ángel Gabriel fue enviado a darle la plena interpretación de su sueño. Daniel dice: “El macho cabrío

es el rey de Grecia, y el cuerno grande que tenía entre sus ojos es el primer rey. Los cuatro cuernos que sucedieron al que se quebró, representan cuatro reinos que saldrán de esa nación, pero no tendrán el mismo poder.” (Dan. 8:21, 22).

Gabriel revela a Daniel más detalles tocante al cuarto reino, “Al fin del reinado de ellos, cuando los rebeldes lleguen al colmo de la maldad, se levantará un rey altivo de rostro, maestro en intrigas. Y su poder se fortalecerá, pero no con su propia fuerza. Causará grandes destrucciones, y prosperará. Y destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos.” (Dan. 8: 23, 24).

Los sueños de Daniel, el segundo confirmando y expandiendo sobre el primero, predijeron los reinos que gobernarían al mundo y ejercerían un significativo impacto sobre el pueblo de Dios y Su plan para la redención del hombre. Hemos claramente identificado a las primeras tres bestias (reinos) de Daniel 7 como siendo (1) Babilonia (2) Medo-Persia (3) Grecia. También hemos identificado las dos bestias (reinos) de Daniel 8 como también siendo Medo-Persia y Grecia. Estas naciones, comenzando con Babilonia, sucesivamente conquistaron a la otra para llegar a ser el poder gobernante de su época. Cada cual conquistó más territorio y dominó más personas que la precedente. Babilonia gobernó desde 606 a. C. hasta 331 a. C. Fue seguida de Medo-Persia, que gobernó desde 536 a. C. hasta 331 a. C. Medo-Persia fue conquistada por Alejandro el Grande. El imperio griego se extendió desde 331 a. C. hasta aproximadamente 168 a. C. Estos son los documentados hechos históricos.

Pero ¿quién es la nación que los siguió? ¿Qué nación es *la cuarta bestia* de Daniel 7, y el rey de feroz semblante, y el cuerno pequeño del capítulo 8 de Daniel? Siendo que el sueño de Daniel 7 es consistente con la visión de Daniel 8, entonces las naciones descritas por estos símbolos también deben ser idénticas. Los registros bíblicos e históricos tocante a Babilonia, Medo-Persia, y Grecia, han sido innegablemente establecidos.

La popular enseñanza católico-romana, adoptada por la gran mayoría de maestros cristianos, es que el ‘Cuerno Pequeño’ es Antíoco Epifanes. Sin embargo, la razón, el sentido común, y el registro histórico, firmemente dictan de otra forma. La profecía predice que Medo-Persia sería grande. Luego dice que Grecia sería muy grande. El Cuerno Pequeño, que surge después de Grecia, dice Daniel, sería extremadamente grande. Aquí tenemos cuatro hechos históricos que destruyen la idea de que Antíoco Epifanes es el Cuerno Pequeño de

la profecía de Daniel:

1. Para que el Cuerno Pequeño llegara a ser *extremadamente grande*, tendría que conquistar más territorio y gobernar más pueblo que Medo/Persia (Grande) y Grecia (Muy Grande). Antíoco Epífanes fue uno de los veinte y cinco pequeños reyes que surgió de la Dinastía Selúcida, una de las cuatro divisiones del dividido imperio de Alejandro el Grande. Esa área es ahora conocida como la moderna Siria.

2. La profecía dice que el poder del Cuerno Pequeño se enfrentaría contra el Príncipe de príncipes (Daniel 8:25). El Príncipe de príncipes es Cristo Jesús. (Apoc. 1:5; 17:14; 19:16). Antíoco Epífanes murió cerca del año 164 a. C., mucho antes del primer advenimiento de Cristo Jesús.

3. Daniel también dice que echaría por tierra el santuario y la verdad (Daniel 8:11, 12). Los que señalan a Antíoco Epífanes como el Cuerno Pequeño concluyen que la profanación de Antíoco del templo judío en Jerusalén cumple esta profecía. Pero en vista de que el Poder del Cuerno Pequeño se levanta contra Cristo Jesús, el Príncipe de príncipes y Príncipe de los ejércitos, esa afirmación debe ser falsa. **Pues el santuario siendo aquí mencionado no podía ser el antiguo santuario israelí, sino el santuario celestial donde Jesús se sienta como el Sumo Sacerdote** (Hebreos 4:14-17). La verdad siendo echada a tierra simboliza que Cristo Jesús es nuestro Único Sumo Sacerdote y Mediador entre nosotros y Dios. (1ª Tim. 1:5).

4. Si Antíoco fue el poder del Cuerno Pequeño que llegó a ser extremadamente grande después que del imperio mundial de Alejandro el Grande, ¿por qué sería obligado a pagar impuestos a los romanos según es dicho en la *Encyclopedia of Religious Knowledge*? “Encontrando sus recursos agotados, él [Antíoco] resolvió entrar a Persia, para imponer tributos y coleccionar grandes sumas *que había acordado pagar a los romanos.*”

El Poder del Cuerno Pequeño, que surgió del mundo occidental, y al cual Antíoco Epífanes fue obligado a pagar tributo, debe ser **una entidad más grande y poderosa que no sólo Alejandro el Grande**. Esa es sólo una entidad que encaja con la descripción en cada particular, y que ciertamente es el Imperio de Roma.

CAPITULO 5

La Abominación Desoladora

Después del dominio mundial de Grecia, y la división del gran imperio de Alejandro mediante sus cuatro generales más poderosos, la historia registra el rápido surgimiento de una pequeña y aparentemente insignificante tribu surgiendo de las riberas del Río Tiber. Salió con rapidez y poder para volverse en el poder dominante del mundo en menos de 200 años. Abundan leyendas tocante al origen y años formativos de este poder. Lo que no se duda, y tampoco es leyenda, es el surgimiento a la grandeza mundial y el dominio. Según la Palabra de Dios, ese reino prosperará, su carácter será transformado, y luego gobernará nuevamente al mundo en los postreros días de la historia terrenal. **Su resurgimiento al dominio mundial** [Apocalipsis 13:3: ‘herida mortal QUE FUE SANADA’] durará hasta la segunda venida de Nuestro Señor y Salvador Cristo Jesús. Mientras surge al poder universal, ese reino impondrá su marca de autoridad sobre todos los hombres en el planeta tierra. Todos se someterán a su autoridad, excepto los que mediante la fe reciben el sello de autoridad del Dios de la creación, y tienen sus nombres escritos en Su libro de vida. (Apoc. 13:8).

El profeta Daniel, en Daniel 7:7, (antes citado) describe una nación que no fue semejante a ninguna otra, y con inmenso poder militar. Conquistó a todos los otros reinos anteriores para ascender a la gobernatura mundial. Se movilizó con rapidez, crueldad y determinada ferocidad para aplastar sus oponentes y controlar a su conquistada presa. De igual forma, en su visión de Daniel 8, el profeta se refiere así tocante al mismo reino: “De uno de ellos salió un cuerno pequeño, que creció mucho hacia el sur, y hacia la tierra hermosa.” (Dan. 8:9). La evidencia histórica apoya el hecho de que el imperio romano fue el poder dominante que surgió después del imperio griego. Roma [Imperial] extendió su poder hacia el sur (Egipto), hacia el oriente (Macedonia), y hacia la ‘tierra gloriosa’ (Palestina). Ningún otro poder acuerda con esta descripción.

Los rasgos de la cuarta bestia son sinónimos, en cada particular, con una entidad y sólo con una. Esa es el Imperio Romano, primero en su forma pagana y luego en su forma papal. Es la única nación que surgió del anonimato para gobernar al mundo con una poderosa mano por más de 600 años. Roma ciertamente creció *extremadamente grande* y se lanzó contra el “Príncipe del ejército, Cristo Je-

sús.” Fue el Imperio Romano, en su forma pagana, quien cruci-ficó a nuestro Salvador y destruyó el templo judío. En su forma papal, hizo que el santuario celestial fuera ‘echado por tierra’ al instituir un sistema de sacerdotes terrenales en sustitución de nuestro Sumo Sacerdote Celestial, Cristo Jesús. La historia testifica que el Imperio Romano surgió después del imperio griego para gobernar al mundo con mano de hierro. Roma Imperial es, sin duda, el reino que siguió al reino mundial de Grecia.

La historia del pueblo romano puede ser trazada a más de 1000 años a. C., y fueron sus avasalladoras victorias en las guerras púnicas, culminando en su conquista de España, África del Norte, Grecia, Asia Menor, y Egipto, lo que estableció a Roma como un imperio mundial cerca del año 149 a. C. Esta es la nación presentada en el sueño de Daniel 7:7, y su visión de Daniel 8:9, citado antes. Las conquistas de Roma Imperial fueron magnánimes. El profeta las describió acertadamente. Cualquier desafío a su supremacía era velozmente subyugado. Toda oposición a su autoridad era erradicada. El fuerte brazo de su legendario poderío militar no tenía rivalidad.

Daniel sigue su descripción de este poder: “Mientras yo contemplaba los cuernos, vi que otro cuerno pequeño subió entre ellos, y delante de él fueron arrancados tres de los primeros cuernos. Este cuerno tenía ojos como ojos de hombre, y una boca que hablaba con gran arrogancia.” (Dan. 7:8). Él repite esta serie de eventos en su visión de Daniel 8. Él dice: “Se engrandeció hasta el ejército del cielo, y echó por tierra parte del ejército y de las estrellas, y las pisoteó. Aun contra el Príncipe del ejército se engrandeció, y quitó el continuo; y el lugar de su Santuario fue echado por tierra. A causa de la prevaricación, el ejército y el continuo le fueron entregados. Echó por tierra la verdad, y prosperó en todo lo que hizo. . . ”Al fin del reinado de ellos, cuando los rebeldes lleguen al colmo de la maldad, se levantará un rey altivo de rostro, maestro en intrigas. Y su poder se fortalecerá, pero no con su propia fuerza. Causará grandes destrucciones, y prosperará. Y destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos.” (Dan. 8:10-12; 23-24).

En ambos reportes, Daniel está describiendo un cambio en la naturaleza de este reino. Se trata de un cambio de su naturaleza militarista hacia uno de naturaleza religiosa. Esto es especialmente cierto y correcto tocante al Imperio Romano. La transformación de Roma de un poder mundial militar hacia la religión dominante del mundo

en su época, es innegable. El historiador Will Durant escribe: “Cuando la cristiandad conquistó a Roma, la estructura eclesiástica de la iglesia pagana, el título y vestimentas del Pontifex Maximus, la adoración de la Gran Madre diosa y una multitud de divinidades confortadoras. . . el gozo y solemnidad de antiguos festivos, y el despliegue de ceremonia antigua, se introdujeron como sangre materna en la nueva religión, y la cautiva Roma capturó a su conquistador. Las riendas y habilidades de gobierno fueron legadas por un imperio moribundo a un Papado fuerte. El perdido poder de la rota espada fue recuperado por la magia de la palabra consoladora. Los ejércitos del estado fueron reemplazados por los misioneros de la iglesia, moviéndose en todas las direcciones adjunto a los caminos romanos; y las provincias en revuelta, aceptando el cristianismo, nuevamente reconocieron la soberanía de Roma. La iglesia con la sombra de la autoridad antigua como respaldo, fue el único símbolo que quedó de la Roma imperial. Su obispo, el Papa de Roma, fue el único recurso de la ciudad en busca de liderazgo y protección. El Imperio Romano en Europa sería reemplazado por el imperio espiritual, que al igual llegó a ser temporal, cuyo reinante señor fue el obispo de Roma.” (*Caesar and Christ*, pág. 672).

A semejanza de los previos reinos mundiales (Babilonia, Medo-Persia, y Grecia), el Imperio Romano no fue conquistado por otro poder mundial. Sólo cambió su estructura de paganismo a papismo. Esto es lo visto por Daniel al informar sobre la cuarta bestia que tiene diez cuernos. (Daniel 7:7,8). El Imperio Romano pagano alcanzó su cima en aproximadamente el cuarto siglo d. C. Como a este tiempo, comenzó a perder su control militar y político sobre las naciones del imperio. El descenso del imperio se llevó tiempo y lucha, cesando casi en la fecha de 476 d. C. Al declinar el imperio pagano, la iglesia se hizo cada vez más poderosa, eventualmente tomando control del imperio en su forma religiosa y papal. El historiador Alexander C. Flick dice: “La poderosa Iglesia Católica fue un poco más que el bautizado Imperio Romano. Roma fue transformada al igual que *convertida*. No fue asunto de gran sorpresa, por tanto, encontrar que desde el primero hasta el cuarto siglo, la iglesia había experimentado muchos cambios.” (*Rise of the Medieval Church*, pág. 148, 149).

Los recursos, y atención, del imperio ahora estaban dirigidos a resistir las tribus merodeantes en su medio. Estas tribus se hicieron cada vez más independientes de la silla política en Roma. Eventual-

mente ellas dividieron al imperio en diez divisiones, conectadas flojamente con la monarquía imperial. El imperio fue eventualmente dividido en la mitad oriental y la mitad occidental.

El imperio occidental, hoy conocido como Europa Occidental, estuvo bajo el control de la iglesia que heredó su autoridad de la menguante estructura pagana militar. Tales desarrollos permitieron mayor independencia política de aquellas tribus abarcadas por el Imperio Occidental. Lo que los mantuvo juntos fue la floreciente influencia y autoridad de la iglesia. Lo que el poder militar y la estrategia política no pudieron lograr, la religión de la iglesia lo logró.

En seguida se encuentran esas tribus con sus correspondientes nombres: Visigodos – España, Lombardos – Italia, Anglo Sajones – Inglaterra, Francos – Francia, Alamanos – Alemania, Burgundios – Suiza, Suevos – Portugal, Hérulos – Desarraigados, Ostrogodos – Desarraigados, Vándalos – Desarraigados.

Aún mientras estaba menguando el poder militar de Roma, y su fuerza política desintegrándose, la creciente iglesia poderosa proveyó el pegamento que sostuvo juntas a las naciones. Esa pega era la religión. Desde el tiempo cuando la supuesta aceptación de Constantino del cristianismo, a tempranos del Siglo IV, la religión pura de Cristo fue amalgamada con prevalecientes y acostumbradas prácticas religiosas paganas. Esta mezcla de cristianismo y paganismo fue promovida por el uso del restante poder militar de las individuales tribus. Los delanteros en apoyo de la iglesia y su religión fueron los francos y su rey, Clovis. De las diez emergentes tribus del anterior imperio unificado, tres – Hérulos, Vándalos, y Ostrogodos, se opusieron a las enseñanzas y autoridad de la floreciente iglesia. Ellos siguieron el liderazgo de Arrio, un obispo de Alejandría, Egipto, quien rehusó aceptar, entre otras cosas, la enseñanza de la iglesia sobre la Trinidad y la Divinidad de Cristo.

Por estos motivos, esas tres naciones fueron desarraigadas por la iglesia, utilizando la fuerza militar de quienes acordaban con ella y estaban bajo su control. Eso es representado por el reporte de Daniel tocante al cuerno pequeño que desarraigó los tres cuernos del grupo de diez. (Dan. 7:8). Ese cuerno pequeño representa a la iglesia floreciente. No sólo llenó el vacío dejado por el menguante imperio pagano; sino que creció para llegar a ser más poderoso y cruel. La última de esas naciones/cuernos, los ostrogodos, fue eliminada y desapareció de Roma y de los libros de historia en 538 d.

C. La iglesia después **destruiría a más de 50 millones de personas, según algunos reportes, que no seguirían sus enseñanzas de que la salvación sólo puede obtenerse mediante ella**, y no mediante Cristo Jesús según es enseñado en la Biblia.

El emperador Justiniano, habiendo hecho que se reescribieran las leyes imperiales (Justinian Decree, 533 d. C.) para acomodar al creciente poder de la iglesia, finalmente entregó pleno y completo control a ella en ese mismo año. Esto marcó la transferencia de Roma Imperial a Roma Papal, actualmente llamada *el Papado*. Lo que los césares no pudieron lograr mediante fuerza militar y artimaña política, el Papado logró a través de la fuerza de religión apóstata — la reunificación de las naciones de Europa Occidental.

Daniel detalla los movimientos y desarrollo del cuerno pequeño (el Papado): “También quise saber más acerca de los diez cuernos que tenía en su cabeza, y del otro que había subido, ante el cual habían caído tres. De ese mismo cuerno que tenía ojos y boca que hablaba con mucha arrogancia, y parecía mayor que sus compañeros. Vi que este cuerno combatía a los santos y los vencía, hasta que vino el Anciano de días, y pronunció juicio en favor de los santos del Altísimo. Y vino el tiempo, y los santos poseyeron el reino. . . Hablará palabras contra el Altísimo, a los santos del Altísimo quebrantará, y tratará de cambiar los tiempos y la Ley. Y serán entregados en su mano por un tiempo, dos tiempos y medio tiempo.” (Dan. 7:20-22, 25).

Aquí está el resumen de la descripción profética y registro histórico del *cuerno pequeño*, el Papado que surgió del dividido cuarto reino, el Imperio Romano.

- Desarraigaría a tres de los diez cuernos/naciones de la dividida Roma. (Dan. 7:8).
- Tendría un dirigente, un hombre que habla como su vocero y posee autoridad sobre ella. (Dan. 7:8, 20).
- Sería desemejante (diferente) de los otros diez cuernos. (Dan. 7:24).
- Persecuiría al pueblo de Dios. (Dan. 7:25).
- Hablaría grandes palabras (blasfemias) contra Dios (Dan. 7:25).

- Intentaría cambiar la ley de Dios. (Dan. 7:25).

Estos puntos identificadores se relacionan con un solo poder, — La Iglesia/Estado Romana. Actualmente es conocida como el Papado. Esta es la “BESTIA.” Ella es, según sostenían los reformadores protestantes, el poder *anticristo* mencionado en profecía bíblica. Esto es quizá espantoso, pero cierto. Tanto el registro histórico y la profecía bíblica confirman este hecho. Debe notarse atentamente aquí que la mencionada caracterización no se aplica a las decenas de millones de personas piadosas que sinceramente creen que sirven a Dios al formar parte de esta organización. Estamos hablando del sistema y jerarquía cuya existencia se conforma con los hechos históricos y la profecía bíblica.

La profecía de Daniel complementa perfectamente la caracterización dada por Juan el Revelador: “Y me llevó en espíritu al desierto. Allí vi una mujer sentada sobre una bestia escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y estaba cubierta de nombres de blasfemia.” (Apoc. 17:3). Juan, como Daniel, habla del elemento blasfémico conectado con este poder. Blasfemia es un término religioso. Implica el hablar contra el Dios de la creación, o **pretendiendo asumir las prerrogativas de Su oficio**. Por ejemplo, encontramos que Jesús habiendo sanado a un hombre de su condición parálitica, procedió a perdonar sus pecados. Lucas reporta: “Entonces los escribas y los fariseos empezaron a pensar: “¿Quién es éste que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?” (Luc. 5:21). Desde luego, Jesús no estaba hablando blasfemia. Él ciertamente era Dios en la carne. Por tanto el privilegio de perdonar a los hombres los pecados es exclusivamente suyo. La idea de pretender perdonar a otros hombres sus pecados **es la prerrogativa de Dios, y sólo de Dios**. Jesús también declara: “Yo el Padre somos uno.” (Juan 10:30). Los judíos reaccionaron a la afirmación de Jesús al levantar piedras para apedrearlo a muerte. ¿Cuál fue su motivo? Juan dice: “Yo y el Padre somos uno.” (Juan 10:30).

Pero la iglesia sobre *los siete montes* enseña: “El Papa no sólo es el representante de Cristo Jesús, sino él es el Mismo Cristo Jesús, escondido bajo el velo de carne.” (*The Catholic Standard*, July, 1895). Ella sigue diciendo: “Cuando el Papa es coronado, se le recuerda que él es el padre de príncipes, y reyes, y el gobernante supremo del universo; y sobre la tierra, el vicario de Cristo Jesús

nuestro Salvador, y el Gobernador del mundo.” (*Ecclesiastical Dictionary*, Lucius Ferraris, 1763). Nótese también esta declaración tocante al sacerdocio católico: “El sacerdote sostiene el lugar del mismo Salvador, cuando, al decir “ego te absolvo” (A ti absuelvo), él absuelve del pecado. . . , aunque el perdonar un solo pecado requiere toda la omnipotencia de Dios. . . Pero lo que sólo Dios puede hacer mediante Su omnipotencia, el sacerdote puede hacer al decir ‘ego te absolvo a peccatis tuis’” (*Dignities and Duties of the Priest*, pages 34, 36). Además, la *mujer* sobre los siete montes dice: “Así el sacerdote, en cierta forma, es llamado el creador de su creador. El poder del sacerdote es el poder de la divina persona; pues la transubstanciación del pan requiere tanto poder como el de la creación del mundo.” (*Ibid.*, pages 32, 33).

Uno casi no puede ser más blasfemo que eso. Tal es la naturaleza de *la bestia*. Estas son las pronunciaciones de la Iglesia de Roma. Juan continúa: “La bestia que vi era semejante a un leopardo, sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y el dragón le dio su poder, su trono y gran autoridad.” (Apoc. 13:2). Aquí Juan está describiendo al papado como teniendo los rasgos religiosos y encarnando las prácticas de los poderes gobernantes mundiales que le precedieron.

Viendo retrospectivamente por la línea profética, Juan ve al poder romano, en su forma papal, como poseyendo y practicando las pólizas, creencias, y dogmas de Grecia (el leopardo), Medo/Persia (el oso), y Babilonia (el león). Estas fueron las naciones que gobernarón, en orden de reversa, antes del Imperio Romano (Dan. 7:4-7). Daniel también confirma este hecho. Él dice: “A las otras bestias se les había quitado su poder, aunque se les concedió una prolongación de vida hasta cierto tiempo.” (Dan. 7:12). En otras palabras, tanto Daniel y Juan están diciendo que los elementos religiosos y políticos de Babilonia, Medo/Persia, y Grecia, fueron adoptados por el Imperio Romano, y finalmente amalgamados en el Papado. De mayor sorpresa, sin embargo, es que Juan no sólo declara que todas las abominaciones de los previos imperios mundiales residen en el Papado; sino él también dice que ella obtiene su poder y autoridad del dragón. Y ¿quién es el dragón? La inspiración dice: “Y fue lanzado fuera ese gran dragón, la serpiente antigua, **que se llama diablo y Satanás**, que engaña a todo el mundo. Fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.” (Apoc. 12:9).

El papado, explica la Biblia, obtiene su poder y autoridad del mismo diablo. Al igual que Satanás, **todas sus artimañas son sino obra maestra del engaño, diseñadas para usurpar la autoridad de Dios en los corazones de los hombres.** Procura recibir la adoración de los hombres que sólo Dios merece. Al seguir describiendo a esa entidad, Juan dice: “Una de sus cabezas parecía herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada. Y toda la tierra se maravilló, y siguió a la bestia. Y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: “¿Quién es como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?” (Apoc. 13:3,4). La herida es, por lo menos en parte, una obvia referencia a la gran Reforma Protestante. El movimiento de oposición, basado en la Biblia y dirigido por el Espíritu Santo, presentó un desafío formidable al reinado universal del papado con sus tradiciones paganas y espurias doctrinas religiosas. Con mayor precisión, sin embargo, la herida mortal se refiere al desmantelamiento del papado bajo Napoleón Bonaparte.

El año fue 1798. Napoleón, totalmente disgustado con el dominio de la iglesia, y resuelto en conquistar al mundo, envió a su más hábil general, Louis Berthier, a la ciudad de Roma. El entonces Papa gobernante Pío VI, fue llevado prisionero por Berthier y exiliado en Valencia, Francia donde él (Papa Pío VI) murió en 1799. En efecto, lo que logró Napoleón fue la eliminación del poder político-militar del papado. Él lo declaró como siendo sólo una entidad religiosa. Por este acto, Napoleón neutralizó el poder de la iglesia sobre los estados. Ese acto constituyó la herida mortal — la separación de lo político-militar de lo eclesiástico. Lentamente, pero de manera sigilosa, el papado se propuso recuperar su perdida posición como gobernante de las naciones. El *sanamiento* de la herida fue manifestado con seriedad en febrero de 1929. En ese año, la iglesia romana firmó un acuerdo con el presidente Benito Mussolini de Italia. Él fue uno de sus más fieles y devotos hijos. El acuerdo es llamado *El Tratado de Letrán*.

Esa acción efectivamente restauró el poder político del papado al declararlo una nación en sí. Desde luego, siempre retuvo su aparente carácter religioso. La prensa *Associated Press* encabezó la ocasión: “Mussolini y Gasparri firman histórico Pacto Romano. . .*sanar herida* de muchos años.” La historia, apareciendo el 11 de febrero, 1929, dijo: “El asunto romano esta noche fue algo del pasado y el Vaticano estuvo en paz con Italia. El formal logro de esto hoy,

fue el intercambio de firmas en el histórico palacio de San Juan de Letrán mediante dos notables plenipotenciarios, el Cardenal Gasparri de parte del Papa Pío XI, y el Ministro Mussolini, de parte el Rey Emmanuel III.” El periódico *San Francisco Chronicle* re-portó el 12 de febrero, 1929: “Al fijar sus firmas al memorable documento, sanando la herida que ha ulcerado desde 1870, extrema cordialidad fue desplegada de ambos lados.”

Es asombrosamente notable que noticieros seculares, sin referencia alguna sobre profecía bíblica, usaron las precisas palabras de la Biblia al describir el resurgimiento del papado como entidad política mundial. ¿Quién puede dudar que desde ese tiempo la Iglesia Católica se ha desarrollado rápidamente hasta llegar a ser un dominante jugador político? Su influencia religiosa ha permeado cada esquina del mundo. Presidentes y reyes, príncipes, primer ministros, y hombres y mujeres por doquier, se postran en ciega obediencia y reverencia ante el Papa de Roma. El finado Papa Juan Pablo II representó mejor este fenómeno mientras viajaba de país en país, promoviendo un carácter del más confiable y piadoso líder religioso en el mundo. **El Papa Francisco continúa en el mismo sendero.** ¿Quién puede olvidar esa muy publicada escena de tres presidentes americanos arrodillándose ante el ataúd, rindiendo homenaje, a un muerto Juan Pablo II? Cuán triste es que cristianos en todas partes, mientras pretenden que Jesús es su Salvador, están postrándose y adorando al Papa de Roma como su señor.

Como se indicó anteriormente, reconociendo lo [supuestamente] sagrado del domingo es la definitiva señal de servidumbre bajo el Papa de Roma. El apóstol Pablo nos recuerda: “Saludaos unos a otros con beso santo. Os saludan todas las iglesias en Cristo.” (Romanos 16:16). Adoramos a Dios mediante la obediencia a sus mandamientos. Jesús declara: “Si me amáis, guardaréis mis Mandamientos;” (Juan 14:15). El sabio Salomón acuerda: “Porque Dios traerá toda obra a juicio, incluyendo toda cosa oculta, buena o mala.” (Ecl. 12:13).

Dios nos ha dado sus Diez Mandamientos. Él exige que guardemos todos. Esto incluye el guardar santo su día Sábado, el séptimo día de la semana. Dios llama a su día sábado una señal entre él y su pueblo. (Éx. 31:17). Es el sello de su ley en que él pone su nombre, su título, y su territorio de dominio. (Éx. 20:8-11). El catolicismo romano, el poder del anticristo de la profecía bíblica, desacuerda con eso. Él dice exactamente como profetizó Daniel en Daniel 7:25,

que intentaría cambiar la ley de Dios. Ella [el catolicismo] además dice que ese cambio es su marca de autoridad. En el libro *Converts Catholicism* la principal fuente de enseñanza católica para sus feligreses, encontramos lo siguiente:

Pregunta: ¿Cuál es el día Sábado?

Respuesta: El Sábado es el día sábado [séptimo día de la semana].

Pregunta: ¿Por qué observamos el domingo en vez del sábado?

Respuesta: Observamos el domingo en vez del sábado porque la Iglesia Católica transfirió la solemnidad del sábado hacia el domingo.

El Dios de la creación **ni autoriza ni concede** a ningún instrumento humano la autoridad de cambiar Su ley. Tales declaraciones blasfemas se encuentran en directa oposición a la Palabra de Dios, y por tanto son manifestaciones del espíritu del anticristo que procura usurpar el lugar de Cristo. Los hombres pueden tratar, pero es imposible cambiar la ley de Dios.

El atrevimiento de este poder ha llevado al Papado a hacer esta jactanciosa pretensión. Ella [la Iglesia Católica] afirma: “Desde luego, la Iglesia Católica pretende que el cambio fue una acción de su parte. Y el acto es una “MARCA” de su poder y autoridad eclesiástica en asuntos religiosos.” (*Carta del Cardenal James Gibbons de Baltimore*). Ella sigue diciendo: “El domingo es nuestra MARCA de autoridad. La iglesia se encuentra por encima de la Biblia, y esta transferencia de la observancia sabática es prueba de ese hecho.” (*The Catholic Record*, September 1, 1929). Además, el finado Papa Juan Pablo II declaró en su carta apostólica de julio, 1998: “La celebración del Domingo Cristiano permanece en el umbral del tercer milenio, como un elemento indispensable de nuestra identidad cristiana.” (*Dies Domini*, Section 30).

Dios dice que el sábado es la señal de Su autoridad. Su Palabra inspirada **no revela ningún concepto de un domingo cristiano, pues esa es la marca de apostasía**. El Papa dice que el domingo es la marca de su autoridad. La pregunta es: ¿A quién estás siguiendo? El Papa Juan Pablo II también emitió una clara amenaza a quienes no acuerden con la orden dominical de su iglesia: “Los cristianos naturalmente se esforzarán para asegurar que la legislación civil respete su deber de guardar el sábado (domingo) santo.” (*Ibid.*, Section 67). El claro hecho es que sólo Dios puede hacer santo un día. El día que él ha hecho santo **es el día séptimo**, actualmente llamado sábado. Es

el único día sábado que es santo. No yerren, **esta legislación que intenta establecer el domingo en sustitución del sábado de Dios, será implementada en todo el mundo.** La Palabra de Dios lo profetizó. Su violación será castigada mediante encarcelamiento y muerte. La iglesia ha declarado que cualquiera que no obedezca su decreto dominical será tratado como un hereje. Sólo se necesita dar una mirada a su pasada historia para ver cómo los herejes fueron tratados. Ellos fueron quemados vivos en la hoguera, descuartizados en el porto, hervidos en aceite, y echados ante animales hambrientos y ladinos, echados a las ratas, decapitados en la guillotina, y sujetos a otras diabólicas artimañas muy numerosas para mencionar. Tales actos caracterizan la conducta de la iglesia católica de antaño. **Ella no ha cambiado los dogmas que condujeron a tales atrocidades. Ella no vacilará en hacerlas cuando terreno ventajoso le sea concedido.**

Contrario a su persona pública, la Iglesia de Roma no ha cambiado. Ella encubre la mano de hierro de la intolerancia y la persecución con el guante aterciopelado de la religión. Su espíritu de intolerancia religiosa e insaciable deseo de dominio mundial son los apuntalamientos de sus metas y propósitos. Dice un historiador: “**Que la Iglesia de Roma ha derramado más sangre inocente que cualquier otra institución** que haya existido entre la humanidad, no será cuestionado por ningún protestante que posea competente conocimiento de la historia. . . . Es imposible formar un completo concepto de la multitud de sus víctimas, y es muy cierto que ningún poder de la imaginación puede adecuadamente entender sus sufrimientos.” (*History of The Rise and Influence of The Spirit of Rationalism en Europe*, W. E. H. Lecky, Volume 2, page 32, 1910 ed.).

La declaración del Papa Juan Pablo en *Dies Domini* no es una amenaza vacía. Cuando el papado nuevamente haya orquestado su surgimiento a la gobernatura del mundo, entonces todos conocerán la verdadera naturaleza de *la bestia*. Entonces todos tendrán que escoger. Tu elección tendrá que ser entre el Dios de la Creación y Su santo día Sábado (su sello), o el Papa de Roma, quien pretende ser Dios con su sagrado domingo (su marca de autoridad). El final, y quizá más revelador rasgo de la bestia, es la caracterización que Juan hace de su líder. Él declara: “Esto requiere sabiduría. El que tenga entendimiento, cuente el número de la bestia, que es número de hombre. El número es seiscientos y sesenta y seis.” (Apocalipsis 13:18). Ese número es 666.

Cuando alguien es elegido Papa, él es coronado con una triple corona, significando su señorío en los cielos arriba, en la tierra donde vivimos, y en las regiones debajo de la tierra. Él asume el título — VICARIUS FILII DEI. El Vicario del Hijo de Dios. El equivalente numérico de ese título romano es este:

V-5, I-1, C-100, A-0, R-0, I-1, U-5, S-0 =	112
F-0, I-1, L-50, I-1, I-1 =	53
D-500, E-0, I-1 =	<u>501</u>
Total	<u>666</u>

Cuán notable, el Papa es mencionado como el Vicario de Cristo. Este título es traducido para significar: ‘Aquél que asume el lugar de Dios en la tierra.’ Y ¿quién es la persona que Isaías menciona como procurando asumir el lugar de Dios? (Isaías 14:12-17). El profeta declara que es el diablo, el seguro anticristo. La identificación de ‘la bestia’ y su marca está completa, certera, e innegable.

Pero, los Reformadores Protestantes reconocieron este poder como siendo exactamente lo que la Biblia lo declara ser, el poder del anticristo de la profecía bíblica. Martín Lutero dijo: “Nosotros somos de la convicción de que el Papado es la silla del verdadero y real anticristo. . . personalmente yo declaro que debo al Papa ninguna otra obediencia que la que debo al anticristo. (*Prophetic Faith of our Fathers*, LeRoy Edwin Froom, Vol. 2, p. 121). Juan Wesley acuerda: “Él (el papa) es en sentido enfático el Hombre de Pecado, siendo que él aumenta extremadamente todo tipo de pecado. Por tanto él es, también, correctamente llamado el Hijo de Perdicción por haber causado a muerte de incontables multitudes, tanto de sus oponentes como de sus seguidores. Es él quien se exalta a sí mismo por encima de todo lo que se llama Cristo, o que es adorado. . . pretendiendo el más elevado poder y honor, y pretendiendo las prerrogativas que pertenecen sólo a Dios.” (*Antichrist and his Ten Kingdoms*, John Wesley, p. 110). Juan Calvino se une al coro: “Algunas personas nos consideran demasiado severos y criticones cuando llamamos al pontífice romano *el anticristo*. Pero quienes son de esta opinión no piensan que ellos hacen la misma acusación de presunción contra el mismo Pablo, de quien hablamos y cuyo lenguaje adoptamos. . . Brevemente mostraré que las palabras de Pablo en 2ª Tes. 2 no son capaces de ninguna otra interpretación que la que se aplica al “papado”. (*Institutes*, John Calvin).

Los sentimientos expresados por Lutero, Wesley, y Calvino, fueron idénticos a los de Juan Knox de Escocia, Thomas Cramers de Inglaterra, Roger Williams de Estados Unidos, y el entero movimiento reformista protestante. Es muy triste que los actuales cristianos no sólo han perdido de vista la Reforma; sino también están procurando el apoyo del papado **en su celo de hacer que el gobierno civil imponga leyes religiosas**. Exactamente como fue profetizado, hemos señalado desde el registro histórico el poder que pretende la prerrogativa de cambiar el santo sábado de Dios del día séptimo de la semana hacia el primero.

Uno de los eventos proféticos más descuidados que Cristo Jesús compartió con sus discípulos (y con nosotros por igual), cuando se le preguntó cuáles serían las señales de Su venida y del fin del mundo, es *La Abominación Desoladora* mencionada por el profeta Daniel (Mat. 24:15). La Abominación Desoladora pudiera ser un misterio para muchos, y ciertamente existe mucha especulación sobre eso. Pero Jesús sencillamente estaba hablando de un sistema de salvación que se establecería, y que es contrario a, y en oposición a, su ÚNICA manera de salvación, mediante la gracia de Dios a través de Su Hijo y Salvador, Cristo Jesús (Juan 14:6; Hechos 4:12). Esa profecía está siendo cumplida ante nuestra propia vista; y la mayoría del mundo, incluyendo la mayoría de la cristiandad, se encuentra totalmente inconsciente de este fenómeno de proporciones apocalípticas.

Daniel no sólo identifica claramente el poder que procuraría establecer tal sistema (Dan. 8:9-13); sino que el apóstol Pablo da más clarificación: “Nadie os engañe en ninguna manera, porque ese día no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, que se opondrá y exaltará contra todo lo que se llama Dios, o que se adora; hasta sentarse en el templo de Dios, como Dios, haciéndose pasar por Dios.” (2ª Tes. 2:3-4). La evidencia hasta aquí presentada identifica a esa entidad como siendo nada menos que el papado Romano.

Aquí está la innegable verdad. El Papa Francisco, hablando a más de 33,000 almas en el Vaticano el miércoles, 25 de junio, 2014, dijo: “Existen aquellos que creen que pueden mantener una relación personal, directa e inmediata, con Cristo Jesús fuera de la comunión y de la intercesión provista por la Iglesia. Estas personas son tentaciones peligrosas y perjudiciales. . . Queridos amigos, pidamos al

Señor, mediante la intercesión de la Virgen María, Madre de la Iglesia, por la gracia de nunca caer en la tentación de pensar que podemos triunfar por nosotros mismos, que podemos continuar sin la Iglesia, que podemos salvarnos a nosotros mismos de ser cristianos del laboratorio. . .”

Esta declaración del Papa debiera despertar a los santos durmientes tocante a los reales objetivos del Papa y los de su iglesia. **Fue esta precisa póliza lo que la condujo al asesinato de decenas de millones de cristianos inocentes que desacordaron con ella, y rechazaron su falso sistema de salvación durante la época del Oscurantismo.**

La descripción bíblica de una *abominación* es la de alguien que conoce plenamente la verdad de lo que Dios dice, y prefiere descaradamente hacer lo opuesto. Esa abominación siempre conduce a la desolación o destrucción. Y siendo ese el caso, la abominación papal de procurar establecer el día domingo como sagrado en sustitución de la verdad divina tocante al sábado, y negar a Jesús como el único camino de salvación, no conducirá a la paz, la unidad, y la tranquilidad, según ella promete; sino que resultará en tiranía, confusión, y destrucción, como el mundo jamás ha visto. Esa es la final Abominación Desoladora contra la cual Jesús advirtió. (Mat. 24:15). Por favor no hagamos caso omiso.

CAPITULO 6

Los Estados Unidos

en la Profecía Bíblica

Ahora que la bestia (El papado Romano) y su marca (lo sagrado del domingo) han sido identificadas; veamos a América y el papel profético que esta nación actualmente está cumpliendo. El apóstol Juan, en el capítulo trece de Apocalipsis, nos da una más clara evidencia del tiempo en que gobernaría el catolicismo romano. Como mencionamos en el capítulo previo, en el año 1798 su gobernatura se detuvo. Eso sucedió bajo el mando del general Napoleón, Louis Berthier. Él marchó en Roma, arrestó al Papa Pío VI, y lo exilió a Valencia, Francia donde eventualmente el papa murió. Esto constituyó la *herida mortal* (Apocalipsis 13:3). El sanamiento de la herida, o ciertamente el comienzo del sanamiento, fue mostrando como siendo el acuerdo entre el Ministro Mussolini de Italia y el Papado en el año 1929. Juan el Revelador re-enfatiza el punto de *la herida* de la bestia. Él dice: “Si alguno ha de ir a la cárcel, a la cárcel irá. Si alguno ha de morir a espada, a espada morirá. Aquí está la paciente perseverancia y la fe de los santos.” Casi en el tiempo cuando la bestia del mar (Catolicismo romano surgiendo de la áreas pobladas de Europa Occidental, Apoc. 13:1) es herida (pierde su capacidad política en 1798 d. C.), Juan dice que otra bestia (nación) surge de la tierra. Pero ¿qué nación es representada por esta bestia? Juan dice: “Después vi otra bestia que subía de la tierra. Tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como un dragón.” (Apoc. 13:11).

El mar, según indica la Biblia, representa pueblos, naciones, y lenguas (Apoc. 17:15). Esto se refiere a una área bien poblada del mundo. Todas las naciones que hemos discutido hasta aquí surgieron de las áreas pobladas y ascendieron al escenario mundial a través de lucha y conquista. Pero esta nación surge de la tierra. Esto contrasta con las naciones que surgieron del mar.

La única conclusión justificable que puede sacarse tocante a esta nación es que surgió de un área del mundo no poblada. De las otras naciones mencionadas por Daniel y Juan, ninguna es mencionada como teniendo como parte de su carácter una noción de lo que significa adorar al verdadero Dios. Esta nación, surgiendo de la tierra, sin embargo, es descrita como teniendo dos cuernos como los de un

cordero. Un cordero en la Biblia se refiere a Jesús. El apóstol Juan, hablando de Jesús, en el tiempo de Su bautismo, dice: “Al día siguiente, Juan vio a Jesús que venía hacia él, y dijo: “¡Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!” ” (Juan 1:29).

La idea de Apocalipsis 13:11, como Juan la presenta, es la de *una nación que profesa cualidades cristianas, y surgiendo de un área no poblada*. Juan también ubica el nacimiento de esta nación en el marco de tiempo del fallecimiento del papado. **Existe una nación, y sólo una, que encaja con estas especificaciones. Esa nación es indudablemente Estados Unidos de Norteamérica.**

Juan Wesley, temprano en el mismo siglo, escribe de la nación que surgiría después del papado: “Él aún no ha llegado, aunque no puede estar muy lejos. Pues él ha de aparecer en el fin de los cuarenta y dos meses de la primera bestia.” (*Explanatory Notes on the New Testament*, John Wesley, p. 735). Cuarenta y dos meses es realmente 1260 años, que se extienden desde 538 d. C. hasta 1798 d. C. Ya se ha establecido que este período fue el período de tiempo del oscuro reinado del catolicismo romano en el mundo. Cuarenta y dos meses proféticos (1260 días) equivale a 1260 años literales (30 días por mes x 42 meses). El profeta Moisés explica: “Conforme al número de los 40 días en que reconocisteis la tierra, llevaréis vuestra culpa durante 40 años; un año por cada día. Y conoceréis mi desagrado.” (Números 14:34). (Ver también Ezequiel 4:6). Utilizando esta profética vara de medir, claramente vemos la precisión profética del reinado del papado. Fue oficialmente establecido en 538 d. C., cuando el emperador Justiniano decretó que la Iglesia Católica ejerciera completo control sobre el imperio. Su reinado se extendió hasta 1798 d. C., cuando el general de Napoleón, Berthier, depuso al Papa Pío VI. Este período abarca precisamente 1260 años.

Juan el Revelador también confirma este período de tiempo. Hablando de este período de persecución papal del pueblo de Dios, él escribe: “Y la mujer huyó al desierto, a un lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten durante 1,260 días.” (Apoc. 12:6). Esto es exactamente como fue predicho por la Biblia, 1260 años.

Cuando consideramos los eventos que dieron inicio a Estados Unidos de Norteamérica, la precisión de esta profecía es innegablemente exacta y fascinante. La lucha de las Colonias Americanas por la independencia comenzó en 1775. En 1776 la Declaración de Independencia fue firmada, y los padres fundadores declararon a Es-

tados Unidos de Norteamérica como una nación independiente. En 1777 los Artículos de Confederación fueron adoptados. En 1787 la Constitución Estadounidense fue estructurada. El 26 de julio, 1788 fue ratificada por los 13 estados originales. El primer día de marzo, 1789, la Constitución Estadounidense entró en efecto. Todo esto estaba realizándose mientras el papado perdía su dominio sobre la población del mundo como resultado de la Reforma Protestante.

Estados Unidos estaban surgiendo no sólo como una nación nueva, sino también *como baluarte de libertad para todo el que huía de las heridas del papado* en el Viejo Mundo. La gente huyó de Europa por millares. Ellos procuraron encontrar una nación donde no existía Papa, y un país sin un rey. Ellos arriesgaron sus mismas vidas para trasladarse a un país en el cual no tendrían que ser esclavizados por los dogmas del Papa y su iglesia, o ser controlados por la tiranía de reyes y príncipes que los perseguían de parte del Papa. El autor y periodista de la Guerra Civil, George Alfred Townsend, escribe: “. . . la historia de los Estados Unidos fue separada por esa benéfica providencia lejos de esta salvaje y cruel historia del resto del continente.” (*The New World Compared With The New*, p. 633). En tono similar, el periodista Charles Summer escribió las siguientes palabras en un artículo de la revista *Atlantic Monthly* de septiembre, 1886. Él describió el surgimiento de Estados Unidos de Norteamérica así: “Una revolución que posee marcas más extrañas de interposición divina, sobrepasando el ordinario curso de asuntos humanos, que cualquier otro evento que el mundo jamás haya experimentado.”

El nacimiento de América fue ciertamente algo diferente de los precedentes poderes mundiales antes de ella. Sí, hubo los conflictos revolucionarios y la explotación y masacre de los Nativos Americanos. Pero eso a penas puede compararse con la lucha que caracterizó al surgimiento de los previos poderes mundiales de Babilonia, Medo-Persia, Grecia, y Roma. América nació como nación que proveyó un santuario para quienes huían de persecución política y religiosa de reyes y papas en Europa. Tal fue el nacimiento de América. Además de su juventud y carácter aparentemente cristiano, **Juan declara que esta nación un día hablaría como dragón.** Él describe a este naciente país como teniendo dos cuernos como los de un cordero. Como anteriormente se indicó, los cuernos representan naciones y reinos. Las naciones ejercitaron ciertos poderes sobre sus habitantes y otros dentro de la esfera de influencia. Desde la

explicación de los cuernos en este caso, queda claro que la referencia es similar al poder, la influencia, y la fuerza de la nación. Pues el registro ya ha declarado que esa era *una bestia* (nación) y no dos naciones a ser representadas por los dos cuernos. Nótese también que a semejanza de la bestia surgiendo del mar, la bestia que surge de la tierra *no tiene coronas sobre sus cuernos*. Esto indica la ausencia de autoridad regia o eclesiástica sobre los habitantes de la nueva nación.

Sin embargo, Juan está en efecto hablando de la fuente de fortaleza de esta nación terrenal. Estos rasgos, con mucha precisión, identifican a esta nueva nación, surgiendo de la tierra, como siendo Estados Unidos de Norteamérica. Y ¿de dónde se encuentra el poder y fuerza de América.? Se encuentra en su Constitución. La fuerza de América se encuentra en su pueblo que opera bajo los preceptos de lo que James Madison llama ‘La sagrada arca del pacto del pueblo.’ La primerísima enmienda de la Constitución Estadounidense dice así: “El Congreso no hará ley alguna, respetando el establecimiento de religión, o prohibiendo el libre ejercicio de la misma, o acortando la libertad de expresión, o de la prensa; o el derecho del pueblo en reunirse pacíficamente y peticionar al gobierno por rectificación de agravios.” Más que cualquier otra cosa, esto es lo que da poder y fortaleza al ideal americano. Es el preciso fundamento de la experiencia americana. Esto es lo simbolizado por los dos cuernos de Apocalipsis 13:11 — Separación de iglesia y estado, permitiendo así las libertades civiles y religiosas.

Por una parte está la garantía de libertad religiosa. Los que huyeron del poder perseguidor de la primera bestia (el papado), vinieron a una tierra **donde pueden adorar a Dios según los dictados de sus propias conciencias**. El político y educador, Edward Everett, en un discurso hecho en Plymouth, Maine el 22 de diciembre, 1824, declaró: “¿Buscaron ellos un lugar retirado, inofensivo por su obscuridad, y seguro en su lejanía, donde la pequeña iglesia de Leyden pudiera disfrutar la libertad de conciencia? Mirad el poder sobre el cual, en conquista pacífica, y victoria sin lucha, ellos han enarbolado la bandera de la cruz.” Esto es una conclusiva e irrefutable interpretación del sueño de Juan. *Libertad Religiosa* es uno de los pilares fundamentales de nuestra nación, los Estados Unidos de Norteamérica. Es así como Juan la simboliza como uno de los cuernos sobre la bestia-tipo-cordero surgiendo de la tierra. Es una de las dos fuentes de poder del experimento americano. El otro cuerno, nues-

tra fuente de poder, es igualmente importante. Representa la *obra fuente* de la fuerza americana. En él es simbolizado el otro gran principio fundamental de estos Estados Unidos — el republicanism. Esta idea sugiere **un gobierno para el pueblo, de el pueblo, y por el pueblo**. También garantiza el respeto de las minorías dentro del contexto de gobierno de la mayoría.

Aunque América no siempre ha vivido a la altura de ese ideal, no obstante sigue siendo un principio en claro contraste con los países europeos de los cuales muchos huyeron para hacer de América su hogar. La idea de un país con un rey y una iglesia sin papa, fue una idea por la cual muchos estuvieron dispuestos a arriesgar sus vidas y todas sus posesiones. La Constitución Estadounidense, con su principio de libertades civiles y religiosas, permitió a los inmigrantes europeos justo eso. El Artículo IV, Sección 4, de la Constitución estadounidense dice: “Los Estados Unidos garantizará a cada estado en esta unión una forma republicana de gobierno.” El Artículo VI dice: “Ninguna prueba religiosa jamás será exigida como cualificación para ningún puesto público de confianza bajo los Estados Unidos.”

Estos conceptos revolucionarios eran singularmente americanos. Ellos fueron concebidos e implementados como baluartes contra la incursión de principios papales en la nueva nación. Fue como si la Omnipotencia hubo ordenado que los Estados Unidos de América fuera un divino oasis en Su gran plan para la redención de las almas de los hombres.

Pero lo que Juan ve después es muy espantoso. Él dice que esta nación, los Estados Unidos de América, la bestia tipo cordero con dos cuernos, un día hablará como dragón. Él dice: “Ejercía toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella. Y hacía que la tierra y sus habitantes adorasen a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada.” El dragón es Satanás, el diablo (Apocalipsis 12:9) de quien, declara la Biblia, que la bestia surgiendo del mar, el papado, recibe su poder y autoridad (Apoc. 13:2).

Sorprendentemente, la profecía predice que los Estados Unidos no sólo hablará como el dragón; (repudia sus principios constitucionales, y emite leyes que privan a sus ciudadanos de sus libertades divinas y decretadas constitucionalmente), sino que impondrá forzosamente al mundo entero la adoración del papado. Esto es ciertamente espantoso, pasmoso, e increíble. La Palabra de Dios lo dice,

y la Palabra de Dios es verdad (Juan 17:17). Juan sigue escribiendo tocante a América, la bestia tipo cordero: “Realizaba grandes señales, hasta hacía descender fuego del cielo a la tierra ante los hombres.” (Apoc. 13:3). Cristo Jesús, al relatar los eventos precediendo su Segunda Venida, dijo: “Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, para engañar, si fuera posible, aun a los elegidos.”

Ahora Juan dice que tales milagros se realizarán en el período del liderazgo americano sobre el mundo mientras América impone que los hombres y mujeres adoren al Papa de Roma mediante la forzada observancia de lo [supuestamente] sagrado del domingo. Con este fin son hechos estos milagros. Juan explica: “Con las señales que se le permitió realizar en presencia de la primera bestia, engaña a los habitantes de la tierra, y les manda que hagan una imagen de la bestia que tuvo la herida de espada y vivió.” (Apoc. 13:14).

El apóstol Pablo, al describir a Jesús, expresa su pensamiento: “El Hijo es el resplandor de su gloria, la misma imagen de su ser real, . . .” Jesús confirma “Yo y el Padre somos uno. . . Jesús respondió: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices: 'Muéstranos al Padre'?” (Juan 14:9). Aquí, tanto Cristo Jesús y el apóstol Pablo están dejando bien claro que Jesús es semejante a Su Padre. Él es la expresa imagen de Su Padre. En manera similar, Juan reporta que Estados Unidos de América llegará a ser en carácter, exactamente como el Papado. Eso es lo que quiere decir el hacer una imagen de la primera bestia, el papado. Y ¿Qué es el papado? **Es la amalgamación de doctrinas religiosas paganas, asperjadas de suficiente cristianismo para hacerlo aparecer cristiano. Esos dogmas son luego impuestos [forzadamente] y sostenidos por el poder del estado bajo la influencia de la iglesia. Ese es el carácter histórico del papado.** Es lo que el apóstol Juan dice que América llegará a ser.

El llamado de imponer lo [supuestamente] sagrado del domingo está rápidamente obteniendo tracción. América, predice el profeta, eventualmente se moverá de su posición de libertad religiosa y apertura política, hacia una de intolerancia religiosa y cruel supresión política y civil. **Llegará a ser exactamente como el papado de antaño.** De hecho, sería el mismo papado, mediante sus agentes, lo que hábilmente llevaría esto a cabo.

Elena G. de White, la elocuente escritora cristiana del Siglo XIX, profetiza: “Por el decreto que imponga la institución del papado en violación a la ley de Dios, nuestra nación se separará completamente de la justicia. Cuando el protestantismo extienda la mano a través del abismo para asir la mano del poder romano, cuando se incline por encima del abismo para darse la mano con el espiritismo, cuando, bajo la influencia de esta triple unión, nuestro país repudie todo principio de su constitución como gobierno protestante y republicano, y haga provisión para la propagación de las mentiras y seducciones papales, entonces sabremos que ha llegado el tiempo en que se verá la asombrosa obra de Satanás, y que el fin está cerca.” *Testimonios Para la Iglesia*, Tomo 5, pág. 426, 427).

Pero América, dice Juan, hará mucho más que llegar a ser semejante al papado. Juan dice: “Se le permitió infundir aliento a la imagen de la primera bestia, para que la imagen pudiera hablar y dar muerte a todo el que no adore a la imagen de la bestia.” (Apoc. 13:15). Así como el papado fue descrito teniendo poder e influencia mundial, actualmente sucede lo mismo con América. Ese poder e influencia unido a un espíritu de intolerancia religiosa y represión política, será desarrollado en lo que Juan llama ‘Imagen de la Bestia.’

En su posición como la fuerza militar y policíaca dominante y universal; América no sólo dirigirá en legislar leyes de opresión religiosa de acuerdo a dogmas y doctrinas papales; **sino que ayudará a asentar la existencia del dominio papal a nivel universal.** Juan nos está advirtiendo que la desobediencia a estos universales decretos resultará en encarcelamiento, privación, y muerte. En el centro de esa adoración obligatoria, Juan dice, estará la ‘Marca de la Bestia’. Ya se hizo la explicación tocante a qué es ‘La Marca de la Bestia’— lo sagrado del domingo. La profecía de Juan sigue diciendo: “Y que ninguno pueda comprar ni vender, sino el que tenga la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre.” (Apocalipsis 13:17).

Abundan especulaciones y opiniones tocante a asuntos de *la marca, la imagen, el nombre, y el número de la bestia.* Pero no necesitamos ser engañados. Ya hemos establecido mediante registros históricos la profecía bíblica y los decretos papales, en qué consiste *la bestia y su marca.* La marca no se trata de una barra tipo código ni de un chip de computadora a ser implantado en la frente o la mano derecha. Tampoco es nuestra computadora. **La marca es, como se**

dijo enfáticamente y se confirmó mediante la misma bestia, el asunto de lo [supuestamente] sagrado del día domingo. Esto está en contradicción con una libre preferencia por el bendecido y divino día de sábado. Según la profecía de Juan, los Estados Unidos decretará leyes (hablará) e impondrá (causará) que los hombres en todas partes acepten el domingo como un día sagrado de adoración en honor y reconocimiento del Papa de Roma como siendo el Vicario de Cristo en la tierra.

El resurgimiento, crecimiento, y eventual dominio de América por el papado comenzó en serio con la elección del Papa Pío X en 1922. En el clásico *Rome Stoops to Conquer*, por E. Boyd Barrett, un reconocido erudito Jesuita, descubrimos lo siguiente: “Pío X está muy enterado que la Iglesia Católica nunca puede esperar nuevamente dominar al mundo civilizado hasta que América se postre, golpeada y penitente a sus pies. . . Al enseñar a los católicos americanos esta nueva y activa fase del catolicismo, y en santificarla con sus bendiciones, Pío rindió muchos cambios inevitables y significantes en el curso de la nación.” (*Rome Stoops To Conquer*, p. 4). La nueva fase aquí se refirió a un plan agresivo, bien definido y organizado para controlar todos los aspectos de la vida americana. Mientras vemos el paisaje americano, nadie puede dudar que han sido exitosas la visión e iniciativas de Pío en hacer de América una nación retumbantemente católica.

El catolicismo, mediante sus devotos hijos e hijas, está en control de los medios de comunicación, comercio, gobierno, la judicaria, la política, y la religión. Tan exitoso es el plan de Roma para América que encontramos al anterior presidente George W. Bush aconsejando a la nación a seguir las enseñanzas de la Iglesia Católica. Él visitó al Vaticano para presentar al finado Papa Juan Pablo II la Medalla de Honor. Éste es el más elevado reconocimiento que nuestra nación puede otorgar a un individuo. Que escena tan penosa fue el ver a tres presidentes americanos rindiendo homenaje al papado al arrodillarse ante el ataúd del Papa Juan Pablo II.

El propósito de Pío para América fue, y aún es, el trozo central de la estrategia del Vaticano para el dominio del mundo. El Profesor E. Boyd Bartlet dice: “Aunque Pío tiene poca inclinación hacia nuestros caminos impíos y nuestras herejías, él ve en nosotros una nación que le interesa a la mayoría del mundo — la nación del futuro. Somos ricos, de edad joven, fuertes, y nuestra vida está ante no-

sotros como nación. . . . Él nos desea, él nos necesita; él se propone tenernos. Él cree que el destino de la iglesia será cumplido en América, y que con la conquista espiritual de América, el dominio del mundo por parte de la iglesia será recuperado.” (*Ibid.*, p. 259).

Cuando la visión de Pío por una América Católica sea plenamente manifestada, entonces la marca de autoridad de la iglesia, *lo sagrado del domingo*, será obligatoria y rígidamente impuesta. Pero Dios ya nos ha dado un día sagrado de reposo. Él nos lo dio desde la creación. Es Su santo y bendito día sábado [séptimo día] (Gén. 2:2,3). **Él no lo ha cambiado, ni a hombre alguno, u organización, ha dado el permiso o autoridad para cambiarlo.** La Constitución Estadounidense, con sus inherentes principios de libertades civiles y religiosas, aunque usada positivamente cuando avanza su programa (de Roma) para su destrucción (la destrucción de USA), es un innato aborrecimiento del papado. La extensa postura del Papado es **la de un aborrecimiento hacia los conceptos de libertad que han encontrado su mejor época en la experiencia americana.** El Papa Pío VII dijo: “Fue declarado que todas las persuasiones religiosas debieran estar libres, y su adoración ser públicamente ejercitada. Pero, **nosotros hemos rechazado este artículo como contrario a los cánones y concejos de la primera Iglesia Católica.**” (*Encíclica*, 1808).

Irónicamente, cada presidente estadounidense, desde Ronald Reagan, ha hecho del acomodo del papado un componente clave de la presidencia. Advertida o inadvertidamente **nuestros presidentes han estado llevando a nuestro país paulatinamente hacia un gobierno papal.** El anterior presidente George W. Bush instó a la nación a seguir las enseñanzas del Papa Juan Pablo II en sus comentarios de un monumento en honor al finado Papa. El Papa Juan Pablo II respondió con gran júbilo: “Llegaremos a considerar esto como nuestro pequeño Vaticano en los Estados Unidos.” Para algunos americanos, esto parece ser encomiable y loable; pero, para muchos es inmensamente perturbador y desalentador. América nació como nación protestante. **Estamos supuestos a protestar contra los errores del romanismo.** Como pueblo protestante debiéramos estar aferrándonos a la Biblia y sólo a ella.

El romanismo y el americanismo no pueden coexistir. Uno debe eliminar al otro. Bajo cierto juego de circunstancias, más probablemente caracterizadas por confusión y caos, la solución papal de lo sagrado del domingo será propuesta como la solución. La evidencia sugiere

que tal ya es el caso. El actual Papa, Francisco, de hecho ha propuesto eso en su encíclica, *Laudato SI'*. Según la Palabra de Dios, lo sagrado del domingo será legislado y finalmente implementado. La ciudadanía, habiéndose desconectado de Dios, al rechazar Su santo día sábado, impondrán sus peticiones a favor de lo [supuestamente] sagrado del domingo. Ellos lo considerarán como una panacea para América y los problemas del mundo. Movimientos en esa dirección están siendo bien dirigidos.

Considerando la actual inclinación del Congreso Estadounidense en decretar e imponer el domingo como día nacional de descanso, eso será fácilmente logrado. La entidad *Pew Forum on Religion and Public Life*, una principal organización de investigación sobre tendencias religiosas en los Estados Unidos, ofrece estas estadísticas sobre la composición religiosa del Congreso Estadounidense.

Casa de Representantes	El Senado
Católicos 30%	24%
Protestantes 57% (56% Observadores del domingo)	57%
Judíos 7.3%	12%

(Fuente: Pew Research Forum)

A pesar del pretexto usado para emitir tal ley, permanece el hecho de que será en violación de la Primera Enmienda de la Constitución Americana **que específicamente prohíbe el establecimiento de cualquier religión**. Es muy probable que apoyen esa nueva ley, si es desafiada la Corte Suprema Estadounidense, con seis o nueve jueces siendo católicos. Este concepto de un día de reposo está arraigado en la religión judeo-cristiana. Ese día de reposo, basado en la Biblia, es el divino día sábado, el día séptimo de la semana (Gén. 2:2, 3; Éx. 20:8-11). Lo sagrado del domingo es una afrenta y una rebelión abierta hacia el divino mandamiento. **Dios ofrece una opción. El diablo impone su voluntad a la fuerza.** Este es un sencillo hecho de la vida que la mayoría no parece reconocer. El seguir al papa de Roma en el existente conflicto sobre el sábado, es equivalente a rechazar al Dios de la creación. El asunto está más allá de los días. Pues es cuestión de a quién uno adora — al Dios de la creación o al Papa de Roma.

¿Cómo, entonces, recibirán los hombres la Marca de la Bestia? Es una decisión que uno tendrá que tomar. Se trata de una decisión que determinará nuestro destino eterno. Dios no fuerza a nadie a honrarlo al guardar santo su día Sábado. Cuando este decreto opere-

sivo sea emitido y sea presentada la evidencia del verdadero Sábado de Dios, como lo es en este presente libro; entonces a todos se les exigirá tomar una decisión por el Sábado de Dios o la tradición de los hombres. No existe terreno neutro. O nos decidimos por el santo Sábado de Dios, o por la tradición del hombre, el domingo. Todo mundo tendrá que escoger el día séptimo según es ordenado por Dios, o el primer día según es instituido por el hombre. Sobre la promulgación e imposición del falso sábado, uno recibirá la marca de la bestia al rechazar intencionalmente el sábado día séptimo y a conciencia preferir venerar el domingo en obediencia al papado.

Jesús nos dice: “Si me amáis, guardaréis mis Mandamientos;” (Juan 14:15). **Eso incluye el mandamiento del Sábado** (Éx. 20:8-11). En las precisas palabras de los mandamientos de Dios descansa el poder para obedecer aquello que él ordena. Mediante la fe uno puede, y debe, obedecer.

El inminente decreto universal para imponer lo sagrado del domingo, con América como su principal ejecutor, después de todo no es asunto tan excéntrico. Muy pronto después del nacimiento de América como nación, el espíritu del romanismo comenzó a levantar su fea cabeza. Los que habían huido de persecución religiosa para encontrar refugio en América intentaron, con algo de éxito, hacer exactamente aquello de lo cual habían huido. La historia del período colonial con los Peregrinos Puritanos es un principal ejemplo. Las personas eran castigadas y muertas por no seguir los reglamentos de las colonias dominadas por la iglesia.

El mismo espíritu fue manifestado tocante a lo sagrado del domingo en historia más reciente. Después de la fiebre-de-oro en California, en la década de los 1840, ese estado decretó una ley en 1859, prohibiendo la apertura de comercios en el día domingo. En 1889, tanto la Suprema Corte del estado y la Corte Federal apoyaron la convicción de un hombre en Tennessee que violó la ley dominical de ese estado.

También, en 1889, el asunto de lo sagrado del domingo fue la sustancia de dos leyes introducidas en el Senado Nacional por el senador H. W. Blair del estado de New Hampshire. La primera ley, pidiendo la promoción del domingo como día nacional de reposo, se refirió al domingo como “El Día del Señor.” La otra ley pidió una enmienda constitucional exigiendo que las escuelas públicas enseñaran “el principio de la Religión Cristiana.” Ese principio, según

algunos lo perciben, estaba honrando el domingo como el emblema de la identidad nacional. El mismo espíritu, de moralidad legislada por el estado, se encuentra vivo y creciendo en la nación. Desde luego, los esfuerzos de los 1800s, fracasaron en legislar una Ley Dominical Nacional. Sin embargo, ahora nos encontramos en un punto en la historia de los Estados Unidos donde un legislado Día Nacional de Descanso (domingo), es una real posibilidad. De hecho, según la Palabra de Dios, es una ciertísima realidad (Apocalipsis 13: 11-17).

Mientras la nación experimenta un acelerado decaimiento moral, una promiscuidad sexual irremisible, aumentada violencia, indiferencia religiosa, amenaza de terrorismo, discusiones más serias sobre el cambio climático, e incertidumbre económica, los llamados están aumentando para regresar a Dios al hacer del día domingo un día sagrado. Las organizaciones como *The Moral Majority*, *The Christian Coalition*, *National Back to Church Sunday*, y *The Lord's Day Alliance*, entre otras, están uniendo sus fuerzas con el Papado, lo cual llevará a cabo legislación a favor del domingo como un día nacional de descanso. Las acciones, por bien intencionadas que parezcan, no sólo son una violación de nuestros principios constitucionales, sino un afrenta al Dios de la creación. Ellas son ciertamente un cumplimiento de la profecía de Juan.

Dios nos ha dado Su día de reposo desde el tiempo de la creación. Ese día es Su santo día de sábado (Gén. 2:2,3). Él ha enviado sus profetas para hablarnos tocante a eso, y ha dado a Cristo Jesús como nuestro ejemplo para honrarlo. **Él desea nuestra voluntaria preferencia, no nuestra obligada adoración.** Él está llamando a su pueblo a regresar y adorarlo como Él desea. (Apoc. 14:6,7).

Los así llamados líderes religiosos están en efecto rehusando la oferta divina de libre albedrío, y están optando por la imposición forzada de dogmas religiosos. Están intentando establecer su propia norma de justicia al exaltar el domingo por encima del Santo Sábado de Dios. Jesús advirtió a los líderes religiosos de su época: "El respondió: "Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías: 'Este pueblo de labios me honra, pero su corazón está lejos de mí. En vano me honran, cuando enseñan como doctrinas mandamientos de hombres.' Porque dejáis el Mandamiento de Dios, y os aferráis a la tradición de los hombres [como el lavado de los jarros y los vasos, y otras muchas cosas semejantes]." (Marc. 7:6-8). Tocante al Sábado de Dios, esto es exactamente lo que están haciendo los hombres y

mujeres que profesan ser cristianos, lo que están haciendo en la exaltación del domingo. Jesús pregunta: “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que digo?” (Luc. 6:46).

América es una nación abundantemente bendecida con las riquezas de Dios, incluyendo una sobreabundancia de Su Palabra. Demasiadas personas pretendiendo pertenecerle, desafortunadamente están prefiriendo no sólo seguir las tradiciones de los hombres en la exaltación del domingo; sino también procuran mover a toda la nación en la misma dirección. Esto es engaño del más alto orden. El apóstol Pablo habla del asunto: “Porque habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; antes se ofuscaron en vanos razonamientos, y su necio corazón se entenebreció. Jactándose de ser sabios, se volvieron necios,” (Rom. 1:21, 22). Él sigue diciendo: “y con todo tipo de maldad, que engaña a los que se pierden. Se pierden porque rehusaron amar la verdad, para ser salvos. Por eso, Dios les envía un poderoso engaño, para que crean a la mentira; para que sean condenados todos los que no quisieron creer a la verdad, antes se complacieron en la maldad.” (2ª Tes. 2:10-12).

Qué triste para un pueblo que ha entregado tanto a la causa del Dios Todopoderoso. Mientras América continúa su marcha hacia el quebrantamiento de la santa ley de Dios, mientras exalta las tradiciones del *hombre de pecado* en sustitución, gran tribulación y destrucción acontecerá a la nación adjunto al resto del mundo. Mientras la nación, bajo la pretensión de mayor seguridad, repudia los principios de su constitución, ella será barrida rápidamente bajo el control del romanismo, y horribles crueldades seguirán. Algunos, sin embargo, serán fieles al Dios de la creación. **Aún en tiempos como estos, el carácter de Dios será vindicado por aquellos que, frente a la privación y la muerte, defenderán Su santo día Sábado.** Ésta siempre ha sido la historia del pueblo de Dios. A semejanza de Lutero, Wycliffe, Calvino, Jerónimo, Elías, Shadrach, Mesac, Abednego, y otros, los verdaderos discípulos de Dios estarán en pie, aún hasta la muerte, en esta inminente crisis. La pregunta es: ¿Serás tú uno de ellos?

CAPITULO 7

El Papa Francisco, El Cambio Climático, y lo Sagrado del Domingo

El 24 de mayo, 2015, el Papa Francisco envió su muy esperada, controversial, y muy debatida encíclica sobre el ambiente. El asunto central siendo discutido es la amenaza del calentamiento global del ambiente, y su impacto sobre los pobres, la familia, y la economía mundial. Ciñendo su tesis está la necesidad humana de proteger y atender la creación. Antes de su emisión “oficial”, al mundo se le presentó una versión “previa” que aceleró discusiones sobre el asunto. Religiosos, políticos, y científicos, ofrecieron su parte sobre el impacto de la encíclica que trata con el cambio climático.

Jeb Bush, Católico Romano y luego candidato republicano para la presidencia, no estuvo de acuerdo con la posición papal sobre el cambio climático. Él dijo: “Yo espero que mi párroco no me castigue por decir esto. . . la religión debiera ocuparse más en hacernos mejores personas, y menos sobre asuntos que terminan en el ámbito político.” Esas palabras son un misterioso recuerdo de la declaración del finado John F. Kennedy a una reunión de ministros protestantes en Houston, Texas en septiembre, 1960, mientras procuraba convencer al electorado que como católico romano, él no administraría al país según las enseñanzas de su iglesia, sino sobre la base de la constitución americana. Él fue cruelmente asesinado en Dallas, Texas ante la vista del mundo tres años después.

Otros declarados republicanos han hecho resonar sentimientos similares. Rick Santorum, también católico romano, compartió sus pensamientos sobre la encíclica de Francisco. Él suplicó a su pontífice: “Dejad a los científicos la ciencia.” Quizá Bush, Santorum, y el resto del mundo necesitan ser recordados que Francisco, el director del papado, no es meramente un líder religioso, sino también un dirigente político que gobierna a más de un billón de ciudadanos en cada país de la tierra. El ideal americano de separación de iglesia y estado posee cero valor en ese ámbito. Esta es la perspectiva desde la cual Francisco opera. ¡Despierta América!

En el otro lado de la división, el Vicepresidente Demócrata y Católico Romano, Joseph Biden, ciertamente estuvo de acuerdo con el

Papa sobre el cambio climático. Invocando la encíclica de Francisco en una conferencia sobre contaminación ambiental en la Casa Blanca, él dijo: “Usualmente las encíclicas son emitidas sólo sobre lo que la iglesia considera como iniciativas increíblemente importantes. . . . esto no sólo tiene un componente moral, también posee un componente de seguridad, al igual que un componente político y también un componente económico.” La opinión de Biden subraya las amplias implicaciones de la carta de Francisco. Ella, en esencia, trata con más que proteger el ambiente y atender a los pobres y desamparados; más bien se trata de aún otra de las tácticas de Francisco en la extensa estrategia de su iglesia para cambiar el clima político del mundo.

En su libro *Keys of This Blood*, Malachi Martin, el finado erudito jesuita y experto comentarista sobre las operaciones e intenciones del papado, reveló que existía una lucha trifacética para dominar al mundo. Él identificó a los jugadores en esa competencia como Comunismo, Globalismo (Capitalismo), y Catolicismo. Desde la publicación de su libro en 1990, uno de esos competidores ha sido efectivamente neutralizado. El titular de La Revista Time dijo: “SANTA ALIANZA. . . cómo Reagan y el Papa conspiraron para asistir el movimiento Solidaridad de Polonia, y apresurar la caída del Comunismo” (*Time*, February 24, 1992).

En el consiguiente artículo dijo: “El 7 de junio, 1982, Reagan y Juan Pablo se reunieron por 50 minutos en el Vaticano. Durante esa conversación, el complot fue planeado para eliminar el comunismo. En esa reunión, Reagan y el Papa acordaron en emprender una campaña clandestina que apresurara la disolución del régimen comunista, declara Richard Allen, el consejero de Reagan sobre Seguridad Nacional: ‘Esto fue una de las grandes alianzas secretas de todas las épocas.’” (*Time Magazine*, February 24, 1992, p. 28).

Ahora existen los dos restantes jugadores en esa competencia para el dominio mundial, Catolicismo y Globalismo apoyado por la América Capitalista. Malachi Martin concluyó: “Siendo ese el caso, parecería ineludible que su competencia terminará en una confrontación. No sería mucho decir, de hecho, que el específico propósito del pontificado de Juan Pablo, el motor que empuja la gran póliza papal y que determina sus estrategias día-a-día y año-por-año, es el ser el triunfador en esa competencia que ya está bastante avanzada.” (*Keys of This Blood*, p. 15).

Juan Pablo ahora ha desaparecido de la escena, pero el propósito del papado según se evidencia por las maniobras políticas y religiosas de Francisco, permanecen igual. El triste comentario es que mientras este fenómeno es bien entendido por los agentes de Roma, para muchos americanos es bien obvio. Francisco sigue emprendiendo una irremisible batalla para el dominio papal, atacando la insospechosa competencia desde el interior. Su encíclica sobre el cambio climático es sencillamente un paso agigantado en esa dirección. Su discurso a la sesión del Congreso el 24 de septiembre, 2016, censurando más los males del capitalismo, es aún otro paso. Mientras el catolicismo, con Francisco dirigiendo, está siendo fortalecido y ampliamente percibido como bueno para el bienestar de la humanidad; América, el motor que empuja al Globalismo, está tornándose cada vez más débil mediante los ataques sobre los principios fundamentales de su Constitución, **principalmente el concepto de separación de iglesia y estado**. Lo que actualmente estamos experimentando en América, es una implementación algo rápida, aunque sigilosa, del gobierno papal establecido sobre su fundamental principio de unificación de iglesia y estado. El papismo es antagónico al sistema americano de justicia y libertad para todos.

Francisco continuamente insiste que la panacea para los problemas del mundo estriba con la versión que su iglesia tiene tocante a la moralidad y espiritualidad, en cuyo fundamento se encuentra lo [supuestamente] sagrado del domingo. Su final intención es que las naciones del mundo reconozcan esto, y lo instituyan en sus leyes. Esto está rápidamente sucediendo en Europa mediante la agencia de *La Alianza Europea Dominical*, una organización muy respaldada por el papado.

La prensa *Associated Press* recientemente reportó: “El Papa Francisco lamentó el abandono de la tradicional práctica cristiana de no trabajar los domingos, diciendo que eso ejerce un negativo impacto sobre las familias y las amistades.” Él dice que gastando los domingos con la familia y amigos es una “opción ética” para los fieles y también los incrédulos. . . preservando el carácter especial del domingo como el Día del Señor.— aún civilmente donde sea posible.” Su predecesor, Benedicto XI afirmó: “En un tiempo cuando la creación parece estar peligrando en tantas maneras diferentes debido a la actividad humana, debiéramos a conciencia también aceptar esta dimensión dominical, . . . Es necesario promover re-flexión y

esfuerzos en reconciliar las demandas y los períodos de trabajo con los de la familia; y recuperar el verdadero significado de la fiesta, especialmente en domingo, la Pascua semanal, el día del Señor, y el día del hombre, el día de la familia, y de comunidad, y de solidaridad.” (Zenith.org, Sept. 26, 2010). Una principal publicación de su época dijo: “El domingo es nuestra marca de autoridad. . . . la iglesia se encuentra por encima de la Biblia, y la transferencia del sábado es prueba de ese hecho.” (*Catholic Record*, Sept. 1, 1923).

A pesar de las diferentes opiniones sobre la posición de Francisco tocante al cambio climático, una cosa es cierta, casi todos (Apoc. 13:8) están uniéndose sobre la proposición romana respecto a lo [supuestamente] sagrado del domingo, aparentemente para salvar no sólo al ambiente y cuidar la creación, sino también fortalecer la familia, y por extensión, a toda la sociedad. Lo sagrado del domingo unirá la división sobre el cambio climático.

Pero aquí se encuentra el potencial para el más grande conflicto de todos. Tocante a la creación, la Biblia enseña que el Dios de la creación ya ha dado a la humanidad un día de reposo y adoración. **Es el día séptimo y no el primero.** Dice así: “Así quedaron acabados los cielos y la tierra, y todas sus criaturas. Y acabó Dios en el séptimo día la obra que hizo, y reposó en el séptimo día de todo lo que había hecho en la creación. Y Dios bendijo al séptimo día, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación.” (Gén. 2:1-3). Luego él nos recuerda: “Acuérdate del día Sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra. Pero el sábado es el día de reposo del Señor tu Dios. No hagas ningún trabajo en él; ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días el Eterno hizo el cielo, la tierra y el mar, y todo lo que contienen, y reposó en el séptimo día. Por eso, el Señor bendijo el sábado y lo declaró santo.” (Éx. 20:8-11).

Contrario al llamado papal pidiendo decretos legislados para lo sagrado del domingo, el Creador envía un mensaje de amor en la imagen de un ángel con voz alta, amorosamente llamando hoy a toda la humanidad: “Decía a gran voz: “¡Reverenciad a Dios y dadle honra, porque ha llegado la hora de su juicio! Y adorad al que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas.” (Apoc. 14:7).

Finalmente todos tendrán que asumir una posición, no sobre cambio climático, sino sobre la tradición papal de la santidad dominical, o el sábado séptimo día de Dios el Creador. ¿Dónde estarás tú?

Los Movimiento Finales

El año 1965 marcó la terminación del Concilio Vaticano II, la iniciativa de la Iglesia Católica en desarrollar e implementar una abarcante estrategia mediante la cual el mundo entero sería puesto bajo su control. El tema subyacente de esa continuada estrategia es la unidad de todas las religiones y gobiernos. Uno de sus principales objetivos fue el de llevar a los ‘hermanos separados’ (*herejes* antes del Vaticano II) de regreso al rebaño católico. Hoy, viendo sobre el paisaje religioso y político, uno a penas puede negar el éxito de la estrategia romana hacia un dominio mundial según es bosquejado en el Concilio Vaticano II.

Han sido cincuenta años ahora, y el actual Papa Jesuita, Francisco, ha declarado que éste es el año del Jubileo. En su reciente encíclica, *LAUDATO SI'*, él invoca los pasajes bíblicos del Antiguo Testamento referentes al sábado, el Año Sabático, y el Jubileo. Él escribe: ‘Nosotros vemos esto, por ejemplo, en la ley del sábado. En el día séptimo, Dios descansó de todas sus obras. Él ordenó que Israel apartara cada día séptimo como día de descanso, un sábado, (c.f. Gén. 2:2-3; Éx.16:23; 20:10). Similarmente, cada siete años, un año sabático era apartado para Israel, un completo reposo para la tierra (cf. Lev. 25:1-4), cuando la siembra era prohibida y uno cosechaba sólo lo necesario para vivir y para alimentar a la familia (cf. Lev. 25:4-6). Finalmente, después de siete semanas de años, que equivale a decir cuarenta y nueve años, el Jubileo era celebrado como el año de perdón y “libertad a través de la tierra para todos los habitantes.” (cf. Lev. 25:10). Esta ley fue formada con la intención de asegurar balance y justicia en sus relaciones mutuas, y con la tierra sobre la cual ellos vivían y trabajaban.” (*LAUDATO SI'*, Section 71).

Su concepto de, y subsiguiente recontextualización de estos conceptos bíblicos son presentados como el fundamento sobre el cual está construida su prescripción para resolver los problemas del mundo. Jehová Dios se propuso que Su sábado, el Año Sabático, y el Jubileo Bíblico recordara a su pueblo que Él es su Creador, que ellos son mayordomos y que ellos debieran conducirse y administrar la tierra de tal forma que lo glorificaría a Él y beneficiaría a la

humanidad. Estos tiempos son prescritos como los tiempos de justicia, misericordia, equidad, descanso para la humanidad y la tierra, y reflexionar sobre Aquél que lo entregó todo por nosotros. Francisco, en su encíclica, ofrece sus versiones de estos conceptos y soluciones para atender a los pobres, detener el desgaste de la capa ozónica, y remediar los ayes económicos del mundo. Haciendo eso, él de hecho está intentando usurpar el lugar de Dios; pues es el Dios de la Creación quien nos dio el sábado, el Año Sabático, y el Jubileo.

El año Sabático (cada séptimo año) y el Jubileo (cada año cincuenta) son extrapolaciones del sábado séptimo día dado a la humanidad en la creación (Gén. 2:1-3). No es el sábado judío. Es el Sábado del Creador, el día de descanso, **legado a toda la humanidad**. En dar a la humanidad este santuario en tiempo, Jehová Dios se propuso que todos lo recordaran como su Creador, como Aquél de quien ellos dependían para todas sus necesidades. El Año Sabático y el Jubileo fueron instituidos para seguir impresionando nuestras mentes del poder creador y sustentador de Dios. La nación judía fue el instrumento en las manos de Dios para enseñar esta tan vital lección para toda la humanidad.

Su siervo Isaías dijo: “Poco es que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y restaurar el remanente de Israel. También te dí por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo último de la tierra.” (Isa. 49:6). Dios instruyó a su siervo Moisés: “Acuérdate del día sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra. Pero el sábado es el día de reposo del Señor tu Dios. No hagas ningún trabajo en él; ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días el Eterno hizo el cielo, la tierra y el mar, y todo lo que contienen, y reposó en el séptimo día. Por eso, el Señor bendijo el sábado y lo declaró santo.” (Éx. 20:8-11).

Para el año sabático, basado sobre el sábado séptimo día, Dios también advirtió a Moisés: “Durante seis años sembrarás tu tierra, durante seis años podarás tu viña y allegarás su fruto. *Pero el séptimo año la tierra tendrá completo reposo, sábado en honor al Eterno. No sembrarás tu tierra, ni podarás tu viña.*” (Lev. 25:8-10). La sutil y afrentosa usurpación de Francisco del Dios de la Creación es evidente en su encíclica. Él dice: “En el domingo, nuestra participación en la Eucaristía tiene especial importancia. El domingo, como

el sábado judío, tiene el propósito de ser un día para sanar nuestra relación con Dios, con nosotros mismos, y con otros y el mundo. El domingo es el día de la Resurrección, el “primer día” de la nueva creación, cuyos primeros frutos son el surgimiento de la humanidad de Cristo, la promesa de la final transfiguración de toda realidad creada. También proclama “el eterno descanso del hombre en Dios.” (LAUDATO SI’, Section 237). Cómo puede un mero ser humano transferir el significado, lo sagrado, y la santidad del sábado de Dios, el día séptimo de la semana, hacia el domingo, el primero; y por extensión relegar las bendiciones del Jubileo del Creador hacia un día que él y su iglesia han inventado? Pero esto es ciertamente lo que Francisco está haciendo en LAUDATO SI’.

Kevin P. Emmert, en su artículo del 19 de junio, 2015, *Por Qué el Papa Está Embarcado en Verde*, apareciendo en *Christianity Today Online*, pone en perspectiva la encíclica de Francisco cuando observa: “La encíclica, sin embargo, es mucho más que una carta de condenación, o una lección para atención ambiental. Debajo de las advertencias y prescripciones, él ofrece una teología de la creación que enfatiza cómo, mediante el diseño divino, los seres humanos y el mundo creado se encuentran profundamente conectados. Si entendemos esto, dice Francisco, puede cambiar la manera como nos relacionamos con Dios, con el prójimo, y con la creación.” Pero debemos relacionarnos con Dios, con el prójimo, y con la creación, basado en la prescripción de Dios, sus Diez Mandamientos (Éxodo 20:2-17), y no en el LAUDATO SI’ en lo cual Francisco prescribe lo [supuestamente] sagrado del domingo y la eucaristía como sustitución. ¿Depositarás tus esperanzas en la palabra de Dios el Creador?, o sobre la arena movediza de las vacías promesas de Francisco. La opción es tuya.

Francisco no es Dios, el domingo no es el sábado de Dios, y el 50 aniversario del Concilio Vaticano II no es su Jubileo. La Eucaristía y *lo sagrado del domingo* son invenciones de su iglesia y se encuentran patentemente opuestos a la palabra de Dios. La Biblia claramente enseña: “así también Cristo fue ofrecido una sola vez, para quitar los pecados de muchos. Y la segunda vez, sin relación con el pecado, aparecerá para salvar a los que lo esperan ansiosamente.” (Heb. 9:28, 10:14). Contrariamente, la eucaristía es así definida: “Mediante la consagración se lleva a cabo la transubstanciación del pan y el vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo. Bajo el consagrado pan y el vino Cristo mismo, viviente y glorioso, está

presente en manera real y sustancial: su Cuerpo y su Sangre, con su alma y su divinidad.” (*Catechism of the Catholic Church*, 1413).

Observando el sábado día 7º, el año Sabático y el Jubileo, son actos de adoración que se deben únicamente al Dios Creador. Nosotros lo honramos al obedecer sus mandamientos. La santidad del domingo, la eucaristía, y aceptando un falso jubileo son actos de obediencia y adoración a otra autoridad. Ambos profetas, Daniel en el Antiguo Testamento, y Juan en el nuevo, claramente identifican este poder. El apóstol Pablo lo menciona así: “Nadie os engañe en ninguna manera, porque ese día no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, que se opondrá y exaltará contra todo lo que se llama Dios, o que se adora; hasta sentarse en el templo de Dios, como Dios, haciéndose pasar por Dios.” (2ª Tes. 2:3-4). Los reformadores protestantes unánimemente acordaban que se trata de nadie más que el papado romano. Tanto la historia como la Biblia testifican de él como uno que asume las prerrogativas divinas, procurando cambiar la ley de Dios, persiguiendo a los verdaderos seguidores de Dios, y pretendiendo usurpar el lugar de Dios en la tierra.

Las promesas de Francisco, su actual director, no producirán paz, justicia, equidad, y descanso; pero sí introducirán un caos indetenible, represión sangrienta, y finalmente destrucción total. El profeta Daniel dice: “En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran Príncipe que protege a tu pueblo. Y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces. Pero en ese tiempo será librado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro.” (Dan. 12:1). Entonces es que empieza el Jubileo de Dios (1ª Tesselonicenses 4:16-18; Apoc. 20:4).

Al igual que la prescripción de Francisco para armonía, equidad y seguridad, el Creador advierte tocante a un mundo que está velozmente viajando hacia su encuentro con un triste destino. El antiguo vidente, Jeremías, lo describe así: “Miré la tierra, y estaba sin forma y vacía, y el cielo estaba sin luz. Miré los montes, y estaban temblando, y todos los collados se estremecían. Miré, y no había ni un solo hombre, y todas las aves del cielo se habían ido. Miré, y la tierra fértil era un desierto, y todas sus ciudades estaban en ruinas ante la presencia del Eterno, ante el furor de su ira. Así dice el Eterno: "Todo el país será desolado, aunque no lo destruiré del todo. Por eso se enlutará la tierra, y el cielo arriba se oscurecerá. Porque

hablé, pensé, y no me arrepentiré ni desistiré.” (Jer. 4:23-28). ¿Y por qué sería esto? Su colega vidente, Isaías, que está en completo acuerdo (Isa. 24:1-4) contesta: “La tierra se contaminó bajo sus habitantes, porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, quebrantaron el pacto eterno.” (Isa. 24:5).

La estrategia para el establecimiento de *la santidad del domingo* fue adoptada hace varios siglos en el Concilio de Trento. En este Concilio de la Contra Reforma que exploró maneras de *hacer regresar a casa* a los herejes, el Arzobispo de Reggio, Gaspar Ricculli de Fasso, concluyó: “Los protestantes pretenden creer solamente en la palabra escrita. Ellos profesan tener sólo a la Biblia como la norma de fe. Ellos justifican su revuelta mediante el argumento de que la Iglesia ha apostatado de la palabra escrita y sigue la tradición. Ahora la pretensión protestante de que ellos solamente creen en la palabra escrita, no es cierto. Su profesión de que sólo la Biblia es la norma de fe es falsa. PRUEBA: La palabra escrita explícitamente pide observancia del día séptimo como el SÁBADO. Ellos no observan el día séptimo, sino que lo rechazan. Si ellos verdaderamente creen en solamente la Biblia como su norma, ellos estarían observando el día séptimo según se ordena en toda la Biblia. Sin embargo ellos no sólo rechazan la observancia del sábado pedida en la palabra escrita, sino que han adoptado, y sí practican, la observancia del domingo, para lo cual tienen sólo la tradición de la Iglesia [Católica]. Consecuentemente la pretensión ‘Sólo la Escritura como la norma,’ fracasa; y la doctrina de ‘La Escritura y la tradición’ como esencial, queda plenamente establecida, con los protestantes mismos siendo los jueces.” (J. H. Holtzman, *Canon and Tradition*, published in Luewigsburgh, Germany, in 1859, page 263, and Archbishop of Reggio’s address in the 17th session of the Council of Trent, Jan. 18, 1562, in Mansi, SC, Vol. 33, cols. 529, 530).

Fue sobre esta declaración que el Concilio encontró su más viable instrumento contra la Reforma Protestante. Su éxito es innegable y está siendo utilizado muy efectivamente para pronto obligar al mundo entero a honrar al papado como el gobernador supremo del mundo.

El principal consejero del Vaticano Jeffrey Sachs advirtió que cuando el Papa Francisco visite a los Estados Unidos en septiembre, 2015, él habrá de desafiar directamente a la “Idea Americana” de los derechos dados por Dios y encarnados en la Declaración de In-

dependencia. Sachs, un especial consejero de las Naciones Unidas y director del departamento *Earth Institute* en Columbia University, escribe en la publicación jesuita *America*: “América es una sociedad en decadencia tocante a la idea de derechos inalienables para la vida, la libertad, y la busca de la felicidad. Pero el urgente centro del mensaje de Francisco será desafiar esta “Idea Americana” al proclamar que el camino a la felicidad no sólo reside mediante la defensa de derechos, sino mediante el ejercicio de virtudes, con notablemente siendo esas virtudes la justicia y la caridad.” (*Westren Journalism*, May 19, 2015). Está claro que la meta final de Francisco es destruir la Constitución Americana, **la cual garantiza el libre albedrío en asuntos religiosos, y sustituye los dogmas papales, ubicando así a la conciencia en su lugar.**

Es ciertamente un triste comentario sobre la experiencia americana, que el preciso cuerpo que en su infancia estableció leyes especialmente opuestas al gobierno papal; ahora en su madurez ha invitado al Pontífice Romano a instruirla de que las ideas de los Padres Fundadores deben ser repudiadas. Los Padres Fundadores estarían indescriptiblemente pasmados si hubieran podido atestiguar tal retroceso tocante a aquello por lo que ellos tanto sacrificaron. Las naciones del mundo han acordado con el papa que sí tenemos un problema climático. En la conferencia sobre Cambio Climático en Francia, desde el 30 de noviembre hasta el 12 de diciembre 2015, fue firmado un acuerdo por todas las 196 naciones presentes, reconociendo que el mundo ciertamente sí tiene un problema climático. El Papa Francisco, quien agresivamente instó que las naciones hicieran ese acuerdo, desde luego hubo expuesto la solución varios meses antes en su encíclica, *Laudato SI'*. Su solución — Lo [supuestamente] sagrado del domingo.

Su siguiente maniobra fue la de ofrecer al mundo una puerta de misericordia a través de la cual todos deben regresar a su iglesia. Él decretó que esta ‘puerta de misericordia’ se cierra el 20 de noviembre, 2016. La pregunta es: ¿Qué sucede después que se cierra la puerta? **La respuesta se encuentra en las intransigentes pólizas de su iglesia [Católica] de la Edad Media.**

Cristo Jesús es la Única Perta. Él declara: “Entonces Jesús dijo: "Os aseguro: El que no entra en el redil de las ovejas por la puerta, sino que sube por otra parte, es ladrón y asaltante. Pero el que entra por la puerta es el pastor de las ovejas. A éste el portero le abre, y las

ovejas reconocen su voz. Llama a sus ovejas por nombre, y las saca del redil. . . . Yo Soy la puerta. El que entre por medio de mí, será salvo. Entrará, saldrá, y hallará pastos.” (Juan 10:1-3, 9). En lugar de la panacea para los problemas de la humanidad, la prescripción de Francisco está llevando al mundo hacia el abismo. Los movimientos finales serán rápidos.

Nota: Desde el próximo capítulo hasta el fin del libro, es material enteramente extraído del libro *El Conflicto de los Siglos*.

CAPITULO 9

~~La Libertad de Conciencia Amenazada~~

Los protestantes consideran hoy al romanismo con más favor que años atrás. En los países donde no predomina y donde los partidarios del papa siguen una política de conciliación para ganar influjo, se nota una indiferencia creciente respecto a las doctrinas que separan a las iglesias reformadas de la jerarquía papal; entre los protestantes está ganando terreno la opinión de que, al fin y al cabo, en los puntos vitales las divergencias no son tan grandes como se suponía, y que unas pequeñas concesiones de su parte los pondrían en mejor inteligencia con Roma. Tiempo hubo en que los protestantes estimaban altamente la libertad de conciencia adquirida a costa de tantos sacrificios. Enseñaban a sus hijos a tener en aborrecimiento al papado y sostenían que tratar de congeniar con Roma equivaldría a traicionar la causa de Dios. Pero ¡cuán diferentes son los sentimientos expresados hoy!

Los defensores del papado declaran que la iglesia ha sido calumniada, y el mundo protestante se inclina a creerlo. Muchos sostienen que es injusto juzgar a la iglesia de nuestros días por las abominaciones y los absurdos que la caracterizaron cuando dominaba en los siglos de ignorancia y de tinieblas. Tratan de excusar sus horribles crueldades como si fueran resultado de la barbarie de la época, y arguyen que las influencias de la civilización moderna han modificado los sentimientos de ella.

¿Habrán olvidado estas personas las pretensiones de infalibilidad sostenidas durante ochocientos años por tan altanero poder? Lejos de abandonar este aserto lo ha afirmado en el siglo XIX de un modo más positivo que nunca antes. Como Roma asegura que la iglesia “nunca erró; ni errará jamás, según las Escrituras” (J. L. Von Mosheim, *Institutes of Ecclesiastical History*, libro 3, siglo XI, parte 2, cap. 2, nota 17), ¿cómo podrá renunciar a los principios que amoldaron su conducta en las edades pasadas?

La iglesia papal no abandonará nunca su pretensión a la infalibilidad. Todo lo que ha hecho al perseguir a los que rechazaban sus dogmas lo da por santo y bueno; ¿y quién asegura que no volvería a las andadas siempre que se le presentase la oportunidad? Deróguen-

se las medidas restrictivas impuestas en la actualidad por los gobiernos civiles y déjese a Roma que recupere su antiguo poder y se verán resucitar en el acto su tiranía y sus persecuciones.

Un conocido autor dice, acerca de la actitud de la jerarquía papal hacia la libertad de conciencia y acerca de los peligros especiales que corren los Estados Unidos si tiene éxito la política de dicha jerarquía: “Son muchos los que atribuyen al fanatismo o a la puerilidad todo temor expresado acerca del catolicismo romano en los Estados Unidos. Los tales no ven en el carácter y actitud del romanismo nada que sea hostil a nuestras libres instituciones, y no ven tampoco nada inquietante en el incremento de aquel. Comparemos, pues, primero, algunos de los principios fundamentales de nuestro gobierno con los de la Iglesia Católica. “La Constitución de los Estados Unidos garantiza la libertad de conciencia. Nada hay más precioso ni de importancia tan fundamental. El Papa Pío IX, en su encíclica del 15 de agosto de 1854, dice: ‘Las doctrinas o extravagancias absurdas y erróneas en favor de la libertad de conciencia, son unos de los errores más pestilentes: una de las pestes que más se debe temer en un estado’. El mismo papa, en su encíclica del 8 de diciembre de 1864, anatematizó ‘a los que sostienen la libertad de conciencia y de cultos’ como también ‘a cuantos aseveran que la iglesia no puede emplear la fuerza’.

El tono pacífico que Roma emplea en los Estados Unidos no implica un cambio de sentimientos. Es tolerante cuando es impotente. El obispo O’Connor dice: ‘La libertad religiosa se soporta tan solo hasta que se pueda practicar lo opuesto sin peligro para el mundo católico’. [...] El arzobispo de Saint Louis dijo un día: ‘La herejía y la incredulidad son crímenes; y en los países cristianos como Italia y España, por ejemplo, donde todo el pueblo es católico y donde la religión católica es parte esencial de la ley del país, se las castiga como a los demás crímenes’. [...].

“Todo cardenal, arzobispo y obispo de la Iglesia Católica, presta un juramento de obediencia al Papa, en el cual se encuentran las siguientes palabras: ‘Me opondré a los herejes, cismáticos y rebeldes contra nuestro señor (el papa), o sus sucesores y los perseguiré con todo mi poder’” (J. Strong, *Our Country*, cap. 5, párrs. 2-4).[(véase el Apéndice de referencias corregido)]

Es cierto que hay verdaderos cristianos en la Iglesia Católica romana. En ella, millares de personas sirven a Dios según las mejores luces que tienen. Les es prohibido leer su Palabra (véase el Apén-

dice), debido a lo cual no pueden discernir la verdad. Nunca han visto el contraste que existe entre el culto o servicio vivo rendido con el corazón y una serie de meras formas y ceremonias. Dios mira con tierna misericordia a esas almas educadas en una fe engañosa e insuficiente. Hará penetrar rayos de luz a través de las tinieblas que las rodean. Les revelará la verdad tal cual es en Jesús y muchos se unirán aún a Su pueblo.

Pero el romanismo, como sistema, no está actualmente más en armonía con el evangelio de Cristo que en cualquier otro período de su historia. Las iglesias protestantes se hallan sumidas en grandes tinieblas, pues de lo contrario discernirían las señales de los tiempos. La iglesia romana abarca mucho en sus planes y modos de operación. Emplea toda clase de estratagemas para extender su influencia y aumentar su poder, mientras se prepara para una lucha violenta y resuelta a fin de recuperar el gobierno del mundo, restablecer las persecuciones y deshacer todo lo que el protestantismo ha hecho. El catolicismo está ganando terreno en todas direcciones. Véase el número creciente de sus iglesias y capillas en los países protestantes. Nótese en Norteamérica la popularidad de sus colegios y seminarios, tan patrocinados por los protestantes. Piénsese en la extensión del ritualismo en Inglaterra y en las frecuentes deserciones a las filas católicas. Estos hechos deberían inspirar ansiedad a todos los que aprecian los puros principios del evangelio.

Los protestantes se han entremetido con el papado y lo han patrocinado; han hecho transigencias y concesiones que sorprenden a los mismos papistas y les resultan incomprensibles. Los hombres cierran los ojos ante el verdadero carácter del romanismo, ante los peligros que hay que temer de su supremacía. Hay necesidad de despertar al pueblo para hacerle rechazar los avances de este enemigo peligrosísimo de la libertad civil y religiosa.

Muchos protestantes suponen que la religión católica no es atractiva y que su culto es una serie de ceremonias áridas y sin significado. Pero están equivocados. Si bien el romanismo se basa en el engaño, no es una impostura grosera ni desprovista de arte. El culto de la iglesia romana es un ceremonial que impresiona profundamente. Lo brillante de sus ostentaciones y la solemnidad de sus ritos fascinan los sentidos del pueblo y acallan la voz de la razón y de la conciencia. Todo encanta a la vista. Sus soberbias iglesias, sus procesiones imponentes, sus altares de oro, sus relicarios de joyas, sus pinturas

escogidas y sus exquisitas esculturas, todo apela al amor de la belleza. Al oído también se le cautiva. Su música no tiene igual. Los graves acordes del órgano poderoso, unidos a la melodía de numerosas voces que resuenan y repercuten por entre las elevadas naves y columnas de sus grandes catedrales, no pueden dejar de producir en los espíritus impresiones de respeto y reverencia.

Este esplendor, esta pompa y estas ceremonias exteriores, que no sirven más que para dejar burlados los anhelos de las almas enfermas de pecado, son clara evidencia de la corrupción interior. La religión de Cristo no necesita de tales atractivos para hacerse recomendable. Bajo los rayos de luz que emite la cruz, el verdadero cristianismo se muestra tan puro y tan hermoso, que ninguna decoración exterior puede realzar su verdadero valor. Es la hermosura de la santidad, o sea un espíritu manso y apacible, lo que tiene valor delante de Dios.

La brillantez del estilo no es necesariamente indicio de pensamientos puros y elevados. Encuétranse a menudo conceptos del arte y refinamientos del gusto en espíritus carnales y sensuales. Satanás suele valerse a menudo de ellos para hacer olvidar a los hombres las necesidades del alma, para hacerles perder de vista la vida futura e inmortal, para alejarlos de su Salvador infinito e inducirlos a vivir para este mundo solamente.

Una religión de ceremonias exteriores es propia para atraer al corazón irregenerado. La pompa y el ceremonial del culto católico ejercen un poder seductor, fascinador, que engaña a muchas personas, las cuales llegan a considerar a la iglesia romana como la verdadera puerta del cielo. Solo pueden resistir su influencia los que pisan con pie firme en el fundamento de la verdad y cuyos corazones han sido regenerados por el Espíritu de Dios. Millares de personas que no conocen por experiencia a Cristo, serán llevadas a aceptar las formas de una piedad sin poder. Semejante religión es, precisamente, lo que las multitudes desean.

El hecho de que la iglesia asevere tener el derecho de perdonar pecados induce a los romanistas a sentirse libres para pecar; y el mandamiento de la confesión sin la cual ella no otorga su perdón, tiende además a dar bríos al mal. El que se arrodilla ante un hombre caído y le expone en la confesión los pensamientos y deseos secretos de su corazón, rebaja su dignidad y degrada todos los nobles instintos de su alma. Al descubrir los pecados de su alma a

un sacerdote — mortal desviado y pecador, y demasiado a menudo corrompido por el vino y la impureza — el hombre rebaja el nivel de su carácter y consecuentemente se corrompe. La idea que tenía de Dios resulta envilecida a semejanza de la humanidad caída, pues el sacerdote hace el papel de representante de Dios. Esta confesión degradante de hombre a hombre es la fuente secreta de la cual ha brotado gran parte del mal que está corrompiendo al mundo y lo está preparando para la destrucción final. Sin embargo, para todo aquel a quien le agrada satisfacer sus malas tendencias, es más fácil confesarse con un pobre mortal que abrir su alma a Dios. Es más grato a la naturaleza humana hacer penitencia que renunciar al pecado; es más fácil mortificar la carne usando cilicios, ortigas y cadenas desgarradoras que renunciar a los deseos carnales. Harto pesado es el yugo que el corazón carnal está dispuesto a cargar antes de doblarse al yugo de Cristo.

Hay una semejanza sorprendente entre la iglesia de Roma y la iglesia judaica del tiempo del primer advenimiento de Cristo. Mientras los judíos pisoteaban secretamente todos los principios de la ley de Dios, en lo exterior eran estrictamente rigurosos en la observancia de los preceptos de ella, recargándola con exacciones y tradiciones que hacían difícil y pesado el cumplir con ella. Así como los judíos profesaban reverenciar la ley, así también los romanistas dicen reverenciar la cruz. Exaltan el símbolo de los sufrimientos de Cristo, al par que niegan con sus vidas a Aquel a quien ese símbolo representa.

Los papistas colocan la cruz sobre sus iglesias, sobre sus altares y sobre sus vestiduras. Por todas partes se ve la insignia de la cruz. Por todas partes se la honra y exalta exteriormente. Pero las enseñanzas de Cristo están sepultadas bajo un montón de tradiciones absurdas, interpretaciones falsas y exacciones rigurosas. Las palabras del Salvador respecto a los judíos hipócritas se aplican con mayor razón aún a los jefes de la Iglesia Católica romana: “Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos mismos no quieren moverlas con un dedo suyo”. Mateo 23:4 (VM). Almas concienzudas quedan presa constante del terror, temiendo la ira de un Dios ofendido, mientras muchos de los dignatarios de la iglesia viven en el lujo y los placeres sensuales. El culto de las imágenes y reliquias, la invocación de los santos y la exaltación del papa son artificios de Satanás para alejar de Dios y de su Hijo el espíritu del pueblo. Para asegurar su

ruina, se esfuerza en distraer su atención del Único que puede asegurarles la salvación. Dirigirá las almas hacia cualquier objeto que pueda sustituir a Aquel que dijo: “¡Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso!” Mateo 11:28 (VM).

Satanás se esfuerza siempre en presentar de un modo falso el carácter de Dios, la naturaleza del pecado y las verdaderas consecuencias que tendrá la gran controversia. Sus sofismas debilitan el sentimiento de obligación para con la ley divina y dan a los hombres libertad para pecar. Al mismo tiempo les hace aceptar falsas ideas acerca de Dios, de suerte que le miran con temor y odio más bien que con amor. Atribuye al Creador la crueldad inherente a su propio carácter, la incorpora en sistemas religiosos y le da expresión en diversas formas de culto. Sucede así que las inteligencias de los hombres son cegadas y Satanás se vale de ellos como de sus agentes para hacer la guerra a Dios. Debido a conceptos erróneos de los atributos de Dios, las naciones paganas fueron inducidas a creer que los sacrificios humanos eran necesarios para asegurarse el favor divino; y perpetráronse horrendas crueldades bajo las diversas formas de la idolatría.

La Iglesia Católica romana, al unir las formas del paganismo con las del cristianismo, y al presentar el carácter de Dios bajo falsos colores, como lo presentaba el paganismo, recurrió a prácticas no menos crueles, horrorosas y repugnantes. En tiempo de la supremacía romana, había instrumentos de tortura para obligar a los hombres a aceptar sus doctrinas. Existía la hoguera para los que no querían hacer concesiones a sus exigencias. Hubo horribles matanzas de tal magnitud que nunca será conocida hasta que sea manifestada en el día del juicio. Dignatarios de la iglesia, dirigidos por su maestro Satanás, se afanaban por idear nuevos refinamientos de tortura que hicieran padecer lo indecible sin poner término a la vida de la víctima. En muchos casos el proceso infernal se repetía hasta los límites extremos de la resistencia humana, de manera que la naturaleza quedaba rendida y la víctima suspiraba por la muerte como dulce alivio.

Tal era la suerte de los adversarios de Roma. Para sus adherentes disponía de la disciplina del azote, del tormento del hambre y de la sed, y de las mortificaciones corporales más lastimeras que se puedan imaginar. Para asegurarse el favor del cielo, los penitentes violaban las leyes de Dios al violar las leyes de la naturaleza. Se les enseñaba

a disolver los lazos que Dios instituyó para bendecir y amenizar la estada del hombre en la tierra. Los cementerios encierran millones de víctimas que se pasaron la vida luchando en vano para dominar los afectos naturales, para refrenar como ofensivos a Dios todo pensamiento y sentimiento de simpatía hacia sus semejantes.

Si deseamos comprender la resuelta crueldad de Satanás, manifestada en el curso de los siglos, no entre los que jamás oyeron hablar de Dios, sino en el corazón mismo de la cristiandad y por toda su extensión, no tenemos más que echar una mirada en la historia del romanismo. Por medio de ese gigantesco sistema de engaño, el príncipe del mal consigue su objeto de deshonar a Dios y de hacer al hombre miserable. Y si consideramos lo bien que logra enmascararse y hacer su obra por medio de los jefes de la iglesia, nos daremos mejor cuenta del motivo de su antipatía por la Biblia. Siempre que sea leído este libro, la misericordia y el amor de Dios saltarán a la vista, y se echará de ver que Dios no impone a los hombres ninguna de aquellas pesadas cargas. Todo lo que él pide es un corazón contrito y un espíritu humilde y obediente.

Cristo no dio en su vida ningún ejemplo que autorice a los hombres y mujeres a encerrarse en monasterios so pretexto de prepararse para el cielo. Jamás enseñó que debían mutilarse los sentimientos de amor y simpatía. El corazón del Salvador rebosaba de amor. Cuanto más se acerca el hombre a la perfección moral, tanto más delicada es su sensibilidad, tanto más vivo su sentimiento del pecado y tanto más profunda su simpatía por los afligidos. El papa dice ser el vicario de Cristo; ¿pero puede compararse su carácter con el de nuestro Salvador? ¿Se vio jamás a Cristo condenar hombres a la cárcel o al tormento porque se negaran a rendirle homenaje como Rey del cielo? ¿Acaso se le oyó condenar a muerte a los que no le aceptaban? Cuando fue menospreciado por los habitantes de un pueblo samaritano, el apóstol Juan se llenó de indignación y dijo: “Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, y los consuma, como hizo Elías?” Jesús miró a su discípulo con compasión y le reprendió por su aspereza, diciendo: “El Hijo del hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas”. Lucas 9:54, 56. ¡Cuán diferente el espíritu manifestado por Cristo del de su pretendido vicario!

La Iglesia Católica le pone actualmente al mundo una cara apacible, y presenta disculpas por sus horribles crueldades. Se ha puesto vestiduras como las de Cristo; pero en realidad no ha cambiado. Todos

los principios formulados por el papismo en edades pasadas subsisten en nuestros días. Las doctrinas inventadas en los siglos más tenebrosos siguen profesándose aún. Nadie se engañe. El papado que los protestantes están ahora tan dispuestos a honrar, es el mismo que gobernaba al mundo en tiempos de la Reforma, cuando se levantaron hombres de Dios con peligro de sus vidas para denunciar la iniquidad de él. El romanismo sostiene las mismas orgullosas pretensiones con que supo dominar sobre reyes y príncipes y arrogarse las prerrogativas de Dios. Su espíritu no es hoy menos cruel ni despótico que cuando destruía la libertad humana y mataba a los santos del Altísimo.

El papado es precisamente lo que la profecía declaró que sería: la apostasía de los postreros días (2 Tesalonicenses 2:3, 4). Forma parte de su política asumir el carácter que le permita realizar mejor sus fines; pero bajo la apariencia variable del camaleón oculta el mismo veneno de la serpiente. Declara: “No hay que guardar la palabra empeñada con herejes, ni con personas sospechosas de herejía”. Lenfant, Histoire du Concile de Constance 1:493. ¿Será posible que este poder cuya historia se escribió durante mil años con la sangre de los santos, sea ahora reconocido como parte de la iglesia de Cristo?

No sin razón se ha asegurado que en los países protestantes el catolicismo no difiere ya tanto del protestantismo como antes. Se ha verificado un cambio; pero no es el papado el que ha cambiado. El catolicismo se parece mucho en verdad al protestantismo de hoy día debido a lo mucho que este ha degenerado desde los días de los reformadores.

Mientras las iglesias protestantes han estado buscando el favor del mundo, una falsa caridad las ha cegado. Se figuran que es justo pensar bien de todo mal; y el resultado inevitable será que al fin pensarán mal de todo bien. En lugar de salir en defensa de la fe que fue dada antiguamente a los santos, no parecen sino disculparse ante Roma por haberla juzgado con tan poca caridad y pedirle perdón por la estrechez de miras que manifestaron.

Muchos, aun entre los que no favorecen al romanismo, se dan poca cuenta del peligro con que les amenaza el poder y la influencia de Roma. Insisten en que las tinieblas intelectuales y morales que pre- valecían en la Edad Media favorecían la propagación de sus dogmas y supersticiones junto con la opresión, y que el mayor caudal de inteligencia de los tiempos modernos, la difusión general de co-

nocimientos y la libertad siempre mayor en materia de religión, impiden el reavivamiento de la intolerancia y de la tiranía. Se ridiculiza la misma idea de que pudiera volver un estado de cosas semejante en nuestros tiempos de luces. Es verdad que sobre esta generación brilla mucha luz intelectual, moral y religiosa. De las páginas abiertas de la santa Palabra de Dios, ha brotado luz del cielo sobre la tierra. Pero no hay que olvidar que cuanto mayor sea la luz concedida, tanto más densas también son las tinieblas de aquellos que la pervierten o la rechazan.

Un estudio de la Biblia hecho con oración mostraría a los protestantes el verdadero carácter del papado y se lo haría aborrecer y rehuir; pero muchos son tan sabios en su propia opinión que no sienten ninguna necesidad de buscar humildemente a Dios para ser conducidos a la verdad. Aunque se enorgullecen de su ilustración, desconocen tanto las Sagradas Escrituras como el poder de Dios. Necesitan algo para calmar sus conciencias, y buscan lo que es menos espiritual y humillante. Lo que desean es un modo de olvidar a Dios, pero que parezca recordarlo. El papado responde perfectamente a las necesidades de todas esas personas. Es adecuado a dos clases de seres humanos que abarcan casi a todo el mundo: los que quisieran salvarse por sus méritos, y los que quisieran salvarse en sus pecados. Tal es el secreto de su poder.

Ha quedado probado cuánto favorecieron el éxito del papado los períodos de tinieblas intelectuales. También quedará demostrado que una época de grandes luces intelectuales es igualmente favorable a su triunfo. En otro tiempo, cuando los hombres no poseían la Palabra de Dios ni conocían la verdad, sus ojos estaban vendados y miles cayeron en la red que no veían tendida ante sus pies. En esta generación, son muchos aquellos cuyos ojos están ofuscados por el brillo de las especulaciones humanas, o sea por la “falsamente llamada ciencia”; no alcanzan a ver la red y caen en ella tan fácilmente como si tuviesen los ojos vendados. Dios dispuso que las facultades intelectuales del hombre fuesen consideradas como don de su Creador y que fuesen empleadas en provecho de la verdad y de la justicia; pero cuando se fomenta el orgullo y la ambición y los hombres exaltan sus propias teorías por encima de la Palabra de Dios, entonces la inteligencia puede causar mayor perjuicio que la ignorancia. Por esto, la falsa ciencia de nuestros días, que mina la fe en la Biblia, preparará tan seguramente el camino para el triunfo del

papado con su formalismo agradable, como el oscurantismo lo preparó para su engrandecimiento en la Edad Media.

En los movimientos que se realizan actualmente en los Estados Unidos de Norteamérica para asegurar el apoyo del estado a las instituciones y prácticas de la iglesia, los protestantes están siguiendo las huellas de los papistas. Más aún, están abriendo la puerta para que el papado recobre en la América protestante la supremacía que perdió en el Viejo Mundo. Y lo que da más significado a esta tendencia es la circunstancia de que el objeto principal que se tiene en vista es imponer la observancia del domingo, institución que vio la luz en Roma y que el papado proclama como signo de su autoridad. Es el espíritu del papado, es decir, el espíritu de conformidad con las costumbres mundanas, la mayor veneración por las tradiciones humanas que por los mandamientos de Dios, el que está penetrando en las iglesias protestantes e induciéndolas a hacer la misma obra de exaltación del domingo que el papado hizo antes que ellas.

Si el lector quiere saber cuáles son los medios que se emplearán en la contienda por venir, no tiene más que leer la descripción de los que Roma empleó con el mismo fin en siglos pasados. Si desea saber cómo los papistas unidos a los protestantes procederán con los que rechacen sus dogmas, considere el espíritu que Roma manifestó contra el sábado y sus defensores. Edictos reales, concilios generales y ordenanzas de la iglesia sostenidos por el poder civil fueron los peldaños por medio de los cuales el día de fiesta pagano alcanzó su puesto de honor en el mundo cristiano. La primera medida pública que impuso la observancia del domingo fue la ley promulgada por Constantino (año 321 d. C.; véase el Apéndice). Dicho edicto requería que los habitantes de las ciudades descansaran en “el venerable día del sol”, pero permitía a los del campo que prosiguiesen sus faenas agrícolas. A pesar de ser en realidad ley pagana, fue impuesta por el emperador después que hubo aceptado nominalmente el cristianismo.

Como el mandato real no parecía sustituir de un modo suficiente la autoridad divina, Eusebio, obispo que buscó el favor de los príncipes y amigo íntimo y adulator especial de Constantino, aseveró que Cristo había transferido el día de reposo del sábado al domingo. No se pudo aducir una sola prueba de las Santas Escrituras en favor de la nueva doctrina. Eusebio mismo reconoce involuntariamente la

falsedad de ella y señala a los verdaderos autores del cambio. “Nosotros hemos transferido al domingo, día del Señor — dice — todas las cosas que debían hacerse en el sábado” (Robert Cox, *Sabbath Laws and Sabbath Duties*, p. 538). Pero por infundado que fuese el argumento en favor del domingo, sirvió para envalentonar a los hombres y animarlos a pisotear el sábado del Señor. Todos los que deseaban ser honrados por el mundo aceptaron el día festivo popular.

Con el afianzamiento del papado fue enaltecándose más y más la institución del domingo. Por algún tiempo el pueblo siguió ocupándose en los trabajos agrícolas fuera de las horas de culto, y el séptimo día, o sábado, siguió siendo considerado como el día de reposo. Pero lenta y seguramente fue efectuándose el cambio. Se prohibió a los magistrados que fallaran en lo civil los domingos. Poco después se dispuso que todos sin distinción de clase social se abstuviesen del trabajo ordinario, so pena de multa para los señores y de azotes para los siervos. Más tarde se decretó que los ricos serían castigados con la pérdida de la mitad de sus bienes y que finalmente, si se obstinaban en desobedecer, se les hiciese esclavos. Los de las clases inferiores debían sufrir destierro perpetuo.

Se recurrió también a los milagros. Entre otros casos maravillosos, se refería que un campesino que iba a labrar su campo en día domingo limpió su arado con un hierro que le penetró en la mano, y por dos años enteros no lo pudo sacar, “sufriendo con ello mucho dolor y vergüenza” (Francis West, *Historical and Practical Discourse on the Lords Day*, p. 174).

Más tarde, el papa ordenó que los sacerdotes del campo amonestasen a los que violasen el domingo y los indujeran a venir a la iglesia para rezar, no fuese que atrajesen alguna gran calamidad sobre sí mismos y sobre sus vecinos. Un concilio eclesiástico adujo el argumento tan frecuentemente empleado desde entonces, y hasta por los protestantes, de que en vista de que algunas personas habían sido muertas por el rayo mientras trabajaban en día domingo, ese debía ser el día de reposo. “Es evidente — decían los prelados — cuán grande era el desagrado de Dios al verlos despreciar ese día”. Luego se dirigió un llamamiento para que los sacerdotes y ministros, reyes y príncipes y todos los fieles “hicieran cuanto les fuera posible para que ese día fuese repuesto en su honor y para que fuese más devotamente observado en lo por venir, para honra de la cris-

tiandad” (Thomas Morer, Discourse in Six Dialogues on the Name, Notion, and Observation of the Lords Day, p. 271).

Como los decretos de los concilios resultaran insuficientes, se instó a las autoridades civiles a promulgar un edicto que inspirase terror al pueblo y le obligase a abstenerse de trabajar el domingo. En un sínodo reunido en Roma, todos los decretos anteriores fueron confirmados con mayor fuerza y solemnidad, incorporados en la ley eclesiástica y puestos en vigencia por las autoridades civiles en casi toda la cristiandad (véase Heylyn, History of the Sabbath, parte 2, cap. 5, sec. 7)

A pesar de esto la falta de autoridad bíblica en favor de la observancia del domingo no originaba pocas dificultades. El pueblo ponía en tela de juicio el derecho de sus maestros para echar a un lado la declaración positiva de Jehová: “El séptimo día sábado es del Señor tu Dios” a fin de honrar el día del Sol. Se necesitaban otros expedientes para suplir la falta de testimonios bíblicos. Un celoso defensor del domingo que visitó a fines del siglo XII las iglesias de Inglaterra, encontró resistencia por parte de testigos fieles de la verdad; sus esfuerzos resultaron tan inútiles que abandonó el país por algún tiempo en busca de medios que le permitiesen apoyar sus enseñanzas. Cuando regresó, la falta había sido suplida y entonces tuvo mayor éxito. Había traído consigo un rollo que presentaba como del mismo Dios, y que contenía el mandamiento que se necesitaba para la observancia del domingo, con terribles amenazas para aterrar a los desobedientes. Se afirmaba que ese precioso documento, fraude tan vil como la institución misma que pretendía afianzar, había caído del cielo y había sido encontrado en Jerusalén sobre el altar de San Simeón, en el Gólgota. Pero en realidad, de donde procedía era del palacio pontifical de Roma. La jerarquía papal consideró siempre como legítimos los fraudes y las adulteraciones que favoreciesen el poder y la prosperidad de la iglesia.

El rollo prohibía trabajar desde la hora novena (tres de la tarde) del sábado hasta la salida del sol el lunes; y su autoridad se declaraba confirmada por muchos milagros. Se decía que personas que habían trabajado más allá de la hora señalada habían sufrido ataques de parálisis. Un molinero que intentó moler su trigo vio salir en vez de harina un chorro de sangre y la rueda del molino se paró a pesar del buen caudal de agua. Una mujer que había puesto masa en el horno la encontró cruda al sacarla, no obstante haber estado el horno muy

caliente. Otra que había preparado su masa para cocer el pan a la hora novena, pero resolvió ponerla a un lado hasta el lunes, la encontró convertida en panes y cocida por el poder divino. Un hombre que coció pan después de la novena hora del sábado, encontró, al partirlo por la mañana siguiente, que salía sangre de él. Mediante tales invenciones absurdas y supersticiosas fue cómo los abogados del domingo trataron de hacerlo sagrado. Véase Rogelio de Hoveden, *Annals* 2:528-530.

Tanto en Escocia como en Inglaterra se logró hacer respetar mejor el domingo mezclándolo en parte con el sábado antiguo. Pero variaba el tiempo que se debía guardar como sagrado. Un edicto del rey de Escocia declaraba que “se debía considerar como santo el sábado a partir del medio día” y que desde ese momento hasta el lunes nadie debía ocuparse en trabajos mundanos. Morer, 290, 291. Pero a pesar de todos los esfuerzos hechos para establecer la santidad del domingo, los mismos papistas confesaban públicamente la autoridad divina del sábado y el origen humano de la institución que lo había suplantado. En el siglo XVI un concilio papal ordenó explícitamente: “Recuerden todos los cristianos que el séptimo día fue consagrado por Dios y aceptado y observado no solo por los judíos, sino también por todos los que querían adorar a Dios; no obstante nosotros los cristianos hemos cambiado el sábado de ellos en el día del Señor, domingo”. *Ibid.*, 281, 282. Los que estaban pisoteando la ley divina no ignoraban el carácter de la obra que estaban realizando. Se estaban colocando deliberadamente por encima de Dios.

Un ejemplo sorprendente de la política de Roma contra los que no concuerdan con ella se encuentra en la larga y sangrienta persecución de los valdenses, algunos de los cuales observaban el sábado. Otros sufrieron de modo parecido por su fidelidad al cuarto mandamiento. La historia de las iglesias de Etiopía, o Abisinia, es especialmente significativa. En medio de las tinieblas de la Edad Media, se perdió de vista a los cristianos del África central, quienes, olvidados del mundo, gozaron de plena libertad en el ejercicio de su fe. Pero al fin Roma descubrió su existencia y el emperador de Abisinia fue pronto inducido a reconocer al papa como vicario de Cristo. Esto fue principio de otras concesiones.

Se proclamó un edicto que prohibía la observancia del sábado, bajo las penas más severas. Véase Michael Geddes, *Church History of Ethiopia*, 311, 312. Pero la tiranía papal se convirtió luego en yugo tan amargo que los abisinios resolvieron sacudirlo. Después de una

lucha terrible, los romanistas fueron expulsados de Abisinia y la antigua fe fue restablecida. Las iglesias se regocijaron en su libertad y no olvidaron jamás la lección que habían aprendido respecto al engaño, al fanatismo y al poder despótico de Roma. En medio de su reino aislado se sintieron felices de permanecer desconocidos para el resto de la cristiandad.

Las iglesias de África observaban el sábado como lo había observado la iglesia papal antes de su completa apostasía. Al mismo tiempo que guardaban el séptimo día en obediencia al mandamiento de Dios, se abstendían de trabajar el domingo conforme a la costumbre de la iglesia. Al lograr el poder supremo, Roma había pisoteado el día de reposo de Dios para enaltecer el suyo propio; pero las iglesias de África, desconocidas por cerca de mil años, no participaron de esta apostasía. Cuando cayeron bajo el cetro de Roma, fueron forzadas a dejar a un lado el verdadero día de reposo y a exaltar el falso; pero apenas recobraron su independencia volvieron a obedecer el cuarto mandamiento (véase el Apéndice). Estos recuerdos de lo pasado ponen claramente de manifiesto la enemistad de Roma contra el verdadero día de reposo y sus defensores, y los medios que emplea para honrar la institución creada por ella. La Palabra de Dios nos enseña que estas escenas han de repetirse cuando los católicos romanos y los protestantes se unan para exaltar el domingo.

La profecía del capítulo 13 del Apocalipsis declara que el poder representado por la bestia de cuernos semejantes a los de un cordero haría “que la tierra y los que en ella habitan” adorasen al papado, que está simbolizado en ese capítulo por una bestia “parecida a un leopardo”. La bestia de dos cuernos dirá también “a los que habitan sobre la tierra, que hagan una imagen de la bestia”; y además mandará que “todos, pequeños y grandes, así ricos como pobres, así libres como esclavos”, tengan la marca de la bestia. Apocalipsis 13:11-16 (VM). Se ha demostrado que los Estados Unidos de Norteamérica son el poder representado por la bestia de dos cuernos semejantes a los de un cordero, y que esta profecía se cumplirá cuando los Estados Unidos hagan obligatoria la observancia del domingo, que Roma declara ser el signo característico de su supremacía. Pero los Estados Unidos no serán los únicos que rindan homenaje al papado. La influencia de Roma en los países que en otro tiempo reconocían su dominio, dista mucho de haber sido destruida. Y la profecía predice la restauración de su poder. “Y vi una de sus cabezas como si hubiese sido herida de muerte; y su herida

mortal fue sanada; y toda la tierra se maravilló, yendo en pos de la bestia”. Vers. 3. La herida mortal que le fue ocasionada se refiere a la caída del papado en 1798. Después de eso, dice el profeta, “su herida mortal fue sanada; y toda la tierra se maravilló, yendo en pos de la bestia”. El apóstol Pablo dice claramente que el hombre de pecado subsistirá hasta el segundo advenimiento. 2 Tesalonicenses 2:8. Proseguirá su obra de engaño hasta el mismo fin del tiempo, y el revelador declara refiriéndose también al papado: “Todos los que moran en la tierra le adoraron, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida”. Apocalipsis 13:8. Tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo se le tributará homenaje al papado por medio del honor que se conferirá a la institución del domingo, la cual descansa únicamente sobre la autoridad de la iglesia romana.

Desde mediados del siglo XIX, los que estudian la profecía en los Estados Unidos han presentado este testimonio ante el mundo. En los acontecimientos que están desarrollándose actualmente, especialmente en dicho país, se ve un rápido avance hacia el cumplimiento de dichas predicciones. Los maestros protestantes presentan los mismos asertos de autoridad divina en favor de la observancia del domingo y adolecen de la misma falta de evidencias bíblicas que los dirigentes papales cuando fabricaban milagros para suplir la falta de un mandamiento de Dios. Se repetirá el aserto de que los juicios de Dios caerán sobre los hombres en castigo por no haber observado el domingo como día de reposo. Ya se oyen voces en este sentido. Y un movimiento en favor de la observancia obligatoria del domingo está ganando cada vez más terreno. La sagacidad y astucia de la iglesia romana asombran. Puede leer el porvenir. Se da tiempo viendo que las iglesias protestantes le están rindiendo homenaje con la aceptación del falso día de reposo y que se preparan a imponerlo con los mismos medios que ella empleó en tiempos pasados. Los que rechazan la luz de la verdad buscarán aún la ayuda de este poder que se titula infalible, a fin de exaltar una institución que debe su origen a Roma. No es difícil prever cuán apresuradamente ella acudirá en ayuda de los protestantes en este movimiento. ¿Quién mejor que los jefes papistas para saber cómo entenderse las con los que desobedecen a la iglesia?

La Iglesia Católica romana, con todas sus ramificaciones en el mundo entero, forma una vasta organización dirigida por la sede papal, y destinada a servir los intereses de esta. Instruye a sus millones de adeptos en todos los países del globo, para que se consideren

obligados a obedecer al papa. Sea cual fuere la nacionalidad o el gobierno de estos, deben considerar la autoridad de la iglesia como por encima de todas las demás. Aunque juren fidelidad al estado, siempre quedará en el fondo el voto de obediencia a Roma que los absuelve de toda promesa contraria a los intereses de ella. La historia prueba lo astuta y persistente que es en sus esfuerzos por inmiscuirse en los asuntos de las naciones, y para favorecer sus propios fines, aun a costa de la ruina de príncipes y pueblos, una vez que logró entrar. En el año 1204, el Papa Inocencio III arrancó de Pedro II, Rey de Aragón, este juramento extraordinario: “Yo, Pedro, Rey de los aragoneses, declaro y prometo ser siempre fiel y obediente a mi señor, el Papa Inocencio, a sus sucesores católicos y a la iglesia romana, y conservar mi reino en su obediencia, defendiendo la religión católica y persiguiendo la perversidad herética” (John Dowling, *The History of Romanism*, lib. 5, cap. 6, sec. 55). Esto está en armonía con las pretensiones del pontífice romano con referencia al poder, de que “él tiene derecho de deponer emperadores” y de que “puede desligar a los súbditos de la lealtad debida a gobernantes perversos” (Mosheim, lib. 3, siglo II, parte 2, cap. 2, sec. 2, nota 17).

Y téngase presente que Roma se jacta de no variar jamás. Los principios de Gregorio VII y de Inocencio III son aún los principios de la Iglesia Católica romana; y si solo tuviese el poder, los pondría en vigor con tanta fuerza hoy como en siglos pasados. Poco saben los protestantes lo que están haciendo al proponerse aceptar la ayuda de Roma en la tarea de exaltar el domingo. Mientras ellos tratan de realizar su propósito, Roma tiene su mira puesta en el restablecimiento de su poder, y tiende a recuperar su supremacía perdida. Establézcase en los Estados Unidos el principio de que la iglesia puede emplear o dirigir el poder del estado; que las leyes civiles pueden hacer obligatorias las observancias religiosas; en una palabra, que la autoridad de la iglesia con la del estado debe dominar las conciencias, y el triunfo de Roma quedará asegurado en la gran República de la América del Norte.

La Palabra de Dios ha dado advertencias respecto a tan inminente peligro; descuide estos avisos y el mundo protestante sabrá cuáles son los verdaderos propósitos de Roma, pero ya será tarde para salir de la trampa. Roma está aumentando sigilosamente su poder. Sus doctrinas están ejerciendo su influencia en las cámaras legislativas, en las iglesias y en los corazones de los hombres. Ya está levantan-

do sus soberbios e imponentes edificios en cuyos secretos recintos reanudará sus antiguas persecuciones. Está acumulando oculta-mente sus fuerzas y sin despertar sospechas para alcanzar sus propios fines y para dar el golpe en su debido tiempo. Todo lo que Roma desea es asegurarse alguna ventaja, y esta ya le ha sido concedida. Pronto veremos y palparemos los propósitos del romanismo. Cualquiera que crea u obedezca a la Palabra de Dios incurrirá en oprobio y persecución.

CAPITULO 10

El Conflicto Inminente

Desde el origen de la gran controversia en el cielo, el propósito de Satanás ha consistido en destruir la ley de Dios. Para realizarlo se rebeló contra el Creador y, aunque expulsado del cielo, continuó la misma lucha en la tierra. Engañar a los hombres para inducirlos luego a transgredir la ley de Dios, tal fue el objeto que persiguió sin cesar. Esto se ha conseguido haciendo a un lado toda la ley o descuidando uno de sus preceptos, el resultado será finalmente el mismo. El que peca “en un solo punto” manifiesta menosprecio por toda la ley; su influencia y su ejemplo están del lado de la transgresión; y viene a ser “culpado de todos” los puntos de la ley. Santiago 2:10.

En su afán por desacreditar los preceptos divinos, Satanás pervirtió las doctrinas de la Biblia, de suerte que se incorporaron errores en la fe de millares de personas que profesan creer en las Santas Escrituras. El último gran conflicto entre la verdad y el error no es más que la última batalla de la controversia que se viene desarrollando desde hace tanto tiempo con respecto a la ley de Dios. En esta batalla estamos entrando ahora; es la que se libra entre las leyes de los hombres y los preceptos de Jehová, entre la religión de la Biblia y la religión de las fábulas y de la tradición.

Los elementos que se coligarán en esta lucha contra la verdad y la justicia, están ya obrando activamente. La Palabra santa de Dios que nos ha sido transmitida a costa de tanto padecimiento, de tanta sangre de los mártires, no es apreciada debidamente. La Biblia está al alcance de todos, pero pocos son los que la aceptan verdaderamente por guía de la vida. La incredulidad predomina de modo alarmante, no solo en el mundo sino también en la iglesia. Muchos han llegado al punto de negar doctrinas que son el fundamento mismo de la fe cristiana. Los grandes hechos de la creación como los presentan los escritores inspirados, la caída del hombre, la expiación y el carácter perpetuo de la ley de Dios son en realidad rechazados entera o parcialmente por gran número de los que profesan ser cristianos. Miles de personas que se envanecen de su sabiduría y de su espíritu independiente, consideran como una debilidad el tener fe implícita en la Biblia; piensan que es prueba de talento superior y científico argumentar con las Sagradas Escrituras y espiritualizar y eliminar sus más importantes verdades. Muchos ministros enseñan

a sus congregaciones y muchos profesores y doctores dicen a sus estudiantes que la ley de Dios ha sido cambiada o abrogada, y a los que tienen los requerimientos de ella por válidos y dignos de ser obedecidos literalmente, se los considera como merecedores tan solo de burla o desprecio.

Al rechazar la verdad, los hombres rechazan al Autor de ella. Al pisotear la ley de Dios, se niega la autoridad del Legislador. Es tan fácil hacer un ídolo de las falsas doctrinas y teorías como tallar un ídolo de madera o piedra. Al representar falsamente los atributos de Dios, Satanás induce a los hombres a que se formen un falso concepto con respecto a él. Muchos han entronizado un ídolo filosófico en lugar de Jehová, mientras que el Dios vivo, tal cual está revelado en su Palabra, en Cristo y en las obras de la creación, no es adorado más que por un número relativamente pequeño. Miles y miles deifican la naturaleza al paso que niegan al Dios de ella. Aunque en forma diferente, la idolatría existe en el mundo cristiano de hoy tan ciertamente como existió entre el antiguo Israel en tiempos de Elías. El Dios de muchos así llamados sabios, o filósofos, poetas, políticos, periodistas — el Dios de los círculos selectos y a la moda, de muchos colegios y universidades y hasta de muchos centros de teología — no es mucho mejor que Baal, el dios Sol de los fenicios.

Ninguno de los errores aceptados por el mundo cristiano ataca más atrevidamente la autoridad de Dios, ninguno está en tan abierta oposición con las enseñanzas de la razón, ninguno es de tan perniciosos resultados como la doctrina moderna que tanto cunde, de que la ley de Dios ya no es más de carácter obligatorio para los hombres. Toda nación tiene sus leyes que exigen respeto y obediencia; ningún gobierno podría subsistir sin ellas; ¿y es posible imaginarse que el Creador del cielo y de la tierra no tenga ley alguna para gobernar los seres a los cuales creó? Supongamos que los ministros más eminentes se pusiesen a predicar que las leyes que gobiernan a su país y amparan los derechos de los ciudadanos no estaban más en vigencia, que por coartar las libertades del pueblo ya no se les debe obediencia. ¿Por cuánto tiempo se tolerarían semejantes prédicas? ¿Pero es acaso mayor ofensa desdeñar las leyes de los estados y de las naciones que pisotear los preceptos divinos, que son el fundamento de todo gobierno?

Más acertado sería que las naciones aboliesen sus estatutos y dejaran al pueblo hacer lo que quisiese, antes de que el Legislador del

universo anulase su ley y dejase al mundo sin norma para condenar al culpable o justificar al obediente. ¿Queremos saber cuál sería el resultado de la abolición de la ley de Dios? El experimento se ha hecho ya. Terribles fueron las escenas que se desarrollaron en Francia cuando el ateísmo ejerció el poder. Entonces el mundo vio que rechazar las restricciones que Dios impuso equivale a aceptar el gobierno de los más crueles y despóticos. Cuando se echa a un lado la norma de justicia, queda abierto el camino para que el príncipe del mal establezca su poder en la tierra.

Siempre que se rechazan los preceptos divinos, el pecado deja de parecer culpa y la justicia deja de ser deseable. Los que se niegan a someterse al gobierno de Dios son completamente incapaces de gobernarse a sí mismos. Debido a sus enseñanzas perniciosas, se implanta el espíritu de insubordinación en el corazón de los niños y jóvenes, de suyo insubordinados, y se obtiene como resultado un estado social donde la anarquía reina soberana. Al paso que se burlan de la credulidad de los que obedecen las exigencias de Dios, las multitudes aceptan con avidez los engaños de Satanás. Se entregan a sus deseos desordenados y practican los pecados que acarrearán los juicios de Dios sobre los paganos.

Los que le enseñan al pueblo a considerar superficialmente los mandamientos de Dios, siembran la desobediencia para recoger desobediencia. Rechácense enteramente los límites impuestos por la ley divina y pronto se despreciarán las leyes humanas. Los hombres están dispuestos a pisotear la ley de Dios por considerarla como un obstáculo para su prosperidad material, porque ella prohíbe las prácticas deshonestas, la codicia, la mentira y el fraude; pero ellos no se imaginan lo que resultaría de la abolición de los preceptos divinos. Si la ley no tuviera fuerza alguna ¿por qué habría de temerse el transgredirla? La propiedad ya no estaría segura. Cada cual se apoderaría por la fuerza de los bienes de su vecino, y el más fuerte se haría el más rico. Ni siquiera se respetaría la vida. La institución del matrimonio dejaría de ser baluarte sagrado para la protección de la familia. El que pudiera, si así lo desease, tomaría la mujer de su vecino. El quinto mandamiento sería puesto a un lado junto con el cuarto. Los hijos no vacilarían en atentar contra la vida de sus padres, si al hacerlo pudiesen satisfacer los deseos de sus corazones corrompidos. El mundo civilizado se convertiría en una horda de ladrones y asesinos, y la paz, la tranquilidad y la dicha desaparecerían de la tierra.

La doctrina de que los hombres no están obligados a obedecer los mandamientos de Dios ha debilitado ya el sentimiento de la responsabilidad moral y ha abierto anchas las compuertas para que la iniquidad anegue el mundo. La licencia, la disipación y la corrupción nos invaden como ola abrumadora. Satanás está trabajando en el seno de las familias. Su bandera ondea hasta en los hogares de los que profesan ser cristianos. En ellos se ven la envidia, las sospechas, la hipocresía, la frialdad, la rivalidad, las disputas, las traiciones y el desenfreno de los apetitos. Todo el sistema de doctrinas y principios religiosos que deberían formar el fundamento y marco de la vida social, parece una mole tambaleante a punto de desmoronarse en ruinas. Los más viles criminales, echados en la cárcel por sus delitos, son a menudo objeto de atenciones y obsequios como si hubiesen llegado a un envidiable grado de distinción. Se da gran publicidad a las particularidades de su carácter y a sus crímenes. La prensa publica los detalles escandalosos del vicio, iniciando así a otros en la práctica del fraude, del robo y del asesinato, y Satanás se regocija del éxito de sus infernales designios. La infatuación del vicio, la criminalidad, el terrible incremento de la intemperancia y de la iniquidad, en toda forma y grado, deberían llamar la atención de todos los que temen a Dios para que vieran lo que podría hacerse para contener el desborde del mal.

Los tribunales están corrompidos. Los magistrados se dejan llevar por el deseo de las ganancias y el afán de los placeres sensuales. La intemperancia ha obcecado las facultades de muchos, de suerte que Satanás los dirige casi a su gusto. Los juristas se dejan pervertir, sobornar y engañar. La embriaguez y las orgías, la pasión, la envidia, la mala fe bajo todas sus formas se encuentran entre los que administran las leyes. “La justicia se mantiene a lo lejos, por cuanto la verdad está caída en la calle, y la rectitud no puede entrar”. Isaías 59:14 (VM).

La iniquidad y las tinieblas espirituales que prevalecieron bajo la supremacía papal fueron resultado inevitable de la supresión de las Sagradas Escrituras. ¿Pero dónde está la causa de la incredulidad general, del rechazamiento de la ley de Dios y de la corrupción consiguiente bajo el pleno resplandor de la luz del evangelio en esta época de libertad religiosa? Ahora que Satanás no puede gobernar al mundo negándole las Escrituras, recurre a otros medios para alcanzar el mismo objeto. Destruir la fe en la Biblia responde tan bien a sus designios como destruir la Biblia misma. Insinuando la creen-

cia de que la ley de Dios no es obligatoria, empuja a los hombres a transgredirla tan seguramente como si ignorasen los preceptos de ella. Y ahora, como en tiempos pasados, obra por intermedio de la iglesia para promover sus fines.

Las organizaciones religiosas de nuestros días se han negado a prestar atención a las verdades impopulares claramente enseñadas en las Santas Escrituras, y al combatirlas, han adoptado interpretaciones y asumido actitudes que han sembrado al viento las semillas del escepticismo. Aferrándose al error papal de la inmortalidad natural del alma y al del estado consciente de los muertos, han rechazado la única defensa posible contra los engaños del espiritismo. La doctrina de los tormentos eternos ha inducido a muchos a dudar de la Biblia. Y cuando se le presenta al pueblo la obligación de observar el cuarto mandamiento, se ve que ordena reposar en el séptimo día; y como único medio de librarse de un deber que no desean cumplir, muchos de los maestros populares declaran que la ley de Dios no está ya en vigencia. De este modo rechazan al mismo tiempo la ley y el sábado.

A medida que adelante la reforma respecto del sábado, esta manera de rechazar la ley divina para evitar la obediencia al cuarto mandamiento se volverá casi universal. Las doctrinas de los caudillos religiosos han abierto la puerta a la incredulidad, al espiritismo y al desprecio de la santa ley de Dios, y sobre ellos descansa una terrible responsabilidad por la iniquidad que existe en el mundo cristiano.

Sin embargo, esa misma clase de gente asegura que la corrupción que se va generalizando más y más, debe achacarse en gran parte a la violación del así llamado “día del Señor” (domingo), y que si se hiciese obligatoria la observancia de este día, mejoraría en gran manera la moralidad social. Esto se sostiene especialmente en los Estados Unidos de Norteamérica, donde la doctrina del verdadero día de reposo, o sea el sábado, se ha predicado con más amplitud que en ninguna otra parte. En dicho país la obra de la temperancia que es una de las reformas morales más importantes, va a menudo combinada con el movimiento en favor del domingo, y los defensores de este actúan como si estuviesen trabajando para promover los más altos intereses de la sociedad; de suerte que los que se niegan a unirse con ellos son denunciados como enemigos de la temperancia y de las reformas.

Pero la circunstancia de que un movimiento encaminado a establecer un error esté ligado con una obra buena en sí misma, no es un

argumento en favor del error. Podemos encubrir un veneno mezclándolo con un alimento sano pero no por eso cambiamos su naturaleza. Por el contrario, lo hacemos más peligroso, pues se lo tomará con menos recelo. Una de las trampas de Satanás consiste en mezclar con el error una porción suficiente de verdad para armonizar aquel. Los jefes del movimiento en favor del domingo pueden propagar reformas que el pueblo necesita, principios que estén en armonía con la Biblia; pero mientras mezclen con ellas algún requisito en pugna con la ley de Dios, los siervos de Dios no pueden unirse a ellos. Nada puede autorizarnos a rechazar los mandamientos de Dios para adoptar los preceptos de los hombres.

Merced a los dos errores capitales, el de la inmortalidad del alma y el de la santidad del domingo, Satanás prenderá a los hombres en sus redes. Mientras aquel forma la base del espiritismo, este crea un lazo de simpatía con Roma. Los protestantes de los Estados Unidos serán los primeros en tender las manos a través de un doble abismo al espiritismo y al poder romano; y bajo la influencia de esta triple alianza ese país marchará en las huellas de Roma, pisoteando los derechos de la conciencia. En la medida en que el espiritismo imita más de cerca al cristianismo nominal de nuestros días, tiene también mayor poder para engañar y seducir. De acuerdo con el pensar moderno, Satanás mismo se ha convertido. Se manifestará bajo la forma de un ángel de luz. Por medio del espiritismo han de cumplirse milagros, los enfermos sanarán, y se realizarán muchos prodigios innegables. Y como los espíritus profesarán creer en la Biblia y manifestarán respeto por las instituciones de la iglesia, su obra será aceptada como manifestación del poder divino.

La línea de separación entre los que profesan ser cristianos y los impíos es actualmente apenas perceptible. Los miembros de las iglesias aman lo que el mundo ama y están listos para unirse con ellos; Satanás tiene resuelto unirlos en un solo cuerpo y de este modo robustecer su causa atrayéndolos a todos a las filas del espiritismo. Los papistas, que se jactan de sus milagros como signo cierto de que su iglesia es la verdadera, serán fácilmente engañados por este poder maravilloso, y los protestantes, que han arrojado de sí el escudo de la verdad, serán igualmente seducidos. Los papistas, los protestantes y los mundanos aceptarán igualmente la forma de la piedad sin el poder de ella, y verán en esta unión un gran movimiento para la conversión del mundo y el comienzo del milenio tan largamente esperado.

El espiritismo hace aparecer a Satanás como benefactor de la raza humana, que sana las enfermedades del pueblo y profesa presentar un sistema religioso nuevo y más elevado; pero al mismo tiempo obra como destructor. Sus tentaciones arrastran a multitudes a la ruina. La intemperancia destrona la razón, los placeres sensuales, las disputas y los crímenes la siguen. Satanás se deleita en la guerra, que despierta las más viles pasiones del alma, y arroja luego a sus víctimas, sumidas en el vicio y en la sangre, a la eternidad. Su objeto consiste en hostigar a las naciones a hacerse mutuamente la guerra; pues de este modo puede distraer los espíritus de los hombres de la obra de preparación necesaria para subsistir en el día del Señor.

Satanás obra asimismo por medio de los elementos para cosechar muchedumbres de almas aún no preparadas. Tiene estudiados los secretos de los laboratorios de la naturaleza y emplea todo su poder para dirigir los elementos en cuanto Dios se lo permita. Cuando se le dejó que afligiera a Job, ¡cuán prestamente fueron destruidos rebaños, ganado, sirvientes, casas e hijos, en una serie de desgracias, obra de un momento! Es Dios quien protege a sus criaturas y las guarda del poder del destructor. Pero el mundo cristiano ha manifestado su menosprecio de la ley de Jehová, y el Señor hará exactamente lo que declaró que haría: alejará sus bendiciones de la tierra y retirará su cuidado protector de sobre los que se rebelan contra su ley y que enseñan y obligan a los demás a hacer lo mismo. Satanás ejerce dominio sobre todos aquellos a quienes Dios no guarda en forma especial. Favorecerá y hará prosperar a algunos para obtener sus fines, y atraerá desgracias sobre otros, al mismo tiempo que hará creer a los hombres que es Dios quien los aflige.

Al par que se hace pasar ante los hijos de los hombres como un gran médico que puede curar todas sus enfermedades, Satanás producirá enfermedades y desastres al punto que ciudades populosas sean reducidas a ruinas y desolación. Ahora mismo está obrando. Ejerce su poder en todos los lugares y bajo mil formas: en las desgracias y calamidades de mar y tierra, en las grandes conflagraciones, en los tremendos huracanes y en las terribles tempestades de granizo, en las inundaciones, en los ciclones, en las mareas extraordinarias y en los terremotos. Destruye las mieses casi maduras y a ello siguen la hambruna y la angustia; propaga por el aire emanaciones mefíticas y miles de seres perecen en la pestilencia. Estas plagas irán menudeando más y más y se harán más y más desastrosas. La destruc-

ción caerá sobre hombres y animales. “La tierra se pone de luto y se marchita”, “desfallece la gente encumbrada de la tierra. La tierra también es profanada bajo sus habitantes; porque traspasaron la ley, cambiaron el estatuto, y quebrantaron el pacto eterno”. Isaías 24:4, 5 (VM).

Y luego el gran engañador persuadirá a los hombres de que son los que sirven a Dios los que causan esos males. La parte de la humanidad que haya provocado el desagrado de Dios lo cargará a la cuenta de aquellos cuya obediencia a los mandamientos divinos es una reconvencción perpetua para los transgresores. Se declarará que los hombres ofenden a Dios al violar el descanso del domingo; que este pecado ha atraído calamidades que no concluirán hasta que la observancia del domingo no sea estrictamente obligatoria; y que los que proclaman la vigencia del cuarto mandamiento, haciendo con ello que se pierda el respeto debido al domingo y rechazando el favor divino, turban al pueblo y alejan la prosperidad temporal. Y así se repetirá la acusación hecha antiguamente al siervo de Dios y por motivos de la misma índole: “Y sucedió, luego que Acab vio a Elías, que le dijo Acab: ¿Estás tú aquí, perturbador de Israel? A lo que respondió: No he perturbado yo a Israel, sino tú y la casa de tu padre, por haber dejado los mandamientos de Jehová, y haber seguido a los baales”. 1 Reyes 18:17, 18 (VM). Cuando con falsos cargos se haya despertado la ira del pueblo, este seguirá con los embajadores de Dios una conducta muy parecida a la que siguió el apóstata Israel con Elías.

El poder milagroso que se manifiesta en el espiritismo ejercerá su influencia en perjuicio de los que prefieren obedecer a Dios antes que a los hombres. Habrá comunicaciones de espíritus que declararán que Dios los envió para convencer de su error a los que rechazan el domingo y afirmarán que se debe obedecer a las leyes del país como a la ley de Dios. Lamentarán la gran maldad existente en el mundo y apoyarán el testimonio de los ministros de la religión en el sentido de que la degradación moral se debe a la profanación del domingo. Grande será la indignación despertada contra todos los que se nieguen a aceptar sus aseveraciones.

La política de Satanás en este conflicto final con el pueblo de Dios es la misma que la seguida por él al principio de la gran controversia en el cielo. Hacía como si procurase la estabilidad del gobierno divino, mientras que por lo bajo hacía cuanto podía por derribarlo y acusaba a los ángeles fieles de esa misma obra que estaba así tratan-

do de realizar. La misma política de engaño caracteriza la historia de la iglesia romana. Ha profesado actuar como representante del cielo, mientras trataba de elevarse por encima de Dios y de mudar su ley. Bajo el reinado de Roma, los que sufrieron la muerte por causa de su fidelidad al evangelio fueron denunciados como malhechores; se los declaró en liga con Satanás, y se emplearon cuantos medios se pudo para cubrirlos de oprobio y hacerlos pasar ante los ojos del pueblo y ante ellos mismos por los más viles criminales. Otro tanto sucederá ahora. Mientras Satanás trata de destruir a los que honran la ley de Dios, los hará acusar como transgresores de la ley, como hombres que están deshonrando a Dios y atrayendo sus castigos sobre el mundo.

Dios no violenta nunca la conciencia; pero Satanás recurre constantemente a la violencia para dominar a aquellos a quienes no puede seducir de otro modo. Por medio del temor o de la fuerza procura regir la conciencia y hacerse tributar homenaje. Para conseguir esto, obra por medio de las autoridades religiosas y civiles y las induce a que impongan leyes humanas contrarias a la ley de Dios.

Los que honran el sábado de la Biblia serán denunciados como enemigos de la ley y del orden, como quebrantadores de las restricciones morales de la sociedad, y por lo tanto causantes de anarquía y corrupción que atraen sobre la tierra los altos juicios de Dios. Sus escrúpulos de conciencia serán presentados como obstinación, terquedad y rebeldía contra la autoridad. Serán acusados de deslealtad hacia el gobierno. Los ministros que niegan la obligación de observar la ley divina predicarán desde el púlpito que hay que obedecer a las autoridades civiles porque fueron instituidas por Dios. En las asambleas legislativas y en los tribunales se calumniará y condenará a los que guardan los mandamientos. Se falsearán sus palabras, y se atribuirán a sus móviles las peores intenciones.

A medida que las iglesias protestantes rechacen los argumentos claros de la Biblia en defensa de la ley de Dios, desearán imponer silencio a aquellos cuya fe no pueden rebatir con la Biblia. Aunque se nieguen a verlo, el hecho es que están asumiendo actualmente una actitud que dará por resultado la persecución de los que se niegan en conciencia a hacer lo que el resto del mundo cristiano está haciendo y a reconocer los asertos hechos en favor del día de reposo papal.

Los dignatarios de la iglesia y del estado se unirán para hacer que todos honren el domingo, y para ello apelarán al cohecho, a la per-

suasión o a la fuerza. La falta de autoridad divina se suplirá con ordenanzas abrumadoras. La corrupción política está destruyendo el amor a la justicia y el respeto a la verdad; y hasta en los Estados Unidos de la libre América, se verá a los representantes del pueblo y a los legisladores tratar de asegurarse el favor público doblegándose a las exigencias populares por una ley que imponga la observancia del domingo. La libertad de conciencia que tantos sacrificios ha costado no será ya respetada. En el conflicto que está por estallar veremos realizarse las palabras del profeta: “Airóse el dragón contra la mujer, y se fue para hacer guerra contra el residuo de su simiente, los que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesús”. Apocalipsis 12:17 (VM).

CAPITULO 11

Nuestra Unica Salvaguardia

“¡A la ley y al testimonio! Si no dicen conforme a esto es porque no les ha amanecido”. Isaías 8:20 (RV95). Al pueblo de Dios se le indica que busque en las Sagradas Escrituras su salvaguardia contra las influencias de los falsos maestros y el poder seductor de los espíritus tenebrosos. Satanás emplea cuantos medios puede para impedir que los hombres conozcan la Biblia, cuyo claro lenguaje revela sus engaños. En ocasión de cada avivamiento de la obra de Dios, el príncipe del mal actúa con mayor energía; en la actualidad está haciendo esfuerzos desesperados preparándose para la lucha final contra Cristo y sus discípulos. El último gran engaño se desplegará pronto ante nosotros. El Anticristo va a efectuar ante nuestra vista obras maravillosas. El contrahacimiento se asemejará tanto a la realidad, que será imposible distinguirlos sin el auxilio de las Santas Escrituras. Ellas son las que deben atestiguar en favor o en contra de toda declaración, de todo milagro.

Se hará oposición y se ridiculizará a los que traten de obedecer a todos los mandamientos de Dios. Ellos no podrán subsistir sino en Dios. Para poder soportar la prueba que les espera deben comprender la voluntad de Dios tal cual está revelada en su Palabra, pues no pueden honrarle sino en la medida del conocimiento que tengan de su carácter, gobierno y propósitos divinos y en la medida en que obren conforme a las luces que les hayan sido concedidas. Solo los que hayan fortalecido su espíritu con las verdades de la Biblia podrán resistir en el último gran conflicto. Toda alma ha de pasar por la prueba decisiva: ¿Obedeceré a Dios antes que a los hombres? La hora crítica se acerca. ¿Hemos asentado los pies en la roca de la inmutable Palabra de Dios? ¿Estamos preparados para defender firmemente los mandamientos de Dios y la fe de Jesús? Antes de la crucifixión, el Salvador había predicho a sus discípulos que iba a ser muerto y que resucitaría del sepulcro, y hubo ángeles presentes para grabar esas palabras en las mentes y en los corazones. Pero los discípulos esperaban la liberación política del yugo romano y no podían tolerar la idea de que Aquel en quien todas sus esperanzas estaban concentradas, fuese a sufrir una muerte ignominiosa. Desterraron de su mente las palabras que necesitaban recordar, y cuando llegó el momento de prueba, los encontró sin la debida preparación. La muerte de Jesús destruyó sus esperanzas igual que si no se la hubiese predicho. Así también las profecías nos anuncian el porve-

nir con la misma claridad con que Cristo predijo su propia muerte a los discípulos. Los acontecimientos relacionados con el fin del tiempo de gracia y la preparación para el tiempo de angustia han sido presentados con claridad. Pero hay miles de personas que comprenden estas importantes verdades de modo tan incompleto como si nunca hubiesen sido reveladas. Satanás procura arrebatar toda impresión que podría llevar a los hombres por el camino de la salvación, y el tiempo de angustia no los encontrará listos.

Cuando Dios manda a los hombres avisos tan importantes que las profecías los representan como proclamados por santos ángeles que vuelan por el cielo, es porque él exige que toda persona dotada de inteligencia les preste atención. Los terribles juicios que Dios pronunció contra los que adoran la bestia y su imagen (Apocalipsis 14:9-11) deberían inducir a todos a estudiar diligentemente las profecías para saber lo que es la marca de la bestia y cómo pueden evitarla. Pero las muchedumbres cierran los oídos a la verdad y prefieren fábulas. El apóstol Pablo, refiriéndose a los últimos días, dijo: “Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina”. 2 Timoteo 4:3. Ya hemos entrado de lleno en ese tiempo. Las multitudes se niegan a recibir las verdades bíblicas porque estas contrarían los deseos de los corazones pecaminosos y mundanos; y Satanás les proporciona los engaños en que se complacen

Pero Dios tendrá en la tierra un pueblo que sostendrá la Biblia y la Biblia sola, como piedra de toque de todas las doctrinas y base de todas las reformas. Ni las opiniones de los sabios, ni las deducciones de la ciencia, ni los credos o decisiones de concilios tan numerosos y discordantes como lo son las iglesias que representan, ni la voz de las mayorías, nada de esto, ni en conjunto ni en parte, debe ser considerado como evidencia en favor o en contra de cualquier punto de fe religiosa. Antes de aceptar cualquier doctrina o precepto debemos cerciorarnos de si los autoriza un categórico “Así dice Jehová”. Satanás trata continuamente de atraer la atención hacia los hombres en lugar de atraerla hacia Dios. Hace que el pueblo considere como sus guías a los obispos, pastores y profesores de teología, en vez de estudiar las Escrituras para saber por sí mismo cuáles son sus deberes. Dirigiendo luego la inteligencia de esos mismos guías, puede entonces también encaminar las multitudes a su voluntad.

Cuando Cristo vino a predicar palabras de vida, el vulgo le oía con gozo y muchos, hasta de entre los sacerdotes y gobernantes, creye-

ron en él. Pero los principales de los sacerdotes y los jefes de la nación estaban resueltos a condenar y rechazar sus enseñanzas. A pesar de salir frustrados todos sus esfuerzos para encontrar en él motivos de acusación, a pesar de que no podían dejar de sentir la influencia del poder y sabiduría divinos que acompañaban sus palabras, se encastillaron en sus prejuicios y repudiaron la evidencia más clara del carácter mesiánico de Jesús, para no verse obligados a hacerse sus discípulos. Estos opositores de Jesús eran hombres a quienes el pueblo había aprendido desde la infancia a reverenciar y ante cuya autoridad estaba acostumbrado a someterse implícitamente. “¿Cómo es posible — se preguntaban — que nuestros gobernantes y nuestros sabios escribas no crean en Jesús? ¿Sería posible que hombres tan piadosos no le aceptaran si fuese el Cristo?” Y fue la influencia de estos maestros la que indujo a la nación judía a rechazar a su Redentor.

El espíritu que animaba a aquellos sacerdotes y gobernantes anima aún a muchos que pretenden ser muy piadosos. Se niegan a examinar el testimonio que las Sagradas Escrituras contienen respecto a las verdades especiales para la época actual. Llamam la atención del pueblo al número de sus adeptos, su riqueza y su popularidad, y desdeñan a los defensores de la verdad que por cierto son pocos, pobres e impopulares y cuya fe los separa del mundo.

Cristo previó que las pretensiones de autoridad desmedida de los escribas y fariseos no habían de desaparecer con la dispersión de los judíos. Con mirada profética vio que la autoridad humana se encumbraría para dominar las conciencias en la forma que ha dado tan desgraciados resultados para la iglesia en todos los siglos. Y sus terribles acusaciones contra los escribas y fariseos y sus amonestaciones al pueblo a que no siguiera a esos ciegos conductores fueron consignadas como advertencia para las generaciones futuras.

La iglesia romana reserva al clero el derecho de interpretar las Santas Escrituras, y so pretexto de que solo los eclesiásticos son competentes para explicar la Palabra de Dios, priva de ella al pueblo (véase el Apéndice). Aun cuando la Reforma hizo las Escrituras accesibles a todos, este mismo principio sustentado por Roma es el que hoy impide a miles y miles en las iglesias protestantes que las estudien por sí mismos. Se les enseña a aceptar sus doctrinas tal cual las interpreta la iglesia; y hay millares de personas que no admiten nada, por evidente que sea su revelación en las Sagradas Es-

crituras, si resulta en oposición con su credo o con las enseñanzas adoptadas por sus respectivas iglesias.

A pesar de estar la Biblia llena de amonestaciones contra los falsos maestros, muchos encomiendan al clero el cuidado de sus almas. Hay actualmente millares de personas que profesan ser religiosas y que no pueden dar acerca de los puntos de su fe, otra razón que el hecho de que así les enseñaron sus directores espirituales. No se fijan casi en las enseñanzas del Salvador y creen en cambio ciegamente a lo que los ministros dicen. ¿Pero son acaso infalibles estos ministros? ¿Cómo podemos confiar nuestras almas a su dirección, mientras no sepamos por la Palabra de Dios que ellos poseen la verdad? Muchos son los que, faltos de valor moral para apartarse del sendero trillado del mundo, siguen los pasos de los doctos; y debido a su aversión para investigar por sí mismos, se están en-redando más y más en las cadenas del error.

Ven que la verdad para el tiempo presente está claramente expuesta en la Biblia y sienten que el poder del Espíritu Santo confirma su proclamación, y sin embargo consienten que la oposición del clero los aleje de la luz. Por muy convencidas que estén la razón y la conciencia, estos pobres ilusos no se atreven a pensar de otro modo que como los ministros, y sacrifican su juicio individual y sus intereses eternos al descreimiento, orgullo y prejuicios de otra persona.

Muchos son los artificios de que Satanás se vale para encadenar a sus cautivos por medio de las influencias humanas. El se asegura la voluntad de multitudes atándolas con los lazos de seda de sus afectos a los enemigos de la cruz de Cristo. Sea cual fuere esta unión: paternal, filial, conyugal o social, el efecto es el mismo: los enemigos de la verdad ejercen un poder que tiende a dominar la conciencia, y las almas sometidas a su autoridad no tienen valor ni espíritu independiente suficientes para seguir sus propias convicciones acerca del deber.

La verdad y la gloria de Dios son inseparables, y nos es imposible honrar a Dios con opiniones erróneas cuando tenemos la Biblia a nuestro alcance. Muchos sostienen que no importa lo que uno cree, siempre que su conducta sea buena. Pero la vida es modelada por la fe. Si teniendo la luz y la verdad a nuestro alcance, no procuramos conocerla, de hecho la rechazamos y preferimos las tinieblas a la luz.

“Hay camino que parece derecho al hombre, mas su salida son caminos de muerte”. Proverbios 16:25. La ignorancia no disculpa el

error ni el pecado, cuando se tiene toda oportunidad de conocer la voluntad de Dios. Tomemos el caso de un hombre que estando de viaje llega a un punto de donde arrancan varios caminos en direcciones indicadas en un poste. Si no se fija en este y escoge el camino que mejor le parezca, por sincero que sea, es más que probable que errará el rumbo.

Dios nos ha dado su Palabra para que conozcamos sus enseñanzas y sepamos por nosotros mismos lo que él exige de nosotros. Cuando el doctor de la ley preguntó a Jesús: “¿Haciendo qué cosa, poseeré la vida eterna?” el Señor lo remitió a las Sagradas Escrituras, diciendo: “¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?” La ignorancia no excusará ni a jóvenes ni a viejos, ni los librára tampoco del castigo que corresponde a la infracción de la ley de Dios, pues tienen a la mano una exposición fiel de dicha ley, de sus principios y de lo que ella exige del hombre. No basta tener buenas intenciones; no basta tampoco hacer lo que se cree justo o lo que los ministros dicen serlo. La salvación de nuestra alma está en juego y debemos escudriñar por nuestra cuenta las Santas Escrituras. Por arraigadas que sean las convicciones de un hombre, por muy seguro que esté de que el pastor sabe lo que es verdad, nada de esto debe servirle de fundamento. Él tiene un mapa en el cual van consignadas todas las indicaciones del camino para el cielo y no tiene por qué hacer conjeturas.

El primero y más alto deber de toda criatura racional es el de escudriñar la verdad en las Sagradas Escrituras y luego andar en la luz y exhortar a otros a que sigan su ejemplo. Día tras día deberíamos estudiar diligentemente la Biblia, pesando cada pensamiento y comparando texto con texto. Con la ayuda de Dios debemos formarnos nuestras propias opiniones ya que tenemos que responder a Dios por nosotros mismos.

Las verdades que se encuentran explicadas con la mayor claridad en la Biblia han sido envueltas en dudas y oscuridad por hombres doctos, que con ínfulas de gran sabiduría enseñan que las Escrituras tienen un sentido místico, secreto y espiritual que no se echa de ver en el lenguaje empleado en ellas. Esos hombres son falsos maestros. Fue a personas semejantes a quienes Jesús declaró: “No conocéis las Escrituras, ni el poder de Dios”. Marcos 12:24 (VM).

El lenguaje de la Biblia debe explicarse de acuerdo con su significado manifiesto, a no ser que se trate de un símbolo o figura. Cristo

prometió: “Si alguno quisiere hacer su voluntad [del Padre], conocerá de mi enseñanza, si es de Dios”. Juan 7:17 (VM). Si los hombres quisieran tan solo aceptar lo que la Biblia dice, y si no hubiera falsos maestros para alucinar y confundir las inteligencias, se realizaría una obra que alegraría a los ángeles y que traería al rebaño de Cristo a miles y miles de almas actualmente sumidas en el error.

Deberíamos ejercitar en el estudio de las Santas Escrituras todas las fuerzas del entendimiento y procurar comprender, hasta donde es posible a los mortales, las profundas enseñanzas de Dios; pero no debemos olvidar que la disposición del estudiante debe ser dócil y sumisa como la de un niño. Las dificultades bíblicas no pueden ser resueltas por los mismos métodos que se emplean cuando se trata de problemas filosóficos. No deberíamos ponernos a estudiar la Biblia con esa confianza en nosotros mismos con la cual tantos abordan los dominios de la ciencia, sino en el espíritu de oración y dependencia filial hacia Dios y con un deseo sincero de conocer su voluntad. Debemos acercarnos con espíritu humilde y dócil para obtener conocimiento del gran YO SOY. De lo contrario vendrán ángeles malos a oscurecer nuestras mentes y a endurecer nuestros corazones al punto que la verdad ya no nos impresionará.

Más de una porción de las Sagradas Escrituras que los eruditos declaran ser un misterio o que estiman de poca importancia, está llena de consuelo e instrucción para el que estudió en la escuela de Cristo. Si muchos teólogos no comprenden mejor la Palabra de Dios, es por la sencilla razón de que cierran los ojos con respecto a unas verdades que no desean poner en práctica. La comprensión de las verdades bíblicas no depende tanto de la potencia intelectual aplicada a la investigación como de la sinceridad de propósitos y del ardiente anhelo de justicia que animan al estudiante.

Nunca se debería estudiar la Biblia sin oración. Solo el Espíritu Santo puede hacernos sentir la importancia de lo que es fácil comprender, o impedir que nos apartemos del sentido de las verdades de difícil comprensión. Hay santos ángeles que tienen la misión de influir en los corazones para que comprendan la Palabra de Dios, de suerte que la belleza de esta nos embelese, sus advertencias nos amonesten y sus promesas nos animen y vigoricen. Deberíamos hacer nuestra la petición del salmista: “¡Abre mis ojos, para que yo vea las maravillas de tu ley!” Salmos 119:18 (VM). Muchas veces las tentaciones parecen irresistibles, y es porque se ha descuidado la

oración y el estudio de la Biblia, y por ende no se pueden recordar luego las promesas de Dios ni oponerse a Satanás con las armas de las Santas Escrituras. Pero los ángeles rodean a los que tienen deseos de aprender cosas divinas, y en situaciones graves traerán a su memoria las verdades que necesitan. “Porque vendrá el enemigo como río, mas el Espíritu de Jehová levantará bandera contra él”. Isaías 59:19.

Jesús prometió a sus discípulos “el Consolador, es decir, el Espíritu Santo, a quien — dijo — el Padre enviará en mi nombre”, y agregó: “El os enseñará todas las cosas, y os recordará todo cuanto os he dicho”. Juan 14:26 (VM). Pero primero es preciso que las enseñanzas de Cristo hayan sido atesoradas en el entendimiento, si queremos que el Espíritu de Dios nos las recuerde en el momento de peligro. “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra tí”. Salmos 119:11.

Todos los que estiman en lo que valen sus intereses eternos deben mantenerse en guardia contra las incursiones del escepticismo. Hasta los fundamentos de la verdad serán socavados. Es imposible ponerse a cubierto de los sarcasmos y sofismas y de las enseñanzas insidiosas y pestilentes de la incredulidad moderna. Satanás adapta sus tentaciones a todas las clases. Asalta a los indoctos con una burla o una mirada de desprecio, mientras que se acerca a la gente instruida con objeciones científicas y razonamientos filosóficos propios para despertar desconfianza o desprecio hacia las Sagradas Escrituras. Hasta los jóvenes de poca experiencia se atreven a insinuar dudas respecto a los principios fundamentales del cristianismo. Y esta incredulidad juvenil, por superficial que sea, no deja de ejercer su influencia. Muchos se dejan arrastrar así al punto de mofarse de la piedad de sus padres y desafían al Espíritu de gracia. Hebreos 10:29. Muchos cuya vida daba promesa de honrar a Dios y de beneficiar al mundo, se han marchitado bajo el soplo contaminado de la incredulidad. Todos los que fían en los dictámenes jactanciosos de la razón humana y se imaginan poder explicar los misterios divinos y llegar al conocimiento de la verdad sin el auxilio de la sabiduría de Dios, están presos en las redes de Satanás.

Vivimos en el período más solemne de la historia de este mundo. La suerte de las innumerables multitudes que pueblan la tierra está por decidirse. Tanto nuestra dicha futura como la salvación de otras almas dependen de nuestra conducta actual. Necesitamos ser guía-

dos por el Espíritu de Verdad. Todo discípulo de Cristo debe preguntar seriamente: “¿Señor, qué quieres que haga?” Necesitamos humillarnos ante el Señor, ayunar, orar y meditar mucho en su Palabra, especialmente acerca de las escenas del juicio. Debemos tratar de adquirir actualmente una experiencia profunda y viva en las cosas de Dios, sin perder un solo instante. En torno nuestro se están cumpliendo acontecimientos de vital importancia; nos encontramos en el terreno encantado de Satanás. No durmáis, centinelas de Dios, que el enemigo está emboscado, listo para lanzarse sobre vosotros y haceros su presa en cualquier momento en que caigáis en descuido y somnolencia.

Muchos se engañan con respecto a su verdadera condición ante Dios. Se felicitan por los actos reprobables que no cometen, y se olvidan de enumerar las obras buenas y nobles que Dios requiere, pero que ellos descuidan de hacer. No basta que sean árboles en el huerto del Señor. Deben corresponder a lo que Dios espera de ellos, llevando frutos. Dios los hace responsables de todo el bien que podrían haber realizado, sostenidos por su gracia. En los libros del cielo sus nombres figuran entre los que ocupan inútilmente el suelo. Sin embargo, aun el caso de tales personas no es del todo desesperado. El Dios de paciencia y amor se empeña en atraer aún a los que han despreciado su gracia y desdeñado su misericordia. “Por lo cual se dice: Despiértate tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo. Mirad, pues, cómo andéis avisadamente; [...] redimiendo el tiempo, porque los días son malos.” Efesios 5:14-16.

Cuando llegue el tiempo de la prueba, los que hayan seguido la Palabra de Dios como regla de conducta, serán dados a conocer. En verano no hay diferencia notable entre los árboles de hojas perennes y los que las pierden; pero cuando vienen los vientos de invierno los primeros permanecen verdes en tanto que los otros pierden su follaje. Así puede también que no sea dado distinguir actualmente a los falsos creyentes de los verdaderos cristianos, pero pronto llegará el tiempo en que la diferencia saltará a la vista. Dejad que la oposición se levante, que el fanatismo y la intolerancia vuelvan a empuñar el cetro, que el espíritu de persecución se encienda, y entonces los tibios e hipócritas vacilarán y abandonarán la fe; pero el verdadero cristiano permanecerá firme como una roca, con más fe y esperanza que en días de prosperidad.

El salmista dice: “Tus testimonios son mi meditación”. “De tus mandamientos he adquirido inteligencia: por tanto he aborrecido

todo camino de mentira”. Salmos 119:99, 104. “Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría”. “Porque él será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viniere el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de hacer fruto”. Proverbios 3:13; Jeremías 17:8.

CAPITULO 12

El Mensaje Final de Dios

“Y después de estas cosas vi otro ángel descender del cielo teniendo grande potencia; y la tierra fue alumbrada de su gloria. Y clamó con fortaleza en alta voz diciendo: Caída es, caída es la grande Babilonia, y es hecha habitación de demonios, y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de todas aves sucias y aborrecibles”. “Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, por-que no seáis participantes de sus pecados, y que no recibáis de sus plagas”. Apocalipsis 18:1, 2, 4. Estos versículos señalan un tiempo en el porvenir cuando el anuncio de la caída de Babilonia, tal cual fue hecho por el segundo ángel de Apocalipsis 14:8, se repetirá con la mención adicional de las corrupciones que han estado introduciéndose en las diversas organizaciones religiosas que constituyen a Babilonia, desde que ese mensaje fue proclamado por primera vez, durante el verano de 1844. Se describe aquí la terrible condición en que se encuentra el mundo religioso.

Cada vez que la gente rechace la verdad, habrá mayor confusión en su mente y más terquedad en su corazón, hasta que se hunda en temeraria incredulidad. En su desafío de las amonestaciones de Dios, seguirá pisoteando uno de los preceptos, del Decálogo hasta que sea inducida a perseguir a los que lo consideran sagrado. Se desprecia a Cristo cuando se manifiesta desdén hacia su Palabra y hacia su pueblo. Conforme vayan siendo aceptadas las enseñanzas del espiritismo en las iglesias, irán desapareciendo las vallas impuestas al corazón carnal, y la religión se convertirá en un manto para cubrir las más bajas iniquidades. La creencia en las manifestaciones espiritistas abre el campo a los espíritus seductores y a las doctrinas de demonios, y de este modo se dejarán sentir en las iglesias las influencias de los ángeles malos.

Se dice de Babilonia, con referencia al tiempo en que está presentada en esta profecía: “Sus pecados han llegado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus maldades”. Apocalipsis 18:5. Ha llenado la medida de sus culpas y la ruina está por caer sobre ella. Pero Dios tiene aún un pueblo en Babilonia; y antes de que los juicios del cielo la visiten, estos fieles deben ser llamados para que salgan de la ciudad y que no tengan parte en sus pecados ni en sus plagas. De ahí que este movimiento esté simbolizado por el ángel que baja del cielo, alumbrando la tierra y denunciando con voz potente los

pecados de Babilonia. Al mismo tiempo que este mensaje, se oye el llamamiento: “Salid de ella, pueblo mío”. Estas declaraciones, unidas al mensaje del tercer ángel, constituyen la amonestación final que debe ser dada a los habitantes de la tierra.

Terrible será la crisis a que llegará el mundo. Unidos los poderes de la tierra para hacer la guerra a los mandamientos de Dios, decretarán que todos los hombres, “pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos” (Apocalipsis 13:16), se conformen a las costumbres de la iglesia y observen el falso día de reposo. Todos los que se nieguen a someterse serán castigados por la autoridad civil, y finalmente se decretará que son dignos de muerte. Por otra parte, la ley de Dios que impone el día de reposo del Creador exige obediencia y amenaza con la ira de Dios a los que violen sus preceptos.

Dilucidado así el asunto, cualquiera que pisotee la ley de Dios para obedecer una ordenanza humana, recibe la marca de la bestia; acepta el signo de sumisión al poder al cual prefiere obedecer en lugar de obedecer a Dios. La amonestación del cielo dice así: “¡Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe su marca en su frente, o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que está preparado sin mezcla alguna en el cáliz de su ira!” Apocalipsis 14:9, 10 (VM).

Pero nadie sufrirá la ira de Dios antes que la verdad haya sido presentada a su espíritu y a su conciencia, y que la haya rechazado. Hay muchas personas que no han tenido jamás oportunidad de oír las verdades especiales para nuestros tiempos. La obligación de observar el cuarto mandamiento no les ha sido jamás presentada bajo su verdadera luz. Aquel que lee en todos los corazones y prueba todos los móviles no dejará que nadie que desee conocer la verdad sea engañado en cuanto al resultado final de la controversia. El decreto no será impuesto estando el pueblo a ciegas. Cada cual tendrá la luz necesaria para tomar una resolución conciente.

El sábado será la gran piedra de toque de la lealtad; pues es el punto especialmente controvertido. Cuando esta piedra de toque les sea aplicada finalmente a los hombres, entonces se trazará la línea de demarcación entre los que sirven a Dios y los que no le sirven. Mientras la observancia del falso día de reposo (domingo), en obediencia a la ley del estado y en oposición al cuarto mandamiento, será una declaración de obediencia a un poder que está en oposición a Dios, la observancia del verdadero día de reposo (sábado), en obe-

diencia a la ley de Dios, será señal evidente de la lealtad al Creador. Mientras que una clase de personas, al aceptar el signo de la sumisión a los poderes del mundo, recibe la marca de la bestia, la otra, por haber escogido el signo de obediencia a la autoridad divina, recibirá el sello de Dios.

Hasta ahora se ha considerado considerar a los predicadores de las verdades del mensaje del tercer ángel como meros alarmistas. Sus predicciones de que la intolerancia religiosa adquiriría dominio en los Estados Unidos de Norteamérica, de que la iglesia y el estado se unirían en ese país para perseguir a los observadores de los mandamientos de Dios, han sido declaradas absurdas y sin fundamento. Se ha declarado osadamente que ese país no podría jamás dejar de ser lo que ha sido: el defensor de la libertad religiosa. Pero, a medida que se va agitando más ampliamente la cuestión de la observancia obligatoria del domingo, se ve acercarse la realización del acontecimiento hasta ahora tenido por inverosímil, y el tercer mensaje producirá un efecto que no habría podido producir antes.

En cada generación Dios envió siervos suyos para reprobar el pecado tanto en el mundo como en la iglesia. Pero los hombres desean que se les digan cosas agradables, y no gustan la verdad clara y pura. Muchos reformadores, al principiar su obra, resolvieron proceder con gran prudencia al atacar los pecados de la iglesia y de la nación. Esperaban que mediante el ejemplo de una vida cristiana y pura, llevarían de nuevo al pueblo a las doctrinas de la Biblia. Pero el Espíritu de Dios vino sobre ellos como había venido sobre Elías, impeliéndole a censurar los pecados de un rey malvado y de un pueblo apóstata; no pudieron dejar de proclamar las declaraciones terminantes de la Biblia que habían titubeado en presentar. Se vieron forzados a declarar diligentemente la verdad y señalar los peligros que amenazaban a las almas. Sin temer las consecuencias, pronunciaban las palabras que el Señor les ponía en la boca, y el pueblo se veía constreñido a oír la amonestación.

Así también será proclamado el mensaje del tercer ángel. Cuando llegue el tiempo de hacerlo con el mayor poder, el Señor obrará por conducto de humildes instrumentos, dirigiendo el espíritu de los que se consagren a su servicio. Los obreros serán calificados más bien por la unción de su Espíritu que por la educación en institutos de enseñanza. Habrá hombres de fe y de oración que se sentirán impelidos a declarar con santo entusiasmo las palabras que Dios les inspire. Los pecados de Babilonia serán denunciados. Los resulta-

dos funestos y espantosos de la imposición de las observancias de la iglesia por la autoridad civil, las invasiones del espiritismo, los progresos secretos pero rápidos del poder papal; todo será desenmascarado. Estas solemnes amonestaciones conmoverán al pueblo. Miles y miles de personas que nunca habrán oído palabras semejantes, las escucharán. Admirados y confundidos. Oirán el testimonio de que Babilonia es la iglesia que cayó por sus errores y sus pecados, porque rechazó la verdad que le fue enviada del cielo.

Cuando el pueblo acuda a sus antiguos conductores espirituales a preguntarles con ansia: ¿Son esas cosas así? los ministros aducirán fábulas, profetizarán cosas agradables para calmar los temores y tranquilizar las conciencias despertadas. Pero como muchas personas no se contentan con las meras razones de los hombres y exigen un positivo “Así dice Jehová”, los ministros populares, como los fariseos de antaño, airándose al ver que se pone en duda su autoridad, denunciarán el mensaje como si viniese de Satanás e incitarán a las multitudes dadas al pecado a que injurien y persigan a los que lo proclaman.

Satanás se pondrá alerta al ver que la controversia se extiende a nuevos campos y que la atención del pueblo es dirigida a la pisoteada ley de Dios. El poder que acompaña a la proclamación del mensaje solo desesperará a los que se le oponen. El clero hará esfuerzos casi sobrehumanos para sofocar la luz por temor de que alumbre a sus rebaños. Por todos los medios a su alcance los ministros tratarán de evitar toda discusión sobre esas cuestiones vitales. La iglesia apelará al brazo poderoso de la autoridad civil y en esta obra los papistas y los protestantes irán unidos. Al paso que el movimiento en favor de la imposición del domingo se vuelva más audaz y decidido, la ley será invocada contra los que observan los mandamientos. Se los amenazará con multas y encarcelamientos; a algunos se les ofrecerán puestos de influencia y otras ventajas para inducirlos a que renuncien a su fe. Pero su respuesta constante será la misma que la de Lutero en semejante trance: “Pruébesenos nuestro error por la Palabra de Dios”. Los que serán emplazados ante los tribunales defenderán enérgicamente la verdad, y algunos de los que los oigan serán inducidos a guardar todos los mandamientos de Dios. Así la luz llegará ante millares de personas que de otro modo no sabrían nada de estas verdades.

A los que obedezcan con toda conciencia a la Palabra de Dios se les tratará como rebeldes. Cegados por Satanás, padres y madres habrá

que serán duros y severos para con sus hijos creyentes; los patronos o patronas oprimirán a los criados que observen los mandamientos. Los lazos del cariño se aflojarán; se desheredará y se expulsará de la casa a los hijos. Se cumplirán a la letra las palabras del apóstol Pablo: “Todos los que quieren vivir piamente en Cristo Jesús, padecerán persecución”. 2 Timoteo 3:12. Cuando los defensores de la verdad se nieguen a honrar el domingo, unos serán echados en la cárcel, otros serán desterrados y otros aún tratados como esclavos. Ante la razón humana todo esto parece ahora imposible; pero a medida que el espíritu refrenador de Dios se retire de los hombres y estos sean dominados por Satanás, que aborrece los principios divinos, se verán cosas muy extrañas. Muy cruel puede ser el corazón humano cuando no está animado del temor y del amor de Dios.

Conforme vaya acercándose la tempestad, muchos que profesaron creer en el mensaje del tercer ángel, pero que no fueron santificados por la obediencia a la verdad, abandonarán su fe, e irán a engrosar las filas de la oposición. Uniéndose con el mundo y participando de su espíritu, llegarán a ver las cosas casi bajo el mismo aspecto; así que cuando llegue la hora de prueba estarán preparados para situarse del lado más fácil y de mayor popularidad. Hombres de talento y de elocuencia, que se gozaron un día en la verdad, emplearán sus facultades para seducir y descarriar almas. Se convertirán en los enemigos más encarnizados de sus hermanos de antaño. Cuando los observadores del sábado sean llevados ante los tribunales para responder de su fe, estos apóstatas serán los agentes más activos de Satanás para calumniarlos y acusarlos y para incitar a los magistrados contra ellos por medio de falsos informes e insinuaciones.

En aquel tiempo de persecución la fe de los siervos de Dios será probada duramente. Proclamaron fielmente la amonestación mirando tan solo a Dios y a su Palabra. El Espíritu de Dios, que obraba en sus corazones, les constriñó a hablar. Estimulados por santo celo e impulso divino, cumplieron su deber y declararon al pueblo las palabras que de Dios recibieran sin detenerse en calcular las consecuencias. No consultaron sus intereses temporales ni miraron por su reputación o sus vidas. Sin embargo, cuando la tempestad de la oposición y del vituperio estalle sobre ellos, algunos, consternados, estarán listos para exclamar: “Si hubiésemos previsto las consecuencias de nuestras palabras, habríamos callado”. Estarán rodeados de dificultades. Satanás los asaltarán con terribles tentaciones. La obra que habrán emprendido parecerá exceder en mucho sus capacidades. Los ame-

nazará la destrucción. El entusiasmo que les animara se desvanecerá; sin embargo no podrán retroceder. Y en-tonces, sintiendo su completa incapacidad, se dirigirán al Todopoderoso en demanda de auxilio. Recordarán que las palabras que hablaron no eran las suyas propias, sino las de Aquel que les ordenara dar la amonestación al mundo. Dios había puesto la verdad en sus corazones, y ellos, por su parte, no pudieron hacer otra cosa que proclamarla.

En todas las edades los hombres de Dios pasaron por las mismas pruebas. Wiclef, Hus, Lutero, Tyndale, Baxter, Wesley, pidieron que todas las doctrinas fuesen examinadas a la luz de las Escrituras, y declararon que renunciarían a todo lo que estas condenasen. La persecución se ensañó entonces en ellos con furor; pero no dejaron de proclamar la verdad. Diferentes períodos de la historia de la iglesia fueron señalados por el desarrollo de alguna verdad especial adaptada a las necesidades del pueblo de Dios en aquel tiempo. Cada nueva verdad se abrió paso entre el odio y la oposición; los que fueron favorecidos con su luz se vieron tentados y probados. El Señor envía al pueblo una verdad especial para la situación en que se encuentra. ¿Quién se atreverá a publicarla? El manda a sus siervos a que dirijan al mundo el último llamamiento de la misericordia divina. No pueden callar sin peligro de sus almas. Los embajadores de Cristo no tienen por qué preocuparse de las consecuencias. Deben cumplir con su deber y dejar a Dios los resultados.

Conforme va revistiendo la oposición un carácter más violento, los siervos de Dios se ponen de nuevo perplejos, pues les parece que son ellos mismos los que han precipitado la crisis; pero su conciencia y la Palabra de Dios les dan la seguridad de estar en lo justo; y aunque sigan las pruebas se sienten robustecidos para sufrirlas. La lucha se encona más y más, pero la fe y el valor de ellos aumentan con el peligro. Este es el testimonio que dan: “No nos atrevemos a alterar la Palabra de Dios dividiendo su santa ley, llamando parte de ella esencial y parte de ella no esencial, para obtener el favor del mundo. El Señor a quien servimos puede librarnos. Cristo venció los poderes del mundo; ¿y nos atemorizaría un mundo ya vencido?”

En sus diferentes formas, la persecución es el desarrollo de un principio que ha de subsistir mientras Satanás exista y el cristianismo conserve su poder vital. Un hombre no puede servir a Dios sin despertar contra sí la oposición de los ejércitos de las tinieblas. Le asaltarán malos ángeles alarmados al ver que su influencia les arranca la presa. Hombres malvados reconvenidos por el ejemplo

de los cristianos, se unirán con aquellos para procurar separarlo de Dios por medio de tentaciones sutiles. Cuando este plan fracasa, emplean la fuerza para violentar la conciencia.

Pero mientras Jesús siga intercediendo por el hombre en el santuario celestial, los gobernantes y el pueblo seguirán sintiendo la influencia refrenadora del Espíritu Santo, la cual seguirá también dominando hasta cierto punto las leyes del país. Si no fuera por estas leyes, el estado del mundo sería mucho peor de lo que es. Mientras que muchos de nuestros legisladores son agentes activos de Satanás, Dios tiene también los suyos entre los caudillos de la nación. El enemigo impele a sus servidores a que propongan medidas encaminadas a poner grandes obstáculos a la obra de Dios; pero los estadistas que temen a Dios están bajo la influencia de santos ángeles para oponerse a tales proyectos con argumentos irrefutables. Es así como unos cuantos hombres contienen una poderosa corriente del mal. La oposición de los enemigos de la verdad será coartada para que el mensaje del tercer ángel pueda hacer su obra. Cuando la amonestación final sea dada, cautivará la atención de aquellos caudillos por medio de los cuales el Señor está obrando en la actualidad, y algunos de ellos la aceptarán y estarán con el pueblo de Dios durante el tiempo de angustia.

El ángel que une su voz a la proclamación del tercer mensaje, alumbrará toda la tierra con su gloria. Así se predice una obra de extensión universal y de poder extraordinario. El movimiento adventista de 1840 a 1844 fue una manifestación gloriosa del poder divino; el mensaje del primer ángel fue llevado a todas las estaciones misioneras de la tierra, y en algunos países se distinguió por el mayor interés religioso que se haya visto en país cualquiera desde el tiempo de la Reforma del siglo XVI; pero todo esto será superado por el poderoso movimiento que ha de desarrollarse bajo la proclamación de la última amonestación del tercer ángel.

Esta obra será semejante a la que se realizó en el día de Pentecostés. Como la “lluvia temprana” fue dada en tiempo de la efusión del Espíritu Santo al principio del ministerio evangélico, para hacer crecer la preciosa semilla, así la “lluvia tardía” será dada al final de dicho ministerio para hacer madurar la cosecha. “Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová: como el alba está aparejada su salida, y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía y temprana a la tierra”. “Vosotros también, hijos de Sión, alegraos y gozaos en Jehová vuestro Dios; porque os ha dado la primera lluvia

arregladamente, y hará descender sobre vosotros lluvia temprana y tardía como al principio”. “Y será en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne”. “Y será que todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”. Oseas 6:3; Joel 2:23; Hechos 2:17, 21.

La gran obra de evangelización no terminará con menor manifestación del poder divino que la que señaló el principio de ella. Las profecías que se cumplieron en tiempo de la efusión de la lluvia temprana, al principio del ministerio evangélico, deben volverse a cumplir en tiempo de la lluvia tardía, al fin de dicho ministerio. Esos son los “tiempos de refrigerio” en que pensaba el apóstol Pedro cuando dijo: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; pues que vendrán los tiempos del refrigerio de la presencia del Señor, y enviará a Jesucristo”. Hechos 3:19, 20.

Vendrán siervos de Dios con semblantes iluminados y resplandecientes de santa consagración, y se apresurarán de lugar en lugar para proclamar el mensaje celestial. Miles de voces predicarán el mensaje por toda la tierra. Se realizarán milagros, los enfermos sanarán y signos y prodigios seguirán a los creyentes. Satanás también efectuará sus falsos milagros, al punto de hacer caer fuego del cielo a la vista de los hombres. Apocalipsis 13:13. Es así como los habitantes de la tierra tendrán que decidirse en pro o en contra de la verdad.

El mensaje no será llevado adelante tanto con argumentos como por medio de la convicción profunda inspirada por el Espíritu de Dios. Los argumentos ya fueron presentados. Sembrada está la semilla, y brotará y dará frutos. Las publicaciones distribuidas por los misioneros han ejercido su influencia; sin embargo, muchos cuyo espíritu fue impresionado han sido impedidos de entender la verdad por completo o de obedecerla. Pero entonces los rayos de luz penetrarán por todas partes, la verdad aparecerá en toda su claridad, y los sinceros hijos de Dios romperán las ligaduras que los tenían sujetos. Los lazos de familia y las relaciones de la iglesia serán impotentes para detenerlos. La verdad les será más preciosa que cualquier otra cosa. A pesar de los poderes coligados contra la verdad, un sinnúmero de personas se alistará en las filas del Señor.

CAPITULO 13

El Mensaje Final de Dios

“Y en aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está por los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue después que hubo gente hasta entonces: mas en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallaren escritos en el libro”. Daniel 12:1.

Cuando termine el mensaje del tercer ángel, la misericordia divina no intercederá más por los habitantes culpables de la tierra. El pueblo de Dios habrá cumplido su obra; habrá recibido “la lluvia tardía”, el “refrigerio de la presencia del Señor”, y estará preparado para la hora de prueba que le espera. Los ángeles se apuran, van y vienen de acá para allá en el cielo. Un ángel que regresa de la tierra anuncia que su obra está terminada; el mundo ha sido sometido a la prueba final, y todos los que han resultado fieles a los preceptos divinos han recibido “el sello del Dios vivo”. Entonces Jesús dejará de interceder en el santuario celestial. Levantará sus manos y con gran voz dirá “Hecho es”, y todas las huestes de los ángeles depositarán sus coronas mientras él anuncia en tono solemne: “¡El que es injusto, sea injusto aún; y el que es sucio, sea sucio aún; y el que es justo, sea justo aún; y el que es santo, sea aún santo!” Apocalipsis 22:11 (VM). Cada caso ha sido fallado para vida o para muerte. Cristo ha hecho propiciación por su pueblo y borrado sus pecados. El número de sus súbditos está completo; “el reino, y el señorío y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo” van a ser dados a los herederos de la salvación y Jesús va a reinar como Rey de reyes y Señor de señores.

Cuando él abandone el santuario, las tinieblas envolverán a los habitantes de la tierra. Durante ese tiempo terrible, los justos deben vivir sin intercesor, a la vista del santo Dios. Nada refrena ya a los malos y Satanás domina por completo a los impenitentes empedernidos. La paciencia de Dios ha concluido. El mundo ha rechazado su misericordia, despreciado su amor y pisoteado su ley; Los impíos han dejado concluir su tiempo de gracia; el Espíritu de Dios, al que se opusieron obstinadamente, acabó por apartarse de ellos. Desamparados ya de la gracia divina, están a merced de Satanás, el cual sumirá entonces a los habitantes de la tierra en una gran tribulación final. Como los ángeles de Dios dejen ya de contener los vientos

violentos de las pasiones humanas, todos los elementos de contención se desencadenarán. El mundo entero será envuelto en una ruina más espantosa que la que cayó antiguamente sobre Jeru-salén.

Un solo ángel dio muerte a todos los primogénitos de los egipcios y llenó al país de duelo. Cuando David ofendió a Dios al tomar censo del pueblo, un ángel causó la terrible mortandad con la cual fue castigado su pecado. El mismo poder destructor ejercido por santos ángeles cuando Dios se lo ordena, lo ejercerán los ángeles malvados cuando él lo permita. Hay fuerzas actualmente listas que no esperan más que el permiso divino para sembrar la desolación por todas partes.

Los que honran la ley de Dios han sido acusados de atraer los castigos de Dios sobre la tierra, y se los mirará como si fueran causa de las terribles convulsiones de la naturaleza y de las luchas sangrientas entre los hombres, que llenarán la tierra de aflicción. El poder que acompañe la última amonestación enfurecerá a los malvados; su ira se ensañará contra todos los que hayan recibido el mensaje, y Satanás despertará el espíritu de odio y persecución en un grado de intensidad aún mayor.

Cuando la presencia de Dios se retiró de la nación judía, tanto los sacerdotes como el pueblo lo ignoraron. Aunque bajo el dominio de Satanás y arrastrados por las pasiones más horribles y malignas, creían ser todavía el pueblo escogido de Dios. Los servicios del templo seguían su curso; se ofrecían sacrificios en los altares profanados, y cada día se invocaba la bendición divina sobre un pueblo culpable de la sangre del Hijo amado de Dios y que trataba de matar a sus ministros y apóstoles. Así también, cuando la decisión irrevocable del santuario haya sido pronunciada y el destino del mundo haya sido determinado para siempre, los habitantes de la tierra no lo sabrán. Las formas de la religión seguirán en vigor entre las muchedumbres de en medio de las cuales el Espíritu de Dios se habrá retirado finalmente; y el celo satánico con el cual el príncipe del mal ha de inspirarlas para que cumplan sus crueles designios, se asemejará al celo por Dios.

Una vez que el sábado llegue a ser el punto especial de controversia en toda la cristiandad y las autoridades religiosas y civiles se unan para imponer la observancia del domingo, la negativa persistente, por arte de una pequeña minoría, de ceder a la exigencia popular, la convertirá en objeto de execración universal. Se demandará con insistencia que no se tolere a los pocos que se oponen a una institu-

ción de la iglesia y a una ley del estado; pues vale más que esos pocos sufran y no que naciones enteras sean precipitadas a la confusión y anarquía. Este mismo argumento fue presentado contra Cristo hace mil ochocientos años por los “príncipes del pueblo”. “Nos conviene — dijo el astuto Caifás — que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación se pierda”. Juan 11:50. Este argumento parecerá concluyente y finalmente se expedirá contra todos los que santifiquen el sábado un decreto que los declare merecedores de las penas más severas y autorice al pueblo para que, pasado cierto tiempo, los mate. El romanismo en el Viejo Mundo y el protestantismo apóstata en la América del Norte actuarán de la misma manera contra los que honren todos los preceptos divinos.

El pueblo de Dios se verá entonces sumido en las escenas de aflicción y angustia descritas por el profeta y llamadas el tiempo de la apretura de Jacob: “Porque así ha dicho Jehová: Hemos oído voz de temblor: espanto, y no paz [...], Hanse tornado pálidos todos los rostros. ¡Ah, cuán grande es aquel día! tanto, que no hay otro semejante a él: tiempo de angustia para Jacob; mas de ella será librado”. Jeremías 30:5-7.

La noche de la aflicción de Jacob, cuando luchó en oración para ser librado de manos de Esaú (Génesis 32:24-30), representa la prueba por la que pasará el pueblo de Dios en el tiempo de angustia. Debido al engaño practicado para asegurarse la bendición que su padre intentaba dar a Esaú, Jacob había huido para salvar su vida, atemorizado por las amenazas de muerte que profería su hermano. Después de haber permanecido muchos años en el destierro, se puso en camino por mandato de Dios para regresar a su país, con sus mujeres, sus hijos, sus rebaños y sus ganados. Al acercarse a los términos del país se llenó de terror al tener noticia de que Esaú se acercaba al frente de una compañía de guerreros, sin duda para vengarse de él. Los que acompañaban a Jacob, sin armas e indefensos, parecían destinados a caer irremisiblemente víctimas de la violencia y la matanza. A esta angustia y a este temor que lo tenían abatido se agregaba el peso abrumador de los reproches que se hacía a sí mismo; pues era su propio pecado el que le había puesto a él y a los suyos en semejante trance. Su única esperanza se cifraba en la misericordia de Dios; su único amparo debía ser la oración. Sin embargo, hizo cuanto estuvo de su parte para dar reparación a su hermano por el agravio que le había inferido y para evitar el peligro que le amenazaba.

Así deberán hacer los discípulos de Cristo al acercarse el tiempo de angustia: procurar que el mundo los conozca bien, a fin de desarmar los prejuicios y evitar los peligros que amenazan la libertad de conciencia. Después de haber despedido a su familia para que no presenciara su angustia, Jacob permaneció solo para interceder con Dios. Confiesa su pecado y reconoce agradecido la bondad de Dios para con él, a la vez que humillándose profundamente invoca en su favor el pacto hecho con sus padres y las promesas que le fueran hechas a él mismo en su visión en Bethel y en tierra extraña. Llegó la hora crítica de su vida; todo está en peligro. En las tinieblas y en la soledad sigue orando y humillándose ante Dios. De pronto una mano se apoya en su hombro. Se le figura que un enemigo va a matarle, y con toda la energía de la desesperación lucha con él.

Cuando el día empieza a rayar, el desconocido hace uso de su poder sobrenatural; al sentir su toque, el hombre fuerte parece quedar paralizado y cae, impotente, tembloroso y suplicante, sobre el cuello de su misterioso antagonista. Jacob sabe entonces que es con el ángel de la alianza con quien ha luchado. Aunque incapacitado y presa de los más agudos dolores, no cesa en su propósito. Durante mucho tiempo ha sufrido perplejidades, remordimientos y angustia a causa de su pecado; ahora debe obtener la seguridad de que ha sido perdonado. El visitante celestial parece estar por marcharse; pero Jacob se aferra a él y le pide su bendición. El ángel le insta: “¡Suéltame, que ya raya el alba!” pero el patriarca exclama: “No te soltaré hasta que me hayas bendecido”. ¡Qué confianza, qué firmeza y qué perseverancia las de Jacob! Si estas palabras le hubiesen sido dictadas por el orgullo y la presunción, Jacob hubiera caído muerto; pero lo que se las inspiraba era más bien la seguridad del que confiesa su flaqueza e indignidad, y sin embargo confía en la misericordia de un Dios que cumple su pacto.

“Luchó con el Ángel, y prevaleció”. Oseas 12:4 (VM). Mediante la humillación, el arrepentimiento y la sumisión, aquel mortal pecador y sujeto al error, prevaleció sobre la Majestad del cielo. Se aferró tembloroso a las promesas de Dios, y el Amor infinito no pudo rechazar la súplica del pecador. Como señal de su triunfo y como estímulo para que otros imitasen su ejemplo, se le cambió el nombre; en lugar del que recordaba su pecado, recibió otro que conmemoraba su victoria. Y al prevalecer Jacob con Dios, obtuvo la garantía de que prevalecería al luchar con los hombres. Ya no temía arrastrar la ira de su hermano; pues el Señor era su defensa.

Satanás había acusado a Jacob ante los ángeles de Dios y pretendía tener derecho a destruirle por causa de su pecado; había inducido a Esaú a que marchase contra él, y durante la larga noche de lucha del patriarca, Satanás procuró embargarle con el sentimiento de su culpabilidad para desanimarlo y apartarlo de Dios. Jacob fue casi empujado a la desesperación; pero sabía que sin la ayuda de Dios perecería. Se había arrepentido sinceramente de su gran pecado, y apelaba a la misericordia de Dios. No se dejó desviar de su propósito, sino que se adhirió firmemente al ángel e hizo su petición con ardientes clamores de agonía, hasta que prevaleció.

Así como Satanás influyó en Esaú para que marchase contra Jacob, así también instigará a los malos para que destruyan al pueblo de Dios en el tiempo de angustia. Como acusó a Jacob, acusará también al pueblo de Dios. Cuenta a las multitudes del mundo entre sus súbditos, pero la pequeña compañía de los que guardan los mandamientos de Dios resiste a su pretensión a la supremacía. Si pudiese hacerlos desaparecer de la tierra, su triunfo sería completo. Ve que los ángeles protegen a los que guardan los mandamientos e infiere que sus pecados les han sido perdonados; pero no sabe que la suerte de cada uno de ellos ha sido resuelta en el santuario celestial. Tiene conocimiento exacto de los pecados que les ha hecho cometer y los presenta ante Dios con la mayor exageración y asegurando que esa gente es tan merecedora como él mismo de ser excluida del favor de Dios. Declara que en justicia el Señor no puede perdonar los pecados de ellos y destruirle al mismo tiempo a él y a sus ángeles. Los reclama como presa suya y pide que le sean entregados para destruirlos.

Mientras Satanás acusa al pueblo de Dios haciendo hincapié en sus pecados, el Señor le permite probarlos hasta el extremo. La confianza de ellos en Dios, su fe y su firmeza serán rigurosamente probadas. El recuerdo de su pasado hará decaer sus esperanzas; pues es poco el bien que pueden ver en toda su vida. Reconocen plenamente su debilidad e indignidad. Satanás trata de aterrorizarlos con la idea de que su caso es desesperado, de que las manchas de su impureza no serán jamás lavadas. Espera así aniquilar su fe, hacerles ceder a sus tentaciones y alejarlos de Dios.

Aun cuando los hijos de Dios se ven rodeados de enemigos que tratan de destruirlos, la angustia que sufren no procede del temor de ser perseguidos a causa de la verdad; lo que temen es no haberse arrepentido de cada pecado y que debido a alguna falta por ellos

cometida no puedan ver realizada en ellos la promesa del Salvador: “Yo también te guardaré de la hora de prueba que ha de venir sobre todo el mundo”. Apocalipsis 3:10 (VM). Si pudiesen tener la seguridad del perdón, no retrocederían ante las torturas ni la muerte; pero si fuesen reconocidos indignos de perdón y hubiesen de perder la vida a causa de sus propios defectos de carácter, entonces el santo nombre de Dios sería vituperado.

De todos lados oyen hablar de conspiraciones y traiciones y observan la actividad amenazante de la rebelión. Eso hace nacer en ellos un deseo intensísimo de ver acabarse la apostasía y de que la maldad de los impíos llegue a su fin. Pero mientras piden a Dios que detenga el progreso de la rebelión, se reprochan a sí mismos con gran sentimiento el no tener mayor poder para resistir y contrarrestar la potente invasión del mal. Les parece que si hubiesen dedicado siempre toda su habilidad al servicio de Cristo, avanzando de virtud en virtud, las fuerzas de Satanás no tendrían tanto poder sobre ellos.

Afligen sus almas ante Dios, recordándole cada uno de sus actos de arrepentimiento de sus numerosos pecados y la promesa del Salvador: “¿Forzará alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz, sí haga paz conmigo”. Isaías 27:5. Su fe no decae si sus oraciones no reciben inmediata contestación. Aunque sufren la ansiedad, el terror y la angustia más desesperantes, no dejan de orar. Echan mano del poder de Dios como Jacob se aferró al ángel; y de sus almas se exhala el grito: “No te soltaré hasta que me hayas bendecido”.

Si Jacob no se hubiese arrepentido previamente del pecado que cometió al adueñarse fraudulentamente del derecho de primogenitura, Dios no habría escuchado su oración ni le hubiese salvado la vida misericordiosamente. Así, en el tiempo de angustia, si el pueblo de Dios conservase pecados aún inconfesos cuando lo atormenten el temor y la angustia, sería aniquilado; la desesperación acabaría con su fe y no podría tener confianza para rogar a Dios que le librase. Pero por muy profundo que sea el sentimiento que tiene de su indignidad, no tiene culpas escondidas que revelar. Sus pecados han sido examinados y borrados en el juicio; y no puede recordarlos.

Satanás induce a muchos a creer que Dios no se fija en la infidelidad de ellos respecto a los asuntos menudos de la vida; pero, en su actitud con Jacob, el Señor demuestra que en manera alguna sancionará ni tolerará el mal. Todos los que tratan de excusar u ocultar sus

pecados, dejándolos sin confesar y sin haber sido perdonados en los registros del cielo, serán vencidos por Satanás. Cuanto más exaltada sea su profesión y honroso el puesto que desempeñen, tanto más graves aparecen sus faltas a la vista de Dios, y tanto más seguro es el triunfo de su gran adversario. Los que tardan en prepararse para el día del Señor, no podrán hacerlo en el tiempo de la angustia ni en ningún momento subsiguiente. El caso de los tales es desesperado.

Los cristianos profesos que llegarán sin preparación al último y terrible conflicto, confesarán sus pecados con palabras de angustia consumidora, mientras los impíos se reirán de esa angustia. Esas confesiones son del mismo carácter que las de Esaú o de Judas. Los que las hacen lamentan los resultados de la transgresión, pero no su culpa misma. No sienten verdadera contrición ni horror al mal. Reconocen sus pecados por temor al castigo; pero, lo mismo que Faraón, volverían a maldecir al cielo si se suspendiesen los juicios de Dios.

La historia de Jacob nos da además la seguridad de que Dios no rechazará a los que han sido engañados, tentados y arrastrados al pecado, pero que hayan vuelto a él con verdadero arrepentimiento. Mientras Satanás trata de acabar con esta clase de personas, Dios enviará sus ángeles para consolarlas y protegerlas en el tiempo de peligro. Los asaltos de Satanás son feroces y resueltos, sus engaños terribles, pero el ojo de Dios descansa sobre su pueblo y su oído escucha su súplica. Su aflicción es grande, las llamas del horno parecen estar a punto de consumirlos; pero el Refinador los sacará como oro purificado por el fuego. El amor de Dios para con sus hijos durante el período de su prueba más dura es tan grande y tan tierno como en los días de su mayor prosperidad; pero necesitan pasar por el horno de fuego; debe consumirse su mundanalidad, para que la imagen de Cristo se refleje perfectamente.

Los tiempos de apuro y angustia que nos esperan requieren una fe capaz de soportar el cansancio, la demora y el hambre, una fe que no desmaye a pesar de las pruebas más duras. El tiempo de gracia les es concedido a todos a fin de que se preparen para aquel momento. Jacob prevaleció porque fue perseverante y resuelto. Su victoria es prueba evidente del poder de la oración importuna. Todos los que se aferren a las promesas de Dios como lo hizo él, y que sean tan sinceros como él lo fue, tendrán tan buen éxito como él. Los que no están dispuestos a negarse a sí mismos, a luchar desesperadamente ante Dios y a orar mucho y con empeño para obtener

su bendición, no lo conseguirán. ¡Cuán pocos cristianos saben lo que es luchar con Dios! ¡Cuán pocos son los que jamás suspiraron por Dios con ardor hasta tener como en tensión todas las facultades del alma! Cuando olas de indecible desesperación en-vuelven al suplicante, ¡cuán raro es verle atenerse con fe inque-brantable a las promesas de Dios!

Los que solo ejercitan poca fe, están en mayor peligro de caer bajo el dominio de los engaños satánicos y del decreto que violentará las conciencias. Y aun en caso de soportar la prueba, en el tiempo de angustia se verán sumidos en mayor aflicción porque no se habrán acostumbrado a confiar en Dios. Las lecciones de fe que hayan descuidado, tendrán que aprenderlas bajo el terrible peso del desaliento.

Deberíamos aprender ahora a conocer a Dios, poniendo a prueba sus promesas. Los ángeles toman nota de cada oración ferviente y sincera. Sería mejor sacrificar nuestros propios gustos antes que descuidar la comunión con Dios. La mayor pobreza y la más absoluta abnegación, con la aprobación divina, valen más que las riquezas, los honores, las comodidades y amistades sin ella. Debemos darnos tiempo para orar. Si nos dejamos absorber por los intereses mundanos, el Señor puede darnos ese tiempo que necesitamos, quitándonos nuestros ídolos, ya sean estos oro, casas o tierras fértiles.

La juventud no se dejaría seducir por el pecado si se negase a entrar en otro camino que aquel sobre el cual pudiera pedir la bendición de Dios. Si los que proclaman la última solemne amonestación al mundo rogasen por la bendición de Dios, no con frialdad e indolencia, sino con fervor y fe como lo hizo Jacob, encontrarían muchas ocasiones en que podrían decir: “Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma”. Génesis 32:30. Serían considerados como príncipes en el cielo, con poder para prevalecer con Dios y los hombres.

El “tiempo de angustia, cual nunca fue después que hubo gente” se iniciará pronto; y para entonces necesitaremos tener una experiencia que hoy por hoy no poseemos y que muchos no pueden lograr debido a su indolencia. Sucede muchas veces que los peligros que se esperan no resultan tan grandes como uno se los había imaginado; pero este no es el caso respecto de la crisis que nos espera.

La imaginación más fecunda no alcanza a darse cuenta de la magnitud de tan dolorosa prueba. En aquel tiempo de tribulación, cada alma deberá sostenerse por sí sola ante Dios. “Si Noé, Daniel y Job estuvieren” en el país, “¡vivo yo! dice Jehová el Señor, que ni a hijo ni

a hija podrán ellos librar por su justicia; tan solo a sus propias almas librarán”. Ezequiel 14:20 (VM).

Ahora, mientras que nuestro gran Sumo Sacerdote está haciendo propiciación por nosotros, debemos tratar de llegar a la perfección en Cristo. Nuestro Salvador no pudo ser inducido a ceder a la tentación ni siquiera en pensamiento. Satanás encuentra en los corazones humanos algún asidero en que hacerse firme; es tal vez algún deseo pecaminoso que se acaricia, por medio del cual la tentación se fortalece. Pero Cristo declaró al hablar de sí mismo: “Viene el príncipe de este mundo; mas no tiene nada en mí”. Juan 14:30. Satanás no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiera ganar la victoria. Cristo guardó los mandamientos de su Padre y no hubo en él ningún pecado de que Satanás pudiese sacar ventaja. Esta es la condición en que deben encontrarse los que han de poder subsistir en el tiempo de angustia.

En esta vida es donde debemos separarnos del pecado por la fe en la sangre expiatoria de Cristo. Nuestro amado Salvador nos invita a que nos unamos a él, a que unamos nuestra flaqueza con su fortaleza, nuestra ignorancia con su sabiduría, nuestra indignidad con sus méritos. La providencia de Dios es la escuela en la cual debemos aprender a tener la mansedumbre y humildad de Jesús. El Señor nos está presentando siempre, no el camino que escogeríamos y que nos parecería más fácil y agradable, sino el verdadero, el que lleva a los fines verdaderos de la vida. De nosotros está, pues, que cooperemos con los factores que Dios emplea, en la tarea de conformar nuestros caracteres con el modelo divino. Nadie puede descuidar o aplazar esta obra sin grave peligro para su alma.

El apóstol San Juan, estando en visión, oyó una gran voz que exclamaba en el cielo: “¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros, teniendo grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo”. Apocalipsis 12:12. Espantosas son las escenas que provocaron esta exclamación de la voz celestial. La ira de Satanás crece a medida que se va acercando el fin, y su obra de engaño y destrucción culminará durante el tiempo de angustia. Pronto aparecerán en el cielo signos pavorosos de carácter sobrenatural, en prueba del poder milagroso de los demonios. Los espíritus de los demonios irán en busca de los reyes de la tierra y por todo el mundo para aprisionar a los hombres con engaños e inducirlos a que se unan a Satanás en su última lucha contra el go-bierno de

Dios. Mediante estos agentes, tanto los príncipes como los súbditos serán engañados. Surgirán entes que se darán por el mismo Cristo y reclamarán los títulos y el culto que pertenecen al Redentor del mundo. Harán curaciones milagrosas y asegurarán haber recibido del cielo revelaciones contrarias al testimonio de las Sagradas Escrituras.

El acto capital que coronará el gran drama del engaño será que el mismo Satanás se dará por el Cristo. Hace mucho que la iglesia profesa esperar el advenimiento del Salvador como consumación de sus esperanzas. Pues bien, el gran engañador simulará que Cristo habrá venido. En varias partes de la tierra, Satanás se manifestará a los hombres como ser majestuoso, de un brillo deslumbrador, parecido a la descripción que del Hijo de Dios da el apóstol Juan en el Apocalipsis. Apocalipsis 1:13-15. La gloria que le rodee superará cuanto hayan visto los ojos de los mortales. El grito de triunfo repercutirá por los aires: “¡Cristo ha venido! ¡Cristo ha venido!” El pueblo se postrará en adoración ante él, mientras levanta sus manos y pronuncia una bendición sobre ellos así como Cristo bendecía a sus discípulos cuando estaba en la tierra. Su voz es suave y acompañada aunque llena de melodía. En tono amable y compasivo, enuncia algunas de las verdades celestiales y llenas de gracia que pronunciaba el Salvador; cura las dolencias del pueblo, y luego, en su fementido carácter de Cristo, asegura haber mudado el día de reposo del sábado al domingo y manda a todos que santifiquen el día bendecido por él. Declara que aquellos que persisten en santificar el séptimo día blasfeman su nombre porque se niegan a oír a sus ángeles, que les fueron enviados con la luz de la verdad. Es el engaño más poderoso y resulta casi irresistible. Como los samaritanos fueron engañados por Simón el Mago, así también las multitudes, desde los más pequeños hasta los mayores, creen en ese sortilegio y dicen: “Este es el poder de Dios llamado grande”. Hechos 8:10 (V. Nácar-Colunga).

Pero el pueblo de Dios no se extraviará. Las enseñanzas del falso Cristo no están de acuerdo con las Sagradas Escrituras. Su bendición va dirigida a los que adoran la bestia y su imagen, precisamente aquellos sobre quienes dice la Biblia que la ira de Dios será derramada sin mezcla. Además, no se le permitirá a Satanás contrahacer la manera en que vendrá Jesús. El Salvador previno a su pueblo contra este engaño y predijo claramente cómo será su segundo advenimiento. “Porque se levantarán falsos Cristos y falsos

profetas, y darán señales grandes y prodigios; de tal manera que engañarán, si es posible, aun a los escogidos [...]. Así que, si os dijeren: He aquí en el desierto está; no salgáis: He aquí en las cámaras; no creáis. Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del hombre”. Mateo 24:24-27, 31; 25:31; Apocalipsis 1:7; 1 Tesalonicenses 4:16, 17. No se puede remedar semejante aparición. Todos la conocerán y el mundo entero la presenciara.

Solo los que hayan estudiado diligentemente las Escrituras y hayan recibido el amor de la verdad en sus corazones, serán protegidos de los poderosos engaños que cautivarán al mundo. Merced al testimonio bíblico descubrirán al engañador bajo su disfraz. El tiempo de prueba llegará para todos. Por medio de la criba de la tentación se reconocerá a los verdaderos cristianos. ¿Se sienten los hijos de Dios actualmente bastante firmes en la Palabra divina para no ceder al testimonio de sus sentidos? ¿Se atenderán ellos en semejante crisis a la Biblia y a la Biblia sola? Si ello le resulta posible, Satanás les impedirá que logren la preparación necesaria para estar firmes en aquel día. Dispondrá las cosas de modo que el camino les esté obstruido; los aturdirá con bienes terrenales, les hará llevar una carga pesada y abrumadora para que sus corazones se sientan recargados con los cuidados de esta vida y que el día de la prueba los sorprenda como ladrón.

Cuando el decreto promulgado por los diversos príncipes y dignatarios de la cristiandad contra los que observan los mandamientos, suspenda la protección y las garantías del gobierno y los abandone a los que tratan de aniquilarlos, el pueblo de Dios huirá de las ciudades y de los pueblos y se unirá en grupos para vivir en los lugares más desiertos y solitarios. Muchos encontrarán refugio en puntos de difícil acceso en las montañas. Como los cristianos de los valles del Piamonte, convertirán los lugares elevados de la tierra en santuarios suyos y darán gracias a Dios por las “fortalezas de rocas”. Isaías 33:16. Pero muchos seres humanos de todas las naciones y de todas clases, grandes y pequeños ricos y pobres, negros y blancos, serán arrojados en la más injusta y cruel servidumbre. Los amados de Dios pasarán días penosos, encadenados, encerrados en cárceles, sentenciados a muerte, algunos abandonados adrede para morir de hambre y sed en sombríos y repugnantes calabozos. Ningún oído humano escuchará sus lamentos; ninguna mano humana se aprontará a socorrerlos.

¿Olvidará el Señor a su pueblo en esa hora de prueba? ¿Olvidó acaso al fiel Noé cuando sus juicios cayeron sobre el mundo antediluviano? ¿Olvidó acaso a Lot cuando cayó fuego del cielo para consumir las ciudades de la llanura? ¿Se olvidó de José cuando estaba rodeado de idólatras en Egipto? ¿o de Elías cuando el juramento de Jezabel le amenazaba con la suerte de los profetas de Baal? ¿Se olvidó de Jeremías en el oscuro y húmedo pozo en donde había sido echado? ¿Se olvidó acaso de los tres jóvenes en el horno ardiente o de Daniel en el foso de los leones?

“Sión empero ha dicho: ¡Me ha abandonado Jehová, y el Señor se ha olvidado de mí! ¿Se olvidará acaso la mujer de su niño mamante, de modo que no tenga compasión del hijo de sus entrañas? ¡Aun las tales le pueden olvidar; mas no me olvidaré yo de ti! He aquí que sobre las palmas de mis manos te traigo esculpida”. Isaías 49:14-16 (VM). El Señor de los ejércitos ha dicho: “Aquel que os toca a vosotros, le toca a él en la niña de su ojo”. Zacarías 2:8 (VM).

Aunque los enemigos los arrojen a la cárcel, las paredes de los calabozos no pueden interceptar la comunicación entre sus almas y Cristo. Aquel que conoce todas sus debilidades, que ve todas sus pruebas, está por encima de todos los poderes de la tierra; y acudirán ángeles a sus celdas solitarias, trayéndoles luz y paz del cielo. La prisión se volverá palacio, pues allí moran los que tienen mucha fe, y los lóbregos muros serán alumbrados con luz celestial como cuando Pablo y Silas oraron y alabaron a Dios a media-noche en el calabozo de Filipos.

Los juicios de Dios caerán sobre los que traten de oprimir y aniquilar a su pueblo. Su paciencia para con los impíos da a estos alas en sus transgresiones, pero su castigo no será menos seguro ni terrible por mucho que haya tardado en venir. “Jehová se levantará como en el monte Perasim, y se indignará como en el valle de Gabaón; para hacer su obra, su obra extraña, y para ejecutar su acto, su acto extraño”. Isaías 28:21 (VM). Para nuestro Dios misericordioso la tarea de castigar resulta extraña. “Vivo yo, dice el Señor Jehová, que no quiero la muerte del impío”. Ezequiel 33:11. El Señor es “compasivo y clemente, lento en iras y grande en misericordia y en fidelidad, [...] que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado”. Sin embargo “visita la iniquidad de los padres sobre los hijos, y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y hasta la cuarta generación”. “¡Jehová es lento en iras y grande en poder, y de ningún modo tendrá por

inocente al rebelde!” Éxodo 34:6, 7; Nahúm 1:3 (VM). Él vindicará con terribles manifestaciones la dignidad de su ley pisoteada. Puede juzgarse de cuán severa ha de ser la retribución que espera a los culpables por la repugnancia que tiene el Señor para hacer justicia. La nación a la que soporta desde hace tanto tiempo y a la que no destruirá hasta que no haya llenado la medida de sus iniquidades, según el cálculo de Dios, beberá finalmente de la copa de su ira sin mezcla de misericordia.

Cuando Cristo deje de interceder en el santuario, se derramará sin mezcla la ira de Dios de la que son amenazados los que adoran a la bestia y a su imagen y reciben su marca. Apocalipsis 14:9, 10. Las plagas que cayeron sobre Egipto cuando Dios estaba por libertar a Israel fueron de índole análoga a los juicios más terribles y extensos que caerán sobre el mundo inmediatamente antes de la liberación final del pueblo de Dios. En el Apocalipsis se lee lo siguiente con referencia a esas mismas plagas tan temibles: “Vino una plaga mala y dañosa sobre los hombres que tenían la señal de la bestia, y sobre los que adoraban su imagen”. El mar “se convirtió en sangre como de un muerto; y toda alma viviente fue muerta en el mar”. También “los ríos; y [...], las fuentes de las aguas, [...] se convirtieron en sangre”. Por terribles que sean estos castigos, la justicia de Dios está plenamente vindicada. El ángel de Dios declara: “Justo eres tú, oh Señor, [...] porque has juzgado estas cosas: porque ellos derramaron la sangre de los santos y de los profetas, también tú les has dado a beber sangre; pues lo merecen”. Apocalipsis 16:2-6. Al condenar a muerte al pueblo de Dios, los que lo hicieron son tan culpables de su sangre como si la hubiesen derramado con sus propias manos. Del mismo modo Cristo declaró que los judíos de su tiempo eran culpables de toda la sangre de los santos varones que había sido derramada desde los días de Abel, pues estaban animados del mismo espíritu y estaban tratando de hacer lo mismo que los asesinos de los profetas.

En la plaga que sigue, se le da poder al sol para “quemar a los hombres con fuego. Y los hombres se quemaron con el grande calor”. Apocalipsis 14:8, 9 Los profetas describen como sigue el estado de la tierra en tan terrible tiempo: “El campo fue destruido, se enlutó la tierra; [...] porque se perdió la mies del campo”. “Se secaron todos los árboles del campo; por lo cual se secó el gozo de los hijos de los hombres”. “El grano se pudrió debajo de sus terrones, los bastimentos fueron asolados”. “¡Cuánto gemieron las bestias! ¡cuán turbados

anduvieron los hatos de los bueyes, porque no tuvieron pastos!, [...] Se secaron los arroyos de las aguas, y fuego consumió las praderías del desierto”. Joel 1:10, 11, 12, 17, 18, 20. “Y los cantores del templo aullarán en aquel día, dice el Señor Jehová; muchos serán los cuerpos muertos; en todo lugar echados serán en silencio”. Amós 8:3.

Estas plagas no serán universales, pues de lo contrario los habitantes de la tierra serían enteramente destruidos. Sin embargo serán los azotes más terribles que hayan sufrido jamás los hombres. Todos los juicios que cayeron sobre los hombres antes del fin del tiempo de gracia fueron mitigados con misericordia. La sangre propiciatoria de Cristo impidió que el pecador recibiese el pleno castigo de su culpa; pero en el juicio final la ira de Dios se derramará sin mezcla de misericordia.

En aquel día, multitudes enteras invocarán la protección de la misericordia divina que por tanto tiempo despreciarán. “He aquí vienen días, dice el Señor Jehová, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír palabra de Jehová. E irán errantes de mar a mar: desde el norte hasta el oriente discurrirán buscando palabra de Jehová, y no la hallarán”. Amós 8:11, 12.

El pueblo de Dios no quedará libre de padecimientos; pero aunque perseguido y acongojado y aunque sufra privaciones y falta de alimento, no será abandonado para perecer. El Dios que cuidó de Elías no abandonará a ninguno de sus abnegados hijos. El que cuenta los cabellos de sus cabezas, cuidará de ellos y los atenderá en tiempos de hambruna. Mientras los malvados estén muriéndose de hambre y pestilencia, los ángeles protegerán a los justos y suplirán sus necesidades. Escrito está del que “camina en justicia” que “se le dará pan y sus aguas serán ciertas”. “Cuando los pobres y los menesterosos buscan agua y no la hay, y la lengua se les seca de sed, yo, Jehová, les escucharé; yo, el Dios de Israel, no los abandonaré”. Isaías 33:16; 41:17 (VM).

“Mas aunque la higuera no floreciere, y no hubiere fruto en la vid; aunque faltare el producto del olivo, y los campos nada dieren de comer; aunque las ovejas fueren destruidas del aprisco, y no hubiere vacas en los pesebres; sin embargo” los que temen a Jehová se regocijarán en él y se alegrarán en el Dios de su salvación. Habacuc 3:17, 18 (VM). “Jehová es tu guardador: Jehová es tu sombra a tu mano derecha. El sol no te fatigará de día, ni la luna de noche. Jehová te guardará de todo mal: él guardará tu alma”. “Y él te librára del

lazo del cazador: de la peste destruidora. Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro: escudo y adarga es su verdad. No tendrás temor de espanto nocturno, ni de saeta que vuele de día; ni de pestilencia que ande en oscuridad, ni de mortandad que en medio del día destruya. Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra: mas a ti no llegará. Ciertamente con tus ojos mirarás, y verás la recompensa de los impíos. Porque tú has puesto a Jehová, que es mi esperanza, al Altísimo por tu habitación, no te sobrevendrá mal, ni plaga tocará tu morada”. Salmos 121:5-7; 91:3-10.

Sin embargo, por lo que ven los hombres, parecería que los hijos de Dios tuviesen que sellar pronto su destino con su sangre, como lo hicieron los mártires que los precedieron. Ellos mismos empiezan a temer que el Señor los deje perecer en las manos homicidas de sus enemigos. Es un tiempo de terrible agonía. De día y de noche claman a Dios para que los libre. Los malos triunfan y se oye este grito de burla: “¿Dónde está ahora vuestra fe? ¿Por qué no os libra Dios de nuestras manos si sois verdaderamente su pueblo?” Pero mientras esos fieles cristianos aguardan, recuerdan que cuando Jesús estaba muriendo en la cruz del Calvario los sacerdotes y príncipes gritaban en tono de mofa: “A otros salvó, a sí mismo no puede salvar: si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él”. Mateo 27:42. Como Jacob, todos luchan con Dios. Sus semblantes expresan la agonía de sus almas. Están pálidos, pero no dejan de orar con fervor.

Si los hombres tuviesen la visión del cielo, verían compañías de ángeles poderosos en fuerza estacionados en torno de los que han guardado la palabra de la paciencia de Cristo. Con ternura y simpatía, los ángeles han presenciado la angustia de ellos y han escuchado sus oraciones. Aguardan la orden de su jefe para arrancarlos al peligro. Pero tienen que esperar un poco más. El pueblo de Dios tiene que beber de la copa y ser bautizado con el bautismo. La misma dilación que es tan penosa para ellos, es la mejor respuesta a sus oraciones. Mientras procuran esperar con confianza que el Señor obre, son inducidos a ejercitar su fe, esperanza y paciencia como no lo hicieron durante su experiencia religiosa anterior. Sin embargo, el tiempo de angustia será acortado por amor de los elegidos. “¿Y acaso Dios no defenderá la causa de sus escogidos, que claman a él día y noche? [...] Os digo que defenderá su causa presto”. Lucas 18:7, 8 (VM). El fin vendrá más pronto de lo que los hombres esperan. El trigo será recogido y atado en gavillas para el granero de

Dios; la cizaña será amarrada en haces para los fuegos destructores.

Los centinelas celestiales, fieles a su cometido, siguen vigilando. Por más que un decreto general haya fijado el tiempo en que los observadores de los mandamientos puedan ser muertos, sus enemigos, en algunos casos, se anticiparán al decreto y tratarán de quitarles la vida antes del tiempo fijado. Pero nadie puede atravesar el cordón de los poderosos guardianes colocados en torno de cada fiel. Algunos son atacados al huir de las ciudades y villas. Pero las espadas levantadas contra ellos se quiebran y caen como si fueran de paja. Otros son defendidos por ángeles en forma de guerreros.

En todos los tiempos Dios se valió de santos ángeles para socorrer y librar a su pueblo. Los seres celestiales tomaron parte activa en los asuntos de los hombres. Aparecieron con vestiduras que relucían como el rayo; vinieron como hombres en traje de caminantes. Hubo casos en que aparecieron ángeles en forma humana a los siervos de Dios. Descansaron bajo los robles al mediodía como si hubiesen estado cansados. Aceptaron la hospitalidad en hogares humanos. Sirvieron de guías a viajeros extraviados. Con sus propias manos encendieron los fuegos del altar. Abrieron las puertas de las cárceles y libertaron a los siervos del Señor. Vestidos de la armadura celestial, vinieron para quitar la piedra de sepulcro del Salvador.

A menudo suele haber ángeles en forma humana en las asambleas de los justos, y visitan también las de los impíos, como lo hicieron en Sodoma para tomar nota de sus actos y para determinar si excedieron los límites de la paciencia de Dios. El Señor se complace en la misericordia; así que por causa de los pocos que le sirven verdaderamente, mitiga las calamidades y prolonga el estado de tranquilidad de las multitudes. Los que pecan contra Dios no se dan cuenta de que deben la vida a los pocos fieles a quienes les gusta ridiculizar y oprimir.

Aunque los gobernantes de este mundo no lo sepan, ha sido frecuente que en sus asambleas hablaran ángeles. Ojos humanos los han mirado; oídos humanos han escuchado sus llamamientos; labios humanos se han opuesto a sus indicaciones y han puesto en ridículo sus consejos; y hasta manos humanas los han maltratado. En las salas de consejo y en los tribunales, estos mensajeros celestiales han revelado sus grandes conocimientos de la historia de la humanidad y se han demostrado más capaces de defender la causa de los oprimidos que los abogados más hábiles y más elocuentes. Han frus-

trado propósitos y atajado males que habrían atrasado en gran manera la obra de Dios y habrían causado grandes padecimientos a su pueblo. En la hora de peligro y angustia “el ángel de Jehová acampa en derredor de los que le temen, y los defiende”. Salmos 34:7.

El pueblo de Dios espera con ansia las señales de la venida de su Rey. Y cuando se les pregunta a los centinelas: “¿Qué hay de la noche?” se oye la respuesta terminante: “¡La mañana viene, y también la noche!” Isaías 21:11, 12 (VM). La luz dora las nubes que coronan las cumbres. Pronto su gloria se revelará. El Sol de Justicia está por salir. Tanto la mañana como la noche van a principiar: la mañana del día eterno para los justos y la noche perpetua para los impíos.

Mientras el pueblo militante de Dios dirige con empeño sus oraciones a Dios, el velo que lo separa del mundo invisible parece estar casi descorrido. Los cielos se encienden con la aurora del día eterno, y cual melodía de cánticos angélicos llegan a sus oídos las palabras: “Manteneos firmes en vuestra fidelidad. Ya os llega ayuda”. Cristo, el vencedor todopoderoso, ofrece a sus cansados soldados una corona de gloria inmortal; y su voz se deja oír por las puertas entornadas: “He aquí que estoy con vosotros. No temáis. Conozco todas vuestras penas; he cargado con vuestros dolores. No estáis lidiando contra enemigos desconocidos. He peleado en favor vuestro, y en mi nombre sois más que vencedores”.

Nuestro amado Salvador nos enviará ayuda en el momento mismo en que la necesitemos. El camino del cielo quedó consagrado por sus pisadas. Cada espina que hiere nuestros pies hirió también los suyos. Él cargó antes que nosotros la cruz que cada uno de nosotros ha de cargar. El Señor permite los conflictos a fin de preparar al alma para la paz. El tiempo de angustia es una prueba terrible para el pueblo de Dios; pero es el momento en que todo verdadero creyente debe mirar hacia arriba a fin de que por la fe pueda ver el arco de la promesa que le envuelve.

“Cierto, tomarán los redimidos de Jehová, volverán a Sión cantando, y gozo perpetuo será sobre sus cabezas: poseerán gozo y alegría, y el dolor y el gemido huirán. Yo, yo soy vuestro consolador. ¿Quién eres tú para que tengas temor de! hombre, que es mortal, del hijo del hombre, que por heno será contado? Y hasta ya olvidado de Jehová tu Hacedor, [...] y todo el día temiste continuamente del furor del que aflige, cuando se disponía para destruir: mas ¿en dónde

está el furor del que aflige? El preso se da prisa para ser suelto, por no morir en la mazmorra, ni que le falte su pan. Empero yo Jehová, que parto la mar, y suenan sus ondas, soy tu Dios, cuyo nombre es Jehová de los ejércitos. Y en tu boca he puesto mis pala-bras, y con la sombra de mi mano te cubriré”. Isaías 51:11-16. “Oye pues ahora esto, miserable, ebria, y no de vino: Así dijo tu Señor Jehová, y tu Dios, el cual pleitea por su pueblo: He aquí he quitado de tu mano el cáliz de aturdimiento, la hez del cáliz de mi furor; nunca más lo beberás: y ponerlo he en mano de tus angustiadores que dijeron a tu alma: Encórvate, y pasaremos. Y tú pusiste tu cuer-po como tierra, y como camino, a los que pasan”. (verses 21-23).

El ojo de Dios, al mirar al través de las edades, se fijó en la crisis a la cual tendrá que hacer frente su pueblo, cuando los poderes de la tierra se unan contra él. Como los desterrados cautivos, temerán morir de hambre o por la violencia. Pero el Dios santo que dividió las aguas del Mar Rojo delante de los israelitas manifestará su gran poder libertándolos de su cautiverio. “Ellos me serán un tesoro especial, dice Jehová de los ejércitos, en aquel día que yo preparo; y me compadeceré de ellos, como un hombre se compadece de su mismo hijo que le sirve”. Malaquías 3:17 (VM). Si la sangre de los fieles siervos de Cristo fuese entonces derramada, no sería ya, como la sangre de los mártires, semilla destinada a dar una cosecha para Dios. Su fidelidad no sería ya un testimonio para convencer a otros de la verdad, pues los corazones endurecidos han rechazado los llamamientos de la misericordia hasta que estos ya no se dejan oír.

Si los justos cayesen entonces presa de sus enemigos, sería un triunfo para el príncipe de las tinieblas. El salmista dice: “Me esconderá en su pabellón en el día de calamidad; me encubrirá en lo recóndito de su tabernáculo”. Salmos 27:5 (VM). Cristo ha dicho: “¡Ven, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tus puertas sobre ti; escóndete por un corto momento, hasta que pase la indignación! Porque he aquí que Jehová sale de su lugar para castigar a los habitantes de la tierra por su iniquidad”. Isaías 26:20, 21 (VM). Gloriosa será la liberación de los que lo han esperado pacientemente y cuyos nombres están escritos en el libro de la vida.

CAPITULO 14

La Liberación del Pueblo de Dios

Cuando los que honran la ley de Dios hayan sido privados de la protección de las leyes humanas, empezará en varios países un movimiento simultáneo para destruirlos. Conforme vaya acercándose el tiempo señalado en el decreto, el pueblo conspirará para extirpar la secta aborrecida. Se convendrá en dar una noche el golpe decisivo, que reducirá completamente al silencio la voz disidente y reprensora.

El pueblo de Dios — algunos en las celdas de las cárceles, otros escondidos en ignorados escondrijos de bosques y montañas — invocan aún la protección divina, mientras que por todas partes compañías de hombres armados, instigados por legiones de ángeles malos, se disponen a emprender la obra de muerte. Entonces, en la hora de supremo apuro, es cuando el Dios de Israel intervendrá para librar a sus escogidos. El Señor dice: “Vosotros tendréis canción, como en noche en que se celebra pascua; y alegría de corazón, como el que va [...] al monte de Jehová, al Fuerte de Israel. Y Jehová hará oír su voz potente, y hará ver el descender de su brazo, con furor de rostro, y llama de fuego consumidor; con dispersión, con avenida, y piedra de granizo”. Isaías 30:29, 30.

Multitudes de hombres perversos, profiriendo gritos de triunfo, burlas e imprecaciones, están a punto de arrojarse sobre su presa, cuando de pronto densas tinieblas, más sombrías que la oscuridad de la noche caen sobre la tierra. Luego un arco iris, que refleja la gloria del trono de Dios, se extiende de un lado a otro del cielo, y parece envolver a todos los grupos en oración. Las multitudes encolerizadas se sienten contenidas en el acto. Sus gritos de burla expiran en sus labios. Olvidan el objeto de su ira sanguinaria. Con terribles presentimientos contemplan el símbolo de la alianza divina, y ansían ser amparadas de su deslumbradora claridad.

Los hijos de Dios oyen una voz clara y melodiosa que dice: “Enderezaos”, y, al levantar la vista al cielo, contemplan el arco de la promesa. Las nubes negras y amenazadoras que cubrían el firmamento se han desvanecido, y como Esteban, clavan la mirada en el cielo, y ven la gloria de Dios y al Hijo del hombre sentado en su trono. En su divina forma distinguen los rastros de su humillación, y oyen brotar de sus labios la oración dirigida a su Padre y a los

santos ángeles: “Yo quiero que aquellos también que me has dado, estén conmigo en donde yo estoy”. Juan 17:24 (VM). Luego se oye una voz armoniosa y triunfante, que dice: “¡Helos aquí! ¡Helos aquí! santos, inocentes e inmaculados. Guardaron la palabra de mi paciencia y andarán entre los ángeles”; y de los labios pálidos y trémulos de los que guardaron firmemente la fe, sube una aclamación de victoria.

Es a medianoche cuando Dios manifiesta su poder para librar a su pueblo. Sale el sol en todo su esplendor. Sucédense señales y prodigios con rapidez. Los malos miran la escena con terror y asombro, mientras los justos contemplan con gozo las señales de su liberación. La naturaleza entera parece trastornada. Los ríos dejan de correr. Nubes negras y pesadas se levantan y chocan unas con otras. En medio de los cielos conmovidos hay un claro de gloria indescriptible, de donde baja la voz de Dios semejante al ruido de muchas aguas, diciendo: “Hecho es”. Apocalipsis 16:17.

Esa misma voz sacude los cielos y la tierra. Síguese un gran terremoto, “cual no fue jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra”. Vers. 18. El firmamento parece abrirse y cerrarse. La gloria del trono de Dios parece cruzar la atmósfera. Los montes son movidos como una caña al soplo del viento, y las rocas quebrantadas se esparcen por todos lados. Se oye un estruendo como de cercana tempestad. El mar es azotado con furor. Se oye el silbido del huracán, como voz de demonios en misión de destrucción. Toda la tierra se alborota e hincha como las olas del mar. Su superficie se raja. Sus mismos fundamentos parecen ceder. Se hundén cordilleras. Desaparecen islas habitadas. Los puertos marítimos que se volvieron como Sodoma por su corrupción, son tragados por las enfurecidas olas. “La grande Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del furor de su ira”. Vers. 19. Pedrisco grande, cada piedra, “como del peso de un talento” (Vers. 21), hace su obra de destrucción. Las más soberbias ciudades de la tierra son arrasadas. Los palacios suntuosos en que los magnates han malgastado sus riquezas en provecho de su gloria personal, caen en ruinas ante su vista. Los muros de las cárceles se parten de arriba abajo, y son libertados los hijos de Dios que habían sido apresados por su fe.

Los sepulcros se abren y “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua”. Daniel 12:2. Todos los que murieron en la fe del mensaje del tercer ángel, salen glorificados de la

tumba, para oír el pacto de paz que Dios hace con los que guardaron su ley. “Los que le traspasaron” (Apocalipsis 1:7), los que se mofaron y se rieron de la agonía de Cristo y los enemigos más acérrimos de su verdad y de su pueblo, son resucitados para mirarle en su gloria y para ver el honor con que serán recompensados los fieles y obedientes.

Densas nubes cubren aún el firmamento; sin embargo el sol se abre paso de vez en cuando, como si fuese el ojo vengador de Jehová. Fieros relámpagos rasgan el cielo con fragor, envolviendo a la tierra en claridad de llamaradas. Por encima del ruido aterrador de los truenos, se oyen voces misteriosas y terribles que anuncian la condenación de los impíos. No todos entienden las palabras pronunciadas; pero los falsos maestros las comprenden perfectamente. Los que poco antes eran tan temerarios, jactanciosos y provocativos, y que tanto se regocijaban al ensañarse con el pueblo de Dios observador de sus mandamientos, se sienten presa de consternación y tiemblan de terror. Sus llantos dominan el ruido de los elementos. Los demonios confiesan la divinidad de Cristo y tiemblan ante su poder, mientras que los hombres claman por misericordia y se revuelcan en terror abyecto.

Al considerar el día de Dios en santa visión, los antiguos profetas exclamaron: “Aullad, porque cerca está el día de Jehová; vendrá como asolamiento del Todopoderoso”. “Métete en la piedra, escóndete en el polvo, de la presencia espantosa de Jehová y del resplandor de su majestad. La altivez de los ojos del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada; y Jehová solo será ensalzado en aquel día. Porque día de Jehová de los ejércitos vendrá sobre todo soberbio y altivo, y sobre todo ensalzado; y será abatido”. “Aquel día arrojará el hombre, a los topos y murciélagos, sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que le hicieron para que adorase; y se entrarán en las hendiduras de las rocas y en las cavernas de las peñas, por la presencia formidable de Jehová, y por el resplandor de su majestad, cuando se levantara para herir la tierra”. Isaías 13:6; 2:10-12; 2:20, 21.

Por un desgarrón de las nubes una estrella arroja rayos de luz cuyo brillo queda cuadruplicado por el contraste con la oscuridad. Esto significa esperanza y júbilo para los fieles, pero severidad para los transgresores de la ley de Dios. Los que todo lo sacrificaron por Cristo están entonces seguros, como escondidos en los pliegues del

pabellón de Dios. Fueron probados, y ante el mundo y los despreciadores de la verdad demostraron su fidelidad a Aquel que murió por ellos. Un cambio maravilloso se ha realizado en aquellos que conservaron su integridad ante la misma muerte. Han sido librados como por ensalmo de la sombría y terrible tiranía de los hombres vueltos demonios. Sus semblantes, poco antes tan pálidos, tan llenos de ansiedad y tan macilentos, brillan ahora de admiración, fe y amor. Sus voces se elevan en canto triunfal: “Dios es nuestro refugio y fortaleza; socorro muy bien experimentado en las angustias. Por tanto no temeremos aunque la tierra sea conmovida, y aunque las montañas se trasladen al centro de los mares; aunque bramen y se turben sus aguas, aunque tiemblen las montañas a causa de su bravura”. Salmos 46:1-3 (VM).

Mientras estas palabras de santa confianza se elevan hacia Dios, las nubes se retiran, y el cielo estrellado brilla con esplendor indescripible en contraste con el firmamento negro y severo en ambos lados. La magnificencia de la ciudad celestial rebosa por las puertas entreabiertas. Entonces aparece en el cielo una mano que sostiene dos tablas de piedra puestas una sobre otra. El profeta dice: “Denunciarán los cielos su justicia; porque Dios es el juez”. Salmos 50:6. Esta ley santa, justicia de Dios, que entre truenos y llamas fue proclamada desde el Sinaí como guía de la vida, se revela ahora a los hombres como norma del juicio. La mano abre las tablas en las cuales se ven los preceptos del Decálogo inscritos como con letras de fuego. Las palabras son tan distintas que todos pueden leerlas. La memoria se despierta, las tinieblas de la superstición y de la herejía desaparecen de todos los espíritus, y las diez palabras de Dios, breves, inteligibles y llenas de autoridad, se presentan a la vista de todos los habitantes de la tierra.

Es imposible describir el horror y la desesperación de aquellos que pisotearon los santos preceptos de Dios. El Señor les había dado su ley con la cual hubieran podido comparar su carácter y ver sus defectos mientras que había aún oportunidad para arrepentirse y reformarse; pero con el afán de asegurarse el favor del mundo, pusieron a un lado los preceptos de la ley y enseñaron a otros a transgredirlos. Se empeñaron en obligar al pueblo de Dios a que profanase su Sábado. Ahora los condena aquella misma ley que despreciaron. Ya echan de ver que no tienen disculpa. Eligieron a quien querían servir servir y adorar. “Entonces vosotros volveréis, y echaréis de ver la diferencia que hay entre el justo y el injusto; entre aquel que sirve a

Dios, y aquel que no le sirve”. Malaquías 3:18 (VM).

Los enemigos de la ley de Dios, desde los ministros hasta el más insignificante entre ellos, adquieren un nuevo concepto de lo que es la verdad y el deber. Reconocen demasiado tarde que el día de reposo del cuarto mandamiento es el sello del Dios vivo. Ven demasiado tarde la verdadera naturaleza de su falso día de reposo y el fundamento arenoso sobre el cual construyeron. Se dan cuenta de que han estado luchando contra Dios. Los maestros de la religión condujeron las almas a la perdición mientras profesaban guiarlas hacia las puertas del paraíso. No se sabrá antes del día del juicio final cuán grande es la responsabilidad de los que desempeñan un cargo sagrado, y cuán terribles son los resultados de su infidelidad. Solo en la eternidad podrá apreciarse debidamente la pérdida de una sola alma. Terrible será la suerte de aquel a quien Dios diga: Apártate, mal servidor.

Desde el cielo se oye la voz de Dios que proclama el día y la hora de la venida de Jesús, y promulga a su pueblo el pacto eterno. Sus palabras resuenan por la tierra como el estruendo de los más estrepitosos truenos. El Israel de Dios escucha con los ojos elevados al cielo. Sus semblantes se iluminan con la gloria divina y brillan cual brillara el rostro de Moisés cuando bajó del Sinaí. Los malos no los pueden mirar. Y cuando la bendición es pronunciada sobre los que honraron a Dios santificando su sábado, se oye un inmenso grito de victoria.

Pronto aparece en el este una pequeña nube negra, de un tamaño como la mitad de la palma de la mano. Es la nube que envuelve al Salvador y que a la distancia parece rodeada de oscuridad. El pueblo de Dios sabe que es la señal del Hijo del hombre. En silencio solemne la contemplan mientras va acercándose a la tierra, volviéndose más luminosa y más gloriosa hasta convertirse en una gran nube blanca, cuya base es como fuego consumidor, y sobre ella el arco iris del pacto. Jesús marcha al frente como un gran conquistador. Ya no es “varón de dolores”, que haya de beber el amargo cáliz de la ignominia y de la maldición; victorioso en el cielo y en la tierra, viene a juzgar a vivos y muertos. “Fiel y veraz”, “en justicia juzga y hace guerra”. “Y los ejércitos que están en el cielo le seguían”. Apocalipsis 19:11, 14 (VM).

Con cantos celestiales los santos ángeles, en inmensa e Innumerable muchedumbre, le acompañan en el descenso. El firmamento parece

lleno de formas radiantes, “millones de millones, y millares de millares”. Ninguna pluma humana puede describir la escena, ni mente mortal alguna es capaz de concebir su esplendor. “Su gloria cubre los cielos, y la tierra se llena de su alabanza. También su resplandor es como el fuego”. Habacuc 3:3, 4 (VM). A medida que va acercándose la nube viviente, todos los ojos ven al Príncipe de la vida. Ninguna corona de espinas hiere ya sus sagradas sienes, ceñidas ahora por gloriosa diadema. Su rostro brilla más que la luz deslumbradora del sol de mediodía. “Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores”. Apocalipsis 19:16.

Ante su presencia, “hanse tornado pálidos todos los rostros”; el terror de la desesperación eterna se apodera de los que han rechazado la misericordia de Dios. “Se deslíe el corazón, y se baten las rodillas, [...] y palidece el rostro de todos”. Jeremías 30:6; Nahúm 2:10 (VM). Los justos gritan temblando: “¿Quién podrá estar firme?” Termina el canto de los ángeles, y sigue un momento de silencio aterrador. Entonces se oye la voz de Jesús, que dice: “¡Bástalos mi gracia!” Los rostros de los justos se iluminan y el corazón de todos se llena de gozo. Y los ángeles entonan una melodía más elevada, y vuelven a cantar al acercarse aún más a la tierra. El Rey de reyes desciende en la nube, envuelto en llamas de fuego. El cielo se recoge como un libro que se enrolla, la tierra tiembla ante su presencia, y todo monte y toda isla se mueven de sus lugares. “Ven-drá nuestro Dios, y no callará: fuego consumirá delante de él, y en derredor suyo habrá tempestad grande. Convocará a los cielos de arriba, y a la tierra, para juzgar a su pueblo”. Salmos 50:3, 4.

Y los reyes de la tierra y los príncipes, y los ricos, y los capitanes, y los fuertes, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos de la cara de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero: porque el gran día de su ira es venido; ¿y quién podrá estar firme?” Apocalipsis 6:15-17.

Cesaron las burlas. Callan los labios mentirosos. El choque de las armas y el tumulto de la batalla, “con revolcamiento de vestidura en sangre” (Isaías 9:5), han concluido. Solo se oyen ahora voces de oración, llanto y lamentación. De las bocas que se mofaban poco antes, estalla el grito: “El gran día de su ira es venido; ¿y quién podrá estar firme?” Los impíos piden ser sepultados bajo las rocas de

las montañas, antes que ver la cara de Aquel a quien han despreciado y rechazado.

Conocen esa voz que penetra hasta el oído de los muertos. ¡Cuántas veces sus tiernas y quejumbrosas modulaciones no los han llamado al arrepentimiento! ¡Cuántas veces no ha sido oída en las conmovedoras exhortaciones de un amigo, de un hermano, de un Redentor! Para los que rechazaron su gracia, ninguna otra podría estar tan llena de condenación ni tan cargada de acusaciones, como esta voz que tan a menudo exhortó con estas palabras: “Volveos, volveos de vuestros caminos malos, pues ¿por qué moriréis?” Ezequiel 33:11 (VM). ¡Oh, si solo fuera para ellos la voz de un extraño! Jesús dice: “Por cuanto llamé, y no quisisteis; extendí mi mano, y no hubo quien escuchase; antes desechasteis todo consejo mío, y mi reprehensión no quisisteis”. Proverbios 1:24, 25. Esa voz despierta recuerdos que ellos quisieran borrar, de avisos despreciados, invitaciones rechazadas, privilegios desdeñados.

Allí están los que se mofaron de Cristo en su humillación. Con fuerza penetrante acuden a su mente las palabras del Varón de dolores, cuando, conjurado por el sumo sacerdote, declaró solemnemente: “Desde ahora habéis de ver al Hijo del hombre sentado a la diestra de la potencia de Dios, y que viene en las nubes del cielo”. Mateo 26:64. Ahora le ven en su gloria, y deben verlo aún sentado a la diestra del poder divino.

Los que pusieron en ridículo su aserto de ser el Hijo de Dios enmudecen ahora. Allí está el altivo Herodes que se burló de su título real y mandó a los soldados escarnecedores que le coronaran. Allí están los hombres mismos que con manos impías pusieron sobre su cuerpo el manto de grana, sobre sus sagradas sienas la corona de espinas y en su dócil mano un cetro burlesco, y se inclinaron ante él con burlas de blasfemia. Los hombres que golpearon y escupieron al Príncipe de la vida, tratan de evitar ahora su mirada penetrante y de huir de la gloria abrumadora de su presencia. Los que atravesaron con clavos sus manos y sus pies, los soldados que le abrieron el costado, consideran esas señales con terror y remordimiento. Los sacerdotes y los escribas recuerdan los acontecimientos del Calvario con claridad aterradora. Llenos de horror recuerdan cómo, moviendo sus cabezas con arrebató satánico, exclamaron: “A otros salvó, a sí mismo no puede salvar: si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere”. Mateo 27:42, 43.

Recuerdan a lo vivo la parábola de los labradores que se negaron a entregar a su señor los frutos de la viña, que maltrataron a sus siervos y mataron a su hijo. También recuerdan la sentencia que ellos mismos pronunciaron: “A los malos destruiré miserablemente” el señor de la viña. Los sacerdotes y escribas ven en el pecado y en el castigo de aquellos malos labradores su propia conducta y su propia y merecida suerte. Y entonces se levanta un grito de agonía mortal. Más fuerte que los gritos de “¡Sea crucificado! ¡Sea crucificado!” que resonaron por las calles de Jerusalén, estalla el clamor terrible y desesperado: “¡Es el Hijo de Dios! ¡Es el verdadero Mesías!” Tratan de huir de la presencia del Rey de reyes. En vano tratan de esconderse en las hondas cuevas de la tierra desgarrada por la conmoción de los elementos.

En la vida de todos los que rechazan la verdad, hay momentos en que la conciencia se despierta, en que la memoria evoca el recuerdo aterrador de una vida de hipocresía, y el alma se siente atormentada de vanos pesares. Mas ¿qué es eso comparado con el remordimiento que se experimentará aquel día “cuando viniere cual huracán vuestro espanto, y vuestra calamidad, como torbellino”? Proverbios 1:27 (VM). Los que habrían querido matar a Cristo y a su pueblo fiel son ahora testigos de la gloria que descansa sobre ellos. En medio de su terror oyen las voces de los santos que exclaman en unánime júbilo: “¡He aquí este es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará!” Isaías 25:9.

Entre las oscilaciones de la tierra, las llamaradas de los relámpagos y el fragor de los truenos, el Hijo de Dios llama a la vida a los santos dormidos. Dirige una mirada a las tumbas de los justos, y levantando luego las manos al cielo, exclama: “¡Despertaos, despertaos, despertaos, los que dormís en el polvo, y levantaos!” Por toda la superficie de la tierra, los muertos oirán esa voz; y los que la oigan vivirán. Y toda la tierra repercutirá bajo las pisadas de la multitud extraordinaria de todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos. De la prisión de la muerte sale revestida de gloria inmortal gritando: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿dónde, oh sepulcro, tu victoria?” 1 Corintios 15:55. Y los justos vivos unen sus voces a las de los santos resucitados en prolongada y alegre aclamación de victoria.

Todos salen de sus tumbas de igual estatura que cuando en ellas fueran depositados. Adán, que se encuentra entre la multitud resu-

citada, es de soberbia altura y formas majestuosas, de porte poco inferior al del Hijo de Dios. Presenta un contraste notable con los hombres de las generaciones posteriores; en este respecto se nota la gran degeneración de la raza humana. Pero todos se levantan con la lozanía y el vigor de eterna juventud. Al principio, el hombre fue creado a la semejanza de Dios, no solo en carácter, sino también en lo que se refiere a la forma y a la fisonomía. El pecado borró e hizo desaparecer casi por completo la imagen divina; pero Cristo vino a restaurar lo que se había malogrado. Él transformará nuestros cuerpos viles y los hará semejantes a la imagen de su cuerpo glorioso. La forma mortal y corruptible, desprovista de gracia, manchada en otro tiempo por el pecado, se vuelve perfecta, hermosa e inmortal. Todas las imperfecciones y deformidades quedan en la tumba. Reintegrados en su derecho al árbol de la vida, en el desde tanto tiempo perdido Edén, los redimidos crecerán hasta alcanzar la estatura perfecta de la raza humana en su gloria primitiva. Las últimas señales de la maldición del pecado serán quitadas, y los fieles discípulos de Cristo aparecerán en “la hermosura de Jehová nuestro Dios”, reflejando en espíritu, cuerpo y alma la imagen perfecta de su Señor. ¡Oh maravillosa redención, tan descrita y tan esperada, contemplada con anticipación febril, pero jamás enteramente comprendida!

Los justos vivos son mudados “en un momento, en un abrir de ojo”. A la voz de Dios fueron glorificados; ahora son hechos inmortales, y juntamente con los santos resucitados son arrebatados para recibir a Cristo su Señor en los aires. Los ángeles “juntarán sus escogidos de los cuatro vientos, de un cabo del cielo hasta el otro”. Santos ángeles llevan niñitos a los brazos de sus madres. Amigos, a quienes la muerte tenía separados desde largo tiempo, se reúnen para no separarse más, y con cantos de alegría suben juntos a la ciudad de Dios.

En cada lado del carro nebuloso hay alas, y debajo de ellas, ruedas vivientes; y mientras el carro asciende las ruedas gritan: “¡Santo!” y las alas, al moverse, gritan: “¡Santo!” y el cortejo de los ángeles exclama: “¡Santo, santo, santo, es el Señor Dios, el Todopoderoso!” Y los redimidos exclaman: “¡Aleluya!” mientras el carro se adelanta hacia la nueva Jerusalén.

Antes de entrar en la ciudad de Dios, el Salvador confiere a sus discípulos los emblemas de la victoria, y los cubre con las insignias de su dignidad real. Las huestes resplandecientes son dispuestas en

forma de un cuadrado hueco en derredor de su Rey, cuya majestuosa estatura sobrepasa en mucho a la de los santos y de los ángeles, y cuyo rostro irradia amor benigno sobre ellos. De un cabo a otro de la innumerable hueste de los redimidos, toda mirada está fija en él, todo ojo contempla la gloria de Aquel cuyo aspecto fue desfigurado “más que el de cualquier hombre, y su forma más que la de los hijos de Adam”. Sobre la cabeza de los vencedores, Jesús coloca con su propia diestra la corona de gloria. Cada cual recibe una corona que lleva su propio “nombre nuevo” (Apocalipsis 2:17), y la inscripción: “Santidad a Jehová”. A todos se les pone en la mano la palma de la victoria y el arpa brillante. Luego que los ángeles que mandan dan la nota, todas las manos tocan con maestría las cuerdas de las arpas, produciendo dulce música en ricos y melodiosos acordes. Dicha indecible estremece todos los corazones, y cada voz se eleva en alabanzas de agradecimiento. “Al que nos amó, y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre, y nos ha hecho reyes y sacerdotes para Dios y su Padre; a él sea gloria e imperio para siempre jamás”. Apocalipsis 1:5, 6.

Delante de la multitud de los redimidos se encuentra la ciudad santa. Jesús abre ampliamente las puertas de perla, y entran por ellas las naciones que guardaron la verdad. Allí contemplan el paraíso de Dios, el hogar de Adán en su inocencia. Luego se oye aquella voz, más armoniosa que cualquier música que haya acariciado jamás el oído de los hombres, y que dice: “Vuestro conflicto ha terminado”. “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo”.

Entonces se cumple la oración del Salvador por sus discípulos: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, ellos estén también conmigo”. A aquellos a quienes rescató con su sangre, Cristo los presenta al Padre “delante de su gloria irrepreensibles, con grande alegría” (Judas 24, VM), diciendo: “¡Heme aquí a mí, y a los hijos que me diste!” “A los que me diste, yo los guardé”. ¡Oh maravillas del amor redentor! ¡Qué dicha aquella cuando el Padre eterno, al ver a los redimidos verá su imagen, ya desterrada la discordia del pecado y sus manchas quitadas, y a lo humano una vez más en armonía con lo divino!

Con amor inexpresable, Jesús admite a sus fieles “en el gozo de su Señor”. El Salvador se regocija al ver en el reino de gloria las almas que fueron salvadas por su agonía y humillación. Y los redimidos

participarán de este gozo, al contemplar entre los bienvenidos a aquellos a quienes ganaron para Cristo por sus oraciones, sus trabajos y sacrificios de amor. Al reunirse en torno del gran trono blanco, indecible alegría llenará sus corazones cuando noten a aquellos a quienes han conquistado para Cristo, y vean que uno ganó a otros, y estos a otros más, para ser todos llevados al puerto de descanso donde depositarán sus coronas a los pies de Jesús y le alabarán durante los siglos sin fin de la eternidad.

Cuando se da la bienvenida a los redimidos en la ciudad de Dios, un grito triunfante de admiración llena los aires. Los dos Adanes están a punto de encontrarse. El Hijo de Dios está en pie con los brazos extendidos para recibir al padre de nuestra raza al ser que él creó, que pecó contra su Hacedor, y por cuyo pecado el Salvador lleva las señales de la crucifixión. Al distinguir Adán las cruentas señales de los clavos, no se echa en los brazos de su Señor, sino que se prosterna humildemente a sus pies, exclamando: “¡Digno, digno es el Cordero que fue inmolado!” El Salvador lo levanta con ternura, y le invita a contemplar nuevamente la morada edénica de la cual ha estado desterrado por tanto tiempo.

Después de su expulsión del Edén, la vida de Adán en la tierra estuvo llena de pesar. Cada hoja marchita, cada víctima ofrecida en sacrificio, cada ajamiento en el hermoso aspecto de la naturaleza, cada mancha en la pureza del hombre, le volvían a recordar su pecado. Terrible fue la agonía del remordimiento cuando notó que aumentaba la iniquidad, y que en contestación a sus advertencias, se le tachaba de ser él mismo causa del pecado. Con paciencia y humildad soportó, por cerca de mil años, el castigo de su transgresión. Se arrepintió sinceramente de su pecado y confió en los méritos del Salvador prometido, y murió en la esperanza de la resurrección. El Hijo de Dios reparó la culpa y caída del hombre, y ahora, merced a la obra de propiciación, Adán es restablecido a su primitiva soberanía.

Transportado de dicha, contempla los árboles que hicieron una vez su delicia, los mismos árboles cuyos frutos recogiera en los días de su inocencia y dicha. Ve las vides que sus propias manos cultivaron, las mismas flores que se gozaba en cuidar en otros tiempos. Su espíritu abarca toda la escena; comprende que este es en verdad el Edén restaurado y que es mucho más hermoso ahora que cuando él fue expulsado. El Salvador le lleva al árbol de la vida, toma su fruto

glorioso y se lo ofrece para comer. Adán mira en torno suyo y nota a una multitud de los redimidos de su familia que se encuentra en el paraíso de Dios. Entonces arroja su brillante corona a los pies de Jesús, y, cayendo sobre su pecho, abraza al Redentor. Toca luego el arpa de oro, y por las bóvedas del cielo repercute el canto triunfal: “¡Digno, digno, digno es el Cordero, que fue inmolado y volvió a vivir!” La familia de Adán repite los acordes y arroja sus coronas a los pies del Salvador, inclinándose ante él en adoración.

Presencian esta reunión los ángeles que lloraron por la caída de Adán y se regocijaron cuando Jesús, una vez resucitado, ascendió al cielo después de haber abierto el sepulcro para todos aquellos que creyesen en su nombre. Ahora contemplan el cumplimiento de la obra de redención y unen sus voces al cántico de alabanza.

Delante del trono, sobre el mar de cristal — ese mar de vidrio que parece revuelto con fuego por lo mucho que resplandece con la gloria de Dios — se halla reunida la compañía de los que salieron victoriosos “de la bestia, y de su imagen, y de su señal, y del número de su nombre”. Con el Cordero en el monte de Sión, “teniendo las arpas de Dios”, están en pie los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los hombres; se oye una voz, como el estruendo de muchas aguas y como el estruendo de un gran trueno, “una voz de tañedores de arpas que tañían con sus arpas”. Cantan “un cántico nuevo” delante del trono, un cántico que nadie podía aprender sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil. Es el cántico de Moisés y del Cordero, un canto de liberación. Ninguno sino los ciento cuarenta y cuatro mil pueden aprender aquel cántico, pues es el cántico de su experiencia, una experiencia que ninguna otra compañía ha conocido jamás. Son “estos, los que siguen al Cordero por donde quiera que fuere”. Apocalipsis 14:4.

Habiendo sido trasladados de la tierra, de entre los vivos, son contados por “primicias para Dios y para el Cordero”. Apocalipsis 15:2, 3; 14:1-5. “Estos son los que han venido de grande tribulación”; han pasado por el tiempo de angustia cual nunca ha sido desde que ha habido nación; han sentido la angustia del tiempo de la aflicción de Jacob; han estado sin intercesor durante el derramamiento final de los juicios de Dios. Pero han sido librados, pues “han lavado sus ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero”. “En sus bocas no ha sido hallado engaño; están sin mácula” delante de Dios. “Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en

su templo; y el que está sentado sobre el trono tenderá su pabellón sobre ellos”. Apocalipsis 7:14, 15. Han visto la tierra asolada con hambre y pestilencia, al sol que tenía el poder de quemar a los hombres con un intenso calor, y ellos mismos han soportado padecimientos, hambre y sed. Pero “no tendrán más hambre, ni sed, y el sol no caerá sobre ellos, ni otro ningún calor. Porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes vivas de aguas: y Dios limpiará toda lágrima de los ojos de ellos”. Apocalipsis 7:14-17.

En todo tiempo, los elegidos del Señor fueron educados y disciplinados en la escuela de la prueba. Anduvieron en los senderos angostos de la tierra; fueron purificados en el horno de la aflicción. Por causa de Jesús sufrieron oposición, odio y calumnias. Le siguieron a través de luchas dolorosas; se negaron a sí mismos y experimentaron amargos desengaños. Por su propia dolorosa experiencia conocieron los males del pecado, su poder, la culpabilidad que entraña y su maldición; y lo miran con horror. Al darse cuenta de la magnitud del sacrificio hecho para curarlo, se sienten humillados ante sí mismos, y sus corazones se llenan de una gratitud y alabanza que no pueden apreciar los que nunca cayeron. Aman mucho porque se les ha perdonado mucho. Habiendo participado de los sufrimientos de Cristo, están en condición de participar de su gloria.

Los herederos de Dios han venido de buhardillas, chozas, cárceles, cadalsos, montañas, desiertos, cuevas de la tierra, y de las cavernas del mar. En la tierra fueron “pobres, angustiados, maltratados”. Millones bajaron a la tumba cargados de infamia, porque se negaron terminantemente a ceder a las pretensiones engañosas de Satanás. Los tribunales humanos los sentenciaron como a los más viles criminales. Pero ahora “Dios es el juez”. Salmos 50:6. Ahora los fallos de la tierra son invertidos. “Quitará la afrenta de su pueblo”. Isaías 25:8. “Y los llamarán Pueblo Santo, Redimidos de Jehová”. Él ha dispuesto “darles gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar del luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado”. Isaías 62:12 (RV95); 61:3. Ya no seguirán siendo débiles, afligidos, dispersos y oprimidos. De aquí en adelante estarán siempre con el Señor. Están ante el trono, más ricamente vestidos que jamás lo fueron los personajes más honrados de la tierra. Están coronados con diademas más gloriosas que las que jamás ciñeron los monarcas de la tierra. Pasaron para siempre los días de sufrimiento y llanto.

El Rey de gloria ha secado las lágrimas de todos los semblantes; toda causa de pesar ha sido alejada. Mientras agitan las palmas, dejan oír un canto de alabanza, claro, dulce y armonioso; cada voz se une a la melodía, hasta que entre las bóvedas del cielo repercute el clamor: “Salvación a nuestro Dios que está sentado sobre el trono, y al Cordero”. “Amén: La bendición y la gloria y la sabiduría, y la acción de gracias y la honra y la potencia y la fortaleza, sean a nuestro Dios para siempre jamás”. Apocalipsis 7:10, 12.

En esta vida, podemos apenas empezar a comprender el tema maravilloso de la redención. Con nuestra inteligencia limitada podemos considerar con todo fervor la ignominia y la gloria, la vida y la muerte, la justicia y la misericordia que se tocan en la cruz; pero ni con la mayor tensión de nuestras facultades mentales llegamos a comprender todo su significado. La largura y anchura, la profundidad y altura del amor redentor se comprenden tan solo confusamente. El plan de la redención no se entenderá por completo ni siquiera cuando los rescatados vean como serán vistos ellos mismos y conozcan como serán conocidos; pero a través de las edades sin fin, nuevas verdades se desplegarán continuamente ante la mente admirada y deleitada. Aunque las aflicciones, las penas y las tentaciones terrenales hayan concluido, y aunque la causa de ellas haya sido suprimida, el pueblo de Dios tendrá siempre un conocimiento claro e inteligente de lo que costó su salvación.

La cruz de Cristo será la ciencia y el canto de los redimidos durante toda la eternidad. En el Cristo glorificado, contemplarán al Cristo crucificado. Nunca olvidarán que Aquel cuyo poder creó los mundos innumerables y los sostiene a través de la inmensidad del espacio, el Amado de Dios, la Majestad del cielo, Aquel a quien los querubines y los serafines resplandecientes se deleitan en adorar, que se humilló para levantar al hombre caído; que llevó la culpa y el oprobio del pecado, y sintió el ocultamiento del rostro de su Padre, hasta que la maldición de un mundo perdido quebrantó su corazón y le arrancó la vida en la cruz del Calvario. El hecho de que el Hacedor de todos los mundos, el Árbitro de todos los destinos, dejase su gloria y se humillase por amor al hombre, despertará eternamente la admiración y adoración del universo. Cuando las naciones de los salvos miren a su Redentor y vean la gloria eterna del Padre brillar en su rostro; cuando contemplen su trono, que es desde la eternidad hasta la eternidad, y sepan que su reino no tendrá fin, entonces prorrumpirán en un cántico de júbilo: “¡Digno, digno es el

Cordero que fue inmolado, y nos ha redimido para Dios con su propia preciosísima sangre!”

El misterio de la cruz explica todos los demás misterios. A la luz que irradia del Calvario, los atributos de Dios que nos llenaban de temor respetuoso nos resultan hermosos y atractivos. Se ve que la misericordia, la compasión y el amor paternal se unen a la santidad, la justicia y el poder. Al mismo tiempo que contemplamos la majestad de su trono, tan grande y elevado, vemos su carácter en sus manifestaciones misericordiosas y comprendemos, como nunca antes, el significado del apelativo conmovedor: “Padre nuestro”.

Se echará de ver que Aquel cuya sabiduría es infinita no hubiera podido idear otro plan para salvarnos que el del sacrificio de su Hijo. La compensación de este sacrificio es la dicha de poblar la tierra con seres rescatados, santos, felices e inmortales. El resultado de la lucha del Salvador contra las potestades de las tinieblas es la dicha de los redimidos, la cual contribuirá a la gloria de Dios por toda la eternidad. Y tal es el valor del alma, que el Padre está satisfecho con el precio pagado; y Cristo mismo, al considerar los resultados de su gran sacrificio, no lo está menos.

CAPITULO 15

La Desolación de la Tierra

“Porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades [...]. En el cáliz que ella os dio a beber, dadle a beber doblado. Cuanto ella se ha glorificado, y ha estado en deleites, tanto dadle de tormento y llanto; porque dice en su corazón: Yo estoy sentada reina, y no soy viuda, y no veré llanto. Por lo cual en un día vendrán sus plagas, muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego; porque el Señor Dios es fuerte, que la juzgará. Y llorarán y se lamentarán sobre ella los reyes de la tierra, los cuales han fornicado con ella [...] diciendo: ¡Ay, ay, de aquella gran ciudad de Babilonia, aquella fuerte ciudad; porque en una hora vino su juicio!” Apocalipsis 18:5-10.

“Los mercaderes de la tierra” que “se han enriquecido de la potencia de sus deleites”, “se pondrán lejos de ella por temor de su tormento, llorando y lamentando, y diciendo: ¡Ay, ay, aquella gran ciudad, que estaba vestida de lino fino, y de escarlata, y de grana, y estaba dorada con oro, y adornada de piedras preciosas y de perlas! Porque en una hora han sido desoladas tantas riquezas”. Apocalipsis 18:3, 15-17.

Tales son los juicios que caen sobre Babilonia en el día de la ira de Dios. La gran ciudad ha llenado la medida de su iniquidad; ha llegado su hora; está madura para la destrucción. Cuando la voz de Dios ponga fin al cautiverio de su pueblo, será terrible el despertar para los que lo hayan perdido todo en la gran lucha de la vida. Mientras duraba el tiempo de gracia, los cegaban los engaños de Satanás y disculpaban su vida de pecado. Los ricos se enorgullecían de su superioridad con respecto a los menos favorecidos; pero habían logrado sus riquezas violando la ley de Dios. Habían dejado de dar de comer a los hambrientos, de vestir a los desnudos, de obrar con justicia, y de amar la misericordia. Habían tratado de enaltecerse y de obtener el homenaje de sus semejantes. Ahora están despojados de cuanto los hacía grandes, y quedan desprovistos de todo y sin defensa. Ven con terror la destrucción de los ídolos que prefirieron a su Creador. Vendieron sus almas por las riquezas y los placeres terrenales, y no procuraron hacerse ricos en Dios. El resultado es que sus vidas terminan en fracaso; sus placeres se cambian ahora en amargura y sus tesoros en corrupción. La

ganancia de una vida entera les es arrebatada en un momento. Los ricos lamentan la destrucción de sus soberbias casas, la dispersión de su oro y de su plata. Pero sus lamentos son sofocados por el temor de que ellos mismos van a perecer con sus ídolos.

Los impíos están llenos de pesar, no por su indiferencia pecaminosa para con Dios y sus semejantes, sino porque Dios haya vencido. Lamentan el resultado obtenido; pero no se arrepienten de su maldad. Si pudiesen hacerlo, no dejarían de probar cualquier medio para vencer.

El mundo ve a aquellos mismos de quienes se burló y a quienes deseó exterminar, pasar sanos y salvos por entre pestilencias, tempestades y terremotos. El que es un fuego consumidor para los transgresores de su ley, es un seguro pabellón para su pueblo.

El ministro que sacrificó la verdad para ganar el favor de los hombres, discierne ahora el carácter e influencia de sus enseñanzas. Es aparente que un ojo omnisciente le seguía cuando estaba en el púlpito, cuando andaba por las calles, cuando se mezclaba con los hombres en las diferentes escenas de la vida. Cada emoción del alma, cada línea escrita, cada palabra pronunciada, cada acción encaminada a hacer descansar a los hombres en una falsa seguridad, fue una siembra; y ahora, en las almas miserables y perdidas que le rodean, él contempla la cosecha.

El Señor dice: “Curan la llaga de mi pueblo livianamente, diciendo: ¡Paz! ¡paz! cuando no hay paz”. “Habéis entristecido el corazón del justo con vuestras mentiras, a quien yo no he entristecido, y habéis robustecido las manos del inicuo, para que no se vuelva de su mal camino, a fin de que tenga vida”. Jeremías 8:11; Ezequiel 13:22 (VM).

“¡Ay de los pastores que pierden y que dispersan las ovejas de mi dehesa! [...] He aquí que yo os castigaré por la maldad de vuestros hechos”. “¡Aullad, oh pastores, y clamad; y revolcaos en ceniza, oh mayores del rebaño! porque cumplidos son los días determinados para vuestro degüello; y os dispersaré, [...] y los pastores no tendrán adonde huir, ni los mayores del rebaño adonde escapar”. Jeremías 23:1, 2; 25:34, 35 (VM).

Los ministros y el pueblo ven que no sostuvieron la debida relación con Dios. Ven que se rebelaron contra el Autor de toda ley justa y recta. El rechazamiento de los preceptos divinos dio origen a miles

de fuentes de mal, discordia, odio e iniquidad, hasta que la tierra se convirtió en un vasto campo de luchas, en un abismo de corrupción. Tal es el cuadro que se presenta ahora ante la vista de los que rechazaron la verdad y prefirieron el error. Ningún lenguaje puede expresar la vehemencia con que los desobedientes y desleales desean lo que perdieron para siempre: la vida eterna. Los hombres a quienes el mundo idolatró por sus talentos y elocuencia, ven ahora las cosas en su luz verdadera. Se dan cuenta de lo que perdieron por la transgresión, y caen a los pies de aquellos a quienes despreciaron y ridiculizaron a causa de su fidelidad, y confiesan que Dios los amaba.

Los hombres ven que fueron engañados. Se acusan unos a otros de haberse arrastrado mutuamente a la destrucción; pero todos concuerdan para abrumar a los ministros con la más amarga condenación. Los pastores infieles profetizaron cosas lisonjeras; indujeron a sus oyentes a menospreciar la ley de Dios y a perseguir a los que querían santificarla. Ahora, en su desesperación, estos maestros confiesan ante el mundo su obra de engaño. Las multitudes se llenan de furor. “¡Estamos perdidos! — exclaman — y vosotros sois causa de nuestra perdición”; y se vuelven contra los falsos pastores. Precisamente aquellos que más los admiraban en otros tiempos pronunciarán contra ellos las más terribles maldiciones. Las manos mismas que los coronaron con laureles se levantarán para aniquilarlos. Las espadas que debían servir para destruir al pueblo de Dios se emplean ahora para matar a sus enemigos. Por todas partes hay luchas y derramamiento de sangre.

“Alcanzará el estrépito hasta los fines de la tierra: porque Jehová tiene una contienda con las naciones: entra en juicio con toda carne: y en cuanto a los inicuos, los entregará a la espada”. Jeremías 25:31 (VM). El gran conflicto siguió su curso durante seis mil años; el Hijo de Dios y sus mensajeros celestiales lucharon contra el poder del maligno, para iluminar y salvar a los hijos de los hombres. Ahora todos han tomado su resolución; los impíos se han unido enteramente a Satanás en su guerra contra Dios. Ha llegado el momento en que Dios ha de vindicar la autoridad de su ley pisoteada. Ahora el conflicto no se desarrolla tan solo contra Satanás, sino también contra los hombres. “Jehová tiene una contienda con las naciones”; “y en cuanto a los inicuos los entregará a la espada”.

La marca de la redención ha sido puesta sobre los “que gimen y se angustian a causa de todas las abominaciones que se hacen”. Ahora sale el ángel de la muerte representado en la visión de Ezequiel por

los hombres armados con instrumentos de destrucción, y a quienes se les manda: “¡Al anciano, al joven, y a la doncella, y a los niños, y a las mujeres, matadlos, hasta exterminarlos! mas no os lleguéis a ninguno en quien esté la marca: ¡y comenzad desde mi santuario!” Dice el profeta: “Comenzaron pues por los ancianos que estaban delante de la Casa”. Ezequiel 9:1-6 (VM). La obra de destrucción empieza entre los que profesaron ser guardianes espirituales del pueblo. Los falsos centinelas caen los primeros. De nadie se tendrá piedad y ninguno escapará. Hombres, mujeres, doncellas, y niños perecerán juntos.

“Jehová sale de su lugar para castigar a los habitantes de la tierra por su iniquidad; la tierra también descubrirá sus homicidios, y no encubrirá más sus muertos”. Isaías 26:21 (VM). “Y esta será la plaga con que herirá Jehová a todos los pueblos que hayan peleado contra Jerusalén: Se les consumirán las carnes estando sobre sus pies, y los ojos se les consumirán en sus cuencas, y se les consumirá la lengua en su boca. Y sucederá en aquel día que habrá entre ellos una grande consternación procedente de Jehová, y trabará cada cual la mano de su prójimo; y la mano de este se levantará contra la mano de su compañero”. Zacarías 14:12, 13 (VM). En la loca lucha de sus propias desenfrenadas pasiones y debido al terrible derramamiento de la ira de Dios sin mezcla de piedad, caen los impíos habitantes de la tierra: sacerdotes, gobernantes y el pueblo en general, ricos y pobres, grandes y pequeños. “Y los muertos por Jehová en aquel día estarán tendidos de cabo a cabo de la tierra; no serán llorados, ni recogidos, ni enterrados”. Jeremías 25:33 (VM).

A la venida de Cristo los impíos serán borrados de la superficie de la tierra, consumidos por el espíritu de su boca y destruidos por el resplandor de su gloria. Cristo lleva a su pueblo a la ciudad de Dios, y la tierra queda privada de sus habitantes. “He aquí que Jehová vaciará la tierra, y la dejará desierta, y cual vaso, la volverá boca abajo, y dispersará sus habitantes”. “La tierra será enteramente vaciada y completamente saqueada; porque Jehová ha hablado esta palabra”. “Porque traspasaron la ley, cambiaron el estatuto, y quebrantaron el pacto eterno. Por tanto la maldición ha devorado la tierra, y los que habitan en ella son culpables: por tanto son abrasados los habitantes de la tierra”. Isaías 24:1, 3, 5, 6 (VM). Toda la tierra tiene el aspecto desolado de un desierto. Las ruinas de las ciudades y aldeas destruidas por el terremoto, los árboles desarraigados, las rocas escabrosas arrojadas por el mar o arrancadas de la

misma tierra, están esparcidas por la superficie de esta, al paso que grandes cuevas señalan el sitio donde las montañas fueron rasgadas desde sus cimientos.

Ahora se realiza el acontecimiento predicho por el último solemne servicio del día de las expiaciones. Una vez terminado el servicio que se cumplía en el lugar santísimo, y cuando los pecados de Israel habían sido quitados del santuario por virtud de la sangre del sacrificio por el pecado, entonces el macho cabrío emisario era ofrecido vivo ante el Señor; y en presencia de la congregación el sumo sacerdote confesaba sobre él “todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus transgresiones, a causa de todos sus pecados, cargándolos así sobre la cabeza del macho cabrío”. Levítico 16:21 (VM). Asimismo, cuando el servicio de propiciación haya terminado en el santuario celestial, entonces, en presencia de Dios y de los santos ángeles y de la hueste de los redimidos, los pecados del pueblo de Dios serán puestos sobre Satanás; se le declarará culpable de todo el mal que les ha hecho cometer. Y así como el macho cabrío emisario era despachado a un lugar desierto, así también Satanás será desterrado en la tierra desolada, sin habitantes y convertida en un desierto horroroso.

El autor del Apocalipsis predice el destierro de Satanás y el estado caótico y de desolación a que será reducida la tierra; y declara que este estado de cosas subsistirá por mil años. Después de descritas las escenas de la segunda venida del Señor y la destrucción de los impíos, la profecía prosigue: “Y vi un ángel descender del cielo, que tenía la llave del abismo, y una grande cadena en su mano. Y prendió al dragón, aquella serpiente antigua, que es el Diabolo y Satanás, y le ató por mil años; y arrojólo al abismo, y le encerró, y selló sobre él, porque no engañe más a las naciones, hasta que mil años sean cumplidos: y después de esto es necesario que sea desatado un poco de tiempo”. Apocalipsis 20:1-3.

Según se desprende de otros pasajes bíblicos, es de toda evidencia que la expresión “abismo” se refiere a la tierra en estado de confusión y tinieblas. Respecto a la condición de la tierra “en el principio”, la narración bíblica dice que “estaba desordenada y vacía; y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo”. Génesis 1:2. Las profecías enseñan que será reducida, en parte por lo menos, a ese estado. Contemplando a través de los siglos el gran día de Dios, el profeta Jeremías dice: “Miro hacia la tierra, y he aquí que está desolada y vacía; también hacia los cielos miro, mas no hay luz en ellos. Mi-

ro las montañas, y he aquí que están temblando, y todas las colinas se conmueven. Miro, y he aquí que no parece hombre alguno, y todas las aves del cielo se han fugado. Miro, y he aquí el campo fructífero convertido en un desierto, y todas sus ciudades derribadas”. Jeremías 4:23-26 (VM).

Aquí es donde, con sus malos ángeles, Satanás hará su morada durante mil años. Limitado a la tierra, no podrá ir a otros mundos para tentar e incomodar a los que nunca cayeron. En este sentido es cómo está atado: no queda nadie en quien pueda ejercer su poder. Le es del todo imposible seguir en la obra de engaño y ruina que por tantos siglos fue su único deleite.

El profeta Isaías, mirando hacia lo por venir, ve en lontananza el tiempo en que Satanás será derrocado, y exclama: “¡Cómo caíste de los cielos, oh Lucero, hijo de la aurora! ¡has sido derribado por tierra, tú que abatiste las naciones! [...] Tú eres aquel que dijiste en tu corazón: ¡Al cielo subiré; sobre las estrellas de Dios ensalzaré mi trono!” “¡Seré semejante al Altísimo! ¡Pero ciertamente al infierno serás abatido, a los lados del hoyo! Los que te vieren clavarán en ti la vista, y de ti se cerciorarán, diciendo: ¿Es este el varón que hizo temblar la tierra, que sacudió los reinos; que convirtió el mundo en un desierto, y destruyó sus ciudades; y a sus prisioneros nunca los soltaba, para que volviesen a casa?” Isaías 14:12-17 (VM).

Durante seis mil años, la obra de rebelión de Satanás “hizo temblar la tierra”. Él “convirtió el mundo en un desierto, y destruyó sus ciudades; y a sus prisioneros nunca los soltaba, para que volviesen a casa”. Durante seis mil años, su prisión [la tumba] ha recibido al pueblo de Dios, y lo habría tenido cautivo para siempre, si Cristo no hubiese roto sus cadenas y libertado a los que tenía presos.

Hasta los malos se encuentran ahora fuera del poder de Satanás; y queda solo con sus perversos ángeles para darse cuenta de los efectos de la maldición originada por el pecado. “Los reyes de las naciones, sí, todos ellos yacen con gloria cada cual en su propia casa [el sepulcro]; ¡mas tú, arrojado estás fuera de tu sepulcro, como un retóño despreciado! [...] No serás unido con ellos en sepultura; porque has destruido tu tierra, has hecho perecer a tu pueblo”. Vers.18 - 20. Durante mil años, Satanás andará errante de un lado para otro en la tierra desolada, considerando los resultados de su rebelión contra la ley de Dios. Todo este tiempo, padece intensamente. Desde su caída, su vida de actividad continua sofocó en él la reflexión; pero

ahora, despojado de su poder, no puede menos que contemplar el papel que desempeñó desde que se rebeló por primera vez contra el gobierno del cielo, mientras que, tembloroso y aterrorizado, espera el terrible porvenir en que habrá de expiar todo el mal que ha hecho y ser castigado por los pecados que ha hecho cometer.

Para el pueblo de Dios, el cautiverio en que se verá Satanás será motivo de contento y alegría. El profeta dice: “Y acontecerá en el día que te haga descansar Jehová de tus penas y de tu aflicción, y de la dura servidumbre con que te han hecho servir, que entonarás este cántico triunfal respecto del rey de Babilonia [que aquí representa a Satanás], y dirás: ¡Cómo ha cesado de sus vejaciones el opresor! [...] Jehová ha hecho pedazos la vara de los inicuos, el cetro de los que tenían el dominio; el cual hería los pueblos en saña, con golpe incesante, y hollaba las naciones en ira, con persecución desenfrenada”. Vers. 3-6.

Durante los mil años que transcurrirán entre la primera resurrección y la segunda, se verificará el juicio de los impíos. El apóstol Pablo señala este juicio como un acontecimiento que sigue al segundo advenimiento. “No juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor; el cual sacará a luz las obras encubiertas de las tinieblas, y pondrá de manifiesto los propósitos de los corazones”. 1 Corintios 4:5 (VM). Daniel declara que cuando vino el Anciano de días, “se dio el juicio a los santos del Altísimo”. Daniel 7:22. En ese entonces reinarán los justos como reyes y sacerdotes de Dios. San Juan dice en el Apocalipsis: “Vi tronos, y se sentaron sobre ellos, y les fue dado juicio”. “Serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años”. Apocalipsis 20:4, 6. Entonces será cuando, como está predicho por San Pablo, “los santos han de juzgar al mundo”. 1 Corintios 6:2. Junto con Cristo juzgan a los impíos, comparando sus actos con el libro de la ley, la Biblia, y fallando cada caso en conformidad con los actos que cometieron por medio de su cuerpo. Entonces lo que los malos tienen que sufrir es medido según sus obras, y queda anotado frente a sus nombres en el libro de la muerte. También Satanás y los ángeles malos son juzgados por Cristo y su pueblo. El apóstol Pablo dice: “¿No sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?” Vers. 3. Y San Judas declara que “a los ángeles que no guardaron su original estado, sino que dejaron su propia habitación, los ha guardado en prisiones eternas, bajo tinieblas, hasta el juicio del gran día”. Judas 6 (VM).

Al fin de los mil años vendrá la segunda resurrección. Entonces los impíos serán resucitados, y comparecerán ante Dios para la ejecución del “juicio decretado”. Así el escritor del Apocalipsis, después de haber descrito la resurrección de los justos, dice: “Los otros muertos no tornaron a vivir hasta que sean cumplidos mil años”. Apocalipsis 20:5. E Isaías declara, con respecto a los impíos: Serán juntados como se juntan los presos en el calabozo, y estarán encerrados en la cárcel; y después de muchos días serán sacados al suplicio”. Isaías 24:22 (VM).

CAPITULO 16

La Controversia a Terminado

Al fin de los mil años, Cristo regresa otra vez a la tierra. Le acompaña la hueste de los redimidos, y le sigue una comitiva de ángeles. Al descender en majestad aterradora, manda a los muertos impíos que resuciten para recibir su condenación. Se levanta su gran ejército, innumerable como la arena del mar. ¡Qué contraste entre ellos y los que resucitaron en la primera resurrección! Los justos estaban revestidos de juventud y belleza inmortales. Los impíos llevan las huellas de la enfermedad y de la muerte.

Todas las miradas de esa inmensa multitud se vuelven para contemplar la gloria del Hijo de Dios. A una voz las huestes de los impíos exclaman: “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!” No es el amor a Jesús lo que les inspira esta exclamación, sino que el poder de la verdad arranca esas palabras de sus labios. Los impíos salen de sus tumbas tales como a ellas bajaron, con la misma enemistad hacia Cristo y el mismo espíritu de rebelión. No disponen de un nuevo tiempo de gracia para remediar los defectos de su vida pasada, pues de nada les serviría. Toda una vida de pecado no ablandó sus corazones. De serles concedido un segundo tiempo de gracia, lo emplearían como el primero, eludiendo las exigencias de Dios e incitándose a la rebelión contra él.

Cristo baja sobre el Monte de los Olivos, de donde ascendió después de su resurrección, y donde los ángeles repitieron la promesa de su regreso. El profeta dice: “Vendrá Jehová mi Dios, y con él todos los santos”. “En aquel día se afirmarán sus pies sobre el Monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalén, al oriente. El Monte de los Olivos, se partirá por la mitad [...] formando un valle muy grande”. “Y Jehová será rey sobre toda la tierra. En aquel día Jehová será único, y único será su nombre”. Zacarías 14:5, 4, 9 (RV95). La nueva Jerusalén, descendiendo del cielo en su deslumbrante esplendor, se asienta en el lugar purificado y preparado para recibirla, y Cristo, su pueblo y los ángeles, entran en la santa ciudad.

Entonces Satanás se prepara para la última tremenda lucha por la supremacía. Mientras estaba despojado de su poder e imposibilitado para hacer su obra de engaño, el príncipe del mal se sentía abatido y desgraciado; pero cuando resucitan los impíos y ve las grandes mul-

titudes que tiene al lado suyo, sus esperanzas reviven y resuelve no rendirse en el gran conflicto. Alistará bajo su bandera a todos los ejércitos de los perdidos y por medio de ellos tratará de ejecutar sus planes. Los impíos son sus cautivos. Al rechazar a Cristo aceptaron la autoridad del jefe de los rebeldes. Están listos para aceptar sus sugerencias y ejecutar sus órdenes. No obstante, fiel a su antigua astucia, no da por sentado ser Satanás. Pretende ser el príncipe que tiene derecho a la posesión de la tierra y cuya herencia le ha sido arrebatada injustamente. Se presenta ante sus súbditos engañados como redentor, asegurándoles que su poder los ha sacado de sus tumbas y que está a punto de librarlos de la más cruel tiranía. Habiendo desaparecido Cristo, Satanás obra milagros para sostener sus pretensiones. Fortalece a los débiles y a todos les infunde su propio espíritu y energía. Propone dirigirlos contra el real de los santos y tomar posesión de la ciudad de Dios. En un arrebato belicoso señala los innumerables millones que han sido resucitados de entre los muertos, y declara que como jefe de ellos es muy capaz de destruir la ciudad y recuperar su trono y su reino.

Entre aquella inmensa muchedumbre se cuentan numerosos representantes de la raza longeva que existía antes del diluvio; hombres de estatura elevada y de capacidad intelectual gigantesca, que habiendo cedido al dominio de los ángeles caídos, consagraron toda su habilidad y todos sus conocimientos a la exaltación de sí mismos; hombres cuyas obras artísticas maravillosas hicieron que el mundo idolatrara su genio, pero cuya crueldad y malos ardides mancillaron la tierra y borraron la imagen de Dios, de suerte que el Creador los hubo de raer de la superficie de la tierra. Allí hay reyes y generales que conquistaron naciones, hombres valientes que nunca perdieron una batalla, guerreros soberbios y ambiciosos cuya venida hacía temblar reinos. La muerte no los cambió. Al salir de la tumba, reasumen el curso de sus pensamientos en el punto mismo en que lo dejaran. Se levantan animados por el mismo deseo de conquista que los dominaba cuando cayeron. Satanás consulta con sus ángeles, y luego con esos reyes, conquistadores y hombres poderosos. Consideran la fuerza y el número de los suyos, y declaran que el ejército que está dentro de la ciudad es pequeño, comparado con el de ellos, y que se lo puede vencer. Preparan sus planes para apoderarse de las riquezas y gloria de la nueva Jerusalén. En el acto todos se disponen para la batalla. Hábiles artífices fabrican armas de guerra. Renombrados caudillos organizan en compañías y divisiones las muchedumbres de guerreros.

Al fin se da la orden de marcha, y las huestes innumerables se ponen en movimiento — un ejército cual no fue jamás reunido por conquistadores terrenales ni podría ser igualado por las fuerzas combinadas de todas las edades desde que empezaron las guerras en la tierra. Satanás, el más poderoso guerrero, marcha al frente, y sus ángeles unen sus fuerzas para esta batalla final. Hay reyes y guerreros en su comitiva, y las multitudes siguen en grandes compañías, cada cual bajo su correspondiente jefe. Con precisión militar las columnas cerradas avanzan sobre la superficie desgarrada y escabrosa de la tierra hacia la ciudad de Dios. Por orden de Jesús, se cierran las puertas de la nueva Jerusalén, y los ejércitos de Satanás circundan la ciudad y se preparan para el asalto.

Entonces Cristo reaparece a la vista de sus enemigos. Muy por encima de la ciudad, sobre un fundamento de oro bruñido, hay un trono alto y encumbrado. En el trono está sentado el Hijo de Dios, y en torno suyo están los súbditos de su reino. Ningún lenguaje, ninguna pluma pueden expresar ni describir el poder y la majestad de Cristo. La gloria del Padre Eterno envuelve a su Hijo. El esplendor de su presencia llena la ciudad de Dios, rebosando más allá de las puertas e inundando toda la tierra con su brillo.

Inmediatos al trono se encuentran los que fueron alguna vez celosos en la causa de Satanás, pero que, cual tizones arrancados del fuego, siguieron luego a su Salvador con profunda e intensa devoción. Vienen después los que perfeccionaron su carácter cristiano en medio de la mentira y de la incredulidad, los que honraron la ley de Dios cuando el mundo cristiano la declaró abolida, y los millones de todas las edades que fueron martirizados por su fe. Y más allá está la “grande muchedumbre, que nadie podía contar, de entre todas las naciones, y las tribus, y los pueblos, y las lenguas [...] de pie ante el trono y delante del Cordero, revestidos de ropas blancas, y teniendo palmas en sus manos”. Apocalipsis 7:9 (VM). Su lucha terminó; ganaron la victoria. Disputaron el premio de la carrera y lo alcanzaron. La palma que llevan en la mano es símbolo de su triunfo, la vestidura blanca, emblema de la justicia perfecta de Cristo que es ahora de ellos.

Los redimidos entonan un canto de alabanza que se extiende y repercute por las bóvedas del cielo: “¡Atribúyase la salvación a nuestro Dios, que está sentado sobre el trono, y al Cordero!” Vers. 10. Ángeles y serafines unen sus voces en adoración. Al ver los redimi-

dos el poder y la malignidad de Satanás, han comprendido, como nunca antes, que ningún poder fuera del de Cristo habría podido hacerlos vencedores. Entre toda esa muchedumbre ni uno se atribuye a sí mismo la salvación, como si hubiese prevalecido con su propio poder y su bondad. Nada se dice de lo que han hecho o sufrido, sino que el tema de cada canto, la nota dominante de cada antifona es: “Salvación a nuestro Dios y al Cordero”.

En presencia de los habitantes de la tierra y del cielo reunidos, se efectúa la coronación final del Hijo de Dios. Y entonces, revestido de suprema majestad y poder, el Rey de reyes falla el juicio de aquellos que se rebelaron contra su gobierno, y ejecuta justicia contra los que transgredieron su ley y oprimieron a su pueblo. El profeta de Dios dice: “Vi un gran trono blanco, y al que estaba sentado sobre él, de cuya presencia huyó la tierra y el cielo; y no fue hallado lugar para ellos. Y ví a los muertos, pequeños y grandes, estar en pie delante del trono; y abriéronse los libros; abrióse también otro libro, que es el libro de la vida: y los muertos fueron juzgados de acuerdo con las cosas escritas en los libros, según sus obras”. Apocalipsis 20:11, 12 (VM).

Apenas se abren los registros, y la mirada de Jesús se dirige hacia los impíos, estos se vuelven conscientes de todos los pecados que cometieron. Reconocen exactamente el lugar donde sus pies se apartaron del sendero de la pureza y de la santidad, y cuán lejos el orgullo y la rebelión los han llevado en el camino de la transgresión de la ley de Dios. Las tentaciones seductoras que ellos fomentaron cediendo al pecado, las bendiciones que pervirtieron, su desprecio de los mensajeros de Dios, los avisos rechazados, la oposición de corazones obstinados y sin arrepentimiento; todo eso sale a relucir como si estuviese escrito con letras de fuego.

Por encima del trono se destaca la cruz; y como en vista panorámica aparecen las escenas de la tentación, la caída de Adán y las fases sucesivas del gran plan de redención. El humilde nacimiento del Salvador; su juventud pasada en la sencillez y en la obediencia; su bautismo en el Jordán; el ayuno y la tentación en el desierto; su ministerio público, que reveló a los hombres las bendiciones más preciosas del cielo; los días repletos de obras de amor y misericordia, y las noches pasadas en oración y vigilia en la soledad de los montes; las conspiraciones de la envidia, del odio y de la malicia con que se recompensaron sus beneficios; la terrible y misteriosa agonía en

Getsemaní, bajo el peso anonadador de los pecados de todo el mundo; la traición que le entregó en manos de la turba asesina; los terribles acontecimientos de esa noche de horror; el preso resignado y olvidado de sus discípulos más amados, arras-trado brutalmente por las calles de Jerusalén; el hijo de Dios presen-tado con visos de triunfo ante Anás, obligado a comparecer en el palacio del sumo sacerdote, en el pretorio de Pilato, ante el cobarde y cruel Herodes; ridiculizado, insultado, atormentado y condenado a muerte; todo eso está representado a lo vivo.

Luego, ante las multitudes agitadas, se reproducen las escenas finales: el paciente Varón de dolores pisando el sendero del Calvario; el Príncipe del cielo colgado de la cruz; los sacerdotes altaneros y el populacho escarnecedor ridiculizando la agonía de su muerte; la oscuridad sobrenatural; el temblor de la tierra, las rocas destrozadas y los sepulcros abiertos que señalaron el momento en que expiró el Redentor del mundo. La escena terrible se presenta con toda exactitud. Satanás, sus ángeles y sus súbditos no pueden apartar los ojos del cuadro que representa su propia obra. Cada actor recuerda el papel que desempeñó. Herodes, el que mató a los niños inocentes de Belén para hacer morir al Rey de Israel; la innoble Herodías, sobre cuya conciencia pesa la sangre de Juan el Bautista; el débil Pilato, esclavo de las circunstancias; los soldados escarnecedores; los sacerdotes y gobernantes, y la muchedumbre enloquecida que gritaba: “¡Recaiga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos!”; todos contemplan la enormidad de su culpa. En vano procuran esconderse ante la divina majestad de su presencia que sobrepuja el resplandor del sol, mientras que los redimidos echan sus coronas a los pies del Salvador, exclamando: “¡Él murió por mí!”

Entre la multitud de los rescatados están los apóstoles de Cristo, el heroico Pablo, el ardiente Pedro, el amado y amoroso Juan y sus hermanos de corazón leal, y con ellos la inmensa hueste de los mártires; mientras que fuera de los muros, con todo lo que es vil y abominable, se encuentran aquellos que los persiguieron, encarcelaron y mataron. Allí está Nerón, monstruo de crueldad y de vicios, y puede ver la alegría y el triunfo de aquellos a quienes torturó, y cuya dolorosa angustia le proporcionara deleite satánico. Su madre está allí para ser testigo de los resultados de su propia obra; para ver cómo los malos rasgos de carácter transmitidos a su hijo y las pasiones fomentadas y desarrolladas por la influencia y el ejemplo de ella, produjeron crímenes que horrorizaron al mundo.

Allí hay sacerdotes y prelados papistas, que dijeron ser los embajadores de Cristo y que no obstante emplearon instrumentos de suplicio, calabozos y hogueras para dominar las conciencias de su pueblo. Allí están los orgullosos pontífices que se ensalzaron por encima de Dios y que pretendieron alterar la ley del Altísimo. Aquellos así llamados padres de la iglesia tienen que rendir a Dios una cuenta de la que bien quisieran librarse. Demasiado tarde ven que el Omnisciente es celoso de su ley y que no tendrá por inocente al culpable de violarla. Comprenden entonces que Cristo identifica sus intereses con los de su pueblo perseguido, y sienten la fuerza de sus propias palabras: “En cuanto lo hicisteis a uno de los más pequeños de estos mis hermanos, a mí lo hicisteis”. Mateo 25:40 (VM).

Todos los impíos del mundo están de pie ante el tribunal de Dios, acusados de alta traición contra el gobierno del cielo. No hay quien sostenga ni defienda la causa de ellos; no tienen disculpa; y se pronuncia contra ellos la sentencia de la muerte eterna.

Es entonces evidente para todos que el salario del pecado no es la noble independencia y la vida eterna, sino la esclavitud, la ruina y la muerte. Los impíos ven lo que perdieron con su vida de rebeldía. Despreciaron el maravilloso don de eterna gloria cuando les fue ofrecido; pero ¡cuán deseable no les parece ahora! “Todo eso — exclama el alma perdida — yo habría podido poseerlo; pero preferí rechazarlo. ¡Oh sorprendente infatuación! He cambiado la paz, la dicha y el honor por la miseria, la infamia y la desesperación. Todos ven que su exclusión del cielo es justa. Por sus vidas, declararon: “No queremos que este Jesús reine sobre nosotros”.

Como fuera de sí, los impíos han contemplado la coronación del Hijo de Dios. Ven en las manos de él las tablas de la ley divina, los estatutos que ellos despreciaron y transgredieron. Son testigos de la explosión de admiración, arrobamiento y adoración de los redimidos; y cuando las ondas de melodía inundan a las multitudes fuera de la ciudad, todos exclaman a una voz: “¡Grandes y maravillosas son tus obras, oh Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de los siglos!” Apocalipsis 15:3 (VM). Y cayendo prosternados, adoran al Príncipe de la vida.

Satanás parece paralizado al contemplar la gloria y majestad de Cristo. El que en otro tiempo fuera uno de los querubines cubridores recuerda de dónde cayó. Él, que fuera serafín resplandeciente,

“hijo de la aurora”, ¡cuán cambiado se ve, y cuán degradado! Está excluido para siempre del consejo en que antes se le honraba. Ve ahora a otro que, junto al Padre, vela su gloria. Ha visto la corona colocada sobre la cabeza de Cristo por un ángel de elevada estatura y majestuoso continente, y sabe que la posición exaltada que ocupa este ángel habría podido ser la suya.

Recuerda la mansión de su inocencia y pureza, la paz y el contentamiento de que gozaba hasta que se entregó a murmurar contra Dios y a envidiar a Cristo. Sus acusaciones, su rebelión, sus engaños para captarse la simpatía y la ayuda de los ángeles, su porfía en no hacer esfuerzo alguno para reponerse cuando Dios le hubiera perdonado; todo eso se le presenta a lo vivo. Echa una mirada retrospectiva sobre la obra que realizó entre los hombres y sobre sus resultados: la enemistad del hombre para con sus semejantes, la terrible destrucción de vidas, el ascenso y la caída de los reinos, el derrocamiento de tronos, la larga serie de tumultos, conflictos y revoluciones. Recuerda los esfuerzos constantes que hizo para oponerse a la obra de Cristo y para hundir a los hombres en degradación siempre mayor. Ve que sus conspiraciones infernales no pudieron acabar con los que pusieron su confianza en Jesús. Al considerar Satanás su reino y los frutos de sus esfuerzos, solo ve fracaso y ruina. Ha inducido a las multitudes a creer que la ciudad de Dios sería fácil presa; pero ahora ve que eso es falso. Una y otra vez, en el curso de la gran controversia, ha sido derrotado y obligado a rendirse. De sobra conoce el poder y la majestad del Eterno.

El propósito del gran rebelde consistió siempre en justificarse, y en hacer aparecer al gobierno de Dios como responsable de la rebelión. A ese fin dedicó todo el poder de su gigantesca inteligencia. Obró deliberada y sistemáticamente, y con éxito maravilloso, para inducir a inmensas multitudes a que aceptaran su versión del gran conflicto que ha estado desarrollándose por tanto tiempo. Durante miles de años este jefe de conspiraciones hizo pasar la mentira por verdad. Pero llegó el momento en que la rebelión debe ser sofocada finalmente y puestos en evidencia la historia y el carácter de Satanás. El archingenador ha sido desenmascarado por completo en su último gran esfuerzo para destronar a Cristo, destruir a su pueblo y apoderarse de la ciudad de Dios. Los que se han unido a él, se dan cuenta del fracaso total de su causa. Los discípulos de Cristo y los ángeles leales contemplan en toda su extensión las maquinaciones de Satanás contra el gobierno de Dios. Ahora se vuelve objeto de execra-

ción universal.

Satanás ve que su rebelión voluntaria le incapacitó para el cielo. Ejercitó su poder guerreando contra Dios; la pureza, la paz y la armonía del cielo serían para él suprema tortura. Sus acusaciones contra la misericordia y justicia de Dios están ya acalladas. Los vituperios que procuró lanzar contra Jehová recaen enteramente sobre él. Y ahora Satanás se inclina y reconoce la justicia de su sentencia.

“¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? porque tú solo eres santo: porque todas las naciones vendrán y adorarán delante de ti; porque tus actos de justicia han sido manifestados”. Vers. 4. Toda cuestión de verdad y error en la controversia que tanto ha durado, ha quedado aclarada. Los resultados de la rebelión y del apartamiento de los estatutos divinos han sido puestos a la vista de todos los seres inteligentes creados. El desarrollo del gobierno de Satanás en contraste con el de Dios, ha sido presentado a todo el universo. Satanás ha sido condenado por sus propias obras. La sabiduría de Dios, su justicia y su bondad quedan por completo reivindicadas. Queda también comprobado que todos sus actos en el gran conflicto fueron ejecutados de acuerdo con el bien eterno de su pueblo y el bien de todos los mundos que creó. “Todas tus obras alabarán, oh Jehová, y tus piadosos siervos te bendecirán”. Salmos 145:10 (VM). La historia del pecado atestiguará durante toda la eternidad que con la existencia de la ley de Dios se vincula la dicha de todos los seres creados por él. En vista de todos los hechos del gran conflicto, todo el universo, tanto los justos como los rebeldes, declaran al unísono: “¡Justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de los siglos!”

El universo entero contempló el gran sacrificio hecho por el Padre y el Hijo en beneficio del hombre. Ha llegado la hora en que Cristo ocupa el puesto a que tiene derecho, y es exaltado sobre los principados y potestades, y sobre todo nombre que se nombra. A fin de alcanzar el gozo que le fuera propuesto — el de llevar muchos hijos a la gloria — sufrió la cruz y menospreció la vergüenza. Y por inconcebiblemente grandes que fuesen el dolor y el oprobio, mayores aún son la dicha y la gloria. Echa una mirada hacia los redimidos, transformados a su propia imagen, y cuyos corazones llevan el sello perfecto de lo divino y cuyas caras reflejan la semejanza de su Rey. Contempla en ellos el resultado de las angustias de su alma, y está satisfecho. Luego, con voz que llega hasta las multitudes reunidas

de los justos y de los impíos, exclama: “¡Contemplad el rescate de mi sangre! Por estos sufrí, por estos morí, para que pudiesen permanecer en mi presencia a través de las edades eternas”. Y de entre los revestidos con túnicas blancas en torno del trono, asciende el canto de alabanza: “¡Digno es el Cordero que ha sido inmolado, de recibir el poder, y la riqueza, y la sabiduría, y la fortaleza, y la honra, y la gloria, y la bendición!” Apocalipsis 5:12 (VM).

A pesar de que Satanás se ha visto obligado a reconocer la justicia de Dios, y a inclinarse ante la supremacía de Cristo, su carácter sigue siendo el mismo. El espíritu de rebelión, cual poderoso torrente, vuelve a estallar. Lleno de frenesí, determina no cejar en el gran conflicto. Ha llegado la hora de intentar un último y desesperado esfuerzo contra el Rey del cielo. Se lanza en medio de sus súbditos, y trata de inspirarlos con su propio furor y de moverlos a dar inmediata batalla. Pero entre todos los innumerables millones a quienes indujo engañosamente a la rebelión, no hay ahora ninguno que reconozca su supremacía. Su poder ha concluido. Los impíos están llenos del mismo odio contra Dios que el que inspira a Satanás; pero ven que su caso es desesperado, que no pueden prevalecer contra Jehová. Se enardecen contra Satanás y contra los que fueron sus agentes para engañar, y con furia demoníaca se vuelven contra ellos.

Dice el Señor: “Por cuanto has puesto tu corazón como corazón de Dios, por tanto, he aquí que voy a traer contra ti extraños, los terribles de las naciones; y ellos desenvainarán sus espadas contra tu hermosa sabiduría, y profanarán tu esplendor. Al hoyo te harán descender”. “Te destruyo, ¡oh querubín que cubres con tus alas! y te echo de en medio de las piedras de fuego [...]. Te echo a tierra; te pongo delante de reyes, para que te miren [...]. Te torno en ceniza sobre la tierra, ante los ojos de todos los que te ven [...]. Serás ruinas, y no existirás más para siempre”. Ezequiel 28:6-8, 16-19 (VM).

“Porque toda batalla de quien pelea es con estruendo, y con revolcamiento de vestidura en sangre: mas esto será para quema, y pábulo de fuego”. “Porque Jehová está airado sobre todas las gentes, e irritado sobre todo el ejército de ellas; destruirálas y entregarálas al matadero”. “Sobre los malos lloverá lazos; fuego y azufre, con vientos de torbellinos, será la porción del cáliz de ellos”. Isaías 9:5; 34:2; Salmos 11:6. Dios hace descender fuego del cielo. La tierra

está quebrantada. Salen a relucir las armas escondidas en sus profundidades. Llamas devoradoras se escapan por todas partes de grietas amenazantes. Hasta las rocas están ardiendo. Ha llegado el día que arderá como horno. Los elementos se disuelven con calor abrasador, la tierra también y las obras que hay en ella están abrasadas. Malaquías 4:2; 2 Pedro 3:10. La superficie de la tierra parece una masa fundida un inmenso lago de fuego hirviente. Es la hora del juicio y perdición de los hombres impíos, “es día de venganza de Jehová, año de retribuciones en el pleito de Sión”. Isaías 34:8.

Los impíos reciben su recompensa en la tierra. Proverbios 11:31. “Serán estopa; y aquel día que vendrá, los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos”. Malaquías 4:1. Algunos son destruidos como en un momento, mientras otros sufren muchos días. Todos son castigados “conforme a sus hechos”. Habiendo sido cargados sobre Satanás los pecados de los justos, tiene este que sufrir no solo por su propia rebelión, sino también por todos los pecados que hizo cometer al pueblo de Dios. Su castigo debe ser mucho mayor que el de aquellos a quienes engañó. Después de haber perecido todos los que cayeron por sus seducciones, el diablo tiene que seguir viviendo y sufriendo. En las llamas purificadoras, quedan por fin destruidos los impíos, raíz y rama: Satanás la raíz, sus secuaces las ramas. La penalidad completa de la ley ha sido aplicada; las exigencias de la justicia han sido satisfechas; y el cielo y la tierra al contemplarlo, proclaman la justicia de Jehová.

La obra de destrucción de Satanás ha terminado para siempre. Durante seis mil años obró a su gusto, llenando la tierra de dolor y causando penas por todo el universo. Toda la creación gimió y sufrió en angustia. Ahora las criaturas de Dios han sido libradas para siempre de su presencia y de sus tentaciones. “¡Ya descansa y está en quietud toda la tierra; prorrumpen los hombres [justos] en cánticos!” Isaías 14:7 (VM). Y un grito de adoración y triunfo sube de entre todo el universo leal. Se oye “como si fuese el estruendo de una gran multitud, y como si fuese el estruendo de muchas aguas, y como si fuese el estruendo de poderosos truenos, que decían: ¡Aleluya; porque reina el Señor Dios, el Todopoderoso!” Apocalipsis 19:6 (VM). Mientras la tierra estaba envuelta en el fuego de la destrucción, los justos vivían seguros en la ciudad santa. La segunda muerte no tiene poder sobre los que tuvieron parte en la primera resurrección. Mientras Dios es para los impíos un fuego devorador, es para su pueblo un sol y un escudo. Apocalipsis 20:6; Sal-

mos 84:11.

“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra han pasado”. Apocalipsis 21:1 (VM). El fuego que consume a los impíos purifica la tierra. Desaparece todo rastro de la maldición. Ningún infierno que arda eternamente recordará a los redimidos las terribles consecuencias del pecado.

Solo queda un recuerdo: nuestro Redentor llevará siempre las señales de su crucifixión. En su cabeza herida, en su costado, en sus manos y en sus pies se ven las únicas huellas de la obra cruel efectuada por el pecado. El profeta, al contemplar a Cristo en su gloria, dice: “Su resplandor es como el fuego, y salen de su mano rayos de luz; y allí mismo está el escondedero de su poder”. Habacuc 3:4 (VM). En sus manos, y su costado heridos, de donde manó la corriente purpurina que reconcilió al hombre con Dios, allí está la gloria del Salvador, “allí mismo está el escondedero de su poder”. “Poderoso para salvar” por el sacrificio de la redención, fue por consiguiente fuerte para ejecutar la justicia para con aquellos que despreciaron la misericordia de Dios. Y las marcas de su humillación son su mayor honor; a través de las edades eternas, las llagas del Calvario proclamarán su alabanza y declararán su poder.

“¡Oh, torre del rebaño, colina de la hija de Sión, a ti te llegará; sí, a ti vendrá el dominio anterior!” Miqueas 4:8 (VM). Llegó el momento por el cual suspiraron los santos desde que la espada de fuego expulsó a la primera pareja del paraíso, el tiempo de “la redención de la posesión adquirida”. Efesios 1:14. La tierra dada al principio al hombre para que fuera su reino, entregada alevosamente por él a manos de Satanás, y conservada durante tanto tiempo por el poderoso enemigo, ha sido recuperada mediante el gran plan de la redención. Todo lo que se había perdido por el pecado, ha sido restaurado. “Así dice Jehová, [...] el que formó la tierra y la hizo, el cual la estableció; no en vano la creó, sino que para ser habitada la formó”. Isaías 45:18 (VM). El propósito primitivo que tenía Dios al crear la tierra se cumple al convertirse esta en la morada eterna de los redimidos. “Los justos heredarán la tierra, y vivirán para siempre sobre ella”. Salmos 37:29.

El temor de hacer aparecer la futura herencia de los santos demasiado material ha inducido a muchos a espiritualizar aquellas verdades que nos hacen considerar la tierra como nuestra morada. Cristo aseguró a sus discípulos que iba a preparar mansiones para ellos en la

casa de su Padre. Los que aceptan las enseñanzas de la Palabra de Dios no ignorarán por completo lo que se refiere a la patria celestial. Y sin embargo son “cosas que ojo no vio, ni oído oyó, y que jamás entraron en pensamiento humano las cosas grandes que ha preparado Dios para los que le aman”. 1 Corintios 2:9 (VM). El lenguaje humano no alcanza a describir la recompensa de los justos. Solo la conocerán quienes la contemplan. Ninguna inteligencia limitada puede comprender la gloria del paraíso de Dios.

En la Biblia se llama a la herencia de los bienaventurados una patria. Hebreos 11:14-16. Allí conduce el divino Pastor a su rebaño a los manantiales de aguas vivas. El árbol de vida da su fruto cada mes, y las hojas del árbol son para el servicio de las naciones. Allí hay corrientes que manan eternamente, claras como el cristal, al lado de las cuales se mecen árboles que echan su sombra sobre los senderos preparados para los redimidos del Señor. Allí las vastas llanuras alternan con bellísimas colinas y las montañas de Dios elevan sus majestuosas cumbres. En aquellas pacíficas llanuras, al borde de aquellas corrientes vivas, es donde el pueblo de Dios que por tanto tiempo anduvo peregrino y errante, encontrará un hogar. “Mi pueblo habitará en mansión de paz, en moradas seguras, en descansaderos tranquilos”. “No se oirá más la violencia en tu tierra, la desolación ni la destrucción dentro de tus términos; sino que llamarás a tus muros Salvación, y a tus puertas Alabanza”. “Edificarán casas también, y habitarán en ellas; plantarán viñas, y comerán su fruto. No edificarán más para que otro habite, ni plantarán para que otro coma; [...] mis escogidos agotarán el usufructo de la obra de sus manos”. Isaías 32:18; 60:18; 65:21, 22 (VM).

Allí “se alegrarán el desierto y el sequedal, y el yermo se regocijará y florecerá como la rosa”. “En vez del espino subirá el abeto, y en lugar de la zarza subirá el arrayán”. “Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo seesteará junto con el cabrito; [...] y un niño los conducirá”. “No dañarán, ni destruirán en todo mi santo monte”, dice el Señor. Isaías 35:1; 55:13; 11:6, 9 (VM). El dolor no puede existir en el ambiente del cielo. Allí no habrá más lágrimas, ni cortejos fúnebres, ni manifestaciones de duelo. “Y la muerte no será más; ni habrá más gemido ni clamor, ni dolor; porque las cosas de antes han pasado ya”. “No dirá más el habitante: Estoy enfermo; al pueblo que mora en ella le habrá sido perdonada su iniquidad”. Apocalipsis 21:4; Isaías 33:24 (VM).

Allí está la nueva Jerusalén, la metrópoli de la nueva tierra glorificada, “corona de hermosura en la mano de Jehová, y una diadema real en la mano de nuestro Dios”. “Su luz era semejante a una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, transparente como el cristal”. “Las naciones andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traen a ella su gloria”. El Señor dijo: “Yo me alegraré con Jerusalén, y me gozaré con mi pueblo”. “El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios”. Isaías 62:3; Apocalipsis 21:11, 24; Isaías 65:19 (RV95); Apocalipsis 21:3 (RV95). En la ciudad de Dios “no habrá ya más noche”. Nadie necesitará ni deseará descanso. No habrá quien se canse haciendo la voluntad de Dios ni ofreciendo alabanzas a su nombre. Sentiremos siempre la frescura de la mañana, que nunca se agostará. “No necesitan luz de lámpara, ni luz del sol; porque el Señor Dios los alumbrará”. Apocalipsis 22:5 (VM). La luz del sol será sobrepujada por un brillo que sin deslumbrar la vista excederá sin medida la claridad de nuestro mediodía. La gloria de Dios y del Cordero inunda la ciudad santa con una luz que nunca se desvanece. Los redimidos andan en la luz gloriosa de un día eterno que no necesita sol.

“No vi templo en ella; porque el Señor Dios Todopoderoso, y el Cordero son el templo de ella”. Apocalipsis 21:22 (VM). El pueblo de Dios tiene el privilegio de tener comunión directa con el Padre y el Hijo. “Ahora vemos oscuramente, como por medio de un espejo”. 1 Corintios 13:12 (VM). Vemos la imagen de Dios reflejada como en un espejo en las obras de la naturaleza y en su modo de obrar para con los hombres; pero entonces le veremos cara a cara sin velo que nos lo oculte. Estaremos en su presencia y contemplaremos la gloria de su rostro.

Allí los redimidos conocerán como son conocidos. Los sentimientos de amor y simpatía que el mismo Dios implantó en el alma, se desahogarán del modo más completo y más dulce. El trato puro con seres santos, la vida social y armoniosa con los ángeles bienaventurados y con los fieles de todas las edades que lavaron sus vestiduras y las emblanquecieron en la sangre del Cordero, los lazos sagrados que unen a “toda la familia en los cielos, y en la tierra” (Efesios 3:15, VM), todo eso constituye la dicha de los redimidos.

Allí intelectos inmortales contemplarán con eterno deleite las maravillas del poder creador, los misterios del amor redentor. Allí no habrá enemigo cruel y engañador para tentar a que se olvide a Dios.

Toda facultad será desarrollada, toda capacidad aumentada. La adquisición de conocimientos no cansará la inteligencia ni agotará las energías. Las mayores empresas podrán llevarse a cabo, satisfacerse las aspiraciones más sublimes, realizarse las más encumbradas ambiciones; y sin embargo surgirán nuevas alturas que superar, nuevas maravillas que admirar, nuevas verdades que comprender, nuevos objetos que agucen las facultades del espíritu, del alma y del cuerpo.

Todos los tesoros del universo se ofrecerán al estudio de los redimidos de Dios. Libres de las cadenas de la mortalidad, se lanzan en incansable vuelo hacia los lejanos mundos; mundos a los cuales el espectáculo de las miserias humanas causaba estremecimientos de dolor, y que entonaban cantos de alegría al tener noticia de un alma redimida. Con indescriptible dicha los hijos de la tierra participan del gozo y de la sabiduría de los seres que no cayeron. Comparten los tesoros de conocimientos e inteligencia adquiridos durante siglos y siglos en la contemplación de las obras de Dios. Con visión clara consideran la magnificencia de la creación, soles y estrellas y sistemas planetarios que en el orden a ellos asignado circuyen el trono de la Divinidad. El nombre del Creador se encuentra escrito en todas las cosas, desde las más pequeñas hasta las más grandes, y en todas ellas se ostenta la riqueza de su poder.

Y a medida que los años de la eternidad transcurran, traerán consigo revelaciones más ricas y aún más gloriosas respecto de Dios y de Cristo. Así como el conocimiento es progresivo, así también el amor, la reverencia y la dicha irán en aumento. Cuanto más sepan los hombres acerca de Dios, tanto más admirarán su carácter. A medida que Jesús les descubra la riqueza de la redención y los hechos asombrosos del gran conflicto con Satanás, los corazones de los redimidos se estremecerán con gratitud siempre más ferviente, y con arrebatadora alegría tocarán sus arpas de oro; y miríadas de miríadas y millares de millares de voces se unirán para engrosar el potente coro de alabanza. Y toda cosa creada que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y sobre el mar, y a todas las cosas que hay en ellos, las oí decir: ¡Bendición, y honra y gloria y dominio al que está sentado sobre el trono, y al Cordero, por los siglos de los siglos!” Apocalipsis 5:13 (VM).

El gran conflicto ha terminado. Ya no hay más pecado ni pecadores. Todo el universo está purificado. La misma pulsación de armonía y de gozo late en toda la creación. De Aquel que todo lo creó manan

vida, luz y contentamiento por toda la extensión del espacio infinito. Desde el átomo más imperceptible hasta el mundo más vasto, todas las cosas animadas e inanimadas, declaran en su belleza sin mácula y en júbilo perfecto, que Dios es amor.

Libertad de Conciencia Amenazada

¡Caos y Desastres Naturales Vendrán Sobre la Tierra!

Una Ley Dominical establecerá La Marca* de la Bestia

¡Las Leyes Dominicales se acercan!—El viernes 15 de Junio del 2007, en la edición de fin de Semana en la sección de Opiniones del Diario Wall Street Journal, en la Pág. W-11; apareció un artículo escrito por Mollie Ziegler Hemingway, titulado: “La decadencia del Sábado en América: Menos oración, más juego y trabajo.” Este artículo circuló mundialmente sobre 2 millones de personas, promoviendo guardar el domingo y enfatizando leyes de cierre si fuese necesario, con tal de salvar nuestra cultura. Este artículo fue colocado en la misma página donde estaba el editorial del Diario Wall Street. El diario USA Today respalda la observancia del domingo en un artículo escrito por Gladys Edmunds el 24 de octubre del 2007, titulado: “Es mejor que tomes un descanso, antes que te desplomes.”

Similares anuncios han aparecido en diarios a través de América y el resto del mundo: Prensa Asociada, 15 de julio del 2008 “Prohibición de Compras en Domingo en Croacia,” Prensa Asociada, 27 de mayo del 2008, “Barbero de Louisiana multado por trabajar en domingo,” Revista Time, 17 de diciembre, 2008 “¿Compras en domingo? Francia dice No,” CBS Noticias del domingo por la mañana, 1 de febrero del 2009, “Una historia del domingo,” Prensa Asociada, 5 de diciembre del 2008 “Distribuidores de automóviles piden legislación para prohibir las ventas en domingo.” Estos son solo unos cuantos titulares de diferentes publicaciones quienes recientemente han apoyado la observancia del domingo. Deberíamos dar la bienvenida a discusiones sanas e inteligentes sobre asuntos que

afectarán tanto la moralidad como la economía de nuestra nación.

Estos son unos cuantos ejemplos de cómo el movimiento dominical está ganando ímpetu alrededor del mundo. Muchos más ejemplos pueden ser citados. La historia nos dice que la legislación dominical, no importando cuán sincera pueda aparecer, siempre traerá persecución a las pequeñas minorías. La profecía declara que tal intolerancia religiosa será otra vez reavivada hasta el punto en que “ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la **MARCA***, o el nombre de la bestia, o el número de su nombre.” Apocalipsis 13:17. Desde esta perspectiva profética podemos ver que la iglesia y el estado se unirán, y todas nuestras más acariciadas libertades se perderán. Que Dios tenga misericordia de nosotros cuando estos días “estén en cumplimiento.” (Juan 14:29).

El Sábado Desde Una Perspectiva Bíblica

Jesús: “Y vino a Nazaret, donde había sido criado; y entró, conforme a su costumbre, el día del sábado en la sinagoga, y se levantó a leer.” (Lucas 4:16).

Jesús declaró: “... El sábado fue hecho para el hombre* [**Griego: anthropos, humanidad**]” (Marcos 2:27). La palabra para **hombre** en este versículo es la palabra griega “anthropos,” significa humanidad, y no solo se refiere a los judíos. Vea también Isaías 56:2-6. “El Hijo del hombre es Señor del día de reposo.” (Mateo 12:8). Muchos dicen que Apocalipsis 1:10 es usado para señalar que el domingo es el día del Señor: “Yo estaba en el espíritu en el día del Señor.” La palabra griega para (del Señor) es *Kuriake y hemera para (día)*. Así que, ¿Cuál es el día del Señor? Jesús contestó esta pregunta por sí mismo: “El Hijo del hombre es Señor (Kurios) del día de reposo.” (Mateo 12:8). A través de toda la escritura, el séptimo día Sábado es “el día del Señor.” (Isaías 58:13, Génesis 2:2-3, Exodo 20:8-11).

Mandato de Dios: “Pero el séptimo día es Sabbath del SEÑOR tu Dios.” (Exodo 20:10).

Pablo —“Y Pablo, como acostumbraba, entró a ellos, y por tres sábados disputó con ellos de las Escrituras.” (Hechos 17:2-3).

“Y disputaba en la sinagoga todos los Sábados, y persuadía a judíos y a griegos.” (Hechos 18:4).

Pablo declaró — “Por tanto, queda un reposo* [del griego “sabbatismos” o guardadores del sábado para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también él ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas.” (Hebreos 4:9,10).

“Porque en un cierto lugar dijo así del séptimo día: Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día.” (Hebreos 4:4).

Pablo y los gentiles — “Y saliendo ellos de la sinagoga de los judíos, los gentiles les rogaron que el sábado siguiente les hablasen estas palabras. Y el sábado siguiente se juntó casi toda la ciudad a oír la palabra de Dios.” (Hechos 13: 42,44). El libro de los hechos registra 84 sábados en los cuales el apóstol Pablo y sus asociados mantenían servicios religiosos (Hechos 18:4, 11). Sin embargo no hay UNA palabra en toda la Biblia que autorice el guardar el domingo en lugar del séptimo día Sábado.

Discípulos —“Y era día de la víspera de la Pascua; y estaba para rayar el Sábado. Y las mujeres que con él habían venido de Galilea, siguieron también y vieron el sepulcro y como fue puesto su cuerpo. Y vueltas, aparejaron especias aromáticas y unguentos; y reposaron el Sábado, conforme al mandamiento; (Lucas 23:54-56).

Note usted que Lucas, un escritor NO judío, al escribir su evangelio, seguía llamando al Sábado (el séptimo día de la semana), mandamiento de Dios.

“...Y como pasó el sábado, María Magdalena, y María madre de Jacobo... Y muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, ya salido el sol... Y entradas en el sepulcro, vieron un joven sentado... Más él les dice: No os asustéis: buscáis a Jesús Nazareno, el que fue crucificado; el ha resucitado.” (Marcos 16:1-6). Nota: Todos sabemos que el domingo fue el día de la resurrección, “cuando amaneció, el Sábado ya había pasado.” Así es evidente que el Sábado es el séptimo día; el día anterior al domingo.

“No penséis que he venido para abrogar la ley y los profetas: no he venido para abrogar, sino a cumplir.” Mateo 5:17. “Porque de cierto os digo, que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido.” (Mateo 5:18). A través del nuevo testamento hay nada menos que 59 referencias en relación al Sábado.

El Sábado en la Nueva Tierra

“Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra, que yo hago, permanecen delante de mí, dice JEHOVA, así permanecerá vuestra simiente y vuestro nombre; Y será que de mes en mes, y de Sábado en Sábado, vendrá toda carne a adorar delante de MI, dijo JEHOVA.” (Isaías 66:22, 23). De acuerdo a Colosenses 2:14-17, los sacrificios con las 7 festividades anuales, o los Sábados (plural) ceremoniales tales como están registrados en Levíticos 23 y otros textos, fueron clavados [abolidos] en la cruz, ya que la vida y trabajo de Cristo cumplió el significado de estos Sábados anuales. Pero no el del Sábado del Cuarto Mandamiento, el cual es Eterno, ya que fue dado al hombre en la creación, mucho antes de que el pecado fuera introducido en la tierra (Génesis 2:2-3).

El Domingo en la Biblia

Millones de cristianos fieles asisten a la iglesia cada domingo, el primer día de la semana. Ellos hacen esto pensando en que de alguna manera hubo un cambio en el día de adoración. Otros guardan el domingo porque no están concientes de que Dios apartó el séptimo día como Su día santo y no el primer día de la semana. Es verdad que hubo un cambio, pero ¿Por quién? Hay sólo 8 textos en el Nuevo Testamento que hablan acerca del primer día: **(1)** Mateo 28:1, **(2)** Marcos 16:1-2, **(3)** Marcos 16:9, **(4)** Lucas 24:1, **(5)** Juan 20:1, **(6)** Juan 20:19, **(7)** Hechos 20:7-8, **(8)** 1 de Corintios. 16:1-2.

Los primeros cinco textos simplemente mencionan que las mujeres fueron al sepulcro temprano, en la mañana de la resurrección (domingo), y que Jesús había resucitado. El sexto texto revela que ellos estaban reunidos “por miedo a los judíos” pensando que ellos también podrían ser crucificados como lo fue su Salvador. Ellos estaban escondiéndose, no teniendo un servicio de culto el domingo por la mañana; no hay allí ninguna mención del cambio del Sábado. El séptimo texto es Hechos 20:7-8: “El primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan, Pablo les enseñaba, habiendo de salir al día siguiente; y alargó el discurso hasta la medianoche. Y había muchas lámparas en el aposento alto donde estaban reunidos.”

Esta era una reunión de Sábado por la noche — la parte oscura del primer día de la semana. Recuerden, de acuerdo al tiempo bíblico,

el primer día comenzaba al atardecer. “Y fue la tarde y la mañana un día.” (Génesis 1:5). En otras palabras, a la puesta del sol (al atardecer) es cuando el día comienza, no a la media noche como se calcula hoy. La Biblia registra los días de puesta de sol a puesta de sol. El séptimo día sábado comienza el viernes a la puesta del sol. El primer día de la semana comienza en el atardecer del Sábado a la puesta del sol. Pablo estaba reunido en el primer día de la semana durante la parte oscura del día, que es actualmente el Sábado por la noche. Recuerden, Hechos 20:7-8 habla acerca de como “habían muchas luces.” Pablo pasó el domingo en la mañana viajando hacia Asón. Nosotros no vemos ningún cambio o mandato a guardar santo el domingo.

La traducción Nuevo Mundo dice, “El Sábado en la noche, reunidos para el partimiento del pan, Pablo, que tenía que salir al día siguiente...” Hechos 20:7. El último texto que menciona el domingo se encuentra en 1 de Corintios 16:1-2: “En cuanto a la ofrenda para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia. Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas.” Este versículo no habla acerca de un servicio de adoración en la iglesia. Note como la Biblia versión Internacional traduce este verso: “Después que el Sábado termine, cada uno de ustedes debería poner aparte y guardar algo de sus ganancias en proporción a lo que tengas, para que cuando yo llegue, no se tengan que hacer colectas.”

Después que el Sábado termina, el séptimo día, el primer día de la semana es el mejor tiempo para apartar dinero y así no gastarlo en el resto de la semana. Pablo le dijo a la iglesia que hicieran esto para que cuando viniera, lo cual sucedía siempre en el séptimo día, Sábado (Hechos 13:42, 44), la iglesia no tuviera que tratar de recoger todo de una vez. El argumento es hecho para que se pueda guardar el domingo santo en honor a la resurrección de Jesús, sin embargo esta costumbre está basada en la tradición humana (Ezequiel 8:15, 16; Mateo 15:9, 14). Sin embargo la Biblia nos manda a conmemorar Su muerte, sepultura y resurrección a través del bautismo [inmersión no aspersion]. Por favor lea Romanos 6:4, 5.

La Enciclopedia Británica: “No hay evidencia de que en los primeros años de la Cristiandad hubo alguna forma de observancia del

domingo como día de reposo, o de algún cese general de trabajo.” (Edición 1911/Enciclopedia Británica, Artículo: Domingo. www.1911encyclopedia.org).

Bautista: “Por supuesto, sé muy bien que el domingo pronto se convirtió en un día religioso en la historia cristiana, como podemos ver en los Padres Cristianos y otras fuentes. ¡Pero qué pena que viene marcado con el paganismo, y bautizado con el nombre del dios sol, adoptado y sancionado por la apostasía papal, y dejado como legado sagrado al protestantismo.” (Dr. E.T. Hiscox, autor del Manual Bautista. Tomado de una copia fotostática de una declaración notariada por el Dr. Hiscox).

Católicos Romanos: “*Pregunta:* ¿Cuál es el día de adoración? *Respuesta:* El Sábado es el día de adoración. *Pregunta:* ¿Porqué entonces observamos el día domingo en vez del sábado? *Respuesta:* Observamos el domingo en vez del sábado porque la Iglesia Católica transfirió la solemnidad del Sábado al domingo.” (Peter Geiermann, The Convert’s Catechism of Catholic Doctrine, 1957 edition).

Católicos Romanos: “Por supuesto la Iglesia proclama que el cambio fue un acto de su autoridad... y ese acto es la **MARCA*** de su autoridad eclesial en asuntos religiosos.” (H.F. Thomas, Chancellor of Cardinal Gibbons. Nov 11, 1895).

Somos “salvos por gracia a través de la fe” (Efesios 2:8), Jesús también dijo, “Si me amáis guardad mis mandamientos (Juan 14:15). Dios también dice, “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él.” (1 Juan 2:4, 5). Dios nos habla de guardar todos los 10, no sólo nueve (Santiago 2:10).

En Defensa de los 10 Mandamientos

**¿Será que Pronto se Requerirá esa Prueba Religiosa por Ley?
¿Tiene Alguien el Derecho de Cambiarlos o Quitarlos?**

En los recientes años, la distinción entre lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo, ha sido ampliamente eliminado dentro de nuestra sociedad. Esto ha resultado en una crisis cultural que amenaza con destruir las raíces de la civilización. Nuestra nación está rechazando el punto de vista bíblico de que la ley de Dios es una norma absoluta, un sistema de valores inmutables que sirven para determinar la moralidad — la regla básica de lo correcto y lo incorrecto. Porque la civilización es imposible sin ley, y el hombre necesita reglas y regulaciones justas para poder vivir junto a otros, es que Dios nos dio Sus Diez Mandamientos, los cuales tratan con ambas cosas; con la relación entre unos y otros y la relación con El, Nuestro Creador.

La Ley Natural / Versus / La Ley Revelada — Las leyes son básicamente un control sobre las acciones y conductas humanas, y hay dos fundamentos: la ley revelada, dada por Dios a través de Sus Santas Escrituras; y la ley natural que es discernible por todos los hombres — la ley con la cual la naturaleza ha enseñado a todos los seres vivos. La ley natural es usualmente definida como “vivir honestamente, no hacerle daño a nadie, o darle al otro lo que le corresponde” y es un intento de establecer moralidad, basado sobre la observancia del orden natural y el contexto cultural. Sin embargo, las regulaciones de la conducta bajo la ley natural no son suficientes para la humanidad, ya que el raciocinio y conciencia del hombre son a menudo enceguecidos, distorsionados, obscurecidos o pervertidos.

En contraste, los Diez Mandamientos de Dios son un código moral absoluto, eterno e invariable; que trasciende todos los tiempos y las culturas. La ley natural está sujeta a cambios evolutivos y progresivos; cuando la humanidad progresa, así progresa su moralidad o si por el contrario la humanidad se desvía, su percepción sobre la moralidad es disminuida. Es entonces esencial que la Ley de Dios, la más alta norma de moralidad se lo haga saber a la humanidad, dándole

preceptos específicos para que interpreten correctamente la Ley Natural — explicándoles que significa "vivir honestamente, no hacer daño a nadie, o darle a cada cual lo suyo." La Ley de Dios es justa, santa, perfecta y eterna (Romanos 7:12; Salmos 119:152), y no deja a la gente sujeta a las preferencias personales, sentimientos y raciocinios con respecto a la moralidad. Cada uno de sus diez preceptos son principios eternos, escritos en dos tablas, las cuales son para gobernar la conducta humana en ambas relaciones, en nuestra relación espiritual con Dios y nuestro comportamiento social hacia la humanidad.

Los Primeros 4 Mandamientos Para una Renovación Espiritual

La primera tabla de los Diez Mandamientos tiene que ver con la relación espiritual del hombre o la mujer, con su Dios. Estos cuatro primeros mandamientos fueron específicamente designados por Dios como una base de las observancias religiosas y actos de adoración. Ningún otro ser humano u organización religiosa, mucho menos el gobierno civil puede imponer, obligar o prohibir esa relación. Esta relación personal con Dios depende de la conciencia individual de la persona. Ciertamente todos tenemos el derecho de la libre expresión en orden de discutir, persuadir, enfatizar, predicar, y publicar a otros cual es nuestro entendimiento con respecto a la adoración a Dios y las observancias religiosas.

También tenemos el derecho de animar a otros a cambiar sus creencias religiosas. Pero nadie, excepto Dios mismo, tiene el derecho de **castigar** por fallar en el cumplimiento de alguno de estos primeros cuatro mandamientos. Todas las "ofensas" en contra de Dios, serán contestadas en Su tribunal. "Porque es menester que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que hubiere hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno ó malo." (Corintios 5:10).

El Primer Mandamiento— "No tendrás dioses ajenos delante de mí." (Exodo 20:3). El Eterno, el que existe por sí mismo, el que no fue creado, la fuente misma que sostiene todo, es por Sí mismo suficientemente supremo para ser reverenciado y adorado.

El Segundo Mandamiento — "No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra: No te inclinarás á ellas, ni las honrarás." (Exodo 20:4-5). Este mandamiento prohíbe la adoración del verda-

dero Dios a través de imágenes o similitudes. Muchas re-ligiones hacen imágenes para que por medio de ellas la Deidad sea adorada; pero Dios declara que este tipo de adoración es pecado. El intento de representar al Eterno con objetos materiales para adorarlo, es el tratar de llamar la atención a la imagen en vez de al Creador. Por este hecho, la concepción de Dios, ha venido gradualmente perdiendo valor.

El Tercer Mandamiento — “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano.” (Exodo 20:7). Este mandamiento no solo prohíbe los falsos juramentos, y los comunes, sino que también prohíbe el uso del nombre de Dios de una manera ligera o descuidada sin considerar su enorme significado. Por la mención descuidada del nombre de Dios en las conversaciones comunes, el solicitarle cosas sin importancia y la frecuente repetición de Su nombre sin pensarlo, nosotros le deshonramos.

El Cuarto Mandamiento — “Acordarte has del día del reposo, para santificarlo: Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; Mas el séptimo día [el Sábado] será reposo para Jehová tu Dios: no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas: Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día: por tanto Jehová bendijo el día del reposo y lo santificó.” (Exodo 20:8-11).

El Séptimo Día Sábado, no fue introducido como una nueva institución sino como algo que ya había sido fundado en la creación (Génesis 2:3). Dentro de este mandamiento se encuentra el “**sello**” o la “**marca**” del Dios Viviente (Apocalipsis 7:1-3). Solo dentro del mandamiento del Sábado es encontrado el **nombre** (Señor Dios), **posición** (Creador), **jurisdicción** (los cielos y la tierra), de Uno que hizo la ley. (Exodo 20:8-11).

Similarmente, el Sello del Dios Viviente está fundado en el principio de la creación: “En el principio Dios (**Su nombre**) creó (**Su título/Creador**) los cielos y la tierra (**Su jurisdicción**), Génesis 1:1.” El Sábado es un conmemorativo al Dios viviente, una señal de Su creación, la cual señala a Dios como el Hacedor de los cielos y la tierra y distingue al verdadero Dios de todos los dioses falsos. El sábado debe de ser recordado y observado como un conmemorativo al trabajo del Creador. Todos los que guardan este día, dan a de-

mostrar con su acto, que son adoradores del Dios-Creador. Así el sábado viene a ser una señal de lealtad a Dios “Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos.” (Isaías 8:16). “Y les di también mis sábados que fuesen por *señal entre mí y ellos*, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico.” (Ezequiel 20:12). “Y santificad mis sábados, y sean por *señal entre mí y vosotros*, para que sepáis que yo soy JEHOVA.” (Ezequiel 20:20).

El sello de Dios es también encontrado en el Nuevo Testamento: “Dios (**Su nombre**) que hizo (**Su título de Creador**) el mundo y todas las cosas que en él hay, éste siendo el Señor de los cielos y la tierra (**Su jurisdicción**), no habita en ...” (Hechos 17:24). Aunque sea el Espíritu Santo el que nos sella (Efesios 1:13, 4:30), el séptimo día sábado es un símbolo del sello del Dios Viviente.

“Dios ha designado el séptimo día como Su sábado (Exodo 31:13, 16:18). Así la distinción es trazada entre el fiel y el infiel. Esos que desean tener el sello de Dios en sus frentes, deben de guardar el sábado del cuarto mandamiento; así se distinguirán de los infieles quienes han aceptado una institución hecha por el hombre, en lugar del verdadero Sábado. La observancia del día de descanso de Dios, es una marca de la distinción entre el que le sirve a Dios y el que no le sirve. **CBA. Vol. 7 pág. 981.**

Los 6 Ultimos Mandamientos / Para una Coexistencia Pacífica

La segunda tabla de los Diez Mandamientos tiene que ver con la relación del hombre hacia su prójimo. Estos seis mandamientos fueron dados a nosotros por Dios, para el bien de la sociedad y son diferentes de los primeros cuatro, porque nuestras obligaciones hacia la sociedad no son dejadas a la conciencia de cada persona.

El propósito de estas leyes es proteger y defender dentro de la sociedad, el derecho de cada uno a la vida, la propiedad, libertad y la búsqueda de la felicidad. El gobierno civil tiene la tarea de defender y esforzar estos principios por ley, porque esto tiene que ver en la formación de la sociedad. Necesitamos leyes que reflejen los principios de estos valores morales: protección de la vida, igualdad, propiedad y libertad para moldear tu propia vida. Nadie debería ser interferido con obstáculos arbitrarios a que persiga estos objetivos. Esta segunda tabla tiene por motivo, refrenar el comportamiento destructivo y finalmente castigar el mal, protegiendo la vida y la propiedad, proveyendo justicia para toda la gente. Estos seis mandamientos no son primariamente para reformar o regenerar a nadie espiritualmente,

sino para obligar a la humanidad de una manera justa, civil y pacífica. Estas leyes enseñan igualdad ante Dios e igualdad y oportunidad para todos. Las leyes civiles deberían reflejar los principios de estos seis últimos mandamientos para el bienestar de la sociedad. La Santa Escritura apoya el derecho del gobierno civil a castigar a esos que abusan de estos derechos, específicamente de la segunda tabla de los Diez Mandamientos (Favor lea Romanos 13:10).

El Quinto Mandamiento — “Honra á tu padre y á tu madre, porque tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.” (Exodo 20:12). A los padres se les ha dado el derecho a cierto grado de amor y respeto el cual no se debe a otra persona. El quinto mandamiento requiere que los hijos no solo respeten, se sometan y obedezcan a sus padres, sino también que se les brinde amor, ayudándoles en sus cuidados, guardando su reputación, socorriéndoles y confortándoles en su edad avanzada. Este mandamiento también ordena respeto por los ministros, gobernantes y otros a quienes Dios ha delegado autoridad.

El Sexto Mandamiento — “No matarás” (Exodo 20:13). Todo acto de injusticia que intente acortar la vida; el espíritu de odio y venganza; la indulgencia o cualquier pasión que conduzca a hechos injuriosos hacia otros; el descuido egoísta del cariño por los necesitados y los que sufren; toda satisfacción egoísta o labor excesiva que tienda a causar daños a la salud, todas estas son de un grado mayor a un grado menor, violaciones al sexto mandamiento.

El Séptimo Mandamiento — “No cometerás adulterio.” (Exodo 20:14). Este mandamiento no solamente prohíbe los hechos públicos de impureza sexual, sino también los pensamientos sensuales y cualquier otra práctica que tienda a excitarlos. La pureza es demandada no solo en la vida externa, sino también en los intentos secretos y las emociones del corazón.

El Octavo Mandamiento — “No Hurtarás” (Exodo 20:15). Este mandamiento condena el robo. Ya sea un robo nacional por guerras, conquistas, esclavitud o simplemente no pagando una deuda, este mandamiento demanda estricta integridad en cada detalle de la vida. Declara que cada intento de tomar ventaja egoísta de la ignorancia, debilidad o infortunio de otros, es registrado como un fraude en los libros del cielo.

El Noveno Mandamiento — “No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.” (Exodo 20:16). El hablar falsamente y cualquier otro

intento con el propósito de engañar está aquí incluido. Las intenciones de engañar es lo que constituye la mentira. Cualquier intención exagerada, cualquier indicio de insinuación calculada para transmitir una impresión errónea, incluso las declaraciones de hechos en tal manera que conduzcan a la mentira. Este mandamiento prohíbe cada esfuerzo por perjudicar la reputación del prójimo, sea por la tergiversación o suposiciones al mal, o con calumnias y chismes. Incluso la supresión intencional de la verdad por la cual otros pueden salir perjudicados, es una violación a este precepto.

El Décimo Mandamiento — “No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo.” (Exodo 20:17). Este mandamiento ataca la mera raíz de todos los pecados, prohibiendo los deseos egoístas de los cuales los hechos pecaminosos surgen. El que busca obedecer la ley de Dios se refrenará de la gratificación propia, incluso del deseo pecaminoso de tener lo que pertenece a otro.

Abusos en el Nombre de la Religión — Las así llamadas creencias religiosas que son destructivas por naturaleza, por ejemplo: la poligamia, perjurio, asesinato, asalto o cualquier otra cosa, no son solo actos altamente irreligiosos, sino también incivilizados. El gobierno civil tiene el derecho de castigar tales actos.

El estado no debe prohibir el ejercicio de la religión, pero debe proteger la propiedad y la vida, y al hacerlo nunca pregunta si el robar, matar, mentir y la bigamia, son prácticas religiosas o no. Una persona tiene el derecho de abrazar cualquier religión que el o ella elija. Pero suponga que en el ejercicio de esa religión alguien intenta tomar la vida de su vecino, o si en su tipo de adoración decide asaltar sexualmente a alguien más, ¿qué entonces? El gobierno civil existe para la protección de la vida, libertad, y propiedad; y debe castigar esos actos para proteger a sus ciudadanos. Esto está totalmente dentro de la jurisdicción del gobierno, porque estas violaciones encajan en la Segunda Tabla de la Ley de Dios; a saber, esto es parte de la obligación para con el prójimo. Cuando el estado castiga a los delincuentes por su comportamiento destructivo, no debe preguntar ni considerar los aspectos de la religión.

La Corte Suprema Fallando Sobre Leyes Dominicales — “El tiempo llegará cuando la ley de Dios será hecha nula en la tierra. Los gobernantes de nuestra nación promulgarán legislaciones para

imponer la Ley Dominical y así el pueblo de Dios será llevado a gran peligro. Cuando nuestra nación en sus concilios legislativos, promulgue leyes que obliguen las conciencias de los hombres con respecto a sus privilegios religiosos, imponiendo observancias dominicales y consiguiendo que se ejerza un poder opresivo en contra de esos que guardan el séptimo día Sábado, será entonces que con todos sus intentos y propósitos, la Ley de Dios será hecha nula en nuestra tierra y una gran apostasía seguirá a la ruina nacional.” CBA Vol. 7 pág. 981.

La Corte Suprema de Estados Unidos ya ha dado sus fallos en dos casos separados [Mc Gowan v. Maryland en 1961 y Braunfeld v. Brown, 1961] esas leyes dominicales no eran una violación a la 1era. Enmienda la cual separa a la iglesia del estado, eran mas bien leyes de cierre dominical seculares, para mejorar la “salud, seguridad, recreación y bien general de los ciudadanos.” [Ver caso Mc Gowan v. Maryland, 366 U.S. 420 (1961).] En este fallo podemos ver que la más alta autoridad judicial en América, cuyo propósito es defender la Constitución de Estados Unidos, ya ha preparado las mentes del pueblo, para aceptar las leyes de cierre dominical como un día uni-forme de descanso.

“Los dignatarios de la iglesia y el estado se unirán para sobornar, persuadir y obligar a todas las clases a honrar el domingo. La falta de autoridad divina será suplida por legislaciones opresivas.... e incluso en la libre América, en orden de asegurarse el favor público, los gobernantes y legisladores cederán a las demandas populares [de las principales iglesias] para enforzar una ley que obligue la observancia dominical.” La Gran Controversia p. 592, Pacific Press Publishing Association, 1888. (El énfasis es nuestro).

En su Carta Apostólica de 1997, "Dies Domini" (Guardando el día del Señor) el ya fallecido Papa Juan Pablo II hizo un llamado a los cristianos para que aseguraran el domingo como un día de descanso y adoración, **¡a través de legislaciones civiles!** Cualquier ley dominical propuesta por el gobierno, por organizaciones religiosas, o por cualquier otro grupo de interés especial, para imponer la observancia del domingo a través de la legislación civil, se pondrá en contra de las palabras de Cristo y será por ende una ley anticristiana e inconstitucional. Todas estas ordenanzas civiles están tratando de llevarnos de regreso a los primeros días de la Colonia Americana, cuando la gente era severamente castigada por romper la observancia del domingo — una institución religiosa. Y la situación

empeorará en los días por venir, "Y que ninguno pudiese comprar o vender, sino el que tuviera la señal, o el nombre de la bestia, o el número de su nombre." (Apoc.13:15-18).

"La corte es la que escoge el idioma de las diferentes decisiones, para reafirmar su conclusión de que estas leyes dominicales en el asentamiento moderno son "regulaciones civiles." No importa cuanto haya sido escrito, o cuando haya sido dicho, el paréntesis para estas leyes es el Cuarto Mandamiento; y ellas sirven y cumplen las disposiciones religiosas de nuestra comunidades..." **Supreme Court Justice William O. Douglas, McGowan v. Maryland, 366 U.S. 420 (1961).**

Conclusión — Los Diez Mandamientos son inmutables (Santiago 2:10-12). Fueron escritos sobre la piedra con el dedo de Dios mismo (Exodo 31:18). Dios nos recuerda que El no cambia: "No **olvidaré** mí pacto, Ni **mudaré** lo que ha salido de mis labios." (Salmos 89:34). Jesús dijo, "Porque de cierto os digo, que hasta que perezca el cielo y la tierra, ni una jota ni un tilde perecerá de la ley, hasta que todas las cosas sean hechas." (Mateo 5:18). El hizo esto para mostrarnos cuan importantes son. (Eclesiastés 12:13-14).

La Ley de Dios es nuestra brújula que nos dirige a El mismo (Gálatas 3:24). Nosotros no destruimos esta brújula por el hecho de que nos muestre el estar en la dirección equivocada (Romanos 3:31). La Biblia nos enseña que el remedio para la ley quebrantada es la sangre de Jesús. Cristo vino a este mundo para quitar nuestros pecados (Mateo 1:21; Juan 1:29), el pecado es la trasgresión, el rompimiento de la Ley de Dios (1 de Juan 3:4). Cristo no murió para destruir la moralidad de la Ley Moral; El murió para redimirnos y darnos nueva vida. Si el murió para destruir los Diez Mandamientos, entonces el calvario legalizó el pecado y podemos hacer todo lo que queramos — adulterio, robo y muerte. Podremos luego, maldecir a Dios, rechazar a Cristo y servir a otros dioses y todavía ir al cielo. Los Diez Mandamientos brindan al pecador el conocimiento del pecado (Romanos 3:20; 7:7), culpabilidad y convicción, y cuando intencionadamente violamos uno de ellos, somos culpables de romper todos los diez (Santiago 2:10-12).

La verdadera iglesia de Dios de los últimos días, guardará y enseñará los mandamientos de Dios. "Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús." (Apoc. 14:12).

El Evangelio Eterno y su Campaña de Letreros

Estos son algunos de los muchos letreros en Inglés y español colocados en diferentes estados de Norte América.



Sabado (7 día) el Verdadero día del Señor

Texas



Orlando,
Florida



Spring Hills, Florida



Oklahoma

BIBLIA ha sido muy precisa al predecir los poderes gobernantes de la tierra. Desde la época del Imperio Babilónico hasta nuestros días, cuenta con un 100% de precisión en la predicción de las acciones que dominarían sobre la familia humana. Comenzando con Babilonia más de 600 años antes del nacimiento de Jesucristo, esos poderes están innegablemente identificados en el registro histórico. Ellos son: Babilonia, Medo/Persia, Grecia, Roma Imperial, el Papado Romano y los Estados Unidos de Norte América.

Pero muchos se preguntan especulando ¿Quién será la próxima potencia mundial? ¿Será China? ¿Será Rusia? ¿Tendrá el Islam un dominio universal? ¿Cuánto tiempo durará la próxima superpotencia y será ésta el último reino mundial?

AMERICA, EL PAPADO Y LAS SEÑALES DE LOS TIEMPOS da algunas respuestas fascinantes a éstas y otras preguntas que enfrenta la humanidad hoy día. Este libro da una mirada perspicaz a las potencias mundiales anteriores y examina el estado de la superpotencia mundial actual, los Estados Unidos de Norte América. También identifica al siguiente jugador que rápidamente se levantará en el horizonte y revela el reinado que últimamente gobernará sobre el mundo. Lo que es más importante, te preparará para lo que está a punto de venir sobre el mundo como una sorpresa abrumadora.